

La
PERDICIÓN
de
CATHY

MIA ASHER

D.J.57

M I A A S H E R

L a

P E R D I C I Ó N

d e

C A T H Y

Traducción de María José Losada



Phoebe

*Para mi hermosa familia:
vosotros ilumináis la oscuridad que hay dentro de mí.*

Título original: *Arsen*

Primera edición: febrero de 2018

Copyright © 2013 by Mia Asher

Published by arrangement with Bookcase Literary Agency and RF Literary Agency

© de la traducción: M^a José Losada Rey, 2018

© de esta edición: 2018, Ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16970-56-8

BIC: FRD

Fotografía: Studio64/Shutterstock

Diseño de portada: CalderónSTUDIO

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

PRÓLOGO

DESTROZADA

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

«Mientras observaba cómo te alejabas,
vi cada sueño que todavía no había soñado,
sentí cada deseo que podía hacerse realidad,
volqué cada gramo de amor que había en mi corazón,
y supe que tú también lo sabías,
porque te llevaste contigo todo lo mío».

Anónimo

PRÓLOGO

DESTROZADA

Estoy perdida.

Me alejo.

Me ahogo en un mar de tristeza y dolor mientras las oleadas de pesar siguen tirando de mí hacia abajo, donde una resaca de resentimiento me mantiene presa y no me deja soltarme.

¿Debería renunciar a liberarme?

Mientras miro fijamente los preciosos ojos oscuros de la doctora Pajaree, escuchando el pronóstico que desgrana con voz pragmática pero amistosa, no puedo evitar preguntarme a dónde se ha ido la magia. ¿Acaso la vida real está contaminando nuestro amor de cuento de hadas con toda su habitual fealdad?

Sí.

Quizá.

—Es más conocido como aborto habitual o de repetición... Se trata de la pérdida recurrente del embarazo..., PRE..., cuando tres o más embarazos terminan bruscamente en...

Me rodeo firmemente con los brazos y me balanceo hacia delante y hacia atrás mientras trato de asimilar lo que la doctora me está diciendo, pero sus palabras entran y salen sin quedarse en mi cabeza.

Sé que debería estar prestando más atención, porque me está explicando por qué no soy lo suficientemente mujer, por qué no puedo conseguir que un bebé crezca en el interior de mi cuerpo el tiempo suficiente para sostenerlo entre mis brazos, pero lo único que quiero hacer es sacudirme de encima la fría manta de entumecimiento que me cubre.

No lo consigo. Sigo sintiendo frío, como si estuviera muerta por dentro. Noto el fuerte brazo de Ben alrededor de los hombros deteniendo aquel balanceo maniaco, pero ni siquiera su cálido abrazo puede ayudarme a deshacerme de este brutal desamparo que amenaza con asumir el control de mi persona.

Me pregunto por qué los médicos usan batas blancas. Es un color feo.

Estéril.

Ben me aprieta el hombro en señal de apoyo, arrancándome de este estupor ebrio.

—Díganos qué debemos hacer, a dónde tenemos que ir, a quién visitar... No importa nada más, lo haremos, doctora Pajaree. No importa lo que cueste —dice Ben sin soltarme. Trato de enfocar la mirada en la cara de la doctora Pajaree una vez más, pendiente de sus próximas palabras.

—Sí, Ben. —La doctora Pajaree lanza a Ben una mirada comprensiva antes de volverse hacia mí—. Cathy, ya sé que es tu tercer aborto involuntario, así que creo que ha llegado la hora de que os hagamos a ambos algunas pruebas. Me refiero a pruebas genéticas, análisis de sangre para ver la coagulación, la función tiroidea, la función ovárica... A ver si logramos identificar la causa del PRE, y así podremos valorar algún tratamiento.

—Er... Perdone. Necesito ir al cuarto de baño. Lo siento.

La silla hace un horrible chirrido mientras la empujo con fuerza hacia atrás y salgo corriendo de la consulta, pero no me importa. Huyo al cuarto de baño, me encierro en el interior y me pongo ante el lavabo para mirarme en el espejo. Noto el brillo que deja el sudor que me cubre la frente, mientras tiemblo de pies a cabeza.

Trago con fuerza al tiempo que cierro los ojos, intentando recomponerme.

No puede darme otro ataque de pánico.

No puede.

—¡Cathy! Abre la puerta, Cathy. Por favor, déjame entrar —suplica Ben golpeando la puerta—. ¡Por favor, Cathy! Abre... —Hay una nota de desesperación en su voz.

No quiero que llamemos la atención, así que abro la puerta y lo dejo entrar. En cuanto atraviesa el umbral, me encierra en un abrazo aplastante que me roba el aire y entierra la cara en la curva de mi cuello.

—Cariño, por favor..., no te rindas. Todo se arreglará. Te lo prometo. No pienso dejar piedra sin mover. No hay un lugar del mundo al que no te lleve, nada que no haga para que tengamos un hijo que llamar nuestro. Te lo prometo, Cathy. —Me aprieta con más fuerza y me estrecha contra su pecho—. Haré cualquier cosa por ti —susurra—. Cualquier cosa.

Le devuelvo el abrazo escuchando la sincera letanía que canturrea en mi oído, y creo sus palabras con toda mi alma, pero ni siquiera Ben puede detener el entumecimiento que me envuelve, que se asienta alrededor de mi corazón.

Noto que me estoy alejando de él.

De su amor.

De mi matrimonio.
Y no puedo hacer nada para evitarlo.
Nada.

1

PRESENTE

—Cariño, ¿puedes pasar hoy por la tintorería? Es posible que llegue tarde a casa. Amy me ha pedido que vaya al aeropuerto a recoger al nuevo.

Mi marido levanta los ojos castaños del periódico que sostiene entre las manos y me dirige la misma sonrisa que me robó el aliento cuando la vi por primera vez, hace once años.

Ahora ya no me deja sin aliento.

Algunas veces me siento como si estuviera viviendo con un hombre que no conozco. Uno cuyo rostro me parece familiar, aunque sigue siendo un extraño.

Siento como si la normalidad que rodea nuestras vidas me estuviera volviendo loca.

—Claro, sin problema. Refréscame la memoria, ¿quién es el nuevo? —Deja el periódico sobre la mesa y se pasa la mano por el corto cabello negro.

Mientras miro cómo mi marido toca el borde de la taza con los labios me doy cuenta de lo guapo que es en realidad. Esa circunstancia que parezco haber olvidado sobre su aspecto, lo atractivo que resulta, me embiste, cogiéndome por sorpresa.

¿De verdad me he vuelto tan insensible a él que me he olvidado de que sus ojos castaños chispean como una brillante piedra preciosa cuando se clavan en mí? ¿Que su mirada es tan penetrante como la punta de una aguja perforando mi piel? ¿Me he olvidado de que cuando sonrío le aparece un pequeño hoyuelo en la mejilla izquierda? Y ese hoyuelo se burla de mí, me suplica que lo bese, pero no lo hago. No tengo tiempo para quedarme aquí sentada, admirando a mi marido. Tengo que ir al trabajo.

—¿Cathy? ¿Estás escuchándome? —Agita la mano delante de mis ojos intentando conseguir que le preste atención. Salgo de mi ensimismamiento y enfoco de nuevo su cara y su boca. Me está hablando, pero lo único que escucho

es el molesto zumbido de la cortadora del jardinero paisajista que está trabajando en el patio.

Bzzzz, bzzzz, bzzzzz, bzzzzz...

Trato de aclarar mis pensamientos sacudiendo la cabeza.

—Lo siento, cariño, el jardinero me está distrayendo. ¿Qué me has dicho?

—Cathy, me estabas hablado de tu jefa —repite Ben con su sonrisa de siempre—. Has dicho que Amy quiere que vayas al aeropuerto y recojas a alguien esta tarde.

—¡Ah, sí! No estoy segura de quién es ese tipo, pero al parecer viene con su hijo y su mujer. Creo que va a hacerse cargo de la compañía. No lo sé seguro. De todas formas, tengo que apresurarme.

Me levanto y me acerco a mi marido para darle un beso en la mejilla. Mientras estoy enderezándome, Ben me pone la mano en la nuca y vuelve a inclinarme hacia él buscando mis labios. Sorprendida, no respondo de inmediato hasta que intenta abrirse paso en mi boca con la lengua. Entonces, separo los labios para recibirlo y empezamos a besarnos en serio. Su lengua se enreda con la mía mientras desliza la mano de forma furtiva por debajo de mi falda, haciendo que se me acelere el corazón. Interrumpo el beso cuando noto que desplaza el borde de las bragas con el pulgar y las mueve a un lado para sumergir el dedo corazón en mi interior.

Me incorporo por completo mirando a Ben, que se limita a esbozar una sonrisa perezosa de oreja a oreja. Sus labios están húmedos por el beso, y no puedo evitar reírme en voz alta como cada vez que me sonrío así. A veces creo que solo tiene dos posiciones: excitado o cansado.

—¿De verdad, Ben? Tengo que irme a trabajar. —Me doy la vuelta, pero él me pone las manos en la cintura desde atrás y me obliga a sentarme en su regazo.

¡Oh, Dios mío...!

Se ríe en mi oído mientras empuja su enorme erección contra mis nalgas.

—No puedo evitarlo, Cathy. Estás muy sexy por las mañanas. Venga, uno rapidito... —Me mete la lengua en la oreja, trazando los contornos mientras vuelve a mover la mano debajo de mi falda.

—Ben, detente. Tengo que ir a trabajar. Ya llego tarde... Es... es...

—¿Sí, nena? —me susurra por lo bajo al oído.

Oh, esos dedos suyos...

Sé lo que está pasando y no quiero que ocurra, así que empujo sus manos y me levanto. Mientras trato de alisarme la falda y de apaciguar el rápido latido de mi corazón, noto que me tiemblan los dedos. Después de respirar lentamente varias

veces, levanto la mirada y me lo encuentro observándome con un hambre cruda y desnuda. Entonces, sin apartar la vista se lleva a los labios el dedo que ha metido en mi interior y lo chupa.

A conciencia.

Luego se lo saca de la boca y se relame, como si quisiera probar en sus labios el persistente sabor de mi cuerpo. Siento que brota una poderosa y ardiente inyección de calor justo en el punto donde ha estado su dedo hace unos minutos.

Cuando se da cuenta de que no me muevo, Ben se ríe y me coge de la mano. Tira de mí hacia delante para que me ponga a horcajadas sobre él.

—Nena, te he echado de menos —asegura con rudeza.

Cuando se inclina para acariciarme el cuello crece en mi interior una especie de desesperación. Lo deseo. Quiero que tome la iniciativa, que haga que desaparezca todo de mi mente. Suspiro mientras cierra las manos alrededor de mis muñecas y las sube para que le rodee el cuello con los brazos; luego me agarra las nalgas, empujándome contra su erección.

—Te necesito, nena. Te deseo —dice antes de soltarme para empezar a desabrocharme la blusa de seda, tirando del sujetador y exponiendo mis pechos ante sus ojos. Sin interrumpir el beso, le suelto el cuello y le desabrocho el cinturón y los pantalones, le bajo los *boxers*. Agarro su dura erección antes de empezar a acariciarla, notando cómo palpita entre mis dedos.

—Basta. —Me detiene bruscamente, poniendo una mano sobre la mía—. Déjame a mí.

Asiento moviendo la cabeza, y le permito hacer lo que quiera conmigo. Nos volvemos frenéticos; la necesidad que sentimos el uno por el otro hace vibrar nuestros cuerpos y apenas perdemos el tiempo. Subimos mi falda, deslizamos mis bragas a un lado, y se impulsa hacia delante.

—Joder, estás empapada. —Los dos bajamos la mirada al punto donde nuestros cuerpos están conectados, observando cómo empieza a follarme. No hay nada más sensual que ver la excitación de tu amante cuando demuestras la reacción de tu propio cuerpo a sus caricias. Cuando lo cubres con la prueba de tu deseo.

Conectados como estamos, empiezo a verme superada por este sentimiento de querer ser propiedad de Ben y deseo volverlo loco de deseo.

—No digas nada más, Ben. —Le levanto la cara hacia mí y lo beso una vez más, dejando que sea el ritmo de sus envites lo que establezca el de nuestro acto de amor.

Ben se corre después de que yo alcance mi liberación.

—¡Dios...! —murmura.

Nos miramos y sonreímos con la respiración entrecortada, todavía rodeándonos el uno al otro con los brazos y con mis piernas alrededor de su cintura. Nuestros cuerpos se enfrían con rapidez, y cualquier atisbo de desesperación que haya sentido antes se ha disipado.

Por ahora.

—¡Maldición, mujer! Si esto es lo que tú llamas desayuno —me sostiene las caderas—, creo que no volveré a saltármelo.

Sonríe.

—¿Mejor que un café? —preguntó sonrojándome.

Ben se ríe dejando caer la cabeza hacia atrás. Encierra mis mejillas entre sus manos y me obliga a mirarlo fijamente, hasta que me pierdo en sus ojos castaños.

—Sí, mucho mejor que un café. —Me acaricia el labio inferior con el pulgar—. Me encanta tu sonrisa, Cathy. Incluso después de tantos años juntos, va directa a mí... —se impulsa con lentitud, todavía dentro de mí— y a mi corazón. —Se inclina para besar mis labios sonrientes—. Te amo, nena.

—Yo también te amo. Imagino que vamos a tener que ducharnos otra vez antes de ir a trabajar. —Desenredo las piernas de su cintura y separo nuestros cuerpos para bajarme de su regazo. Me aprieto la blusa contra los pechos desnudos mientras regreso a nuestro dormitorio, con Ben pisándome los talones.

Cuando mis manos aterrizan en mi vientre, apago la voz que resuena en mi cabeza, recordándome el abrumador vacío que se extiende en mi interior como un agujero negro, succionando toda la felicidad que hay a mi alrededor.

La voz que me dice que todo sigue igual.

O no.

2

PASADO

No me enamoré.

Choqué con él y me caí de culo.

Odio la lluvia.

Vale, es mentira. Me gusta mucho cuando, por ejemplo, tengo a mano un paraguas y ropa seca. Así que debería decir que, ahora mismo, me siento muy enfadada con la madre naturaleza.

Mientras estoy de pie en la calle, delante del Lerner Hall —uno de los centros para estudiantes de la universidad de Columbia—, y veo lo furiosamente que cae el agua del cielo, valoro si debería llamar a un taxi o acercarme a la estación de metro más cercana. De cualquiera de las dos formas acabaré empapada en cuanto me aleje de la protección que me ofrece el edificio. En serio, a veces pienso que el tema *Ironic*, de Alanis Morissette, debería ser la banda sonora de mi vida.

Me preparo para enfrentarme a la lluvia con un suspiro, pero oigo que empieza a sonarme el móvil. Cuando estoy a punto de responder, pasa por delante de mí un grupo intimidante de chicas de una hermandad y me lanzan un puñado de condones mientras gritan sus proclamas: «¡Pónselo, pónselo!».

Me sonrojo avergonzada como si fuera la inocente protagonista de una novela de regencia, recojo los preservativos y los dejo caer en el fondo de mi bolso antes de que alguien los vea a mi alrededor. ¡Chachi! Ni siquiera tengo novio y van a pensar que soy adicta al sexo.

Tengo que largarme ya.

En cuanto me pongo en marcha, me empieza a sonar de nuevo el móvil. Me peleo con la cremallera del bolsillo del bolso para sacarlo de allí mientras

esquivo a un estudiante que lleva un paraguas enorme. Al evitar un charco enorme, no veo al individuo que viene derecho hacia mí. Cuando chocamos, me caigo de culo en el agua que estaba tratando de salvar, y se me cae el bolso al suelo.

¿Qué demonios acaba de pasar?

Más sorprendida que otra cosa, clavo los ojos en los mocasines de cuero mojados que tengo delante de mí.

¡Maldito charco! Quiero llorar. ¡Mierda, me he mojado el culo! Estoy empezando a enfadarme mucho. «Venga, Cathy, respira. Tranquilízate y demuéstrole a este tipo un poco de tu ingenio».

Mientras todos estos pensamientos dan vueltas en mi cabeza, no me doy cuenta del aspecto que tiene el chico sobre el que pronto descargaré toda mi ira. Así que cuando se pone en cuclillas delante de mí, tratando de protegerme la cara de la lluvia con sus propias manos, me quedo paralizada. Cualquier pensamiento racional ha desaparecido de mi mente.

¿Son de verdad esos labios?

¡Mierda! Siento que mi cara se enciende como los fuegos artificiales que lanza Macy's el 4 de julio. Tengo que decir algo rápido, pero lo único en lo que puedo pensar mientras miro sus ojos castaños es que quiero tortitas con caramelo de jarabe de arce..., un montón de caramelo del mismo color que sus iris.

«¡Recréate, Cathy!».

—Mmm, creo que es mejor que te levantes —dice torpemente el magnífico espécimen masculino de labios deliciosos y ojos risueños que se ha arrodillado ante mí cuando ya estoy abriendo la boca para decirle algo—. Tus... er... cosas se están mojando —añade, ofreciéndome la mano.

Mientras me ayuda a ponerme en pie, veo que el contenido de mi bolso se ha caído al suelo.

Por supuesto, ¿qué más puede salir mal?

Valoro el desastre que se acaba de producir y soy consciente con rapidez de a qué se estaba refiriendo él. Además de mi cartera y de los libros que se esparcen por el suelo mojado, hay unos diez condones acusadores en el suelo.

¡Madre del amor hermoso! Ahora me quiero morir, literalmente. Es decir, está bien ir preparado, pero ¡estos condones no son míos!

Me arrodillo con rapidez y clavo los ojos en el suelo. Me siento tan avergonzada por el curso que han tomado los hechos que no me doy cuenta de que el señor Mocasines está haciendo lo mismo que yo hasta que nuestras cabezas chocan al intentar coger el mismo condón a la vez.

—¡Ay!

Me froto la cabeza mientras lo miro. Está haciendo el mismo movimiento que yo mientras se esfuerza por no sonreír. En realidad, es imposible reprimirse. La situación es hilarante la mires por donde la mires, así que cuando nuestros ojos se encuentran de nuevo, mi corazón da un vuelco de nivel olímpico y nos partimos de la risa.

Al ponernos en pie, nos miramos el uno al otro un buen rato. Ignorando la lluvia que cae sobre nosotros, me dejo llevar por ese instante y por el precioso color de sus ojos risueños. Es casi como si la gravedad hubiera desaparecido y estuviéramos moviéndonos a cámara lenta.

Estoy pensando en cómo puedo romper este enervante silencio que se ha establecido entre nosotros cuando él se aclara la garganta, a punto de hablar. Entonces ocurre...

Un momento estoy mirándolo a los ojos, sintiendo mariposas en el estómago, y al momento siguiente nos encontramos empapados por el agua sucia de las calles del Bronx.

Sí.

Mi pelo, mi cara, mi ropa y todo su cuerpo quedan cubiertos por un líquido viscoso, maloliente y desagradable.

—¡Qué mierda, tío! —grita el guapísimo chico al coche que acaba de pasar por delante de nosotros, rociándonos con el agua de un charco. Se vuelve para mirarme y clava la vista durante demasiado tiempo en mi camiseta mojada antes de subir la vista a mis ojos. En lugar de sonrojarse o tartamudear una disculpa por el descaro con el que me acaba de mirar, se limita a sonreír—. Creo que es mejor que nos movamos. Dada la suerte que tenemos, si nos quedamos aquí más tiempo, podría caernos encima un rayo.

Reacciono con lentitud cuando me habla porque, por un lado, me siento muy aturdida por su voz de barítono y, por otro, la luz incide en su pelo mojado, haciendo que sus rizos negros brillen como el pelaje de un caro abrigo de visón.

Muevo la cabeza, asintiendo, ya que parece que no solo he perdido la capacidad de pensar, sino también la de hablar. Juntos, recogemos todas mis pertenencias y las guardamos.

Sí, también los estúpidos condones.

Cuando estamos a punto de levantarnos de nuevo, me tiende la mano.

—Déjame ayudarte.

Al estar ya de pie, conserva mi mano en la suya mientras nos miramos sin movernos, los dos dispuestos a decir o hacer algo, solo que nos quedamos

callados y quietos. La lluvia sigue cayendo a nuestro alrededor, ahora más fuerte que antes, pero eso no parece perturbarnos. Es como si estuviéramos metidos en una cápsula privada en la que el tiempo se hubiera detenido. Apenas puedo ver su cara sin limpiar constantemente las gotas de agua que caen sobre mis ojos mientras su alta figura se cierne sobre mí.

Muy despacio, mueve la cara hacia la mía. A mitad de camino, se detiene y me mira como si estuviera pidiéndome permiso para hacer lo que yo creo que va a hacer.

«Bésame..., bésame...», canturrea mi mente como si fuera un mantra. Lanzando al viento cualquier pensamiento lógico o precaución, cierro los ojos, me pongo de puntillas y dejo que pase. Cuando por fin nos besamos, nuestros labios se rozan con tanta suavidad, con tanta intensidad y magia, que no es que sienta que me ha alcanzado un rayo o que el mundo ha dejado de moverse. No, la sensación es única. Especial. Como si me estuviera limpiando de dentro hacia fuera, como si la lluvia estuviera limpiando mis errores del pasado, mis dolores, mi pesar... y en su lugar se arraigara la esperanza.

La magia.

Cuando el beso llega a su fin, siento como si flotara en el aire, y mi mente es consciente de cuatro hechos:

Mis pies no tocan el suelo.

Él me rodea la cintura con los brazos. Con fuerza.

Acabo de besar a un total desconocido en una calle muy transitada.

Y, por último, pero no menos importante..., ¡ha sido increíble!

Cuando me deja en el suelo, le cae sobre los ojos el pelo negro y ondulado, ocultando su expresión. Respira hondo mientras se retira el cabello de la cara y me mira. Una vez más, noto un aleteo en el estómago tan intenso que parece que alguien está disparando balas a mi alma.

Necesito decir algo, preguntarle su nombre y, quizá, su número de teléfono.

Sí, sin duda debo saber su número.

Pero lo único que soy capaz de hacer es mirarlo fijamente, temiendo que pueda desaparecer. Como en un sueño, veo que levanta la mano y me la ahueca con suavidad sobre la mejilla. Es un gesto tan natural que parece como si estuviera destinada a estar ahí desde el principio de los tiempos. Cierro los ojos al sentir que me baja un escalofrío por la espalda, poniéndome la piel de gallina. Al tener los párpados bajos, no veo que acerca la boca a mi oreja hasta que siento que su aliento me hace cosquillas cuando susurra unas palabras que hacen que se me debiliten las rodillas. Unas palabras que me cogen por sorpresa. Cuando abro los

ojos para preguntarle lo que quiere decir, me lanza una mirada arrogante, luego se da la vuelta y se aleja, dejándome sola en esta calle tan transitada. Me siento sorprendida, jadeante y aturdida.

¿Me he imaginado todo lo que acaba de suceder?

No, no lo creo.

Era real.

Él era real.

Todavía puedo sentir en mis labios el intenso sabor a la manzana que debe de haber comido. Todavía puedo sentir la cálida huella de su mano en mi mejilla.

Muevo la cabeza y me doy la vuelta con rapidez para ver si puedo distinguir su figura entre el mar de gente. Quiero alcanzarlo y pedirle que me diga su nombre. Necesito saberlo. Pero es demasiado tarde.

Ya se ha marchado.

De repente, me siento muy sola.

Se ha ido.

Aturdida, y sabiendo que debo de parecer una rata ahogada, intento buscar un taxi. Pensaba que este tipo de cosas solo pasaban en las películas o en los libros, no en la vida real. Al menos no en la mía.

Por fin, un taxi se detiene delante de mí, y estoy a punto de subir cuando siento un golpecito en el hombro. Al darme la vuelta, me encuentro cara a cara con la última persona que esperaba ver de nuevo. De pie, delante de mí, está el extraño al que acabo de besar.

—Oye —me dice el señor Sonrisa Irresistible.

La forma en la que está curvando los labios abre una compuerta, y me invade una oleada de escalofríos tan poderosa como una tormenta que inunda mis sentidos, subiendo y bajando por mi cuerpo.

Me quedo pegada al suelo, y creo que me he quedado boquiabierta. No salgo de ese trance hasta que el taxista me grita una obscenidad.

No puedo creer que sea él.

Otra vez.

—Señorita, ¿va a entrar o no?

Miro al conductor, pero al instante vuelvo a mirar a aquel guapo desconocido, preguntándome qué puedo decirle. Sin embargo, es él quien habla primero.

—Estaba a medio camino de clase cuando me he dado cuenta de que no te he preguntado cómo te llamas —me dice, observándome con atención.

No sé qué hacer o decir, por lo que suelto lo primero que pasa por mi brillante mente.

—Mmm...

Este tipo está consiguiendo que la cara me arda como si estuviera en la hoguera.

—No. No tienes cara de Mmm..., más bien de Guau. —Sonríe de nuevo, haciendo que un delicioso hoyuelo aparezca en su mejilla izquierda una vez más. ¿Cómo puede un hombre ser tan perfecto?

Si antes me parecía que tenía la cara caliente, ahora está al rojo vivo. Como un incendio forestal. ¿Qué decir a eso? Todo tipo de respuestas dulces y divertidas. ¡Venga, Cathy! Di algo.

—Ja. Eres muy gracioso. ¿Lo sabías?

—No, no trataba de ser gracioso. Estaba constatando un simple hecho.

Todavía sonrojada, noto que me está observando fijamente una vez más. Pienso que debe de haber algo malo en mi apariencia, y me subo las manos al pelo mientras él se acerca.

—¿Me... me pasa algo malo? —La cercanía de su cuerpo lanza mi mente directamente a un abismo donde no existen discursos coherentes.

No responde a mi pregunta y mueve la mano hacia mi cara. Cuando me acaricia la mejilla con el pulgar, siento la suavidad de su dedo contra la piel. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que sentí que un hombre me tocaba con ternura.

Percibo su cara mucho más cerca de la mía que antes, su cálido aliento en los labios. Sus ojos vagan por mi rostro como si estuviera memorizando cada una de mis facciones... Mi nariz, mis mejillas y, por último, mi boca.

Cuando levanto la vista, nuestros ojos se encuentran durante un breve instante, y él respira hondo.

—Mmm, ¿me das tu número de teléfono?

—¿Va a entrar o no? —grita el taxista una vez más.

—Danos cinco minutos, hombre —le dice él sin dejar de mirarme.

—P-pero ¿por qué? —pregunto como una tonta. Sé que yo quiero saber el suyo, pero ¿cómo es posible que él quiera el mío?

—¿No es evidente?

Niego con la cabeza, porque no lo es.

—Así que no lo sabes, ¿eh? —añade con la voz ronca.

—Mmm...

—Mira, ¿qué te parece esto? Te dejaré subir al taxi con dos condiciones. Me vas a dar tu número de teléfono y saldrás conmigo dentro de tres días.

¿Es posible que esto me esté sucediendo realmente a mí?

—¿El viernes?

¿Un tipo tan guapo no debería tener ocupados los viernes? Solo los colgados sin citas se quedan en casa los viernes por la noche. Por ejemplo, yo.

—¿Y qué?

—El viernes. ¿No deberías estar ocupado? ¿Haber quedado con una chica o algo así?

—Estoy tratando de quedar con una, pero se trata de una chica muy obstinada que no me da ninguna facilidad. —Me mira sonriente. Como si realmente quisiera.

—Ah..., ¿quieres quedar conmigo? —Mierda, sí que quiere.

—Lo cierto es que quiero algo más que eso. Pero, por ahora, me sentiría muy feliz si quisieras verme el viernes por la noche.

—¿Por qué? —farfullo la pregunta antes de pensar que en realidad no quiero saber la respuesta.

—¿Por qué qué? ¿Por qué quiero salir contigo?

Asiento moviendo la cabeza.

—Además de lo obvio —se acerca más a mí—, porque estoy deseando besarte de nuevo —me susurra al oído.

Ah...

—¿Por qué no lo haces ahora? —¡Mierda! ¿Por qué demonios has dicho eso, Cathy?

—Es muy simple —responde. Puedo sentir el calor que irradia su cuerpo hacia el mío mientras me recorre la cara con los ojos una vez más—. Porque quiero recogerte en la puerta de tu casa. Quiero regalarte flores. Quiero decirte lo guapa que estás. Quiero ver cómo te ruborizas cuando lo escuches. Quiero ver cómo te gustan las flores mientras me ofreces un vaso de agua. Y si vives con tus padres, quiero estrechar la mano de tu padre y decirle que cuidaré de su hija, que no la llevaré a casa demasiado tarde. Después, le diré a tu madre lo guapa que es. Porque solo una mujer hermosa puede haber tenido una hija tan guapa como tú.

Me acaricia la mejilla con ternura.

—Entonces, te ruborizarás y te cogeré de la mano para sacarte de casa lo más rápido que pueda sin avergonzarte más. Cuando estemos ya fuera, te llevaré de la mano al coche. Te abriré la puerta y te ayudaré a entrar, y una vez que cierre la puerta, iré al lado del conductor. Pero antes de encender el motor, me volveré a mirarte, allí sentada, sonrojada. En ese momento, querré cogerte por el cuello... —sus palabras reflejan sus acciones mientras me agarra por la nuca con ternura y acerca nuestras caras— y aproximar tus labios perfectos a los míos. Y

entonces...

—¿Sí? —Trago saliva.

—Y luego, por fin, te besaré —susurra con la voz ronca, con los ojos clavados en los míos.

«¡Oh, Dios mío!».

—Entonces, ¿tenemos una cita? —pregunta con una sonrisa satisfecha.

—Sí —respondo jadeante, con el pulso acelerado.

—No te arrepentirás, Guau —añade sonriendo.

—Me llamo Cathy —corrijo con una sonrisa.

—Me gusta. Tienes aspecto de Cathy. Dulce, inocente y perfecta.

—Oh...

En serio, me quiero pellizcar para asegurarme de que no estoy soñando.

—Por cierto, me llamo Ben.

—Encantada de conocerte, Ben —murmuro con suavidad.

Le tiendo la mano para que me la estreche, pero Ben descoloca todo mi mundo cuando la coge y se la lleva a los labios para darme un beso en los nudillos que siento hasta en los huesos. Atontada, le suelto la mano y veo cómo da un paso a un lado para abrir la puerta del todo y que pueda entrar.

¿Este chico es real? No sé si desmayarme o reírme. Creo que prefiero desmayarme.

—Bueno, gracias. Imagino que ya sabré de ti.

—Claro. —Sonríe.

Después de intercambiar los números de teléfono y despedirnos, me meto en el taxi y le digo al conductor la dirección. Me siento aturdida, como si me hubiera parado pero el mundo siguiera moviéndose a mi alrededor a una velocidad muy rápida.

Noto que me vibra el móvil. Eso es bueno: supongo que no se ha estropeado después de todo. Saco el aparato y veo que acabo de recibir un mensaje de un número desconocido.

Sonrío al recordar lo que me ha susurrado al oído.

«Demasiado tarde. Ya me ha alcanzado un rayo».

Me echo a reír y luego miro por la ventanilla. Mientras observo mi reflejo, decido que quizá, después de todo, no odio la lluvia.

Ben.

¡Oh, sí!

Sin duda.

3

PRESENTE

Ben: Camino de casa he pasado por la tintorería y he comprado la cena en Pas-Tina's. A lo mejor ya vas a cenar con Amy y el chico nuevo, pero, si no es así, se me ha ocurrido que podías tener hambre cuando llegues. Buena suerte, nena.

Así es Ben, siempre está en todo. Cierro el teclado digital del móvil mientras miro la pantalla. En realidad debería responder a su mensaje de texto y darle las gracias por pensar en mí, pero no lo hago. No sé por qué. Quizá porque no tengo ganas de iniciar un chat con él, quizá porque llego tarde, como siempre, y me esperan dentro de una hora en el aeropuerto. O tal vez, sencillamente, no tengo ganas de escribir.

Dejo caer el móvil en el bolso de Burberry mientras decido que llamaré a Ben camino del aeropuerto. Saldré para allá en cuanto Amy me facilite la información sobre el vuelo del señor Radcliff. Y, ya que estamos, pienso con ironía en la ilusión que me hace conocer a otro estúpido dueño de hotel que cree que el sol sale y se pone por su culo.

Bruno Radcliff acaba de adquirir el hotel en el que trabajamos Amy y yo. La cadena era conocida como Dreams Hotel, pero ahora formamos parte del conglomerado más exclusivo de Radcliff. Así que el señor Radcliff es todo un personaje en el enorme mundo de los hoteles de lujo.

Amy, mi jefa, es la directora de ventas y marketing. Gestiona todas las cuentas y los clientes más importantes. Yo, por mi parte, soy coordinadora de ventas, y mi trabajo es prestar apoyo a Amy en lo que necesite. Me ocupo de las reservas de los clientes, de las celebridades VIP, clientes corporativos y reclamaciones.

Reconozco que estoy un poco nerviosa. Voy al cuarto de baño a retocarme el maquillaje y el peinado. Mientras me paso los dedos por los mechones rubios frente al espejo, empieza a sonar mi móvil.

—Cathy Stanwood al habla.

—Hola, nena. —La profunda voz de Ben me hace sonreír a mi reflejo. A pesar de que llevamos once años juntos, no pasa un solo día en el que no me llame o me envíe un mensaje de texto para saludarme e interesarse por cómo me va el día. A veces me pregunto si alguna vez se aburrirá de mí, de la vida matrimonial, de besar a y acostarse con una sola mujer, la misma mujer, durante el resto de su vida.

¿Alguna vez imagina que está follando con otra cuando está dentro de mí?

Yo no tengo fantasías con otros hombres, pero estoy aburrída... Muy aburrída. A menudo me pregunto cuándo estallará la bomba del tiempo de nuestra relación. Si Ben se despertará un día y se preguntará qué está haciendo conmigo, qué ha hecho con su vida. Si imaginará qué habría pasado si no me hubiera conocido, si no nos hubiéramos tropezado aquel día lluvioso, si no nos hubiéramos encontrado y nos hubiéramos enamorado...

Yo sí lo hago.

—Hola. —Sostengo el teléfono entre el hombro y la oreja mientras saco la muestra de perfume que siempre llevo conmigo y me rocío. Me froto las muñecas con la colonia, envolviéndome en las notas frutales a cítricos de mi aroma favorito—. ¿Qué estás haciendo? —pregunto en el tono coqueto que a él tanto le gusta. Ahora rara vez lo uso. Cuando éramos más jóvenes y estábamos profundamente enamorados el uno del otro, usaba esa voz solo cuando quería dos cosas: su perdón o sexo.

—Acabo de llegar a casa y estoy acariciando tu coño. —Su voz profunda retumba en el móvil.

—¿Qué?

—No pienses mal, nena. Y no me malinterpretes, es algo que me gustaría mucho, pero no estás aquí en este momento. Así que en vez de eso te estoy engañando con Mimi. —Escucho cómo se ríe mientras me imagino lo que está haciendo en este momento.

Probablemente Ben esté sentado en el sillón de cuero de su despacho acariciando el pelaje de nuestra gata, Mimi, que intenta meterse debajo de su camisa de Brooks Brothers. Estoy segura de que habrá arrojado la chaqueta del traje de forma descuidada sobre el viejo sofá de cuero del que se niega a deshacerse porque le recuerda nuestros primeros años de casados. Incluso le ha puesto nombre.

Después de una vigorosa ronda de sexo, me acosté en el sofá cubierta con la camisa de Ben, desabrochada,

revelándole mi cuerpo. Con una de las piernas colgando por el borde y la otra doblada debajo del culo, quedaba expuesta ante él. Me sentía muy hermosa y sensual después de hacer el amor. No me importaba no ser tan perfecta como él, que mis caderas fueran casi inexistentes o que tuviera los pechos demasiado pequeños. Ben me hacía sentir guapa.

Regresó de la cocina sin otra cosa encima que una sonrisa tipo «acabo-de-follarte» que me hizo sonreír y sentir mariposas en el estómago. Mientras se acercaba a mí en toda su gloriosa desnudez, admiré su pecho bronceado, la forma en la que el sudor hacía brillar sus poderosos músculos. Traía en la mano un vaso lleno de hielo. Tenía el pelo hecho un desastre por culpa de mis dedos..., y solo podía pensar en lo mío que parecía por eso. Despeinar a alguien mientras follabas era lo mejor del mundo; demostraba que le ibas a dar más oportunidades.

Ben se arrodilló sonriente delante de mí en el sofá y me abrió lentamente la camisa con los dedos, dejándome expuesta totalmente. Cuando la parte frontal de mi cuerpo estuvo desnuda ante sus ojos, sacó un cubito de hielo del vaso.

—Creo que deberíamos bautizar este sofá.

Me reí y cerré los ojos al sentir el hielo sobre mi piel caliente.

—¿Sí? ¿Qué... qué se te ha ocurrido?

Me estaba preguntando por qué le llevaba tanto tiempo responder a mi pregunta cuando sentí su cálida lengua siguiendo el mismo camino que el hielo había dejado en mi piel. Me rodeó con él la punta del pecho, convirtiéndola en un guijarro. La sensación de entumecimiento hizo que me doliera el pezón, pero al mismo tiempo resultaba deliciosa.

Justo cuando estaba a punto de protestar, cerró los labios alrededor de la dura punta y la chupó con fruición. Gemí por lo bajo. El frío del hielo y el calor de su boca eran la receta perfecta para el desastre; incluso una monja tendría dificultades para no abrir las piernas. Cuando sentí el cubito de hielo en el clítoris, y más abajo, entrando en mí, abrí los ojos.

«Guau...».

No sabía si sentirme sorprendida o excitada. Ben me separó las piernas y se colocó entre ellas con una sonrisa. El hielo estaba derritiéndose en mi interior, haciéndome temblar. Miré a Ben mientras bajaba la cabeza para retirar el cubito de mi interior con la lengua y hacerlo estallar con los dientes.

—¿Otra vez? —susurré, estremeciéndome.

—Sí. Una y otra vez, y otra más..., hasta que no puedas recordar cuál es tu nombre. Y deberíamos llamarlo «el sofá del amor...» —repuso con la voz ronca.

Mi risa se convirtió en un gemido al sentir su lengua fría dentro de mí, lamiendo la mezcla que formaban mis fluidos y el agua helada.

Sí, esos días eran maravillosos.

Los días en los que vernos nos hacía sentir tan excitados y desesperados que terminábamos haciendo el amor. A veces con violencia; todo lo que se oía eran los sonidos de nuestros cuerpos, gemidos y gemidos, muchas maldiciones. Otras veces con ternura; Ben me sostenía la mano, manteníamos los dedos entrelazados todo el tiempo que estaba dentro de mí, moviéndose, llenándome, sin apartar la mirada.

Ben me susurraba al oído lo duro que lo ponía..., cuánto me quería..., que el mundo no significaba nada si yo no estaba en él... Pero no importaba si hacíamos el amor o follábamos como locos, dos cosas seguían invariables: el sofá y el ansia que sentíamos el uno por el otro.

Sin embargo, en la actualidad nuestra vida sexual es una historia completa y totalmente diferente.

Es más, ¿existe incluso una vida sexual de la que hablar?

Lo que ha ocurrido esta mañana en la cocina no es, por desgracia, la regla, sino la excepción, si tenemos en cuenta las pocas veces que hacemos ahora el amor. De hecho, es una suerte incluso que coincidamos en la cama a la vez. Al principio de nuestra relación, vivíamos y respirábamos por una sola razón: estar juntos. Pasábamos casi cada segundo que estábamos juntos desnudos y manteniendo relaciones sexuales en todos los sitios que se nos ocurrían, tratando de romper nuestros propios récords de cuántas veces conseguíamos que el otro se corriera, ya fuera con la boca o con el sexo. Sin embargo ahora me siento aventurera si me pongo una camiseta suya sin llevar ropa interior debajo. Y, la mayoría de las veces, si no empieza Ben, evito el sexo.

¿Cuál es la cuestión?

Me duele pensar que estamos perdiendo el tiempo que tenemos. Echo de menos la cercanía y la intimidad que acompañan al sexo, pero la esperanza y la espera que llega después de cada vez que estamos físicamente juntos solo hace que me rompa un poco más, que nos distanciemos un poco más, hasta que no queda nada entre nosotros y lo hace parecer un trabajo.

Y me duele saber que solo somos nosotros dos, nuestra gata y mi vientre vacío.

—Cathy, ¿estás ahí? —Saliendo de mi ensueño, me doy cuenta de que había vuelto a sintonizar a Ben fuera de mis pensamientos... otra vez. ¿Soy una persona horrible porque no puedo siquiera prestar atención a mi marido? Dios, necesito ir a terapia.

—Lo siento, cariño. ¿Qué estabas diciendo?

—¿Soñando de nuevo, nena?

—Podría decirse que sí. —Miro el reloj y me doy cuenta de lo tarde que es—. Ben, tengo que irme. Llego tarde otra vez. Te veré esta noche. No estoy segura sobre la cena, supongo que tendré que improvisar según las circunstancias. Así que si no sabes nada de mí, da por hecho que he tenido que acompañar al señor Radcliff y a su familia. Te mandaré un mensaje en cuanto tenga la oportunidad. Bueno, tengo que dejarte. Te amo.

Casi cuelgo antes de permitir que Ben añada algo.

Casi.

No sé por qué, pero a veces me molesta su voz profunda y familiar.

Sé que las mujeres lo encuentran atractivo, y que casi todas las pasantes del bufete babean por él, pero a veces no puedo soportar ver su cara.

—Nena, ¿te molesta algo? —pregunta Ben en tono de curiosidad.

¿Es que no puedo ocultarle nada? ¿Tiene que leer siempre en mí como si fuera un libro abierto? Quiero recuperar mi privacidad. Y sí, a veces quiero que Ben no se meta en mi vida y se ocupe de sus malditos asuntos. A veces su amabilidad me vuelve loca.

—No... Es que tengo que marcharme, de verdad. Adiós, cariño. Te quiero.

Cuelgo antes de darle la oportunidad de responderme o decir adiós.

Vuelvo a meter el móvil en el bolso y me incorporo para salir, mirándome una vez más en el espejo. Cuando estoy a punto de darme la vuelta para ir hacia la puerta, algo me llama la atención. Me acerco y miro fijamente mi reflejo en el espejo. Me llevo la mano izquierda hasta la altura de los ojos y veo que mi dedo anular está desnudo. Cuando me quité los anillos esta mañana para extender la crema hidratante, he debido de olvidarme de ponérmelos de nuevo.

No me había ocurrido ni una sola vez en los seis años que llevamos casados.

Hasta hoy.

Edificios, gente cruzando, andando, riendo, viviendo; coches acelerando o frenando según el color de los semáforos. Formas que se mezclan entre sí, creando un borroso parpadeo de color delante de mis ojos. Es una imagen hermosa y vívida.

Es Nueva York.

Después de que deje atrás el túnel de Midtown, escapando hacia la libertad de la noche, la limusina aumenta la velocidad por la autopista de Long Island en dirección al JFK. Radcliff tiene la llegada estimada a las ocho; aunque al principio pensé que haría uso de un vuelo comercial, debí suponer que no. De hecho, está viajando en su avión privado. Lo cierto es que, después de tantos años trabajando en el negocio hotelero, no debería sorprenderme la cantidad de dinero que tienen algunas personas.

La familia de Ben también tiene mucho dinero. El tipo de riqueza que nos permitiría vivir sin trabajar, viajando por todo el mundo, pero él odia la idea de vivir de ese dinero. Le encanta su trabajo como abogado, y lo hace porque quiere.

Al entrar en la pista de aterrizaje privada, no veo ningún avión en las inmediaciones. Saco el móvil y llamo a Amy para decírselo; le gustará saber que he llegado antes que ellos.

Responde después del primer tono.

—¿Estás con él?

Me río porque no se ha molestado ni en saludar.

—No. Todavía no han aterrizado. Me debes un montón de horas, ¿sabes? Debería estar cenando con...

—Sí, lo sé. No tienes por qué hacer ostentación de que tienes sexo en estado puro esperándote en casa. Ya lo sé. Si estuviera casada como un hombre así, probablemente también te lo echaría en cara, pero necesito que estés ahí esta noche. Y esto me recuerda que estaba a punto de llamarte porque ha habido un pequeño cambio de planes. La secretaria de Bruno se ha puesto en contacto conmigo hace solo cinco minutos para decirme que esta noche solo vendrían su hijo y su esposa. Al parecer, ha habido un problema con uno de sus mejores clientes y solo puede arreglarlo él. —Hace una pausa y oigo un barullo en el otro extremo de la línea—. Perdón, ya estoy contigo. ¿Qué más...? ¡Ah, sí! Tienes que llevar a cenar a su esposa y a su hijo.

Bueno, no era eso lo que más me apetecía hacer un viernes por la noche.

—¡Agg, Amy! ¡Me muero! No quiero tener que aguantar a una mujer florero ni a un niño pijo charlando de idioteces cuando podría pasar la noche con Ben. Sabes mejor que nadie que no estamos pasando por nuestro mejor momento y...

Y así es. No lo estamos. Es decir, a veces, Ben y yo somos como unos amigos raros viviendo bajo el mismo techo; nos saludamos y preguntamos qué tal nos ha ido el día, pero no hay más intimidad. Si no fuera por el sexo, como el inusual encuentro de hoy, probablemente podría considerársenos más unos compañeros de piso que una pareja. Entre nosotros existe una creciente desconexión emocional, y los días malos parece imposible de superar.

—Lo sé, Cathy. Y lo siento. Si lo hubiera sabido antes de que te fueras, habría enviado a Ryan. Pero, bueno, cuando llegues a casa, quizá Ben quiera una segunda ronda.

—¿En serio, Amy? No debería haberte contado por qué he llegado tarde esta mañana. No volveré a ser sincera contigo. No pienso confiarte nada más, porque...

—Cathy, cállate y escucha la voz de una auténtica HDP. Ve a cenar con esa gente, emborráchate, come ostras o cualquier otro afrodisíaco, luego regresa a casa para tirarte a tu marido. Todos tus problemas surgen porque no estás haciéndolo lo suficiente. Si yo estuviera casada con Ben, en serio, follaría con él tan a menudo como parece necesitar, que aparentemente es bastante a menudo. Por cierto, no quiero meterme en tus asuntos, pero cuando has llegado tarde esta mañana, venías tan ruborizada que he pensado que tenías fiebre. Solo te he

preguntado qué te pasaba porque es mi deber como superior tuya.

Sí, ya, claro...

—Porque soy tu coordinadora de ventas favorita. ¿HDP?

—Hija de puta.

Las dos nos reímos. Amy es un torbellino pelirrojo, no tiene vergüenza ni nada que se le parezca. Tiene treinta y ocho años, se ha divorciado dos veces y es una fuerza de la naturaleza. Tiene más pelotas que muchos hombres, maldice como un marine, le encanta el sexo, los hombres más jóvenes, y siempre que puede utiliza sus deslumbrantes y sexis miradas a su favor. En serio..., esta mujer ha perfeccionado de una forma brutal la mejor manera de balancear las caderas.

—Vale, HDP, ¿los llevo a cenar al Ritz? —pregunto, sonriendo al teléfono.

—Sí, cielo. Cuando llegues, haz saber que vas de parte de Bruno. Deberían conducirte a la mejor mesa disponible. Y, por favor, Cathy, juega bien tus cartas y usa esos ojos verdes con la esposa del jefe. Seguramente sea la clase de mujer que se queja si el *foie gras* no está en su punto.

—Amy, ya lo sé. ¿Por qué crees que me pagas tanto dinero si no es para que haga bien mi trabajo? Siento haberme desahogado contigo. Demasiada tensión.

—Lo sé, pero no es para tanto, cielo. Bruno acaba de comprar la cadena, y necesito que seas todavía más perfeccionista que de costumbre. Esto podría significar un ascenso para las dos. Y sabes que lo siento por tu matrimonio, pero si le dijeras a Ben cómo te sientes, podrías ahorrarte mucho sufrimiento —dice, con un hondo suspiro.

—Sí, ya. Pero es más fácil decirlo que hacerlo. No te preocupes, me ocuparé de la mujer florero como si fuera mi suegra y también de su hijo.

—Bueno, entonces todo irá bien —responde Amy, riéndose.

Al oír el fuerte ruido de los motores, me vuelvo a mirar al cielo oscuro. Aparece un *jet* privado.

—Amy, tengo que dejarte. El avión está a punto de aterrizar. Deséame suerte. Espero no decepcionarte.

—Nunca me defraudas, cariño. Ve a por ello, sex-bomb.

Me río para mis adentros mientras pongo fin a la llamada. No sé por qué Amy insiste en llamarme «sex-bomb» cuando soy una chica del montón: pelo rubio y liso, ojos verdes, labios demasiado gruesos y un cuerpo flaco. La talla xs de camiseta.

Robert, el conductor, sale de la limusina y se acerca a mí.

—Bueno, señora Stanwood —me grita por encima del ruido—, esperemos que este nuevo jefe sea un buen tipo.

Lo miro y sonrío.

—Espero que sí, Robert. No queremos trabajar peor de lo que estamos haciéndolo, ¿verdad?

Según se acerca a nosotros el *jet*, pienso en lo que me acaba de decir Amy, que no tener suficiente sexo con Ben es la raíz de nuestros problemas.

Ojalá fuera tan sencillo...

El sexo no es un problema. Ni tampoco el amor. Amo a Ben tanto como la primera vez que nos dijimos esas hermosas palabras el uno al otro, pero por cada bebé que el destino robó de mi cuerpo, por cada vida, una parte de mí murió y fue enterrada con ellos en la fría y dura tierra. El primer aborto me provocó un doloroso agujero en mi interior, el segundo lo hizo más grande y el tercero casi me rompió.

El tiempo ha alimentado ese agujero con un inevitable aburrimiento, monotonía y resentimiento hacia la vida, hacia Ben e incluso hacia mí misma, por no ser suficiente mujer. Las dudas han hecho que lo que ya consideraba un paseo intenso se convirtiera en un viaje con turbulencias que solo te da un respiro al llegar al final.

El final.

Sí, las dudas. Se filtran en el torrente sanguíneo, inundan cada grieta de tu cerebro con preguntas reiteradas sin respuestas reales. ¿Es el amor un pegamento lo suficientemente fuerte para volver a unirme? ¿Es el amor que sentimos Ben y yo lo suficientemente fuerte como para mantenernos juntos y permitir que nuestro matrimonio salga a flote?

Con este enorme agujero en mi interior y las burlonas dudas como constante compañía, me siento vacía, irritable, y temo la intimidad con mi propio marido. La intimidad física no será quien cierre esa brecha.

El avión se detiene finalmente después de un aterrizaje perfecto.

—Bueno, ha llegado la hora de la verdad —le digo a Robert—. Vamos a demostrar lo que valemos. —Le guiño un ojo y me pongo en movimiento, haciendo repiquetear mis *stilettos* en el pavimento.

Espero que este tipo no cambie demasiado la dinámica de la oficina.

Cuando por fin se abre la puerta del *jet*, aparece una rubia vestida de punta en blanco. Se queda inmóvil como una estatua, y su cuerpo, envuelto en tonos crema, parece pertenecer a una pasarela de moda de Chanel en París. Lleva el pelo rubio ceniza recogido en un moño francés, lo que hace patente su ausencia de arrugas. Si es la esposa florero, ya la odio. Y detrás... aparece un...

Espera, ¿se supone que ese es el hijo? Esperaba un adolescente con la cara

llena de espinillas.

¡Oh, Dios mío!

No, ese cuerpo no es el de un chico. Pertenece a un hombre. Si ese es el hijo del señor Radcliff, no se parece nada a lo que me había imaginado. Por un lado, ese tipo rubio no es un adolescente. Y, por otro, no tiene ninguna espinilla en ese rostro perfecto. Y, bueno, es casi veinte centímetros más alto de lo que esperaba.

El hombre que sigue a la señora florero de piel perfecta y sin arrugas lleva unos vaqueros caídos que permiten ver la cinturilla de la ropa interior de Armani a cada paso que da y un camisa Oxford color rosa pálido con los tres primeros botones abiertos, dejando a la vista su torso, bronceado y muy musculoso.

Este tipo emana confianza y *sex appeal*. Apuesto algo a que si me acerco a él tratando de captar su olor, constataría que huele a sexo puro. Incluso sus andares son *sexis* como el infierno. ¡Dios mío!

Cuando subo la mirada a su cara, noto que me está estudiando con una sonrisa perezosa jugueteando en los labios. Es guapo. Su rostro finamente cincelado es del mismo tipo que los modelos que aparecen en los anuncios de Abercrombie & Fitch con los que miles de chicas sueñan besarse algún día. Pero también existe una suavidad engañosa en sus rasgos; cuando lo miras a los ojos, sabes que estás a punto de tener problemas.

Grandes problemas.

William Shakespeare dijo que los ojos son las ventanas del alma. Cuando los míos conectan con los suyos, veo en ellos peligro y quizá algo lleno de emoción. Algo prohibido. Mi instinto básico interior sabe al instante que este hombre no hace el amor con una mujer.

La folla.

Mientras sigo encerrada en su mirada, de repente me siento atrapada por la amenazante sensación de estar quedándome sin aire en los pulmones. No sé si es una premonición o un presagio, pero la sensación grita en mi cabeza instándome a correr y esconderme, a no volver nunca más. No puedo moverme. No puedo respirar. Solo parpadeo. Me llevo la mano al pecho y empiezo a frotarme la zona que cubre el corazón.

Él es peligroso.

Mi mente me grita que me aleje, mi corazón aúlla que estoy en peligro, pero mi cuerpo no se mueve. Lo único que puedo hacer es ver cómo baja las escaleras del *jet* y se acerca a mí. Su sonrisa ya no es perezosa, sino de medio lado, y poderosa como una descarga eléctrica.

Su sonrisa es embriagadora.

Y me asusta.

Me hipnotiza.

Sacudo la cabeza para obligarme a apartar la vista de esos ojos hipnóticos.

«Echa un polvo, chica. Deja de pensar en tontos presagios y en miradas maquiavélicas. Tienes que escuchar a Amy y follar más. Y sí, lo mejor será que saltes sobre Ben en cuanto llegues a casa».

Esbozo mi mejor sonrisa y me aclaro la garganta mientras doy un paso adelante.

—Hola, soy Cathy Stanwood. Encantada de conocerlos.

4

PRESENTE

Mientras regresamos a Manhattan, todavía siento un hormigueo en las mejillas, justo en el punto donde sus labios han tocado mi piel. Sin duda no esperaba que ignorara mi mano y me plantara los dos besos más electrizantes que he recibido en la cara. He sentido que me ruborizaba mientras retrocedía torpemente un par de pasos, con la mano tendida para un apretón ahora ridículo. Ha debido de notar lo afectada que estaba por ese cercano contacto, porque ha mostrado esa perezosa y estúpida sonrisa que ha hecho que vibraran mis partes femeninas — mis partes femeninas de mujer casada— cuando ha apresado mi mano con la suya, mucho más grande.

En ese momento, he notado el color extraño y exótico de sus ojos. Un azul agua puro. Precioso. También me he dado cuenta de cómo me ha recorrido de pies a cabeza con ellos, haciéndome sentir un fuerte escalofrío que me ha bajado por la espalda y me ha hecho estremecer. Ha dado la impresión de que le gustaba lo que veía, porque mientras su mirada cubría más áreas de mi cuerpo, su sonrisa se ha hecho más amplia. Cuando sus ojos se han encontrado por fin con los míos y se ha dado cuenta de que he estado observándolo todo el tiempo, me ha guiñado un ojo.

Entonces, ha sonreído otra vez.

—Encantado de conocerte, Cathy. —Esa sonrisa debería ser considerada ilegal—. Yo soy Arsen —ha añadido mientras me apretaba más la mano.

—¿Arden? —he tartamudeado—. ¿De arder?

—No, Arsen, con S en vez de D. De hecho, se podría decir que anda cerca — ha dicho con los ojos brillantes.

Es curioso que su nombre me recordara al fuego, porque sin duda parece alguien capaz de levantar ardores allá por donde pasa. Con una sola mirada, ha hecho que sintiera que mi cuerpo estallaba en llamas. Un carraspeo me arranca

de mi ensimismamiento.

—Señorita Stanwood... Cathy...

¡Mierda! Espero no haberme perdido nada importante. Me vuelvo hacia la voz y veo a Arsen sentado en el asiento de cuero con las piernas separadas. Mientras sorbe el agua, detiene la mirada en mi boca un momento más de lo necesario.

—Cathy, mi madre ha preguntado si sabe si Amy ha adquirido esa propiedad en venta o no.

—Sí, cerramos el acuerdo hace dos semanas. Me he entrevistado con un par de diseñadores de interiores que...

—Oh, no es necesario un diseñador —me interrumpe Victoria Radcliff. Sí, la mujer florero tiene nombre propio—. Solo confío en Charles. —Cuando se vuelve hacia su hijo, me sorprende lo mucho que se parecen. Claros ejemplos de la exquisita belleza rubia americana.

En ese momento suena mi móvil, arrancándome de la contemplación de la perfección.

—Perdón. Es mejor que responda a la llamada. Debe de ser Amy, asegurándose de que he llegado a tiempo.

Victoria se encoge de hombros y sigue hablando con su hijo como si yo no existiera. Me giro ligeramente hacia la ventanilla para tener algo de privacidad y respondo a la llamada.

—¿Cathy Stanwood?

—Nena, soy yo. Ya sé que estás trabajando, pero me acaban de llamar del bufete... Tengo una reunión de emergencia. Probablemente me toque trabajar toda la noche, así que no creo que regrese antes que tú. Ya estarás en la cama y dormida.

Noto unos ojos clavados en mí. Sospecho que Victoria me está observando porque interrumpe la conversación con su hijo, así que bajo la voz.

—Vale...

Ben se debe de dar cuenta de que la situación es extraña porque se ríe.

—Si te estoy molestando con la llamada, diles que se vayan al infierno. Estoy hablando con mi mujer.

—Ben...

—De acuerdo, nena. Solo quería desearte buenas noches y que no me esperaras despierta. Te amo.

Espera un segundo, seguramente a que yo le diga que también le quiero, pero no puedo. No sé por qué. Suspira de forma audible.

—Buenas noches —me despido.

Espera. No es justo.

Estoy a punto de decirle algo más significativo cuando le oigo soltar el aire y colgar.

«Mierda... Mierda... Mierda...». ¿Por qué siempre me porto como una bruja cuando él es tan tierno?

Frustrada conmigo misma, suelto el móvil dentro del bolso y levanto la mirada, esperando que Victoria me esté lanzando dagas con los ojos. Pero no es así; está observando el paisaje por la ventanilla. En cambio, mis ojos se encuentran con otros color agua.

Ha sido Arsen quien ha estado observándome todo el tiempo.

Arsen me está haciendo sentir muy incómoda. Sigue observando cada uno de mis movimientos, lo que resulta muy desconcertante. No sé por qué. Es mucho más joven que yo y, por lo general, no me encojo delante de los hombres, ni siquiera cuando están tan buenos como el que tengo sentado al lado.

Estoy acostumbrada a que me observen, a que coqueteen conmigo, pero nunca me siento incómoda por una simple mirada.

No así.

Nunca.

Y jamás me remuevo inquieta en el asiento, ni siquiera cuando Ben está tratando de hacerse el gracioso y el perverso a la vez. Pero este tipo me está haciendo sentir muy incómoda. Es como si la intensidad de su mirada estuviera haciendo un agujero en mi piel.

Rompo el contacto visual y busco mi copa de pinot noir. Por un momento, me pierdo en el sabor del vino, degustando sus notas afrutadas mezcladas con cálidas especias y tonos terrosos. Dejo que el delicioso caldo se deslice en mi boca, penetrando en mis papilas gustativas, mientras evito mirar al hombre que está sentado a mi izquierda y a la mujer que ocupa un lugar enfrente. En cambio, me recreo en la imagen del restaurante que Arsen ha elegido en lugar del Ritz. Homme es el lugar de moda en Nueva York en este momento. Tanto *Zagat* como *The New York Times* o *The New Yorker* se han rendido a él. Me sorprende que nos hayan aceptado sin reserva, porque he oído que la lista de espera es de un mes.

Supongo que no debería estar sorprendida. Arsen parece conocer a mucha gente aquí esta noche, así como la señora Radcliff. Miro a mi alrededor, tomando nota de la lujosa y valiosa decoración. Todo es blanco o de cristal. Las lámparas

son una mezcla entre diseños clásicos de cristal transparente y grandes masas de aspecto sueco con bombillas blancas y opacas. Estéticamente resulta muy bonito y con aire zen. Por otro lado, la música es fuerte, en plan ibicenco. La yuxtaposición de sonidos *techno* en los oídos mientras comes un plato valorado en cien dólares es bastante gracioso si lo piensas bien.

Pero funciona.

Sonrío al camarero cuando se acerca a llenar mi copa casi vacía; no me doy cuenta de la proximidad de Arsen hasta que noto el susurro de su aliento cálido contra la oreja.

—¿Por qué a mí no me sonríes así?

Siento su dedo meñique en el exterior del muslo cuando apoya la mano en el borde de mi silla para inclinarse hacia mí. Su cercanía me inunda. El insignificante contacto de nuestros cuerpos hace que quiera apartarme, y sus palabras me dan ganas de levantarme para huir de él y de lo que me hace sentir.

Excitación.

No sé qué hacer ni qué decir, así que me vuelvo hacia la señora Radcliff para ver si nos está mirando. No lo hace. Tiene la cabeza gacha, como si estuviera enviándole un mensaje de texto a alguien. Trato de alejarme de Arsen y de su boca cuando de repente me pone la mano en la rodilla. Es tan grande que me la cubre por completo.

—¿Por qué me tienes miedo? No muerdo a menos que me lo pidan. Y si lo hicieras...

Carraspeo y le retiro la mano de mi rodilla con suave firmeza. No conozco a este tipo, y no debería estar tocándome así.

Ignoro a la parte de mí, de mi cuerpo, que disfruta de su contacto.

Miro a Arsen tratando de pensar en Ben, dispuesta a decir algo cortante que lo ponga en su lugar, pero no lo hago. En cambio lo observo mientras se lleva a la boca el dedo con el que hace un minuto me tocaba la pierna y lo lame con la lengua provocativamente. De alguna forma, me da la impresión de que puede saborearme. Tengo la garganta seca, no puedo negar lo erótico que lo encuentro.

Arsen me mira con deseo mientras se endereza en su silla y sonrío con ganas. Luego se inclina para coger la copa de vino y vacía el contenido de un solo trago. Sé que es necesario que diga algo, pero no puedo. Muchos pensamientos dan vueltas en mi cabeza: miedo, disgusto, sorpresa..., pero el más fuerte de todos habla de lujuria.

Su arrogancia me hace sentir cosas. La forma en la que me está mirando, en la que me está sonriendo y el roce de su lengua en el dedo hace que me humedezca.

Me sorprende descubrir que quiero que sea mi lengua la que recorra su dedo. Que quiero separar las piernas, agarrarle la cabeza y guiar su lengua a mi interior para que pueda beber de mí, tragarme como si fuera el vino. Quiero que me saboree en su lengua.

Alarmada por la dirección que han tomado mis pensamientos, busco mi voz para responderle y evitar mi propia imaginación.

—Er... perdón...

No termino la oración, porque Arsen se lleva el dedo índice a la boca para indicarme que no diga nada más.

¿Está de broma? No puedo callarme.

Dejo la servilleta sobre la mesa, empujo la silla hacia atrás y me disculpo, diciendo que voy al cuarto de baño. No me molesto en mirar a ninguno de mis dos compañeros de mesa.

Tengo que alejarme.

Al salir del cuarto de baño, más tranquila, pero todavía perdida en mis pensamientos, no veo que Arsen se acerca a mí hasta que se detiene justo delante.

—Hola... —Hay un tono burlón en su voz.

—Hola —respondo secamente. Tengo que volver a la mesa, quiero que la noche termine de una vez; cada vez estoy más incómoda. En realidad son los pensamientos que él provoca en mi mente lo que me hace sentir incómoda.

—¿He dicho algo que te ha molestado cuando estábamos en la mesa?

—Mmm, no... En... en ab... absoluto... —tartamudeo nerviosa.

—¿De verdad? —Se acerca a mí y levanta una mano, pasando los dedos por mi hombro en una lenta caricia. Quiero dar un paso atrás, pero no puedo moverme. Me he quedado paralizada bajo su hechizo—. Porque cuando lo hice, pareció que te molestaba mucho.

—Por favor, deja de hacer eso... —pido sacudiendo el hombro.

—¿Por qué? ¿Qué te parece si pasamos de mi madre y nos divertimos tú y yo? —pregunta, apoyando el hombro en la pared para arrinconarme.

—No. No puedo. —Sé que me estoy ruborizando bajo su escrutinio.

—¿Por qué? Podemos pasarlo muy bien.

—Porque... porque estoy...

¿Es que no sabe que estoy casada?

—Me gustas. Hay algo en la rigidez de tu conducta que me hace querer averiguar si tienes un lado salvaje.

Me dice todo eso mientras permanece ahí, tan fresco y compuesto. Tan seguro

de sí mismo. Tan engreído.

—No. No me has dejado terminar de hablar. No puedo. Estoy casada y no me interesas. Ahora, ¿podrías echarte a un lado para que pueda volver a la mesa con tu madre?

—¿Estás casada? No llevas alianza —dice, señalando mi dedo.

—Bueno, porque hoy me he olvidado de ponerla —replico mientras me froto las manos.

—Todavía podemos pasarlo bien, ¿sabes? Incluso mejor, ya que puede ser un rollo de una sola noche. —Se aleja de la pared y se inclina para hablarme al oído —. Puede ser nuestro secreto.

Lo empujo con fuerza.

—¿Pero qué te pasa? No nos conocemos. ¿Es que siempre te funciona ir por ahí intentando ligar con las mujeres?

—Sí, siempre.

—Vale, pues conmigo no te va a servir de nada. Estoy casada y no tengo ningún interés en ti. Fin de la historia. Ahora, por favor, deja de retenerme aquí.

Enfadada y ofendida, me doy la vuelta y me alejo de él. No puedo creer lo que quiere este hombre. Acabo de conocerlo y ya me está haciendo insinuaciones repugnantes.

Regreso a la mesa y me siento junto a Victoria, fingiendo que lo que acaba de ocurrir a la salida del baño entre su hijo y yo en realidad no ha pasado. Que no me ha dicho nada de lo que he oído. Incluso aunque quizá lo haya considerado durante una mínima fracción de segundo.

Me digo a mí misma que no me he sentido tentada.

Cuando Arsen regresa, no me ignora como pensaba que haría. Sigue coqueteando, aunque ahora su sonrisa no llega a los ojos. Ahora parecen fríos y vacíos.

Cuando llego a casa me siento sucia y culpable. No sé por qué. No debería sentirme así. No es que le haya pedido a Arsen que me siguiera al cuarto de baño y me dijera todas esas cosas. No es que haya coqueteado con él.

No lo he hecho. En absoluto.

Pero sigo sintiéndome culpable.

Las emociones contradictorias que me atraviesan crean una caótica confusión en mi mente que estimula mi conciencia con ese único resultado.

Quizá una pequeña parte de mí ha querido decir que sí.

5

PASADO

—¿Qué te pasa? —me pregunta mi padre cuando nos sentamos a cenar.

—¿A qué te refieres? —Cuando cojo el vaso de agua, noto que la mano me tiembla un poco.

—Cathy, desde que has llegado de la universidad no has dejado de sonreír. —Estudia mi cara—. ¿Has conocido a alguien?

—Quizá... —suelto antes de meterme en la boca un bocado de pasta.

—Ya me imaginaba yo... Tienes una de las sonrisas más grandes que he visto en mucho tiempo. Deberías sonreír más, cariño. Me hace feliz.

Rara vez sonrío. Al menos desde que mi madre se fue. No tenemos noticias de ella desde hace más de ocho años, y dudo que volvamos a saber qué es de su paradero, así que las sonrisas son escasas en mi vida. Solo hay tres cosas que me las arrancan: obtener buenas notas, mi padre y un buen libro.

—No te preocupes, papá. Sí, hoy he conocido a alguien. Creo... Creo que ha sido la experiencia más increíble de mi vida.

—Cathy...

—No, todavía no ha sucedido nada, así que no fibriles. Chocamos bajo la lluvia.

—¿Qué quieres decir con eso de la lluvia?

—Papá, olvídalo. Solo he conocido a uno de los chicos más guapos que he visto en mi vida.

—Querida, creo que dices eso de todos los chicos guapos que ves.

—Sí, quizá... Pero esta vez es de verdad, papá.

Permanece callado durante un minuto mientras nos miramos el uno al otro.

—Solo quiero que tengas cuidado. Nunca te había visto tan emocionada por un chico. Ni siquiera cuando saliste con esos dos idiotas.

—Papá...

—Vale, lo dejo ya, pero si quiere salir contigo, será mejor que esté dispuesto a conocerme.

—¡Papá! —exclamo. A veces mi padre se deja llevar, pero tiene razón. Tengo que tener cuidado. La última vez que entregué mi corazón, acabó hecho pedazos.

Mis dos exnovios, los únicos chicos a los que he querido y con los que me he acostado, desaparecieron de mi vida hace mucho tiempo, aunque todavía me acuerdo de ellos. Jack tenía el pelo castaño claro, llevaba gafas y era muy alto. Resultaba atractivo, pero no era guapo. Resultón, como yo. Mi otro novio, Matt, era muy guapo, tanto que siempre me pregunté por qué estaba conmigo. Nuestra relación fue convencional, y su amor por mí, nada fuera de lo normal. Sin embargo, yo lo quería muchísimo, lo deseaba con todas mis fuerzas. Cuando cortó conmigo porque ya no sentía nada por mí, me rompió el corazón. Me dejó destrozada. Desde que dejé el instituto y empecé la universidad, no he vuelto a salir con nadie. Necesito mantener la media para no perder la beca.

Cuando termino de cenar, subo corriendo para estudiar un poco antes de que mi padre me haga más preguntas. Cierro sigilosamente la puerta y luego me miro en el espejo de cuerpo entero de Ikea.

Entiendo a qué se refería mi padre. Tengo las mejillas sonrojadas, y la sonrisa que inunda mi cara es tan grande que los hoyuelos se han hecho más profundos. La chica que veo en mi reflejo parece haberse tragado una enorme píldora de la felicidad.

Me cubro la boca con las manos y suelto un gritito silencioso mientras realizo una extraña danza que incluye algunos movimientos de baile del vídeo de *Mister Roboto*. Bueno, ya sé, pero, aun así, ¡vamos, vamos! Me siento tan aturdida y tengo tantas mariposas en el estómago que me sorprende que mi cuerpo siga pegado al suelo y no levite. Me siento ligera y viva.

La espera hasta el viernes no es para morderse las uñas de la impaciencia. Ben me llama cada vez que me dice que va a hacerlo; lo primero que ven mis ojos cuando me despierto son sus mensajes de texto, y su voz es el último sonido que escucho antes de irme a la cama.

La noche anterior a la cita del viernes por la noche hablamos por teléfono durante dos horas. Me estoy quedando dormida y él también, así que le digo que debemos interrumpir la llamada.

—No quiero colgar. —Se ríe—. ¿Y si nos quedamos dormidos escuchando la voz del otro? Podría ponerme en plan caliente si te apetece...

Me río de su tontería mientras lo imagino arqueando las cejas de una forma atractiva y perversa a la vez.

—De eso nada... Oh, no, tío. No te pongas a pensar guarradas. No pienso tener sexo telefónico contigo. Apenas te conozco...

Al escuchar su risa, sonrío al aparato. Cuando Ben vuelve a hablar, su voz se ha vuelto más profunda, pero, de alguna forma, sé que sigue sonriendo.

—Bien, se sabe que el sexo telefónico sirve para dormir mejor... Un sueño más profundo, ya me entiendes... —Se burla.

Suelto una risita.

—¿En serio?

—Sí. Es el mejor método que hay. Incluso me ofrezco como voluntario. —Riendo, le deseo que duerma bien y pongo fin a la llamada. Si me conozco bien, y creo que lo hago, estoy segura de que me estoy empezando a enamorar de alguien al que ni siquiera conozco.

Pero resulta tan fácil...

Estoy tan nerviosa que no he comido nada en todo el día.

Esta noche es el remate perfecto para un día de septiembre. Cálida, pero con una brisa que refresca la piel. Como no sé a dónde va a llevarme Ben, elijo un vestido rosa pálido bastante corto, con aplicaciones de encaje en las mangas y el escote. Es femenino y bonito, quizá un poco sexy de más cuando lo combino con unos zapatos de cuña que hacen que mis piernas parezcan más largas. La verdad es que vestirme de esta manera no es habitual en mí, pero quiero estar lo más guapa posible para Ben. En serio, quiero que le guste mirarme.

Cuando me estudio en el espejo, me alegra notar que, en efecto, mi aspecto es impecable. La sombra de ojos color champán hace resaltar el color de mis ojos, y el colorete que me he aplicado hace más pronunciados mis rasgos. Y sí, mi pelo ha decidido colaborar esta noche, porque no se ha rizado mucho. Sonrío a mi reflejo y me aplico un brillo rosa en los labios mientras decido que es difícil que pueda tener mejor aspecto.

Estoy decidiendo qué pendientes llevar cuando oigo un golpe en la puerta. ¡Mierda!

Es mi padre quien va a abrir la puerta.

¡Oh, Dios mío! Esto se pone interesante.

No me molesto en ponerme los pendientes, los lanzo al bolso y corro hacia las escaleras. Necesito bajar antes de que mi padre diga algo que me haga pasar vergüenza. Cuando llego al pie de las escaleras, me quedo paralizada. No puedo creer lo que veo.

Ben está en el vestíbulo, dentro de mi casa, y sostiene en las manos un enorme ramo de...

Espera un momento... ¿Son *cupcakes*? Sí, creo que sí.

Ben se acerca a mí mientras mi padre me mira con una expresión que dice claramente «¿Quién cojones se cree este tipo que es?».

Pero yo solo veo la sonrisa más bonita en los labios del hombre más guapo que he visto en mi vida, y la esboza para mí... ¡Para mí!

Pensaba que había idealizado su recuerdo, pero me he equivocado. Sus ojos castaños, del mismo tono del jarabe de arce, brillan como si fueran de cristal líquido, y un leve rubor cubre sus pómulos marcados.

Incluso a pesar de la altura de las cuñas, es mucho más alto que yo, y me mira con tanta ternura que me hace morir de deseo. De hecho, me tiemblan las rodillas.

Ben se queda quieto, mirándome durante un segundo... que parece eterno. De todas formas, ¿quién está llevando cuenta del tiempo? Cuando por fin habla, sus palabras son tan suaves que me dejan sin aliento.

—Quería decir algo ingenioso y divertido cuando te viera de nuevo, pero es como si mi cerebro hubiera hecho cortocircuito. —Cierra los ojos y gime—. A ver, estás guapísima.

Noto que me pongo como un tomate mientras escucho que mi padre se aclara la garganta, tratando de recordarnos que todavía está en la habitación. Después de que me entregue el pesado ramo de *cupcakes*, le pregunto por qué me ha traído tantos. No voy a poder comérmelos todos.

Ben se sonroja de nuevo.

—La otra noche, cuando estábamos hablando de tus comidas favoritas, me dijiste que eras capaz de comerte un *cupcake* cada día de la semana. Así que se me ocurrió que si te traía los suficientes para los siete días, querrías volver a quedar conmigo cuando se te acabaran, aunque solo fuera para que te trajera más.

¡Oh, Dios mío! Ahora estamos los dos rojos.

—Mmm... Gracias. —¿Este chico es real?

Me disculpo, dejando a Ben con mi padre en el vestíbulo, y voy a la cocina para dejar el ramo de *cupcakes* en la encimera. Cuando vuelvo, Ben y mi padre están frente a frente. Mi padre tiene los brazos cruzados y una expresión de irritación. Ben se ha metido las manos en los bolsillos mientras se balancea sobre los pies; parece incómodo. Quiero reírme, porque Ben debe de ser unos quince centímetros más alto que mi padre y mucho más grande, pero parece nervioso

igual. Es divertido verlo así.

—Cathy solo tiene dieciocho años, así que será mejor que no la lleves a un bar. Recuerdo muy bien cuando tenía tu edad, sé lo que quieren los chicos y lo que les gusta hacerles a las niñas guapas como mi hija, así que será mejor que no atrevas a ello, hijo. Si llega a casa oliendo a alcohol o si trae la ropa desarreglada, no me va a gustar nada.

Que se abra la tierra ya. ¿En serio, papá? Medio espero que Ben me coja en brazos y me libere de esto.

—No, señor. No dejaré que beba alcohol.

—¿Cuántos años tienes, hijo? —pregunta mi padre, estudiándolo fijamente.

—Tengo veintidós años, señor —dice Ben con las mejillas rojas, pero sin romper el contacto visual con mi padre—. Estoy haciendo el primer curso en la escuela de leyes de Columbia, señor.

—Mmm... Quieres ser abogado. ¿A qué rama del derecho pretendes dedicarte?

Bueno, esto casi podría considerarse acoso. Tengo que intervenir antes de que mi padre asuste a Ben y este se largue de casa, dejándome sin cita... y sin sexo.

«¡Esta noche quieres llegar al menos a tercera base, calentorra!», me recuerda la Cathy más cachonda.

Me aclaro la garganta para interrumpir el interrogatorio.

—Bien... Lo siento. Estoy preparada, Ben. ¿Nos vamos?

Ben mira a mi padre y luego a mí, sonriente.

—Sí, cuando tú digas.

Le doy un beso a mi padre y, con una sonrisa, le digo que no se preocupe. Ben me ayuda a ponerme la chaqueta, pero cuando creo que va a acompañarme a la puerta, se aleja de mi lado para acercarse a mi padre. Le tiende la mano.

—No se preocupe, señor. Cuidaré de su hija. Gracias por confiármela.

¡Guau! Oír que Ben le habla a mi padre de esta manera hace que mis entrañas se derritan.

Mi padre sonrío por primera vez en la noche. Estrecha la mano de Ben y nos desea que lo pasemos bien. Estoy a punto de abrir la puerta cuando Ben me detiene.

—No, deja que abra yo. Ese era el trato, ¿recuerdas? —me dice con suavidad.

—¡Oh, claro!

Me coge la mano sonriente y entrelazamos los dedos por primera vez. Me alegro mucho de tener manos. La última vez que le di la mano a un chico fue a mi ex, hace dos años.

¿Significa esto que le gusto a Ben?

«¡Venga ya, chica! ¿Por qué crees que te ha traído *cupcakes*? ¿Para ver cómo te los comes? Claro que le gustas. Tiene muchas esperanzas en esta noche... Dale vía libre y abre las piernas».

Cathy la cachonda aparece en los momentos más inoportunos.

Apenas soy consciente de que salimos de la casa y vamos al coche. Estoy sentada en el frío asiento de cuero pensando en andar cogidos de las manos y en las voces guarras que oigo en mi mente cuando siento los ojos de Ben sobre mí. La forma en la que me mira...

De repente, en el coche hace calor, mucho calor. Noto que Ben sigue el movimiento de mis manos cuando me froto las piernas.

—¡A la mierda! —dice Ben—. Ya no puedo esperar más.

Me pone la mano en la nuca y me sube encima de él. Sabía que era fuerte por los músculos que adivino que tiene, pero no pensaba que lo fuera tanto. Cuando me coloca a horcajadas sobre su regazo, nuestros labios se encuentran por segunda vez, y es como si me me succionara el aire lenta y deliciosamente, con ternura. Su boca es suave y dulce, me besa como si la mía estuviera hecha de vidrio. Al principio es gentil, pero cuando nuestras lenguas se tocan, el fuego explota en mi interior, y dentro de él... Dentro de los dos.

El beso ya no es dulce. Ni tierno. Se vuelve agresivo, salvaje, voraz, intenso... Nuestros dientes chocan, nuestras lenguas se buscan. Es un beso desatado.

Y me encanta. ¡Oh, cómo me gusta!

Cuando separamos los labios, jadeamos, tratando de recuperar el aliento. Al mirarnos el uno al otro en el pequeño espacio que hemos permitido ahora que separe nuestros cuerpos, noto la forma en la que tenemos las manos hundidas en el pelo del otro, con los puños cerrados, acercando nuestras caras como si dependiera de ello nuestra vida.

No me lo puedo creer. No puedo. Sencillamente no puede estar ocurriendo en la vida real.

—Joder, Cathy... Casi me haces perder el control, ¿eh?

Trago saliva mientras trato de desentrañar los pensamientos que proceden de dos partes diferentes de mi cuerpo: de mi cabeza y de debajo de mis bragas, pero lo único que soy capaz de hacer es sacudir la cabeza y sonreír.

Ben se ríe, me besa con rapidez en los labios y me baja de su regazo. Una vez de vuelta en mi asiento, me pone una mano en la rodilla.

—Lamento haberte dado esa clase de beso. Había pensado tomarme mi tiempo esta noche..., ir despacio, ya sabes... Pero cuando te he visto aparecer con ese vestido tan sexy, con esas piernas infinitas y tan jodidamente preciosa..., quería

saltar sobre ti en ese mismo momento, incluso aunque estuviera delante tu padre, pero he pensado que entonces no te dejaría salir de casa. Y después de este beso... —Se detiene, me coge por la barbilla para girarme la cabeza—. Mírame, Cathy... Quiero ver tus ojos. —Aplica una leve presión en mi barbilla—. Necesito verte de nuevo

Estoy sonrojada, así que me alegro de que el interior del coche esté oscuro.

—Pero la cita no ha empezado todavía... ¿Cómo sabes que quieres volver a salir conmigo si ni siquiera hemos comenzado la primera cita? —pregunto con un hilo de voz. Tengo miedo, porque quiero que sus palabras sean verdad. Me gusta. Me gusta mucho.

Retira la mano de mi rodilla y busca mis dedos para llevárselos a la boca. Me da un beso en la palma.

—Sé que es así. Estoy seguro de algunas cosas de la vida; por ejemplo, da igual lo que hagas, la muerte siempre te alcanzará. Tienes que trabajar mucho para poder vivir la vida como quieras, ser feliz para disfrutarla, y amar con intensidad para gozar a fondo... Y ahora tú.

—Ah...

¡Ding! ¡Ding! ¡Ding!

¿Me acaba de tocar la lotería?

Cuando estamos sentados en Serendipity, un grupo de chicas muy guapas se acercan a nuestra mesa para preguntarle a Ben si es Benjamin Stanwood, el ex *quarterback* de la universidad de Florida. Un poco sonrojado, Ben les dice que, en efecto, es él, lo que hace que las chicas se pongan a chillar y le pidan un autógrafo. Mientras ellas coquetean con él, Ben me coge la mano. Todas me miran como si estuvieran preguntándose cómo demonios una chica insulsa como yo ha terminado con un macizo como él.

Lo mismo que me llevo preguntando yo toda la noche.

Ben se aclara la garganta.

—Lo siento, chicas. Aquí tenéis los autógrafos. Gracias por saludarme, pero estoy tratando de impresionar a mi chica, y hasta ahora no lo he conseguido.

Ellas vuelven a mirarme con una expresión de ira e incredulidad escrita en su rostro. Nunca he sido el tipo de persona que se regodea ante los demás cuando algo le sale bien, pero en este momento una parte malvada de mí quiere ponerse en pie, hacer gala de mi mejor expresión de chica de Queens y chasquear los dedos ante sus caras de plástico mientras les digo: «Chupaos esa, zorras».

Pero no lo hago.

Me limito a apretar la mano de Ben con más fuerza. Nuestras miradas se cruzan, y lo que veo en la suya me hace levitar.

El resto de la noche pasa sin enterarme. No recuerdo mucho, salvo la ternura que brilla en sus ojos cuando me mira, su sonrisa dulce pero coqueta cada vez que sus manos me rozan de forma accidental las nalgas o las tetas, la expresión complacida y presumida que aparece en su cara después de cada beso que compartimos, y que a mí me deja aturdida y con la vista nublada. Pero lo que mejor recuerdo es que nunca me suelta la mano, casi como si fuera suya o ese el lugar al que pertenece.

Después de que me deje en casa, tras besarme como si estuviera a punto a acabarse el mundo, me voy a mi dormitorio como una zombi. Pero el alocado latido de mi corazón es la prueba de que sigo viva, ¿verdad?

Cuando estoy acostada en la cama, no recuerdo haberme desnudado ni puesto el pijama o limpiarme el poco maquillaje que me ha quedado después de la ardiente e intensa sesión de besos que acabamos de tener en el coche, frente a mi casa. Siento los labios entumecidos, pero hormigueantes, como si estuvieran en llamas. Están calientes al tacto, casi como si ardieran desde dentro.

Noto los pechos doloridos por sus manos, los pezones todavía duros, y, entre las piernas, me siento hinchada y en carne viva por las caricias de sus dedos, aunque es una sensación agradable.

Muy agradable.

Mi cuerpo canturrea de emoción porque de nuevo está vivo. Ha pasado mucho tiempo...

Miro fijamente las sombras que juegan en el techo del dormitorio e intento cerrar los ojos, pero no puedo. Imágenes en las que él me toca, susurrándome lo que quiere hacerme, lo que tiene que controlarse para no llevarlo a cabo... La sensación de su erección en mi mano.

Todavía estoy aturdida cuando suena mi teléfono. Respondo sin mirar la pantalla, y sonrío al escuchar su voz.

—Hola, Cathy.

—Hola.

—Te echo de menos —confiesa con la voz ronca.

—Yo... yo también a ti.

—¿También qué?

—Mmm... no sé si debo decirlo —susurro.

—Maldita sea, Cathy. Todavía estoy aturdido. Lo he estado desde que nos

besamos en el coche, cuando te recogí. No he podido salir de ese estado... y tampoco quiero hacerlo.

Lo oigo coger aire y soltarlo.

—No puedo cerrar los ojos, porque, cuando lo hago, solo te veo a ti. Cuando respiro, solo te huelo a ti. Y preferiría tenerte a mi lado de verdad y no en un sueño. ¿Cuándo podemos volver a vernos? Prometo no saltar sobre ti como un hambriento..., pero, ¡por Dios, Cathy!, ¿te haces una idea de lo que me haces? ¿De lo que quiero hacerte? ¿De lo que te he hecho en el coche?

—Sí.

—¿De verdad? Bueno, joder...

—Shhh... Déjame hablar. Sé cómo te sientes, porque me siento igual. Estoy en el mismo estado que acabas de describir... y más —confieso.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—Estoy condenado...

Silencio.

—¿Cathy? —pregunta Ben.

—¿Qué?

—Me gustas. Me gustas de verdad.

—Tú también me gustas.

—Joder, quiero..., no, tacha eso..., necesito verte otra vez.

—Yo también.

—¿Mañana?

—Sí.

—¿Y pasado mañana? ¿Y al otro?

—Sí. Sí.

—Cathy...

—Ben...

—Buenas noches, preciosa. Gracias por salir conmigo.

—Buenas noches, Ben. Gracias por pedírmelo.

—¿De verdad tenemos que colgar?

—¡Sí! Buenas noches —digo, riéndome.

Cierro los ojos, me abrazo a la almohada y ahogo un grito contra ella mientras me permito creer que esta noche mágica no ha sido un sueño.

Todavía recuerdo cómo he sentido su sonrisa contra mis labios hinchados mientras empiezo a quedarme profundamente dormida.

6

PRESENTE

—¡Oh, Dios mío!

Miro fijamente la varilla una vez más. ¿Es posible que esté ocurriendo de nuevo? ¿Es cierto?

—Oh, Dios mío...

Se me nubla la vista mientras sigo mirando la prueba de embarazo con manos temblorosas. La esperanza y el miedo chocan en mi interior y luchan por convertirse en la emoción más fuerte e intensa que crece dentro de mi pecho. Gana la esperanza.

Como siempre.

Después de dejar el test de embarazo encima de la repisa del lavabo, me llevo las manos, que sigo sin poder mantener firmes, hasta el vientre, todavía plano. Una vez más hay vida creciendo dentro de mí. No quiero sentir esperanza; no quiero pensar en las cosas rosas y azules que todavía guardo en las cajas de regalo sin abrir que conservamos en el desván. No quiero empezar a desear cosas que quizá nunca sucedan. Dios..., pero es tan fácil...

Siento que las lágrimas ruedan por mis mejillas y saco la punta de la lengua para probarlas, para saborear cada una de ellas. Por una vez, son lágrimas de felicidad, y las noto dulces. Me alejo del lavabo de porcelana y salgo corriendo del cuarto de baño en busca de Ben.

Mientras me aproximo al despacho de mi marido, percibo que los pasillos están más luminosos esta mañana. Los rayos de sol inciden en los cristales de las ventanas en el ángulo preciso para que, mientras avanzo, se refleje un arcoíris de colores en mi piel. Es curioso, pero hace mucho tiempo que no me fijaba en lo bonita que es nuestra casa. Las paredes están llenas de fotos de Ben y mías, exactamente once años de vida en común. Es difícil aceptar que el tiempo ha pasado tan rápido.

A veces, al pasar, me doy cuenta de lo joven y feliz que era en ellas, de lo enamorada que estaba. Nuestras sonrisas me recuerdan lo prometedor que pensábamos que sería nuestra existencia en común. La mirada que asoma a los ojos de esa joven me hace recordar que una vez mirar a Ben me hacía creer que todos los secretos de la vida estaban dentro de él. Que era mi respuesta para todo. Lamentablemente, he llegado a descubrir que tal idea no solo es falsa, sino imposible. Nadie posee todas las respuestas para resolver el gran enigma que es la creación, e incluso es menos probable que pueda ofrecértelas otra persona.

Sin embargo, la joven de esas fotos no parece llena de incertidumbre. Al contrario, la pareja que posa en ellas cree que tiene el mundo al alcance de su mano. Hace mucho tiempo que no veo esos sentimientos en mí cuando miro mi reflejo en el espejo.

Al acercarme al despacho de Ben, mientras cierro la distancia física que nos separa, un pensamiento está echando gruesas raíces en mi mente y en mi corazón, llenándome de esperanza. Llamémoslo ilusión, pero espero que la pequeña vida que crece en mi interior sea capaz de cerrar el espacio emocional que cada vez es más grande entre nosotros. Una brecha psicológica tan amplia que últimamente me resulta casi imposible de cerrar.

Después de todo, este es el origen de esa creciente distancia.

Al menos por mi parte.

Cuando entro en el despacho, encuentro a Ben con el ceño fruncido. Tiene una de las varillas de las gafas entre los labios mientras mira el periódico abierto en el escritorio, delante de él. El pelo oscuro y ondulado aparece desordenado, probablemente por las veces que se lo habrá despeinado con los dedos mientras está perdido en sus pensamientos. Se ha puesto una vieja camiseta gris con un enorme Columbia escrito en el pecho y unos vaqueros desteñidos; es tan grande y guapo como el día que lo conocí. Los años no han hecho mella en su cuerpo de *quarterback*; si acaso, la edad lo hace resultar todavía más masculino.

Espero que nuestro bebé sea moreno como él, y no rubio y aburrido como yo.

Cuando me oye entrar en el despacho, el ceño desaparece de inmediato y me ofrece una sonrisa magnífica, que deja al descubierto sus perfectos dientes blancos. Cuando sonrío de esa manera, a veces me recuerda a un pirata con esa piel bronceada, el pelo oscuro y los ojos brillantes.

En cuanto nota las lágrimas que caen por mis mejillas, deja las gafas sobre el escritorio, se levanta del sillón de cuero y se acerca a mí. Me pone las manos en

los hombros.

—Cathy, cariño, ¿qué pasa? ¿Por qué estás llorando?

Levanto la mirada. Las lágrimas que antes fluían lentamente empiezan a empañarme la visión cuando comienzan a caer en un rápido e intenso torrente que no puedo parar. Me inundan la cara y desbordan mis ojos. No puedo hacer otra cosa que ir hacia sus brazos y dejar que me envuelva mientras lo estrecho con ferocidad. Sí. Después de todo, hay esperanza para nosotros. Nuestro amor es suficiente.

¡Es suficiente!

Ben me rodea con fuerza para devolverme el abrazo con intensidad al tiempo que baja la cabeza hacia la mía.

—Nena, dime qué te pasa. Me estás asustando. ¿Qué ocurre? Tienes que decirme qué es para que pueda arreglarlo. Joder, nena... Por favor...

Me fundo con él y levanto las manos para encerrar su rostro entre ellas. Parece realmente preocupado. El miedo está escrito en la forma en la que aprieta los dientes, algo que hace patente en la fuerza de su mandíbula. Aquel ceño fruncido que había desaparecido al verme entrar ha regresado y se ha hecho todavía más profundo. Cuando veo aquella expresión a medias preocupada, a medias irritada en su cara, se me escapa una estúpida risita acuosa. La situación se está volviendo más cómica por minutos.

—No... Cariño... —Me pongo de puntillas para acariciarle las sienes con los dedos, para borrar su ceño—. No, cariño, no hay ningún problema. En realidad todo es... ¡Oh, Dios mío, Ben! ¡Cariño, estoy embarazada otra vez!

Ben se queda rígido. Los brazos con los que me rodea firmemente la cintura se quedan laxos. Me mira como si yo fuera un fantasma, sin parpadear y sin apenas respirar, parece en estado de *shock*. Estoy a punto de sacudirlo, de hacerlo reaccionar, cuando veo brillar la primera lágrima en sus ojos oscuros.

Me suelta la cintura e inclina su gran corpachón para arrodillarse frente a mí. Lo observo con los ojos clavados en su cabeza oscura mientras levanta mi ligero suéter de cachemira, exponiendo mi vientre plano antes de colocar un suave y cuidadoso beso en el mismo lugar donde han crecido y muerto ya tres bebés.

Este momento conmovedor está lleno de amor y esperanza, lo percibo como un nuevo comienzo.

Una segunda oportunidad para nosotros.

Ben se aclara la garganta, saliendo de su estado de conmoción.

—¿Estás segura, Cathy?

Asiento con la cabeza, porque eso es todo lo que puedo hacer.

—Oh, nena... —le oigo decir. Asiento de nuevo mientras me mira—. Joder..., vale —murmura—. Tenemos que llamar a la doctora Pajaree mañana a primera hora. Consigue una cita con ella lo antes posible. No me importa si está ocupada con la mujer del presidente, tendrá que atenderte a ti. Tienes que llamar también a Amy; así entenderá que no puedes ir a trabajar... Joder. Nena... Shhh... No llores más. Haremos todo lo necesario para que salga bien.

—Tengo mucho miedo, Ben. Deseo este bebé con todas mis fuerzas...

Estoy llorando tanto que apenas puedo distinguir las facciones de Ben cuando siento sus labios llenándome de besos. Me suelto de sus brazos y me arrodillo delante de él. Nos miramos a los ojos con intensidad. Cuando veo que Ben me observa con los ojos brillantes por las lágrimas no derramadas, puedo leer el amor que siente por mí escrito en su rostro. Espero que también él pueda ver reflejado en mis ojos el que yo siento por él.

Lo amo tanto que me duele.

—Ven aquí —me susurra con la voz ronca—. Todo irá bien, nena. Haremos que sea así...

De repente, mientras está estrechándome en un abrazo con el que me abarca por completo, la imagen de unos ojos azules atraviesa mi mente, aunque la destierro de inmediato a los confines más profundos de mi conciencia culpable. Durante el breve momento en el que Arsen se cuele en mis pensamientos, me sorprende darme cuenta de que no ha pasado un solo día desde que lo conocí, hace dos semanas, en el que no haya pensado en él. Pero, como cada vez que aparece su recuerdo, finjo que Arsen y lo que pasó entre nosotros no ha ocurrido. Vuelvo a negar que me ha hecho sentir cosas que no sentía desde hace mucho tiempo; que ha hecho que mi cuerpo vibrara con algo tan tentador y delicioso como prohibido, devolviéndolo a la vida. No tiene derecho a entrometerse ahora en mis pensamientos.

Mientras los brazos de Ben me envuelven y se tensan a mi alrededor, me obligo a creer que Arsen y sus palabras carecen de sentido y que la única razón por la que no he podido quitármelo de la cabeza es porque siempre será un desconocido. Y odio las incógnitas.

Le devuelvo a Ben el abrazo creyéndome mis palabras, aunque por un momento solo parecen excusas vacías a mis propios oídos.

Siento el aliento de Ben en mi boca mientras murmura lo feliz que lo he hecho, y que soy y siempre seré su Cathy, antes de besarme.

Todo irá bien, sí.

La vida que crece dentro de mí será capaz de sellar todos los agujeros vacíos

que he llevado conmigo durante tanto tiempo que ni siquiera el profundo amor de Ben ha podido llenar desde la primera vez que ocurrió.

Dios, quiero a este bebé con todas mis fuerzas.

Cuando dejamos de besarnos, un ruborizado Ben se retira un poco para mirarme a los ojos, con nuestros cuerpos todavía pegados. La sonrisa que hay en su rostro es tan grande que han aparecido sus hoyuelos, que me provocan para que los bese. Me da un beso rápido en la punta de la nariz y me dirige esa mirada traviesa suya, esa que significa que espera tener suerte.

—Oye, ¿quieres que lo celebremos en el sofá del amor?

Suelto una carcajada y lo empujo en el hombro.

—¿En serio, Ben?

Un sonriente Ben se inclina hasta que nuestras narices se tocan.

—No puedes culpar a un hombre por intentarlo —se burla—. Por cierto, ¿te he dicho ya lo jodidamente feliz que me has hecho? Te amo, Cathy.

7

—Cathy... Cathy... Tierra llamando a Cathy. ¡Oh, hola! Sí, hola, todavía estoy aquí.

Me río mientras me vuelvo para mirar a Amy, que está sentada al otro lado de la mesa. Su largo pelo rojo está perfectamente desordenado en un montón de suaves rizos que parecen olas fluyendo sobre sus hombros y su espalda. Está guapísima con un traje negro combinado con una camisa blanca.

No es justo.

—¿Sí? Por cierto, te odio. Solo tú puedes estar tan fantástica con un sencillo traje negro —comento sonriente.

Agita un pedazo de pan ante mi cara antes de responder.

—Por favor... ¿Te has mirado al espejo últimamente, rubia? Incluso yo, que adoro las pollas, dudo de mi sexualidad. El embarazo te sienta bien, ¿sabes? De todas formas, ¿en qué estabas pensando? Pareces perdida en tus pensamientos y no has tocado la comida del plato. Es decir, ¿no deberías estar comiendo por dos y disfrutar de las ventajas de la preñez, en lugar de quedarte ahí sentada viéndome llenarme la boca mientras sueñas despierta con patucos o con lo que sea que sueñen las mujeres embarazadas?

—¿Qué te hace pensar que sueño despierta con bebés y ropita de bebé? — Sonrío. Sus burlas sobre mi embarazo me hacen sentir bien, casi como si no fuera un enorme problema cuando en realidad sí lo es.

Sé que es una locura haber depositado tantas esperanzas en este embarazo, pero siento que tanto mi matrimonio como mi propia cordura cuelgan de un hilo muy delgado, y que solo este bebé puede salvarnos..., salvarme. Las bromas de Amy me ayudan a aliviar el miedo siempre presente que permanece latente en el fondo de mi mente y de mi corazón como un volcán dormido. Ese temor constante que roe lenta y dolorosamente mis entrañas pero que al mismo tiempo parece ser capaz de hacer que desee y crea.

Que despierta mis esperanzas cuando sé que no debería permitirlo.

—Debido a tu historial médico de abortos recurrentes, Cathy, debo ser muy sincera contigo. El tuyo es un

embarazo de alto riesgo. Si tenemos en cuenta la fecha de tu último período, ahora estás de cinco semanas. Tenemos que tomar muchas precauciones en el primer trimestre. Hasta que pasen estos tres meses, estamos en un terreno inestable, así que quiero verte cada dos semanas para controlar el crecimiento del feto; debes evitar las sustancias peligrosas y...

Las palabras de la doctora Pajaree todavía resuenan claras en mi mente. Oigo su dulce voz diciéndome que no empiece a pensar nombres de bebé. Así que sí, necesito risas. Necesito muchos chistes en este momento.

—Mira, he estado llenándome el estómago con carbohidratos complejos pero deliciosos que, si creo a mi dentista, no solo harán mi trasero más grande, sino que me provocarán caries, así que lo mínimo que espero por tu parte es que me digas qué está pasando por esa hermosa cabeza tuya. Espera... ¿Te molestan mis chistes? Porque puedo parar. Sabes que solo los cuento para que te sientas mejor. —La expresión preocupada y culpable de su cara consigue que mi sonrisa se amplíe.

—Vamos, me encantan tus bromas. No, no te preocupes. Estaba pensando que falta poco para el cumpleaños de Ben, y eso significa que...

—¿A qué te refieres?

—Pensaba que lo sabías. Ben y yo empezamos en serio en una fecha cercana a su cumpleaños. Según quien cuente la historia, es un instante diferente.

—No, no me lo habías dicho. ¿De cuántos años hablamos? Sé que lleváis seis años casados, ¿no?

—Eso es. Llevamos seis casados, pero once juntos.

—Es mucho tiempo para estar con una sola persona. En los últimos once años me he casado dos veces y he perdido la cuenta de con cuántos hombres me he acostado. Pero si estuviera con tu marido, seguramente seguiría casada. Es decir, todavía recuerdo el increíble aspecto que tenía en bañador cuando fuimos a Islas Turcas y Caicos para celebrar tu cumpleaños. Cathy, no es broma. Tiene mejor constitución que mi *personal trainer*, y te recuerdo que mi instructor tiene un *six pack* que deja sin aliento.

No puedo evitar reírme. Si no conociera tan bien a Amy, pensaría que está totalmente colgada por Ben. No podría culparla si fuera así: todas las mujeres —ya sean guapas, jóvenes, viejas— siempre están babeando por él, incluso cuando está conmigo.

—Bueno, no pierdas el tiempo. Solo tiene ojos para mí, o eso dice cada vez que una pasante intenta ligárselo. —Me inclino hacia atrás en la silla y miro a Amy, que sonrío, reconociendo la verdad de mi comentario.

—Eres una chica afortunada. Ese hombre no mira a otra mujer cuando tú estás en la misma habitación. En realidad, resulta deprimente. Es decir, que te mire

así, incluso después de todos los años que lleváis juntos, como si fueras la única persona con dos tetas en la estancia, me parece tierno y excitante a la vez.

—Las mías, para mi desgracia, son pequeñas —reconozco riéndome.

—Pero me alegro mucho por ti. Todas las mujeres quieren eso, un hombre que las mire como si fueran las únicas presentes en la habitación. Tienes suerte por ello.

Cuando Amy me dice lo afortunada que soy, lo único que puedo hacer es sonreír por mi suerte. Hace una semana pensaba que Ben y yo estábamos pasando un bache horrible en nuestro matrimonio, luego me hice la prueba de embarazo y todo cambió. El resultado del test trajo nueva esperanza a mi vida, así que anhelo que esto nos acerque de nuevo, que borre el espacio que nos separa y que por fin tengamos la oportunidad de tener la familia que deseamos.

Sonrío al darme cuenta de que nuestro futuro ya no me parece tan sombrío. Sí, puedo estar asustada de muerte por lo que puede traer, pero mientras miro a mi alrededor en este restaurante lleno de gente, me llevo las manos al vientre. Mi cuerpo ya no está vacío. Hay magia creciendo en mi interior. Hay vida.

Sin embargo, temo que esa esperanza no sea eterna. La cruel realidad siempre tiene una manera de alcanzarte, no importa lo rápido y lejos que corras; la realidad encuentra la manera de destruir tus esperanzas y tus sueños. La realidad no te acaricia la mejilla advirtiéndote de lo que está por llegar. No, te da un bofetón en la cara, recordándote que un sueño es solo eso..., un sueño.

La parte más ingenua de mí quiere creer que esos sentimientos han desaparecido desde que descubrí que vuelvo a estar embarazada, que el amor que sentimos el uno por el otro es suficiente. Pero la voz más racional de mi mente, la más cínica, me insta a dejar de engañarme a mí misma. Me dice que solo porque esté embarazada no van a desaparecer esos problemas, nuestros problemas..., mis problemas. Todavía están ahí, siempre lo estarán hasta que me enfrente a ellos. Solo quedan ocultos en este momento por una manta formada por sentimientos felices. Una manta que me permite ignorar la persistente sensación de que no todo es como debería ser.

Después del almuerzo, dejo a Amy en la oficina y voy al SoHo para recoger a Charles Parker. Es uno de los diseñadores de interiores más exclusivos y caros del mundo. Entre sus clientes, se encuentran muchas personas con apellidos famosos, números uno de Hollywood y miembros de la *jet set* europea. Charles también aparece en todas las revistas que se publican para propietarios de alta

gama, los que son muy, muy ricos.

Siento curiosidad por conocer a ese hombre; de hecho, me emociona poder conocerlo en persona y llevarlo a la futura residencia de los Radcliff. Teniendo en cuenta el presupuesto que ha pasado por sus servicios, espero que sea increíble, porque casi me caigo de la silla cuando su ayudante me dijo la cifra en cuestión.

—Sí, ¿en qué puedo ayudarla? —pregunta una recepcionista a la última moda al ver que me acerco al mostrador.

—Hola, soy Cathy Stanwood. Creo que el señor Parker está esperándome —le digo a la preciosa morena con los ojos más azules que he visto en mi vida. No parece tener más de veinte años.

—Señora Stanwood, es un placer conocerla. Soy Natalie, hemos hablado por teléfono. —Noto que la atractiva Natalie habla con un leve acento ruso que, en mi opinión, solo la hace más atractiva.

Sonrío.

—Hola, Natalie. Me alegro de conocerte finalmente.

Curva los labios rojos en una sonrisa.

—Sí. ¿Por qué no se sienta un momento mientras informo a Charles de que ha llegado? Estaba esperándola.

—Por supuesto. —Me acomodo en un elegante sofá de cuero blanco que me recuerda mucho a uno que vi no hace mucho tiempo en *Architectural Digest*. Mientras acaricio la suave textura del cuero, mi mirada cae sobre el periódico que hay en la mesita de café que tengo delante. Lo abro y voy directa a la página seis, la de cotilleos.

Siento como si me vaciaran los pulmones. Miro fijamente el título del artículo y la prodigiosa belleza del hombre cuya cara aparece en la página. Un desafiante Arsen que se enfrenta a la cámara con una sonrisa sexy jugueteando en los labios.

Es increíblemente guapo.

La instantánea lo muestra borracho, saliendo de una exclusiva discoteca con una modelo famosa colgada de cada brazo y otra más a caballito en su espalda. Parece un niño en una tienda de chuches. La mano de una de las chicas está dentro de sus pantalones, rodeando lo que parece una enorme erección, y Arsen tiene un tanga alrededor del cuello. Imagino cómo ha terminado la noche. Disgustada por su comportamiento, y también conmigo misma por no poder apartar la mirada del artículo, leo el titular:

«¿ARSEN=ARDEN? EL NUEVO CHICO MALO FAVORITO DE MANHATTAN».

Menudo eufemismo.

La curiosidad gana la partida, así que leo el artículo sobre él. Según quien firma la columna, los fotógrafos preguntaron a Arsen el secreto para mantenerse en tan buena forma.

«Follo mucho».

Cuando le preguntaron si era cierto que se había acostado con la última estrella de Hollywood, respondió:

«Sin comentarios. Soy un caballero. No voy por ahí contando a quién me tiro, a menos que eso sea lo que quieran que haga».

—Un guapo demonio, ¿verdad?

Alzo la mirada y veo que me sonrío un hombre muy atractivo, de unos cuarenta años. Me sonrojo porque me ha sorprendido leyendo basura sobre sus clientes, sobre el hijo de mi jefe. Cierro el periódico, lo dejo sobre la mesa lo más rápido posible y me levanto tendiéndole la mano.

—Hola, señor Parker. Es un placer conocerlo por fin. Soy Cathy Stanwood, hoy seré su chofer.

Estrecha mi mano.

—Hola, Cathy. Qué adorable sorpresa... Digamos que nunca me he sentido más contento de que me lleven.

—Gracias por el cumplido, señor Parker.

—Eres tan guapa en persona como lo es tu voz por teléfono. Por favor, llámame Charles. —Dejo de estrecharle la mano, pero él no me suelta todavía—. Me encanta que las mujeres hermosas como tú me llamen por mi nombre.

No puedo evitar sonreír ante aquellos ojos grises mientras él coquetea conmigo.

—Claro. —Lo miro de arriba abajo, observando que viste unos vaqueros azul oscuro con una camisa azul claro y una chaqueta de color crema. Lleva el pelo largo con raya al lado, lo que les presta a sus hermosos rasgos una expresión interesante y juvenil.

—Me halaga, pero me veo en la obligación de decirle que no soy buena conductora. De todas formas, ¿no deberíamos marcharnos? Vamos a encontrar tráfico camino a Westchester a esta hora del día.

—Por supuesto. Por favor, tú primero. —Se mueve a un lado para dejarme pasar y avanzar delante de él.

—Bueno, qué caballeroso —me burlo mientras cojo el bolso, pasando junto a él.

—Siempre, querida. Siempre... —responde con diversión.

De alguna forma, abre la puerta para que salga.

—Después de ti.

Todavía estamos riéndonos cuando entramos en el coche. Me vuelvo para mirarlo cuando pongo el motor en marcha.

—Por cierto, solo para que lo sepa..., el periódico no era mío. Estaba allí sentada y...

Charles se encoge de hombros y busca mis ojos con sus iris grises.

—Solo estaba metiéndome contigo. Conozco a ese chico desde hace mucho tiempo. Soy lo que podría llamarse un viejo amigo de la familia. Sin duda a Arsen le gusta divertirse de una forma salvaje, pero no creo todo lo que leo sobre él. Los periodistas se ganan la vida vendiendo mentiras, aunque no puedo negar que es culpable por lo menos de la mitad de esas historias. Si alguna vez he conocido a un chico que sepa cómo sacar partido a su cara bonita y a su dinero, es él. Sin embargo, jamás hace daño a las mujeres. Siempre les da lo que buscan, y les advierte antes de que se involucren con él.

—Sí —comento mientras lucho contra el tráfico de Manhattan—, no se puede negar que sabe divertirse y que las mujeres lo adoran.

—En efecto, es un hombre tan guapo que todas se lanzan a sus pies. Todavía recuerdo a Victoria quejándose cuando era un niño por la forma en que los compañeros de clase se burlaban de él diciendo que parecía una chica por lo guapo que era.

—Bien, ahora ya no parece una chica. Y tampoco creo que la gente se burle de él —añado sonriendo.

—No, yo tampoco lo creo. —Los dos nos reímos de la broma.

—Siento curiosidad... ¿Su vida siempre ha sido espiada y acechada por los *paparazzi*? —pregunto—. No me puedo imaginar viviendo bajo un microscopio así.

—Puede pasar desapercibido cuando quiere, y suelen dejarlo en paz la mayor parte del tiempo. Solo se ve envuelto en chismes y rumores cuando sale con alguien famoso.

Dejando pasar el tema de Arsen, continuamos nuestro viaje hacia los suburbios hablando de la multitud de asuntos que pueden tener en común dos extraños que se acaban de conocer.

Cuando nos acercamos a la impresionante residencia de los Radcliff, decido que Charles Parker es todo un personaje. Simpático, rico... Sería perfecto para Amy. Los dos rezuman sexo por los poros de su piel perfecta y, probablemente,

follan como conejos. Vuelvo a pensar en Arsen y, por un breve segundo, me pregunto si volveré a verlo.

Y quiero hacerlo.

Sí, incluso después de lo que sucedió —o no sucedió— entre nosotros.

Después de que la anciana ama de llaves nos deje entrar, Charles y yo nos dirigimos a la cocina. Él ha estado en la casa con Victoria muchas veces, por lo que sabe orientarse perfectamente en la enorme mansión. Cuando entramos en la cocina, me sobrecoge lo amplia que es. Está realizada en madera de arce y mármol negro. Me sorprende que Victoria quiera cambiar la decoración de la cocina, porque la habitación ya resulta impresionante.

Sigo a Charles hasta la isla de mármol negro. Al llegar allí, me doy cuenta de que hay todo tipo de diseños, tejidos y planos repartidos por la parte superior. Charles estudia el lío que hay organizado frente a él como si estuviera resolviendo un problema de álgebra.

—Es una casa preciosa. Espero que esté terminada pronto para que Victoria y Bruno puedan instalarse.

—Completamente de acuerdo, pero vivir en el Plaza tampoco está mal.

Nos reímos.

—Bueno, Charles, ¿le importa si lo dejo solo? Necesito hacer algunas llamadas a la oficina —pregunto, deseando darle un poco de privacidad para que haga su trabajo.

Levanta la mirada de los planos y sonrío.

—Tómate tu tiempo. Voy a repasar algunos cambios de última hora que no se pueden posponer por más tiempo.

Mientras recorro la mansión admirando su belleza, me doy cuenta por primera vez de que los Radcliff y yo vamos a ser vecinos, dado que Ben y yo vivimos en Greenwich, a solo unos quince minutos de aquí.

Al pensar en nuestra casa, decido llamar a Ben. No hablo con él desde por la mañana, y lo echo de menos. Últimamente he hecho un esfuerzo consciente por buscarlo, por llegar a él... Y parece que funciona. Hace un par de semanas podía pasar el día entero sin oír su voz, pero ahora estoy redescubriendo lo divertido que es hablar con él. Sí, su voz vuelve a hacerme sentir igual que antes.

Antes de presionar el botón de llamada, escucho el intenso estruendo de música *metal* procedente de algún lugar de la casa. Muerta de curiosidad, me olvido de la llamada y decido buscar el origen de la música.

Sigo el sonido por el pasillo hacia el lugar donde la canción suena más fuerte. Me detengo ante una habitación con la puerta entreabierta y veo que los cuadros de la pared se agitan con aquel ruido grave. Me pregunto quién podría estar escuchando tal atrocidad.

Pienso que debo actuar mientras me acerco al umbral y descubro que la respuesta a la pregunta que me acabo de hacer me está mirando directamente como un toro a un capote.

«Bien, Cathy, querías saberlo, y ya lo sabes».

Me quedo paralizada ante la imagen de un Arsen desnudo cubriendo a una mujer morena encima de lo que supongo que es el escritorio de roble de su padre. Desde donde estoy de pie solo puedo ver su musculosa espalda y las largas y torneadas piernas de la mujer alrededor de su cuello. Sin embargo, hay un espejo enorme sobre la chimenea, detrás de ellos, donde se refleja todo.

El ruido de la música me envuelve, ahogando mis pensamientos con la agresividad de las notas, mientras veo el reflejo de la cabeza rubia de Arsen entre las piernas femeninas. La mujer acostada sobre la mesa se sujeta los tobillos, abriéndose de piernas y ofreciéndose a él. Conmocionada, quiero moverme... Quiero salir de esta habitación tan rápido como me lo permitan los pies, pero no puedo. Los acordes metálicos siguen estallando en mis oídos mientras veo a Arsen incorporarse relamiéndose los labios, clavando su mirada hambrienta en la cara de la mujer. Sonríe mientras se acaricia la polla, moviendo la mano de arriba abajo. Se suelta la erección para coger los vaqueros y sacar un condón del bolsillo trasero. Sigo mirando mientras abre el sobre de aluminio con los dientes. Después de deslizar la goma por la longitud, agarra las caderas de la mujer con sus enormes manos y la acerca más a él. En la misma posición abierta, la joven levanta la cabeza para mirarlo. Su espalda queda frente al espejo, así que no puedo ver la expresión de su rostro, pero sí la sonrisa arrogante de Arsen..., la suave curvatura de sus labios mientras pone el glande en la entrada. La mujer deja caer la cabeza hacia atrás, exponiendo su largo y elegante cuello cuando él se hunde hasta el fondo, penetrándola por completo. Parece decir algo que agrada a Arsen, porque una breve sonrisa aparece y desaparece de sus labios mientras mueve con la cabeza. Luego, la sonrisa es sustituida por una expresión de lujuria y necesidad.

Bajando la mirada a la polla, que desaparece dentro del sexo femenino, él comienza a deslizarse lentamente hacia fuera, y luego la penetra otra vez. Repite los movimientos cada vez con más intensidad y velocidad, hasta que cada envite empuja el cuerpo de la joven por la superficie del escritorio. Ahora se oyen los

gemidos de la mujer por encima de la música, suplicando que le dé más.

Arsen levanta los ojos y me ve.

Ve a la mujer rubia que, en trance, permanece de pie en el umbral del despacho, observando cada uno de sus movimientos. Arsen no se detiene; sigue penetrando a la chica mientras me brinda una sonrisa a través del espejo. Me observa mientras baja sus sonrientes labios para besar a la morena. Cuando sus lenguas se encuentran, él continúa contemplándome mientras la folla también con la boca.

Es su sonrisa lo que me hace recordar lentamente y me trae de vuelta a la realidad. No debería estar aquí. No debería estar observándolos, espiándolos.

Sorprendida por mi propio comportamiento, me doy la vuelta, alejándome del estudio tan rápido como me lo permiten los *stiletos*. Me tuerzo los tobillos no una, sino dos veces en mi inútil esfuerzo por correr.

¡Malditos Louboutin! ¡Malditos Louboutin y su falta de estabilidad!

Siento que comienzo a arder por dentro y que ese fuego interno se extiende a mi piel mientras me dirijo a una habitación vacía. Parece una especie de invernadero acristalado en el que entra toda la luz del sol. No hay muebles a la vista, así que me apoyo en la pared intentando recuperar el aliento y tranquilizar el agitado latido de mi corazón. Cierro los ojos e intento borrar la imagen de Arsen con esa mujer de mi mente.

No funciona.

La escena que acabo de presenciar sigue girando una y otra vez en mi cabeza. Todavía veo la forma en que me sonrió Arsen mientras se follaba a esa chica encima del escritorio, como retándome a detenerlo... o a unirme a él. Todavía veo la cabeza rubia entre las largas piernas femeninas. Todavía escucho los gritos de la chica por encima de la música, pidiéndole más.

Más tranquila, abro los ojos y me doy cuenta de que no he sentido nada cuando aparté la vista... Solo sorpresa. Nada más. Quiero gritar de felicidad.

Mi encandilamiento, por así llamarlo, ¡ha terminado!

Es evidente que encuentro atractivo a Arsen, pero ¿quién no lo ve así? Es sexo en movimiento. Pero sé que esos pensamientos que aparecían inesperadamente en mi mente cuando menos lo esperaba han desaparecido. No deja de ser gracioso que verlo con otra mujer me haya servido para exorcizarlo de mi mente.

Por completo.

Me llevo las manos al vientre mientras una sonrisa juega en mis labios. Esta vez, son unos ojos castaños los que inundan mis pensamientos, no unos color agua.

Soy libre.
Libre.

8

Me siento ligera como una pluma y con la conciencia libre de culpa por primera vez en mucho tiempo cuando salgo de la habitación en busca de Charles. Tengo que salir de aquí lo más rápido posible, antes de que me tope con Arsen y la señorita Piernas Abiertas otra vez.

Pero al entrar en la cocina, me encuentro a Charles hablado precisamente con Arsen, que lleva el pecho desnudo. ¿Qué coño...? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Arsen es el primero en notar mi presencia cuando me acerco a la isla de granito negro, donde los planos y las revistas permanecen dispersos por la superficie. Me escruta con los ojos, sonriente.

Evito cualquier tipo de contacto visual con él. Lo que es un enorme error, porque mi vista aterriza sobre su torso perfecto y su tableta de abdominales, húmeda por el sudor provocado por la intensa sesión de sexo.

Noto que un vergonzoso rubor me cubre la cara y me vuelvo para dirigirme a Charles.

—Bueno... ¿Estás preparado para regresar? —Miro el reloj. Son casi las cuatro de la tarde—. Si nos vamos ahora mismo, podremos evitar el tráfico de hora punta, aunque tampoco puedo garantizarte que no nos quedemos atascados. ¿Nos vamos ya?

Alguien se aclara la garganta, haciendo que suba la vista.

Arsen.

¿Por qué siempre es él?

Su pelo brilla como si fuera oro bajo los rayos del sol, y hay un rubor en sus mejillas que no había visto antes. Nos sostenemos la mirada durante un momento antes de que él vuelva la cara hacia Charles.

—Charles... Catherine... ¿Por qué no nos acompañáis a mi amiga Amanda y a mí a cenar y a tomar una copa? Tengo reserva a las seis y media en Le Provençal, en Greenwich.

¿En serio? ¿Amigos?

Aprovecho que está mirando a Charles y no a mí para lanzarle una rápida

mirada furtiva, admirándolo de nuevo. No es posible ignorar su belleza: está buenísimo y no se puede negar. Siempre será un placer contemplarlo, pero lo que ha cambiado es que ya no siento curiosidad por él, ya no me tienta ni lo anhelo. Esos sentimientos han desaparecido.

Además de su prodigiosa belleza, noto que lleva una mariposa de color rosa, muy femenina, tatuada justo al lado de su corazón. Reprimo una risita, porque, la verdad, ese tatuaje se contradice con todo lo que Arsen representa.

Muevo la cabeza y decido intervenir; sin duda no quiero verme obligada a pasar la noche en su compañía. Tengo ganas de ver a Ben.

Sonrío al pensar en mi marido.

Charles debe de notar mi expresión.

—¿Qué? —pregunta—. ¿Ya has visto su tatuaje? Sí, es una historia muy graciosa. Resulta que...

¡Oh, no! No quiero que suponga que estaba estudiando a Arsen; aunque era cierto, no lo hacía de verdad.

—No, no me río por eso. Lo siento. Oír mencionar la cena me ha recordado algo que me dijo mi marido. —No miro a Arsen cuando menciono a Ben, sino mi mano, comprobando que llevo la alianza y el anillo de pedida—. Arsen, ¿te importa que rechace la invitación? —Levanto la mirada buscando por fin la suya, y me sorprende su expresión.

Parece irritado.

Ignorándolo, me vuelvo hacia Charles.

—A menos que quieras quedarte...

Charles debe de tener también otros planes, porque mira a Arsen.

—Lo siento, amigo. Me parece que la hermosa dama ya tiene otra cita para cenar. ¿Qué te parece si...?

—No. En realidad da igual. Acabo de recordar que tengo un asunto pendiente en Manhattan. ¿Te importaría llevarnos cuando regreséis? —me pregunta a mí. Por la forma en la que me mira, me hace pensar que me está retando a decirle que no.

Allá él; es un juego que podemos jugar los dos.

—Claro que no. No me importa. Pero ¿no le importará a tu amiga?

Arsen cruza los brazos sobre el pecho y me brinda una sonrisa traviesa.

—Oh, no le importará, tranquila. Ya hemos terminado lo que veníamos a hacer aquí. —Mira a Charles—. Le he enseñado a Amanda todas las habitaciones de la casa. Le encanta. —Lanza un vistazo en mi dirección, y sus ojos provocadores recaen en mi cara—. De hecho, me ha rogado que vengamos... de nuevo.

—Estoy segura de ello. Parecía estar disfrutando mucho mientras poníais a prueba la resistencia del escritorio de tu padre.

«Chúpate esa, gilipollas».

Pero en lugar de enfadarse, Arsen suelta una carcajada.

—Es muy resistente. Perfecto para...

—¡Oh, estás aquí! Me he sentido muy... Ah, hola...

Amanda lleva puesta la camisa de Arsen y nada más. Ni siquiera se sonroja ni trata de abrocharse los botones para cerrársela mientras se acerca a él. Cuando se pone de puntillas para besarlo, la tela se le sube, dejando a la vista unas nalgas perfectas, sin rastro de celulitis.

En serio, es surrealista.

—He estado buscándote. Has dicho que venías a por un poco de agua, así que, como no regresabas, he decidido salir en tu busca.

Hace una mueca al tiempo que le pasa los dedos por el pecho. Arsen le rodea la estrecha cintura con una mano y la acerca hacia él todavía más. Inclinandose, le pasa la lengua por detrás de la oreja mientras Charles y yo observamos. No sé si el decorador se siente tan incómodo como yo, pero evito mirar cómo la besa. Pero al apartar la vista, mis ojos aterrizan en la mano libre, que se desliza por la parte de atrás del muslo de Amanda hasta desaparecer debajo de la tela blanca.

Sonrío a la chica y no me molesto en mirar a Arsen mientras la saludo.

—Hola, Amanda. Encantada de conocerte. Me llamo Cathy, y este es Charles. Se encarga de la decoración de la casa de la madre de Arsen. De todas formas, ya nos marchábamos. Estoy segura de que ya ha terminado lo que venía a...

—Amanda, prepárate. Nos vamos con ellos ahora mismo —interviene Arsen, interrumpiéndome con todo el descaro.

La chica tiene la confusión escrita en su cara.

—Pero... ¿no nos íbamos a reunir con Alex y Sali para cenar e ir de copas?

Él le suelta la cintura.

—Olvidalo —dice despectivamente—. Cambio de planes. No pongas morritos, Amanda, lo odio. Ahora, prepárate.

Amanda sale de la cocina dando saltitos sobre sus piernas perfectas. De pronto, volvemos a estar solos Charles, Arsen y yo. Aunque tengo que admitir que por un momento me he olvidado de la presencia de Charles.

Mi compañero parece sentir la extraña tensión que hay en la habitación.

—Hijo, esa no es manera de tratar a una dama tan encantadora. ¿Estás seguro de que quieres regresar con nosotros? Parece que estabas pasándolo muy bien con ella. Odiaría estropear tus planes. —La voz de Charles destila sarcasmo.

—Sí. Ya he terminado aquí —se reafirma Arsen. Luego se vuelve a mirarme con el ceño fruncido—. Si digo que quiero regresar con vosotros, es verdad. No me gusta que la gente se meta en mis asuntos.

Oh, en serio... Debo de ser cinco o seis años mayor que él; ¿voy a permitirle que me hable así? De eso nada.

—Mira, chico... Puedes hacer lo que quieras, pero recuerda una cosa: el coche es mío.

Nos miramos un momento. La energía es muy diferente esta vez que en el restaurante: ahora se trata de un silencioso desafío para ver quién retrocede primero.

Pues no pienso ser yo.

Él debe de darse cuenta de que no voy a permitir que me intimide, porque se rinde. Su ceño fruncido es reemplazado por una sonrisa inocente cuando se vuelve para mirar a Charles.

—Ha sido un poco borde, querido tío, pero creo que lo merezco.

—Sí, hijo. Creo que sí. Ahora, ve y vístete, que no tengo ganas de encontrar tráfico —responde, riéndose.

—Sí, señor. —Se vuelve para mirarme a mí—. Lo siento, hoyuelos —dice—, no quería molestarte.

Sé que está disculpándose por su grosería, pero de alguna forma sé que me está pidiendo perdón por todo.

—Claro —replico sonriendo.

Cuando llegamos a Manhattan, dejo primero a Charles, luego me dirijo a Prince Street, donde está el *loft* de Arsen. Después de que Charles se baje del coche, es Arsen quien ocupa el asiento del copiloto mientras recorro las concurridas calles de Manhattan. No nos dirigimos la palabra, solo mira fijamente cómo conduzco.

Me siento aliviada al no tener que mantener ningún tipo de conversación con él.

Y, si no pensara que es imposible, creería que está evitando que establezcamos contacto visual, lo que es una locura. Es el mismo hombre que, básicamente, me invitó a engañar a mi marido.

Sin embargo, Amanda no ha dejado de hablar ni un segundo. Cuando miro el espejo retrovisor, la veo enrollándose un mechón de su pelo negro alrededor del dedo índice, y el brillante color amarillo del esmalte de sus uñas se filtra entre las hebras oscuras. Está contando una audición que tuvo para un espectáculo de

Broadway. Al parecer, la señorita Piernas Abiertas es cantante y bailarina.

No es que yo entienda de eso. Por un lado, no sé actuar, y si alguien me escucha cantar, piensa que les estoy haciendo la competencia a los maullidos de los gatos que hay en los callejones.

Mientras Amanda sigue hablando, no puedo más que preguntarme si sabe lo que es el silencio. ¿Lo sabrá? Estar a solas con tus pensamientos. Debería intentarlo algún día. Es posible que le guste.

Cuando me detengo delante del edificio donde está su apartamento, Arsen se vuelve hacia Amanda, que ocupa el asiento trasero, y le dice que se adelante, que se reunirá con ella en breve. Después de una rápida y agradable despedida en la que no dice que espera verme de nuevo..., la vivaz Amanda, con sus largas piernas y su culo perfecto y sin celulitis, sale del coche y va hacia el portal.

Me doy cuenta de que la siguen todas las cabezas masculinas de los alrededores mientras entra en el edificio, admirando cada movimiento de su cuerpo de *Sports Illustrated*... No quiero imaginar el rastro de saliva que van a tener que fregar después de todas las babas que acabo de ver.

Ese es el tipo de chica con el que está acostumbrado a salir Arsen.

Aunque precisamente él mira con desinterés la figura de Amanda hasta que desaparece por las puertas giratorias de cristal de su edificio. Una vez que ella está fuera de la vista, él me sostiene la mirada por primera vez desde que dejamos Westchester con aquellos ojos color agua. Entre nosotros pasa una corriente indescriptible que hace que flote en el interior del vehículo una tensión casi tangible.

Las imágenes de su cuerpo desnudo manteniendo relaciones sexuales atraviesan mi mente como una estampida de animales salvajes, desordenada y sin propósito, causando estragos en mi interior. Carraspeo para aliviar la tensión, y trato de ocultar lo incómoda que me siento al haberme quedado a solas con él mirando por la ventanilla.

—Oye, mira... —Se frota la cara con las manos—. Lamento lo que ocurrió en el restaurante.

Sorprendida por su disculpa, me miro las manos y comienzo a retorcerme los dedos.

—Ah, vale. No era necesario que te disculparas.

—¿Me tomas el pelo? Me comporté como un maldito idiota. —Respira hondo—. Estaba borracho, y no pensé. Lo único que sabía era que tenía muchas ganas de follar contigo. Y que tú no estabas interesada. Y eso es algo que, Catherine, no me ocurre nunca. Así que me cabreeé, porque no estoy acostumbrado.

Despertaste mi interés, pero no fue algo recíproco, así que decidí ser cruel contigo. Sin embargo no soy mala persona. Al menos que te guste que sea malo, nena —añade con una sonrisa.

—No. No me gusta en absoluto. Y no me llames «nena». Es decir, ¿es que no conoces cuáles son los límites? —pregunto negando con la cabeza.

—Solo estoy metiéndome contigo. Y no, odio todas esas mierdas que dicen lo que puedo y no puedo hacer. Pero, en serio, lo siento de verdad. No volverá a ocurrir. Sé cuándo no hay nada que hacer. —Me mira fijamente y me tiende la mano—. ¿Amigos?

—¿Por qué? —pregunto, cruzándome de brazos. Todavía no me creo nada.

Él sonrío con tristeza.

—No vas a olvidarte nunca del incidente en el restaurante, ¿verdad?

Reprimo una sonrisa, porque tiene razón.

Riéndose, baja la mano y mira por el parabrisas.

—Me gustas. Me gusta que no pierdas el culo por mí. No son muchas las mujeres capaces de hacer eso. Y me verás mucho en las oficinas. Al parecer, mi padre quiere enseñarme ética en el trabajo o una mierda así. Me ha amenazado con quitarme el fideicomiso si no muestro un poco de sentido común. Así que voy a estar haciéndole la pelota al viejo durante algún tiempo. Seremos compañeros de trabajo, y, por una vez, me gustaría conocer a alguien que no me deje pisotearle, y que no me chupe la polla si se lo pido...

Sonríe cuando ve mi expresión de incredulidad. ¡Menudo ego!

—Estoy segura de que habrá otras chicas en la oficina a las que no les importará conocerte.

—Bah... Siempre quieren follar conmigo porque se sienten atraídas por mí, o porque quieren presumir luego. No me malinterpretes, es algo que me encanta, pero por una vez me gustaría ser solo Arsen. No sentirme acosado por mi polla, mi dinero o mi apellido mientras trato de quedar bien con mi padre. Además, sería bastante contraproducente que entrara mi querido padre cuando me estoy tirando a una de sus empleadas. Sin embargo, sé que no me soportas y que me odias. Además, estás casada. Te prometo que me portaré bien. Seré un buen chico.

—¿Cómo sé que no estás actuando para engatusarme?

—Ya te lo he dicho... Lo siento. No volverá a ocurrir. Esta persona... —se toca en el pecho— solo actúa cuando sabe que sus avances van a ser bien recibidos, y es evidente que a ti no te gustan. Créeme.

—Vale. —Lo cierto es que quiero deshacerme de él, pero resulta gracioso

cuando no está acosándome. No puedo rechazarlo por ser sincero. Me gusta la gente que va de frente.

Le tiendo la mano.

—De acuerdo. Acepto la ofrenda de paz.

Me la estrecha mientras nos sonreímos. Me siento como si estuviera haciendo un pacto con el diablo.

Todavía no confío en él.

9

PASADO

Ben: Soñar contigo constantemente no puede ser sano.

18 citas.

63 llamadas de teléfono.

Más de 1 000 mensajes de texto.

4 semanas con Ben.

Las mejores cuatro semanas de mi vida.

Es fácil colgarse de la persona equivocada. Es todavía más fácil colgarse de la persona adecuada. Pero colgarte de tu alma gemela es facilísimo.

Es lo que está destinado a ser.

De todas formas, no creo que «colgarse» sea el concepto correcto cuando me refiero a lo que siento por Ben, sino más bien «volar». Cada vez que estoy con él, siento que puedo volar. Me siento ligera.

Me siento libre.

No es que no haya sentido antes mariposas en mi estómago. Ni que no me haya quedado en vela porque no podía dejar de pensar en alguien. La locura es lo que tiene..., y he pasado por todo eso. Pero cuando se trata de Ben, las mariposas no aletean dentro de mí, zumban como balas, y dormir bajo un cielo rosado después de estar una noche con él es mi nueva normalidad.

Cuando me susurra entre besos lo hermosa que soy, lo mucho que le gusta la forma que huelo y lo mucho que me desea, vuelo. Y deliro cuando siento el áspero roce de sus manos mientras me toca íntimamente con brusco anhelo.

Sentada en los escalones del porche, veo cómo la lluvia moja el asfalto. Se me pone la carne de gallina cuando la fresca brisa de otoño se cuela dentro de mi ropa, rozando mi piel. El aire frío me ayuda a templar mis ardientes mejillas, una

reacción física que aparece cada vez que pienso en Ben y en lo que este fin de semana puede significar en nuestra relación.

Relego a la Cathy cachonda al fondo de mi mente: es mejor decir «un poco de sexo salvaje» y no algo así como «Hola, polla, conoce a mi coño».

—¿Qué es tan divertido? —pregunta mi padre, moviendo la cabeza cuando me río. Está sentado cerca de mí mientras espero a que Ben venga a buscarme.

No debería reírme cuando mi preocupado padre está a punto de cambiar de opinión sobre este fin de semana. Sinceramente, incluso me ha sorprendido que me diera permiso, ya que será la primera vez en toda mi vida que voy de viaje con una especie de novio, con un chico. Un tipo con el que probablemente mantendré relaciones sexuales durante estas vacaciones.

Vuelvo a mirar a mi padre tratando de controlar la risa mientras me estudia con sus sabios ojos verdes. Son unos ojos que saben tanto que parecen tener la llave de todos los secretos de la vida.

—Nada, papá. Solo me he acordado de algo gracioso que ocurrió en clase.

—No te creo, señorita, pero lo dejaré pasar.

Sentada tan cerca de él que su familiar perfume inunda mis fosas nasales, veo las arruguitas que la risa ha dejado alrededor de sus ojos y en las comisuras de su boca. Me recuerda lo mucho que se ha esforzado para que yo sea feliz.

—Papá, no es nada —repito mientras lo miro—. ¿Te acuerdas de cuando tenía ocho años y lloré toda una semana porque mi mejor amiga, Lisa, iba a Disney y no podía ir con ella?

Se ríe entre dientes.

—Claro. ¿Cómo voy a olvidarlo? Traté de hacerte entender que no podíamos permitirnos unas vacaciones en Disney, pero ¿cuánta lógica es posible inculcar a una niña de ocho años?

No pude evitar reírme.

—Era muy terca...

—No, eras mi ángel, y fue culpa mía. —Me coge la mano—. No podía tomarme unos días en el trabajo ni pagarlo. Pero recuerdo haberme sentido fatal.

—Así que me compraste un disfraz de princesa y fingiste ser un dragón —declaro mientras observo al hombre al que más quiero del mundo: mi padre.

Sus ojos se arrugan cuando sonrío, recordando ese momento.

—Sí, te llevé a la juguetería más cercana y te compré un vestido de princesa, y luego fuimos a Juniper Park, donde te perseguí por todo el parque.

—¡Eh! ¡Era un jardín encantado! —exclamo.

—Eran otros tiempos. Ahora mi niña quiere que la persiga otro.

—¡Papá!

Nos miramos y reímos.

Mi padre es perfecto y es todo mi mundo. Quizá un día tenga suerte, conozca a un hombre así y me case con él.

En mi mente aparecen al instante unos ojos castaños, pero ignoro la imagen.

«¿En serio, Cathy?».

Al observar que su expresión es cada vez de mayor preocupación, siento una punzada de culpa por no contarle lo que está pasando entre Ben y yo, pero ¿en serio? ¿Cómo podría hacerlo? ¿Por dónde empezar? ¿Debo decirle que me estoy enamorando tan profundamente de Ben que solo pensar en oír su voz hace que mi cuerpo se caliente y se enfríe a la vez, y que me baje un escalofrío por la espalda? ¿Que podemos hablar por teléfono de todo y de nada durante horas y, lo más importante, que me hace reír como si tuviera trece años?

¿Debería decirle que he esperado todo este tiempo para mantener relaciones sexuales con Ben porque no estoy completamente segura de que se haya olvidado de su ex? ¿Y que si volviera con ella, poniendo fin a lo nuestro, me dolería en lo más profundo... y me costaría incluso respirar?

¿Debo decirle también que, aunque no hayamos tenido relaciones sexuales técnicamente, hemos hecho casi todo lo que puedan hacer dos pares de bocas y cuatro manos muy dispuestas? ¿Y que cada vez que estamos juntos estiramos más y más los límites físicos?

Sabiendo cómo es mi padre, si él supiera exactamente lo que pasa por mi mente, creo que lo perdería por completo. Sin embargo, sabe que no soy virgen. Casi mató a Jack y a su padre cuando encontró el envoltorio del condón debajo de mi cama.

Hablando de idioteces...

Me acerco a mi padre y me rodea con un brazo. Me aproximo entonces todo lo que puedo para apoyarme en su hombro, cubierto por un suéter, y respiro en el tejido el olor de la lluvia y del algodón mezclado con su colonia, siempre familiar.

—El chico que está persiguiéndome es un buen chico —trato de tranquilizarlo. Pero si me fío de la expresión de su cara, no creo que me crea. Sabe que no estoy contándoselo todo.

«¡Mierda, mierda y más mierda!».

No quiero tener esa conversación con mi padre justo antes de marcharme.

Se aclara la garganta.

—Catherine, sé que es un poco tarde para mantener esta charla...

Allá vamos. Parece que sí vamos a tenerla después de todo.

—Te he criado bien, y sé que te respetas a ti misma y a tu cuerpo, pero ¿estás segura de que estás preparada para ir de viaje con ese chico, con el que solo llevas saliendo un mes? —Mi padre me rodea los hombros con un brazo y me da un apretón. Como si eso fuera a tranquilizarme...

Apoyo la cabeza en su hombro.

—Bueno..., creo que sí estoy preparada, papá. Por favor, no me pidas detalles. Me da miedo empezar esta conversación contigo, pero debes estar enterado de eso. No creo que tengas que preocuparte. Sabemos lo que estamos haciendo.

Nos miramos el uno al otro mientras mi padre arquea una ceja como si estuviera dudando de mí.

—De todas formas, no estaremos solos los dos. Como ya te he dicho, porque hemos hablado de esto muchas veces, estarán allí un montón de amigos suyos. Es una fiesta en una casa, papá.

—Por eso odio ser padre soltero. No sé qué hacer o decir... Me siento como si estuviera arrojando a mi niña a los lobos —murmura mi padre.

—¡Papá! Sé que no te gusta esto, pero Ben es muy amable y me trata como a una princesa. Créeme.

Parece que quiere añadir algo más, pero Ben aparece finalmente. ¡Gracias a Dios!

Mientras hago un movimiento para levantarme, mi padre me detiene.

—Cathy, prométeme que tendrás cuidado. No quiero que vuelvan a hacerte daño —dice, recordándome con suavidad cómo acabó todo con Matt hace un año.

—Sí, papá, pero tengo el presentimiento de que Ben nunca me hará sufrir de esa manera.

Y cuando esas palabras salen de mi boca, sé que son verdad.

Después de una incómoda despedida, Ben y yo nos acercamos al Land Rover negro. En el momento en el que me abre la puerta del copiloto, se inclina y encierra mis mejillas entre sus manos para besarme los labios con suavidad. A pesar de que es una caricia tierna y dulce, se me encogen los dedos de los pies. Al instante, quiero profundizar el beso, pero él se aleja antes de que tenga la oportunidad de acercar más mi cuerpo al suyo.

—¡Maldita sea! ¿Es que quieres que tu padre me dispare? Por un momento he pensado que iba a entrar en la casa en busca de un arma. —Sonríe, y parece que

va a besarme de nuevo, pero no lo hace—. Espero de verdad que no tenga una.

Cuando estoy dentro del coche, me doy la vuelta para mirar el porche una última vez. No es un misterio que intuyera que mi padre todavía estaría allí de pie, observando cómo me alejo. Siempre está ahí para mí. Me despido de él con la mano y le lanzo un beso con la otra. Finge que lo atrapa y que se lo mete en el bolsillo de los vaqueros. Ahora parece una cursilada, pero cuando era niña me hacía estremecer, así que no ha dejado de hacerlo nunca.

Mientras Ben se aleja de la acera, me coge la mano para entrelazar nuestros dedos. Mi cuerpo hambriento se alimenta de su calor.

—Hola, nena. Te he echado de menos.

Me vuelvo hacia él con una sonrisa curvando mis labios.

—Yo también. Veinticuatro horas es muuuucho tiempo. No sé cómo lo he logrado —bromeo, tratando de meterme con él. Lanzarle pullas a Ben es muy divertido, porque la mayoría de las veces responde con dobles intenciones.

La sexy sonrisa de Ben se extiende de oreja a oreja cuando lleva mi mano a sus labios para besarla. De repente, hace mucho calor en el coche. Me alejo de él y me abanico con la mano libre. Odio que me haga esto.

No, eso es mentira.

Me encanta.

Ben avanza cinco manzanas más o menos antes de aparcar delante de una casa al azar. No sé exactamente por qué se detiene cuando acabamos de salir. Estoy a punto de preguntarle qué pasa, pero no llego a hacerlo porque, de repente, me cubre los labios con los suyos, devorándome como si fuera un hombre hambriento y yo el primer alimento al que tiene acceso en semanas. Enreda las manos en mi pelo, me acerca a él y profundiza el beso. En el momento en que se tocan nuestras lenguas lo oigo gemir, pero continúa torturándome con la boca. Cuando separamos los labios, me siento mareada, pero muy excitada.

¿Quién necesita oxígeno? Está sobrevalorado.

Con los dedos todavía enterrados en mi pelo, me toca las mejillas con los pulgares y nos miramos en silencio. Noto el rubor que le cubre los pómulos, que tiene los labios hinchados por mis besos mientras me sonrío. Le devuelvo la sonrisa.

—Bueno, eso ha estado muy bien —digo, tratando de que acerque más el dedo a mi boca.

—Me alegro de que pienses eso. Ahora deja de ser tan provocativa o no llegaremos a tiempo a Newport. —Soltándome el pelo, mueve el pulgar para frotarme con suavidad el labio hinchado. La áspera textura de la yema sobre mi

boca me recuerda dónde han estado esos dedos antes, y parece que Ben también se acuerda, porque gime otra vez y me suelta—. ¡Maldita seas, mujer! Me estás volviendo loco.

Mientras Cathy la cachonda está cantando el *Aleluya* en mi cabeza, trato de ocultar la enorme sonrisa que inunda mi cara.

—No eres el único que está caliente aquí, ¿sabes? ¿Qué quieres que haga?

Ben mueve la cabeza sin dejar de mirarme. Sus ojos castaños parecen casi negros por el intenso deseo.

¡Oh, Dios!

—Mmm... Bueno, listilla, si no quieres que tengamos un accidente, ¿qué te parece si te quedas en tu asiento y me ignoras?

—¿En serio? —Me río—. ¿Es que tienes doce años?

Sonríe, baja la vista a sus pantalones y luego me mira, arqueando las cejas.

—¿Cuando estoy contigo? Sí.

Llevo los ojos a su bragueta y...

«¿Qué?».

—¿De verdad, Ben...? —Niego con la cabeza, pero no puedo detener la risa, que quiere escapar de nuevo.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Ben se mira a sí mismo y luego a mí.

—Solo por ti, Cathy. Lo digo en serio... —Cuando las palabras salen de su boca, sé lo que trata de decirme. Intenta asegurarme que me desea solo a mí. Y en este momento lo creo.

Lo creo de verdad.

El viaje a Newport, Rhode Island, es un borrón, pero algunas partes quedan en mi mente: el cómodo silencio, las miradas robadas, algún roce accidental de Ben aquí y allá, el calor de su mano en la mía...

Cuando llegamos a Newport, me quedo muy impresionada. Sé que es el lugar donde pasa las vacaciones la gente con «dinero de rancio abolengo» en sus enormes mansiones, pero no tenía ni idea de lo que realmente significaba eso hasta que he visto una de esas propiedades de cerca. La que estudio ahora se hace más y más grande según avanzamos por el camino de grava que lleva a ella.

La mansión, con vistas al mar, es gigantesca. ¡Mierda! ¿Me he muerto y he despertado en una escena de *El gran Gatsby*?

Cuando Ben detiene el coche delante de la iluminada entrada principal, mi estado es de sorpresa, temor, y, siendo sincera, tengo ganas de salir corriendo de

allí. Sabía que Ben pertenecía a una familia rica, que la mayoría de sus amigos también tenían dinero, pero no me había imaginado que estábamos hablando de algo de este tipo. Me froto las palmas húmedas de las manos en los vaqueros y observo la conmoción que tiene lugar en el interior de la casa en este momento. La música *techno* chilla de forma ruidosa a través de las ventanas abiertas hasta flotar en la noche, y veo los contornos de algunas parejas bailando y besándose.

Abrumada por la certeza de que estoy muy lejos de mi zona de confort, me vuelvo a mirar a Ben mientras noto una inquietud en el estómago en forma de retortijón.

—Mmm... es que...

Sé que no debo sentirme intimidada por una mansión y la idea de pasar el fin de semana rodeada de ricos. Mi padre me ha criado para ser consciente de lo que valgo y para estar orgullosa de lo que tenemos, de lo que somos, pero...

¡Mierda!, ¿a quién quiero convencer? Todas esas ideas de autoconfianza desaparecen como por ensalmo cuando te encuentras ante una residencia cuyo garaje es más grande que tu propia casa.

Ben apaga el coche y me coge la mano una vez más para apretármela, mostrándome su apoyo.

—Cathy, todo estará bien. Julian es lo más, y su hermana gemela, Morgan, también es buena gente. Nos divertiremos mucho este fin de semana. —Se inclina hacia mí por encima del cambio de marchas y me da un beso en la frente antes de frotar su nariz contra la mía—. Créeme. Has venido conmigo, nadie te molestará.

Me vuelvo hacia él y lo abrazo con fuerza. Siento los fuertes músculos de su cuerpo rodeándome, su olor masculino mezclado con colonia cara, y tomo una decisión.

Esta noche será *la* noche.

No puedo seguir viviendo con miedo, preocupada de que Ben pueda dejarme algún día. No puedo. Debo darle una oportunidad, confiarle mi corazón y dejar que me lleve a ese lugar que solo él puede enseñarme.

—No te preocupes por mí —susurro, después de besarle en el cuello—. Estoy bien. Solo ha sido la sorpresa, pero lo superaré. Recuerda que soy una chica dura de Queens. Solo quiero que me prometas una cosa.

Ben se inclina más, para verme la cara. Mientras observo sus cálidos ojos castaños, me acaricia la mejilla con la mano. Le veo cerrar los ojos un instante, pero, cuando los abre, veo en ellos la respuesta.

Todo irá bien.

—Quiero que me prometas que tendremos la noche para nosotros.

—Por supuesto. Vamos a compartir habitación.

—Mmm... ya. Lo sabía. Pero ahora quería decir que... er... quería que supieras que..., bueno..., estoy preparada. Ya sabes, preparada. —Ruborizada, espero que Ben capte el significado de mis palabras, porque no creo que pueda ser más clara sin pedirle que se acueste conmigo.

Permanece callado durante lo que me parece una eternidad.

¡Oh, Dios mío! ¿Y si he interpretado mal las señales? No.

Me desea. Lo sé.

Le gusto. Lo sé.

Pero su silencio está volviéndome loca.

—No, Cathy —susurra finalmente cuando estoy a punto de decirle que lo olvide—. No puedo hacerlo.

—¿Qué? ¿Otra vez? —No es lo que esperaba. ¿Dónde está mi ardiente Ben cuando lo necesito?

Me suelta de repente, niega con la cabeza y mira hacia otro lado.

—No —le dice al parabrisas—. Vamos a intentarlo otra vez. Sabes de sobra que te deseo. Te deseo mucho, pero no te he traído aquí para acostarme contigo. Yo no soy así. —Se vuelve hacia mí y me inmoviliza con su mirada—. Para mí eres importante. ¡Joder!, no soy un cabrón de esa calaña, Cathy. Deberías saberlo ya.

¿Está tomándome el pelo?

—Ben, no. Yo lo deseo... Estoy preparada. —Cualquiera imagina que cuando le dices a un chico con el que has estado saliendo que por fin estás lista para tener relaciones sexuales con él, su respuesta sería: «¡Sí! ¡Sí! ¿Dónde está la cama más cercana?». Pero yo solo me siento atrapada con un perdonavidas.

—No, Cathy. Por favor, déjalo.

Noto que la vergüenza hace que me arda la cara, que la humillación que siento se hunde profundamente en mi interior. Ben me mira con ternura mientras me coge la mano.

—Mira, nena, lo hablaremos esta noche, cuando estemos solos. No aquí, aparcados delante de casa de Julian y...

Me siento confusa y dolida por su rechazo, así que le aparto la mano.

—No voy a cambiar de tema. Llevamos saliendo juntos un mes y hemos hecho casi de todo, salvo mantener relaciones sexuales.

Ben abre la boca para hablar, pero no le permito decir una palabra.

—Pensaba que estábamos esperando a que estuviera preparada. Bueno, pues ya

lo estoy. Así que dime, ¿por qué demonios no quieres? Y lo siento, pero no me creo tu excusa de —levanto los dedos para abrir unas comillas en el aire— «No te he traído aquí para acostarme contigo».

Sé que no estoy siendo racional. Que fui yo la que le pidió que fuéramos despacio para asegurarme de que había superado lo de su ex antes de acostarnos.

Pero ¿y si no lo ha superado?

Aunque sé que me desea. Lo ha dicho.

Noto una sensación de terror en el estómago.

—Quiero preguntarte algo, Ben. ¿Cuánto tiempo tardaste antes de acostarte con Ashley? ¿Eh? ¿La rechazaste cuando se ofreció a ti? Porque es prácticamente lo que acabo de hacer. ¿O esto no es más que una estúpida idea porque todavía no te has olvidado de ella?

Oigo que Ben gime mientras hunde la cara entre las manos. Noto las oleadas de frustración que irradian de su cuerpo.

—¿Qué coño te pasa, Cathy? Ese ha sido un golpe bajo incluso para ti. ¿Por qué sacas el pasado a colación?

—Porque estoy confusa, por eso. Pensaba que te gustaba. Que me deseabas, y ahora... no quieres... ¿Es por ella?

Silencio.

Nada.

Ben no dice nada.

Solo me mira.

Su silencio me duele.

Su silencio me irrita mucho.

—Bueno, si quería saberlo, imagino que ya tengo mi respuesta.

La frustración está escrita en cada línea de la cara de Ben, en su ceño fruncido, en su mandíbula y en la forma en la que se mesa el pelo. Cuando parece a punto de decir algo, alguien abre la puerta del coche e interrumpe nuestra primera pelea.

Y quizá la última.

El aire fresco me golpea la cara cuando la brisa fría llena el cálido interior del coche. Nos volvemos para mirar a la persona que nos ha interrumpido tan bruscamente. Mis ojos se topan con otros muy azules que son el centro de atención de un rostro magnífico. Tiene el pelo castaño oscuro y algunas pecas en el puente de la nariz, los labios llenos y un hoyuelo en la barbilla.

Sonríe al vernos.

—Hombre, Ben. Pensaba que no ibas a llegar nunca, tío. —Me mira con una

sonrisa todavía más grande—. Tú debes de ser Cathy. Es un placer tenerte aquí por fin. Nos moríamos por conocer a la chica que ha conseguido que Ben actúe como una nenaza. Morgan te va a adorar.

—Mmm... hola. ¿Quién eres?

—Lo siento. Las chicas guapas me hacen parecer estúpido. Soy Julian —informa con una arrogante sonrisa.

—Hola, Julian. Encantada. —Me sonrojo, pero no puedo evitar curvar los labios: su sonrisa es contagiosa. Julian es un ligón, y, por lo que veo, le funciona bien. Miro a Ben, que nos estudia a los dos.

No parece contento.

Para nada.

Bueno, pues me alegro. Quizá a Julian no le importe acostarse conmigo.

La expresión molesta de Ben ha sido reemplazada por un ceño fruncido en toda regla.

—Manos quietas, amigo. Las necesitas para jugar a esa mierda que llamas deporte.

Julian nos mira con una sonrisa que ahora es burlona en vez de coqueta.

—Juego al golf. No le hagas caso. Puedo exprimir su cabeza cuando me dé la gana.

Si no estuviera tan enfadada con Ben, encontraría la situación muy graciosa. Pero estoy irritada y dolida, así que decido cabrearlo un poco más. Recuerdo la forma en la que Lisa coquetea con los chicos y trato de imitarla.

«Por favor, Dios mío, no permitas que haga el ridículo».

—Estoy segura de que puedes —digo después de humedecerme los labios lentamente inclinando la barbilla en el ángulo perfecto para brindarle a Julian mi mejor sonrisa—. Tienes una casa preciosa. Si tienes tiempo, me encantaría que me la enseñaras.

Julian clava sus ojos azules en Ben y luego en mí, comenzando a comprender.

—Me encantaría, y por casualidad estoy disponible ahora mismo. Ben, ya conoces la casa, así que no es necesario que vengas, ¿verdad? De todas formas, hace frío aquí. Entremos antes de que nos congelemos.

Alarga la mano y cierra sus largos dedos alrededor de los míos.

—Ven, déjame ayudarte. —Se vuelve hacia Ben—. Tío, ya conoces el camino —añade—. Arthur se encarga del equipaje, así que puedes ir a beber algo. Morgan está allí con la gente de siempre. Sin embargo, quizá quieras ir antes al salón, hay una orgía.

No me atrevo a mirar a Ben cuando salgo del coche con la ayuda de Julian para

ir hacia la entrada. Cuando he subido la mitad de las escaleras, me doy cuenta de que estoy siendo un poco cabrona con Ben. Sean las que sean sus razones, está tratando de hacer lo correcto conmigo. Me freno en seco y me enfrento a Julian con una sonrisa de disculpa.

—¿Puedes esperar un minuto? Me he olvidado de decirle algo a Ben.

Me doy la vuelta mientras asiente moviendo la cabeza y regreso al coche. Ben está descargando el equipaje, aunque Julian ha mencionado que alguien se iba a ocupar de ello.

¡Dios mío! Es perfecto.

Cuando llego junto a él, levanta la vista. Lo que veo en la profundidad de sus ojos me asusta. No hay risa, parece muy enfadado... y dolido.

—Mmm... lo siento. No era mi intención escaparme con tu mejor amigo, y lamento haber sacado a Ashley a colación. No ha estado bien. —Me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja. Tengo la piel húmeda por los nervios.

Ben cierra los ojos y respira hondo. Cuando los abre un momento después, me doy cuenta de que tengo un grave problema.

—De acuerdo, Cathy. Adelante, Julian es muy divertido. Espero que te lo pases bien —escupe.

Me rodea con las maletas en la mano y va hacia la casa, pasando por delante de Julian sin reparar en su presencia.

¿Qué he hecho?

Sigo a Ben con la mirada hasta que desaparece dentro de la mansión. Entonces, con un peso en el corazón, me vuelvo hacia Julian, que me mira con precaución. La ira que sentía antes ha sido reemplazada por la culpa. ¿Por qué he dejado que mi carácter sacara lo peor de mí?

Cuando llego al lugar donde está esperándome Julian, sé que debo decir algo para romper la tensión que flota en el aire, pero no tengo palabras.

—¿Por qué está Ben tan enfadado? —pregunta Julian mientras me exprimo la cabeza buscando un tema de conversación—. ¿He interrumpido una pelea o algo así? —Se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros, esperando mi respuesta.

Me coloco un mechón errante detrás de la oreja y decido sincerarme con él. No lo conozco, pero, si es el mejor amigo de Ben, debe de ser un tipo en el que se puede confiar. Además, me cae bien.

—Bueno, sí... En realidad no era nada, pero luego ha dicho algo que me ha molestado de verdad. —La tensión nerviosa hace que me balancee sobre los talones—. Y... er... es posible que me haya dejado llevar por mi carácter y que

haya dicho un par de cosas que han empeorado la situación. Y que haya decidido largarme contigo no ha ayudado en absoluto. Es decir, tú y yo acabamos de conocernos y todo eso. Así que, bueno, Ben está supercabreado conmigo. Y lamento lo de antes, ya sabes..., mi estúpido coqueteo. Solo quería poner celoso a Ben.

—No te preocupes por eso. Ya sabía yo que pasaba algo. Y, la verdad, se te da bien coquetear. —Sonríe mientras me mira los labios un segundo más de lo debido—. En cuanto a Ben, creo que ha estado a punto de pegarme, pero me da igual. —Inclina la cabeza a un lado y sonrío de forma maliciosa—. En secundaria, Ben y yo siempre resolvíamos nuestros problemas con una buena tanda de puñetazos. Siempre. —Sonríe—. Sin embargo, que esté celoso es nuevo. Ben no tiene celos; es al contrario: los provoca. No pasó ni siquiera cuando estaba con Ashley.

Cuando dice el nombre de la ex de Ben, aparece una expresión de disgusto en su cara, casi como si se hubiera tragado una píldora amarga, pero es reemplazada con rapidez por una sonrisa.

—Y, ya que estamos, Cathy, debo decirte que eso me gusta. Significa que ha superado lo de esa zorra.

Medito sus palabras y dejo que penetren en mi mente.

—¿De verdad piensas eso? —pregunto mientras bajo la vista a los escalones con una sonrisa en los labios.

Miro hacia arriba y mis ojos se encuentran con su sincera mirada.

—Ese putón se la jugó —me confía al tiempo que asiente moviendo la cabeza—. Y, créeme, el Ben que acabo de ver no está deprimido como estaba la última vez que lo vi. Esta vez parecía muy cabreado porque estaba ligándome a su chica.

—Espero que tengas razón. De verdad.

Entonces recuerdo la razón por la que nos peleamos y su silencio cuando saqué a Ashley a colación, y no estoy tan segura de que Julian esté en lo cierto.

—Ya veo que tienes dudas... ¿Por qué no me las cuentas? Me caes bien. Sé que vamos a convertirnos en buenos amigos, así que suéltalo. Quizá podría ayudarte.

—Bueno, pero recuerda que has sido tú el que ha preguntado. No te quejes si luego te aburres.

—Jamás me aburriría contigo. Ahora, venga. Mmm... espera un momento, se me ha ocurrido una cosa. Estoy seguro de que va a ser como una de las historias de Morgan, en las que la culpa es del chico y nunca de la chica.

Le doy un puñetazo en el hombro, haciendo que saque las manos de los bolsillos y las levante en un gesto de rendición.

—¡Eh! Solo estaba siendo sincero. En serio, si las chicas hablarais claro en lugar de actuar de forma críptica y extraña, sabríamos qué mierda está pasando. De todas formas, se me están congelando las pelotas; ¿por qué no vamos al invernadero de mi madre? Podemos hablar allí y evitar la orgía que está teniendo lugar en la casa.

—P-pero... ¿y Ben? ¿Qué pasa si saca una conclusión equivocada al ver que no vamos a buscarlo enseguida?

—Me importa una mierda. Ha sido muy borde contigo, así que deja que se joda un poco.

—Mmm... vale. Pero espera... Antes de que vayamos, necesito que... mmm... necesito que me confirmes una cosa.

—¿Sí?

—Bueno, ya que acabamos de conocernos, espero que «ir al invernadero de mi madre» no sea una especie de código para intentar aprovecharte de mí, porque no estoy interesada. Estoy saliendo con Ben. Y, bueno..., eso. Estoy con Ben. — Me ruborizo, sin poder creer lo que acabo de decir. Acabo de advertirle a un chico que no se haga ideas conmigo. ¡Yo!

«Sí, Cathy, tú».

—¡Joder, Cathy! ¿En serio? Primero: jamás te llevaría al invernadero de mi madre para aprovecharme de ti. Te llevaría a mi habitación. Tengo la mejor cama de este puto lugar. Segundo: yo no me aprovecho de las chicas, nunca. Ni siquiera cuando son tan guapas como tú. Tercero: Ben es mi mejor amigo. Y cuarto, y lo digo en serio: quiero ayudarte. Es evidente que Ben está loco por ti, y cuando Ben se cuele de esta forma, quiere decir que se trata de algo muy serio.

—¡Oh, Dios mío! Lo siento. Solo quería estar segura. No que te hicieras una idea equivocada.

—Bah, me ha gustado que lo hagas. Eres genial. Ahora vámonos. En serio que tengo las pelotas congeladas.

—Vale.

El invernadero es muy bonito. Nos rodean vidrio, plantas y árboles. Hay rosas y orquídeas, y muchas otras especies de flores extranjeras cuyos nombres no sé pero que he visto formando ramos en las portadas de las revistas de novias. Cuando vamos al fondo del lugar, aspirando el aire lleno de aromas, casi me puedo imaginar en medio de la jungla rodeada por especies exóticas y numerosa vegetación más alta que yo. La luna, que es la única fuente de luz dentro de la

estructura de cristal, me permite ver y seguir la alta figura de Julian sin tropezar con macetas y soportes.

Julian se sienta en un banco junto un árbol de hojas puntiagudas y da una palmadita en el asiento. Cuando me acomodo a su lado, Julian se echa hacia atrás y se gira hacia mí para que vea su cara, donde hay una sonrisa amigable.

—Aquí estamos. Ahora cuéntame qué es lo que está pasando. Veamos si puedo hacer magia. A menos, claro está, que prefieras tener una aventurita aquí conmigo.

—Jajaja... Muy gracioso. ¿Y terminar con una de esas hojas puntiagudas clavadas en el culo? No, gracias.

—Como imaginarás, tenía que intentarlo —dice Julian con una mirada risueña. Sonríe y bajo los ojos al regazo para clavar la vista en mis dedos entrelazados.

—Bien... Lo cierto es que, básicamente, no estoy segura de qué está pasando entre Ben y yo. Es decir, sé qué pasa, no soy tan idiota... Es solo que... no estoy segura de si vamos en serio o si solo soy una diversión para él. No hemos hablado sobre ello. No es como si pudiera decirle «Hola, Ben, ¿quieres ser mi novio?». Todavía no estoy tan desesperada. Vamos, que no sé si mantenemos una relación o solo estamos saliendo. Ni siquiera sé si quiere que esto sea exclusivo. No sé por dónde me muevo.

Levanto la mirada y observo las sombras de las plantas moviéndose en la pared.

—La cuestión es que creo que estoy enamorándome de él. Enamorándome. Y ni siquiera hemos tenido sexo.

—Espera un momento... ¿Todavía no habéis follado? Es imposible... Bueno, ahora tiene más sentido que esté de tan mal humor. Joder... —La conmocionada expresión de Julian me recuerda un dibujo animado donde los ojos se salen de las órbitas.

Me río de él mientras muevo la cabeza, asintiendo.

—Antes de que te sientas mal por Ben —continúo—, te diré que no lo hagas. No voy a entrar en detalles, pero, créeme, no está tan desesperado. Pero sí, todavía no hemos llegado al final. Le dije que quería esperar para asegurarme de que había superado lo de su ex. Y él ha sido muy comprensivo. Cuando veníamos hacia aquí, decidí que no iba a preocuparme por ella, así que le dije... Bueno, ya sabes, le sugerí que esta noche iba a ser la gran noche, y él se asustó. Se fue por las ramas, diciéndome que no me había traído aquí para acostarse conmigo. Así que cuando oí eso, dejé salir toda mi rabia y saqué a Ashley a colación...

Oigo gemir a Julian antes de que maldiga por lo bajo, haciendo que lo mire por primera vez desde que empecé a hablar.

—¿Y qué te dijo él?

—Entonces fue cuando todo fue a peor, porque no me dijo nada. Le pregunté cuánto tiempo había esperado para acostarse con ella, y si todavía seguía colgado por ella, y siguió sin decir nada. Callado como un muerto. En ese momento, apareciste tú. Así que ahora no sé qué es lo que está pasando entre nosotros. Si es que hay algo.

Julian se inclina hacia delante y apoya los codos en las rodillas.

—A ver si lo he entendido bien. No habéis follado. No sabes que hay entre vosotros en realidad y tienes miedo de que no haya olvidado a esa zorra. Y ahora Ben está cabreado porque cree que piensas que te ha traído aquí para follar. Y has mencionado a su ex, lo que seguramente le ha jodido todavía más. Porque ahora sabe que no confías en él lo suficiente, y, seamos realistas, era totalmente innecesario.

—Sí, eso es todo en pocas palabras. —La culpa cae sobre mí con una profunda vergüenza.

—¡Qué nenaza!

—¡Oye!

—Lo siento, pero es que está comportándose como un crío. Necesita una lección. Pero creo que, después de esta noche, sabrás definitivamente lo que está pasando entre vosotros.

—¿Y qué me dices de Ashley?

—Ya te lo he dicho. Pasa de ella. Deberías haber visto la mirada que me ha lanzado cuando dijiste que te enseñara todo esto. Si las miradas pudieran matar, sería hombre muerto.

—¿Estás seguro? Me estás asustando. ¿Qué se te ha ocurrido?

—Confía en mí, Cathy. Lo conozco bien. ¿Por qué no jugamos con él?

—¿En serio? ¿Crees que es una buena idea?

—Sí. Mañana me darás las gracias. Si te deja salir de la habitación, claro está.

—Bueno, y ¿por qué no me dices lo que estás pensando?

10

PRESENTE

—¡Espera! ¡Sujeta la puerta!

Corro por el vestíbulo de mármol tan rápido como puedo para alcanzar el ascensor justo a tiempo, mientras impiden que se cierre la puerta. Tengo la respiración agitada, pero logro dar las gracias y hacerme un hueco al fondo. Cuando estoy de pie contra la pared, empiezo a abanicarme con las manos, tratando de refrescarme. Cierro los ojos y rezo para que no tengamos que parar en todos los pisos, con la pérdida de tiempo que supone. Hoy es el peor día para llegar tarde, ya que Arsen empieza a trabajar bajo mi supervisión.

Ha pasado media semana desde que lo vi por última vez.

Cuando siento un soplo de aire caliente en la nuca, me baja un ramalazo de conciencia que se instala en mi estómago. Al instante, abro mucho los ojos, cuando lo veo de pie a mi lado. Me mira con una sonrisa burlona en los labios, y sus peculiares ojos azules brillan con intensidad. Está tan cerca que veo que son una mezcla de azul claro con chispas verdes.

Mmm... ¿qué está haciendo?

—Buenos días, preciosa. ¿Lista para enseñarme a ser un hombre? ¿Ya sabes, dispuesta a doblegarme? —Su voz destila sarcasmo, pero noto la risa detrás.

Un poco nerviosa y bastante irritada por sus palabras, asiento con la cabeza y me alejo para poner un poco de espacio entre nosotros, lo que no es posible porque el ascensor está abarrotado. Arsen debe darse cuenta de que su saludo no ha sido el adecuado. Quizá fuera ese su propósito, porque cierra el espacio que acabo de crear para acercarse de nuevo a mí.

Cruzo los brazos delante del pecho en una postura defensiva, y cuando estoy a punto de moverme para alejarme otra vez, siento su cálida mano cogiéndome del codo para tirar de mí y ponerme a su lado. Me sube por el brazo una oleada de calor que me quema como agua hirviendo. Aturdida momentáneamente porque

ha traspasado los límites físicos, levanto la vista y lo miro fijamente.

Sus ojos brillan mientras baja su boca sonriente hasta mi oreja.

—Tranquila, hoyuelos —me susurra al oído—, solo estoy tomándote el pelo...

Quiero decir algo, pero no me sale nada. Su boca está tan cerca de mi oreja que noto la plenitud de su labio inferior contra el lóbulo. Irritada por la reacción de mi cuerpo, me vuelvo para mirarlo mientras me deshago de su agarre.

—No me toques, chaval. Y aléjate un poco —siseo.

Él lanza la cabeza hacia atrás mientras se ríe. Observo lo grueso que es su cuello y la forma en la que se mueven sus anchos hombros cuando se estremece por la risa. Frunzo el ceño. Quiero coger el bolso y golpearlo con él en la cabeza. Quizá entonces deje de reír. Quizá le provoque una conmoción cerebral y se le borre esa estúpida sonrisa de su cara. Comienzo a pensar seriamente la idea cuando se abren las puertas y la gente empieza a salir. Miro en qué piso estamos: todavía nos queda un largo trayecto para llegar a nuestra planta. Atravieso entre la gente hasta que se interponen tres o cuatro personas entre nosotros porque no quiero estar de pie a su lado. «¡Chúpate esa, guapito de cara!». Sonriendo para mis adentros por haber conseguido deshacerme de él, considero posibles maneras de ponerlo en su lugar una vez lleguemos al despacho. Estoy dudando entre enterrarlo bajo un montón de papeles sin fin o asignarle el becarío más despistado, entre otras dolorosas posibilidades, cuando siento de nuevo su cálido aliento en el cuello.

—Vaya... Hola de nuevo. Encantado de volver a encontrarte aquí —me murmura al oído de forma juguetona.

«¡No puede ser cierto!».

Cierro los ojos con frustración mientras intento reunir toda mi contundencia para ponerlo en su lugar de una vez por todas. ¡Dijo que no iba a coquetear conmigo! Cuando los abro de nuevo, me vuelvo de nuevo hacia él. Pero todas las palabras airadas quedan atoradas en mi garganta, sin llegar a salir. Detrás de mí, en toda su gloria rubia, está Arsen, que me mira con una inocente sonrisa en la cara y un reto en los ojos. Quiere que me ponga a su altura y que entre en su juego.

Deseo poner fin a esto, demostrar que soy una adulta y recordarle el pacto que hemos hecho sobre cómo iba a comportarse. Pero algo me dice que Arsen está tratando de jugar limpio. Que solo trata de ser amable y nada más. Se mete una mano en el bolsillo, apoya el hombro en la pared y reclina perezosamente su cuerpo contra ese lugar de la cabina.

—¿Qué te pasa, Catherine? ¿Te ha comido la lengua el gato? —Levanta la

mano para peinarse; su pelo parece muy suave—. Sabes que estoy jodido, ¿verdad? Que nunca falto a mi palabra. Como ya te dije la última vez que te vi, puedo conseguir el coño que quiera cuando quiera.

Siento que me arde la cara. ¿Es que no se da cuenta de que no estamos solos?

—Estás atrapada conmigo durante todo el tiempo que mi padre considere que merezco una lección, y me caes bien. Así que es mejor que tratemos de llevarnos lo mejor posible. Creo que, si puedes olvidar lo que pasó, podríamos llegar a ser amigos y seguir adelante. Como te dije el otro día en el coche, no volverá a suceder. Créeme, hoyuelos. Sé muy bien cuándo no significa no. —Se aleja de la pared para acercarse, cerniéndose sobre mí. En esta posición me siento en desventaja.

—Deja de llamarme «hoyuelos». Y si realmente estás hablando en serio, deja de intentar ligar conmigo y de invadir mi espacio personal. No me gusta —informo sosteniendo su mirada, que está llena de diversión.

—Tienes hoyuelos, hoyuelos. Y son jodidamente bonitos, si me permites decirlo. Me gusta meterme contigo, te pones muy guapa cuando te enfadas —dice con suavidad—. Te sonrojas, y eso hace que me apetezca seguir haciéndolo.

De acuerdo.

Lo observo de cerca mientras proceso sus palabras. Me mira con una expresión expectante en la cara, como un niño pidiendo un trozo más de tarta que sabe que no debería comer.

Estoy a punto de responderle cuando otras dos personas se bajan del ascensor murmurando por lo bajo.

—Como esa rubia no se lance a por él, le pienso decir que traiga aquí ese cuerpazo tan follable para...

—Shhh... que van a oírte. ¡Es Arsen Radcliff! He leído en algún sitio que jamás tiene novias, solo folla con unas y... —Las puertas se cierran antes de que podamos escuchar el resto de la oración. Miró a Arsen; parece furioso. La sonrisa ha sido reemplazada por el ceño fruncido. Ahora parece el chico que no consiguió el trozo de tarta.

—Er... Arsen...

—No digas nada ahora.

—Vale. —¿Dónde ha ido a parar el Arsen divertido y provocativo?

Cuando salimos del ascensor, a pesar de que vamos con retraso, veo que somos los primeros en llegar. Me vuelvo para mirar a Arsen al sentir su mano en la espalda, impulsándome hacia delante.

—Acompáñame. —Hay una nota de autoridad en su voz. Por un momento me

sorprende porque parece Ben. Más mayor.

Me conduce hasta la sala de café, y no retira la mano hasta que estamos dentro de la estancia con la puerta cerrada. Se pasa las dos manos por el pelo y suelta el aire con frustración.

—Lo lamento. No quería que esas mujeres pensaran que estaba ligando contigo. —Me lanza una sonrisa triste—. Por una vez trataba de ser legal, pero ¿sabes qué? Se han pensado que solo quería echarte un polvo. Si eso es lo que piensan los extraños, entiendo por qué no me crees. ¡Joder!, quizá no soy capaz de ser amigo de una chica sin tirármela antes. Quizá debería decirle a Amy que te sustituya por una mujer soltera y sin compromiso, porque al parecer solo se me da bien una cosa.

Es la vulnerabilidad que trata de ocultar detrás de su fachada de *playboy* lo que finalmente consigue que mi actitud hacia él se descongele. Sí, entiendo por qué la gente lo ve y supone lo peor. Es guapo, casi perfecto. Es joven e influyente, y se acuesta con famosas. Es normal que las mujeres lo vean y piensen eso.

Casi toda la culpa es suya. Es decir, no creo que nadie le haya puesto un cuchillo en la garganta y lo haya obligado a salir de un club nocturno con tres modelos para llevarlas a su apartamento. Nadie le ha dicho que socialice con la *jet set*. Pero sus palabras me hacen vislumbrar lo que hay debajo de todo eso. El chico malo hace lo que la sociedad espera; les da lo que quieren.

—¿En serio? —Trato de aligerar el estado de ánimo tomándole el pelo—. ¿Crees que voy a renunciar a la posibilidad de darte órdenes? De eso nada. Después de lo que me has hecho, merezco la oportunidad de hacerte sufrir.

Le brillan los ojos.

—¿No me has cogido manía? ¿Ni siquiera después de lo que han dicho esas mujeres? —Su expresión es de incredulidad absoluta.

—Bueno, me refería a lo que dije antes. Pero creo que tomas el pelo y coqueteas con las mujeres con las que te sientes cómodo, con las que no quieres acostarte. Cuando nos conocimos... —¿Realmente voy a tocar ese tema? Creo que sí. Necesito verbalizar la diferencia entre el Arsen de aquella noche y el que está delante de mí en este momento.

—No me tomaste el pelo. No coqueteaste conmigo. Simplemente me abordaste de forma agresiva... y luego no te disculpaste. No sé muy bien cómo explicarlo, pero ha cambiado algo. Te creo cuando me dices que quieres que seamos amigos, así que mientras mantengas las manos quietas y no invadas mi espacio personal, puede que esto marche bien.

Sacude la cabeza mientras su carisma ilumina toda la habitación.

—Hoyuelos, eres jodidamente increíble. Lo digo en serio. Y tienes razón. Normalmente no quiero ser amigo de las tías que me tiro. Solo follarlas y...

—Dejarlas —termino por él. Debería sentirme ofendida por la forma en la que trata a las mujeres, pero al ver que se ruboriza un poco me entran ganas de darle un abrazo.

Intercambiamos una sonrisa.

Más tarde, cuando regreso de almorzar, me encuentro una caja con *cupcakes* de Magnolia Bakery encima del escritorio. Sonrío porque Ben nunca deja de sorprenderme y abro la tarjeta que tiene encima. Leo el mensaje, esperando encontrarme con la letra que me conozco de memoria. Pero es desconocida para mí.

*«Una pelirroja me ha dicho que te encantan los cupcakes.
AWR xxxxx».*

—Hola.

En la cola del *diner* que hay cerca del trabajo, me doy la vuelta cuando siento un ligero toque en el hombro, y me tropiezo con la cara sonriente de Arsen.

—Hola —respondo, devolviéndole la sonrisa.

—¿Qué pasa, hoyuelos? —pregunta Arsen, metiéndose las manos en los bolsillos traseros.

—Er... he venido a almorzar.

—Genial.

Me mira expectante. Tengo la sensación de que quiere que lo invite a almorzar conmigo. ¿Sería raro que lo hiciera? No, no lo creo. Después de todo, trabajamos juntos.

—¿Quieres acompañarme?

—Solo porque me lo pides tú, hoyuelos —dice sonriente.

—¿En serio? ¿Qué querías que hiciera? ¿Dejarte comer solo? —pregunto en tono de incredulidad.

—No. Sé que eres una persona amable que no puede permitir que coma solo. Ahora deja de lloriquear y vamos a buscar una mesa. Me muero de hambre.

Nos reímos y vamos a la primera mesa vacía que vemos. Me doy cuenta de la forma en la que nos miran las mujeres cuando pasamos por delante, y no puedo decir que las culpe. Arsen es impresionante.

Mientras lo observo, recuerdo el incidente que ocurrió hace un mes en el ascensor. Supongo que podría decirse que ha surgido entre nosotros una especie de amistad, a pesar de que sigue coqueteando conmigo todo el rato. Si fuera otro hombre, me preocuparía, pero él parece hacerlo con todo aquello que lleve faldas

y tacones de aguja, así que sé que no debo tomarlo en serio y limitarme a disfrutar de su inofensivo coqueteo. Además, sus chistes son tan ridículos que siempre me hacen reír.

Es un tipo muy agradable cuando no está intentando meterse debajo de mis bragas.

Cuando llegamos a la mesa, separa una silla para que me siente. Lo hago después de echar un vistazo al restaurante, y lo observo mientras ocupa una silla frente a mí.

—Bien, ¿qué hay de nuevo? —Me observa mientras hace girar un tenedor sobre la mesa.

Cojo una servilleta y me pongo a doblarla en forma de figuras.

—En realidad nada. Pasé el fin de semana con Ben en la casa de verano de Martha's Vineyard, con algunos amigos.

Mientras asiente con la cabeza ante mi respuesta, saca el móvil y empieza a escribir en la pantalla.

—Guay —comenta mientras continúa enviando mensajes de texto.

—¿Y qué tal estuvo el tuyo?

Levanta la mirada con una sonrisa maliciosa.

—Jodidamente fantástico. Mi amigo Alec tocó con su grupo, así que tuve a un montón de *groupies* haciéndome la pelota. No te imaginas... Es una pasada lo que llegan a hacer algunas chicas para que las cuele en el *backstage*.

—¡Oh! Parece divertido —respondo, sonrojándome. No puedo entender por qué me ruborizo siempre que me habla de su vida personal.

Ni que me importara...

Arsen se mira las manos fijamente.

—Fue divertido mientras duró —responde con suavidad.

Esa falta de palabras me hace sospechar que algo le molesta, y no me gusta. No me gusta nada. Estoy a punto de poner la mano sobre la suya cuando comienza a sonar su móvil.

—¿Te importa? —pregunta educadamente.

—No, adelante. Mientras tanto miraré el menú.

Abro la carta y comienzo a revisar los platos, tratando de darle un poco de privacidad. No quiero que piense que estoy escuchando a escondidas, pero resulta casi imposible cuando está sentado a menos de un metro de mí.

—¿Qué tal, nena? Estoy comiendo con hoyue... Catherine —se corrige.

Hace una pausa mientras escucha a la otra persona.

—¡Joder! Lo siento. Me olvidé por completo. Te lo compensaré.

Otra pausa.

—De acuerdo... Te lo prometo. Lo haré. Preciosa, tengo que dejarte. Acaba de llegar la comida. *Ciao*.

Después de colgar, Arsen lanza el móvil descuidadamente sobre la mesa y me mira con intensidad.

—Lo siento, hoyuelos. Al parecer debía encontrarme con alguien para comer y lo he olvidado totalmente.

—Todavía estás a tiempo, ¿sabes? No me importa... —Y es cierto que me da igual. De hecho, me siento culpable de que esté aquí conmigo y no con su cita.

Arsen se pone a dar golpecitos con los dedos en la mesa y cambia de tema.

—¿Te gusta Muse? ¿Y Awolnation? —Sorprendida por el brusco giro de la conversación, le pido que repita la pregunta.

—¡Oh, sí! Me encantan los dos. El último álbum de Awolnation es fantástico. Mis canciones favoritas son *Wake up* y *Burn it down*.

—Yo creo que *Madness*, de Muse, es una genialidad. Los he visto en directo un par de veces y son jodidamente increíbles —comenta, sonriendo al tiempo que se pasa una mano por el pelo.

—Siempre estás haciendo eso.

—¿El qué?

—Pasarte la mano por el pelo. ¿Es una manía o solo te gusta tocarte el cabello? —lo azuzo.

Se ríe.

—¿Te has fijado? Es una manía. He intentado dejar de hacerlo, pero creo que me gusta ir un poco despeinado. En especial en la cama, ya sabes.

—Bueno, no. —No lo sé, y no creo que necesite saberlo.

—Nunca se sabe, hoyuelos... Quizá algún día esa información pueda resultarte útil —se burla.

—Jajaja, sigue soñando... Te olvidas de que estoy felizmente casada.

—¿Demasiado felizmente casada para un polvo salvaje con un semental caliente como yo? No sé si lo sabes, pero en la cama me han llamado «dios» unas cuantas veces —bromea, con los ojos brillantes como si fuera un demonio.

Sonríe.

—¿No eres un poco modesto? Por cierto, no puedo creer que te hayas autodenominado «semental caliente». Estoy bastante segura de que se contradice con lo guapo que eres.

Arsen sonrío, haciendo que aparezcan unas arruguitas en las esquinas de sus ojos.

—¿Qué pasa? ¿No lo sabías? Soy muy caliente.

—¿Alguna vez hablas en serio o con modestia? —pregunto entre risas.

—Bah... La modestia y yo no nos llevamos bien, nena. Solo soy realista.

No me puedo creer que estemos manteniendo esta conversación.

Nos miramos riéndonos y luego, poco a poco, nos quedamos en silencio. Un silencio que me hace sentir incómoda, así que miro el reloj. Arsen vuelve a mirar el móvil una vez más. Necesito romper ese silencio.

—¿No deberíamos pedir?

Arsen asiente con la cabeza y llama a la camarera. Después de que tome nota de las comandas, él vuelve a clavar los ojos en mí.

—De acuerdo, tengo una idea. Mientras esperamos a que llegue la comida, vamos a jugar a algo.

—Mmm... no sé si quiero... Tu mirada me está poniendo nerviosa.

—¡Venga! Será divertido, y puesto que no te queda otra que trabajar conmigo, nos ayudará a conocernos mejor.

—Vale, dime, pero no te prometo nada.

—¿Por qué no nos contamos tres cosas sobre nosotros mismos el uno al otro? —sugiere con una sonrisa de satisfacción de oreja a oreja, como si acabara de ganar el premio Nobel.

No veo ningún mal en ello, así que me muestro de acuerdo en jugar con él. Además, siento curiosidad.

—Vale, empieza. Antes de decir nada, tengo que saber qué tipo de secretos estás dispuesto a revelar.

—Tengo tatuada una mariposa en el pecho —dice Arsen.

—¡La he visto! Confieso que he estado a punto de preguntarte por ella muchas veces.

Asiente, sonriendo con timidez.

—Cuando tenía diecisiete años, fui con mis amigos a Cancún en las vacaciones de primavera. Huelga decir que acabamos en un club de *striptease* donde bebimos hasta la extenuación. Al final de la noche, me había enamorado de una *stripper* que se llamaba Butterfly, así que en cuanto cerró el club... —hace una pausa, sonriente—, me acompañó a hacerme este tatuaje. Dado mi estado de ebriedad, supongo que quise que me tatuaran esto sobre el corazón —añade con los ojos brillantes de regocijo.

—¿Por qué no te lo quitas? —pregunto.

—Bah, ya es parte de mí. Además, Butterfly me enseñó algunas cosas maravillosas —dice mientras arquea las cejas de forma sugerente.

—Ah, me alegro. Bien, es mi turno. —Me sonrojo, porque me resulta embarazoso—. No sé montar en bicicleta.

—¿Qué? ¡No puedo creerlo! —Parece sorprendido.

—Sí, no soy capaz de aprender. Ben ha tratado de enseñarme un par de veces, pero nunca he conseguido mantener el equilibrio —comento, recordando aquella fiesta de fin de semana en casa de los padres de Julian.

—No sé por qué te ruborizas por no saber montar. —Sonríe de medio lado antes de continuar—. Sin embargo, lo siento por tu chico.

Me inclino y le golpeo el hombro.

—¡Oye!

Arsen levanta las manos en señal de rendición mientras se ríe por lo bajo.

—¡Eh! Me lo has dejado a huevo. Lo siento, lo siento... No haré más bromas, lo prometo. —Baja las manos y toma un sorbo de agua—. ¿Preparada para mi segunda revelación?

—Por supuesto.

Veo un creciente rubor en sus pómulos, lo que hace resaltar sus ojos azules.

—Cuando era adolescente, quería tener mi propio grupo musical, pero me cagué. Me resulta humillante.

—No, no creo que sea humillante. ¡Es genial! ¿Por qué no lo intentas ahora?

—Quizá... Bah. Es algo que me hubiera gustado hacer entonces, nada más. —Es evidente que se siente incómodo hablando de sí mismo, así que cambia de tema—. Es tu turno.

Lo miro ruborizada durante un momento, y luego decido contarle mis secretos más profundos. No sé qué me impulsa a ello, pero lo hago.

—Mmm... Tengo dos. Estoy embarazada. No, no lo hagas..., no me felicites todavía.

Una sombra cruza por sus ojos, pero desaparece antes de que pueda preguntarle al respecto.

—Venga, sigue, estoy escuchando —me anima.

Sorprendida por su disposición a escucharme, no puedo evitar recordar la última vez que traté de hablar con Ben sobre ello, hace mucho tiempo, y lo diferente que fue su reacción. Es como si fueran el día y la noche.

Recostada contra un árbol con los brazos de Ben rodeándome, nos envuelve el olor de finales de otoño en un parque cercano. Siento un profundo anhelo al ver a algunos niños persiguiendo a los gansos y jugando con las hojas caídas. Es precioso verlos, pero me duele incluso escuchar cómo se ríen. Me pregunto si alguna vez me acostumbraré a tener niños alrededor sin tener que luchar contra el vacío que me inunda por completo.

Eso espero. Lo necesito de verdad.

Ben siempre me dice que la felicidad es lo que haces con tu vida, pero me pregunto qué ocurre cuando te arrebatan una y otra vez el deseo más intenso de tu corazón.

¿Qué ocurre entonces?

Todavía trato de averiguarlo.

Admiro el juego de los niños y pienso en el principio del fin, ese día en el que una parte vital de mí decidió que era demasiado tener sueños y esperanzas. Era el día en el que la esperanza seguía deslizándose entre mis dedos, no importaba cuánto trataba de retenerla dentro de mis manos.

Me vuelvo a mirar a Ben sin querer pensar más en ello, y veo que tiene los ojos cerrados y esa arrogante y sempiterna sonrisa en los labios. Me encanta esa sonrisa. Es como si conociera las respuestas a algo que quieres saber con todas tus fuerzas, pero no estuviera dispuesto a decírtelo. Y también me recuerda días más felices.

El sol poniente arroja un brillo dorado sobre todo el parque, incluyendo sus hermosos rasgos bronceados y sus rizos oscuros, que se mueven en imprudente abandono. Me muevo dentro de su abrazo y me vuelvo para montarme a horcajadas en su regazo, para que quedemos frente a frente. Le paso las manos por el pelo mientras veo cómo la sonrisa se extiende de oreja a oreja.

—Tienes el pelo muy largo, cariño.

—No puedo cortármelo, nena —responde, sin abrir los ojos.

—¿Cómo sabías que iba a sugerirte eso? ¿Y por qué no te lo puedes cortar? —pregunto.

—Porque a mi sexy esposa le gusta hundir los dedos en él.

—¿Perdón?

—Ya lo has oído, nena. —Abre los ojos y me mira con amor—. Me gusta sentir tus manos en mi pelo. — Se inclina hacia mí—. Me recuerda las guarradas que estoy haciéndote cuando me tiras con fuerza de él — me susurra al oído—. Además, a las pasantes buenorras les encanta.

—¿Las pasantes buenorras?

Ben se ríe de mi expresión.

—¿Estás celosa?

—¿Celosa? —preguntó con el ceño fruncido. A lo mejor sí lo estoy.

—Nena, venga... Solo estoy tomándote el pelo. Me la sudan las pasantes. Solo me importa si te gusta a ti o no, y, si soy sincero, me tiras muy fuerte del pelo cuando estoy haciendo que te corras..., y eso hace que me corra también. —Me lame la oreja.

No puedo reprimir el escalofrío que me recorre.

—Ben..., aquí no —protesto.

Se ríe entre dientes.

—Entonces, vámonos.

—Ni hablar. No, no vamos a ir a ningún sitio. Vamos a quedarnos aquí. —Le doy un codazo.

—Cathy... Hace demasiado tiempo, vamos... —Me rodea la cintura con un brazo y el cuello con el otro.

Al sentir la intimidad que compartíamos antes de que me convirtiera en un fracaso como mujer, quiero abrirme a él y hablarle. Compartir mis demonios internos. Quizá si le explico cómo me siento, el vacío desaparecerá.

Estoy a punto de decirle que debemos irnos, volver a casa, cuando me besa dulcemente la mejilla. Vuelvo la cara muy despacio para besar sus labios con desesperación. Necesito su beso para sostenerme en pie. En la vida. Con él.

Cuando nuestros labios se separan, nos miramos el uno al otro con la respiración entrecortada. Ben me rodea con los brazos por completo, y, por primera vez en mucho tiempo, me siento bien así. Es lo correcto.

—Nena, ¿cuál es el problema? Soy consciente de que te molesta algo. ¿Por qué no me lo cuentas? Sabes que haré cualquier cosa por ti, siempre y cuando esté en mi poder, claro. —Me besa la nariz y luego mueve las manos para ahuecarlas sobre mis nalgas.

Me río porque en cuanto me toca el trasero arquea las cejas y me mira de forma pervertida. Decido sincerarme con él.

—Al ver jugar a todos estos niños..., he empezado a pensar.
—¿Por qué, nena?
—Mmm... estoy muy asustada, cariño. Siento que he fracasado porque no he...
—Basta, Cathy. Odio que te hagas esto. Deja de pensar en ello. Podemos probar otras opciones... Tenemos muchas posibilidades todavía.
—No... Déjame terminar, por favor —suplico. Ben parece irritado, pero me permite seguir explicándome—. Tengo que contártelo. Temo que nunca llegue a ocurrir. Pensé que la fecundación in vitro iba a funcionar. De verdad. —Siento que se me acumula el llanto en la garganta, pero ahora no puedo parar—. ¿Y si no podemos...? ¿Y si nunca...?
Ben pone uno de sus cálidos dedos sobre mis labios.
—Shhh... no seas tan negativa. Siempre podríamos volver a hablar con ese abogado experto en adopciones, lo sabes, ¿verdad? No me importa.
—No, no, no... Ben, eso es demasiado. No sé si podría digerirlo..., no lo sé...
—Entonces, ¿por qué no intentas ser un poco más positiva?
Sus palabras son como un bofetón. Trato de ser sincera con él por una vez y él sigue menospreciándome, casi como si mis preocupaciones no fueran lo suficientemente importantes.
—Nena, solo pienso que lo estás haciendo todo mal.
—¿A qué te refieres?
—Maldita sea, Cathy, no lo sé. Solo que a veces eres demasiado negativa. Creo que tienes esa idea de que nada saldrá bien... y no te deshaces de ella. —Me acaricia la mejilla, pero su contacto ahora no es bienvenido—. Nena, no te enfades. Solo pienso que tienes que ser más positiva al respecto. Haremos que resulte.
—Pero... —Quiero preguntarle qué ocurre si no es así, pero me interrumpe.
—Sin peros. Ya veo que el tema te está afectando. Vamos a dejarlo, ¿vale?
No, no vale. Pero Ben parece haber decidido que es hora de dejarlo pasar, así que lo hago. Me encojo de hombros y me muevo para levantarme, pero Ben me detiene.
—Eh... —Encierra mis mejillas entre sus manos—. Mírame, cariño. No te enfades. Solo quiero que dejes de echarle la culpa y que no pienses lo peor. No es sano.
No quiero seguir mirándolo. Quiero protestar, decirle que tengo derecho a pensar lo que quiera, pero no lo hago. En el fondo, sé que tiene razón, porque sé que todas esas cosas son ciertas.
Mi mente lo sabe. Sin embargo, no consigo que mi corazón lo acepte.
Ben me mira, esperando que diga algo, pero no puedo.
No tengo nada más que decir.
Todo lo que sé es que ya no importa.

—¿Catherine? —Arsen agita la mano delante de mi cara—. ¿Qué estabas diciéndome?

—¡Oh, sí! Lo siento. —Respiro hondo—. Estoy embarazada, pero no quiero hacerme ilusiones. Hace dos años me diagnosticaron una condición conocida como aborto recurrente o pérdida recurrente del embarazo. Mi caso, específicamente, no tenía explicación. Es decir, puedo quedarme embarazada, pero cada vez que ha ocurrido, he terminado teniendo un aborto sin razón aparente. Simplemente ocurre, y no hay explicación para ello, ya que todas las pruebas salen bien.

Sin decir nada, ninguna palabra vacía, Arsen me coge la mano y la sostiene en la suya.

—Sigue.

Bajo la vista a nuestras manos. Y me doy cuenta de que sentir su cálido contacto me hace sentir mejor.

—Después del tercer aborto, tardé una eternidad en volver a quedarme embarazada otra vez. Eso es conocido como infertilidad secundaria. Probamos algunos tratamientos, acupuntura, fecundación *in vitro*, visitamos especialistas..., todo lo habitual. Pero nada funcionó. Es decir, llegamos a ver un abogado especialista en adopciones... Sin embargo, nos explicó todo el proceso para tratar de adoptar un bebé y que, incluso pasando todos los filtros, no había nada seguro... Así que no pude seguir. Era demasiado doloroso. Nos dimos por vencidos. Bueno, yo me di por vencida.

Me humedezco los labios, de repente reseco.

—Lo siento. No sé por qué te cuento todo esto. —Trago saliva—. Tienes que estar muerto de aburrimiento.

Arsen niega con la cabeza.

—No, adelante, hoyuelos. Te escucho —me anima con la voz ronca, todavía sosteniendo mi mano en la suya.

Lo miro fijamente y siento que la conexión que existe entre nosotros crece todavía más. Estoy diciéndole lo que no puedo compartir con Ben. Lo cierto es que no sé cómo Arsen consigue que le cuente mis temores más profundos a plena luz del día en un restaurante repleto de gente. Quizá es por la mirada de comprensión que veo en sus ojos, o la forma en la que me agarra la mano, pero de alguna forma sé que he encontrado un amigo. Uno que no me juzga.

—Así que ahora he vuelto a quedarme embarazada, y estoy muerta de miedo. Quiero tener fe, ser positiva y pensar que este bebé va a salir adelante, pero no puedo. Vivo presa de un temor constante de que algo se tuerza; es un miedo tan poderoso que a veces no puedo respirar. Me miro el estómago y pienso que es demasiado bueno para ser verdad. Y si le pasa algo a este bebé... No sé qué haría entonces, Arsen. No lo sé. Quiero tanto a mi hijo que me resulta difícil pensar en otra cosa.

Arsen permanece callado durante un minuto mientras estudia nuestros dedos entrelazados.

—Si alguna vez necesitas hablar con alguien... Si alguna vez el miedo te impide respirar..., habla conmigo. Estoy aquí para apoyarte, hoyuelos. Estoy aquí.

Sé que sus palabras podrían ser una mera fórmula vacía, que me ofrece apoyo por educación, pero el poderoso brillo de sus ojos me impulsa a confiar en él.

Y le creo.

Le creo.

—Gracias, lo haré —afirmo. Cuando me suelta la mano, me siento repentinamente desolada.

—¿Hay alguna revelación más? Porque no creo que pueda resistir tanta emoción —dice con una sonrisa. Supongo que está tratando de aliviar un poco mi estado de ánimo.

Bajo la vista y allí, de golpe, sonrío.

—Sí. No sé si debería decírtelo, pero tengo otro secreto. —Levanto la vista y me toco la barbilla—. Mmm... me dan miedo los ascensores y los túneles.

—¿En serio? —Sus ojos brillan de curiosidad.

—Sí. Es algo raro. Temo que el ascensor se detenga y empiece a caer. Y los túneles... —Me estremezco solo de pensarlo—. Sobre todo me dan miedo los que están bajo el agua. ¿Qué pasa si ocurre algo y se derrumba mientras estoy dentro?

—Vale, hoyuelos. Tendré compasión de ti y te salvaré —dice Arsen, sonriendo. Me río.

—¿Cómo piensas hacerlo? —Me inclino hacia delante—. ¿Posees superpoderes que no conozco?

—Oh, nena, ¿no te gustaría saberlo? —se burla mientras se inclina hacia delante, acercando su cara a la mía.

—Quizá..., pero ¿y si no necesito que me salves? —digo.

—Incluso aunque fuera así, estaría a tu disposición —responde.

—Oh, qué interesante... —Me inclino todavía más cerca—. Arsen, mi caballero de brillante armadura.

—Solo para ti —replica, pero ya no sonrío. De hecho, está muy serio.

Nuestros rostros están muy próximos, el susurro de su aliento me golpea los labios... Nos miramos el uno al otro en silencio durante un tiempo muy largo. El ambiente amistoso de antes ha desaparecido y el aire está cargado de tensión..., de energía.

Lentamente, baja la mirada y me mira los labios con intensidad, incitándome a hacer lo mismo con los suyos. ¿Serán tan suaves como parecen? No puedo evitar preguntarme cómo sería sentirlos en mi piel.

—Perdón. La comida... —nos interrumpe la camarera, rompiendo la tensión que flota en el espacio que nos rodea desde hace un momento.

—Por fin. Estaba muerto de hambre —comenta Arsen, antes de replegarse y volver a su actitud habitual.

Cojo el tenedor y paso los dedos por el mango, fingiendo que este momento tan incómodo no ha ocurrido.

Después del almuerzo, me acompaña por la acera para coger un taxi. Ha empezado a llover mientras estábamos en el restaurante, de modo que cuando vamos a la esquina, nos envuelve un fuerte viento que da la vuelta a mi paraguas. El repentino tirón me lanza hacia delante, haciéndome tropezar en Arsen, que me rodea al instante la cintura con los brazos para que no me caiga.

Cuando levanto la mirada, más avergonzada de lo que quiero reconocer, él me está estudiando de cerca con sus ojos penetrantes. Siento que mis mejillas se inundan de rubor mientras oigo el fuerte latido de mi corazón.

Me pregunto si él lo nota también.

Si es así, me muero.

—No te he besado todavía y ¿ya te debilito las rodillas? —bromea, apretándome contra su pecho.

Trato de encontrar una respuesta, pero mi mente está en blanco. Solo puedo concentrarme en el calor de su cuerpo, tan cerca del mío. Su contacto es cómodo y fluido, como si perteneciera allí.

—¿Q-qué? —tartamudeo, tragando saliva.

—Sin embargo, creo que es ahora cuando se supone que debo besarte —añade él mientras las puntas de nuestras narices se tocan. Aturdida, observo cómo acerca los labios a los míos. Mientras se va aproximando, una vocecita en mi cabeza me dice que me aparte porque de esto no va a salir nada bueno. Cuando pienso que está a punto de besarme, salgo de mi ensimismamiento y estiro los brazos para alejarme, preparada para usar todas mis fuerzas para empujarlo. Pero él me sorprende, buscando mi oreja.

—Solo estoy tomándote el pelo, Catherine —susurra, antes de retirarse, mirándome con ojos risueños.

Aliviada al saber que solo estaba bromeando, me alejo y alzo una mano para quitarme la lluvia de la cara.

—Eso será en tus sueños, Arsen —respondo.

—Mierda, te estás mojando. Déjame... —Me suelta, coge mi paraguas y lo arregla, poniéndolo en posición correcta—. Mucho mejor. —Lo sostiene sobre mí, protegiéndome de la lluvia.

—Mmm... sí, gracias.

—Ya te lo he dicho. Soy tu salvador.

Su declaración hace que levante los ojos y lo mire mientras la lluvia sigue cayendo a nuestro alrededor. La sonrisa tiesa de su cara me tranquiliza. Me siento cómoda cuando Arsen se muestra amable y coquetea conmigo.

Seguimos de pie uno al lado del otro mientras sostiene el paraguas sobre mí y no encima de él. Se está mojando, pero parece no importarle.

—¿Estás seguro de que no quieres cubrirte? Hay espacio para los dos.

—Bah, está bien así. El agua no mata. —Sonríe, haciendo aparecer las arruguitas en sus ojos.

Cuando llegamos a la esquina de Church Street, los ruidos de la ciudad cobran vida a nuestro alrededor. Se huele el rastro a cemento mojado y a especias exóticas que llega del puesto que hay al otro lado de la calle. Creo que nunca he notado todos esos olores y ruidos antes.

—¿Quieres compartir taxi conmigo?

Arsen sonríe.

—Por supuesto.

Estoy a punto de encomendarle una tarea cuando oigo que suena mi móvil. Lo saco del bolso y veo la cara de Ben en la pantalla.

—Perdona, me está llamando mi marido y tengo que hablar con él.

Arsen asiente moviendo la cabeza enérgicamente.

Después de una rápida conversación, me despido de Ben. Cuando vuelvo a mirar a Arsen, está empapado y, por fin, un taxi se detiene frente a nosotros.

Me abre la puerta, pero no me sigue al interior.

—¿No vienes? —pregunto, confundida.

—No. Acabo de recordar que tengo que hacer algunos recados. ¿Te importa prestarme tu paraguas?

—Mmm... vale.

Inclinándose dentro del vehículo, Arsen me besa en la mejilla, cogiéndome por sorpresa.

—Gracias, Catherine —me susurra al oído, sorprendiéndome todavía más—. Ha sido muy divertido. Deberíamos hacerlo más veces. Ya sabes, solos tú y yo. Me gustaría mucho.

Se endereza y cierra la puerta sin decirme otra palabra.

Cuando el taxi se incorpora al tráfico, me doy la vuelta tan rápido que siento que las puntas del pelo me golpean la cara. Arsen está de pie bajo la lluvia torrencial, viendo cómo me alejo.

11

PASADO

Estoy tan nerviosa que siento como si mi cuerpo estuviera ardiendo cuando estudio a la extraña de ojos brillantes que me devuelve la mirada desde el espejo.

—Er... no sé si me siento cómoda con esta ropa. —Tiro de la falda de cuero como si así pudiera conseguir que aumentara un par de centímetros, aunque no tengo suerte. Me vuelvo a mirar a Morgan, que, sentada en la cama, ofrece una imagen perfecta, mientras me froto las manos, húmedas de sudor—. Morgan, me da la impresión de que encajaría más en una esquina, apoyada en una farola. Es más, si me inclinara un poco, seguramente me verías el culo.

—¿Bromeas? Estás preciosa. Eres la nueva y mejorada chica de al lado. Ben se va a volver loco cuando te vea con esta ropa.

Sonriéndome, se levanta y se coloca a mi lado. Mientras cierra la distancia entre nosotras, la observo y deseo ser tan alta y curvilínea como ella. Lleva unos *leggings* negros muy ceñidos y brillantes con una camiseta de los Rolling Stones y unos *stiletos* de color rosa brillante. Es una versión femenina de Julian, absolutamente impresionante.

—De verdad, Cathy. Julian me ha hecho un resumen de lo que está pasando entre vosotros, y sé que te va a parecer inmaduro, pero si quieres que un tipo te reclame, haz que se muera de celos. Ponte provocativa y coquetea con los chicos más guapos, así conseguirás que se convierta en un troglodita. Te juro que funciona siempre.

La observo por el rabillo del ojo.

—¿A ti te ha funcionado de verdad? —pregunto con un tono de incredulidad y una sonrisa.

—Sí. Siempre. Y déjame decirte que, cuanto más se cabrean, mejor es el sexo luego.

Niego con la cabeza mientras continuo mirando mi reflejo en el espejo.

—Vale, lo entiendo... Pero esto no es una falda, se trata más bien de un cinturón ancho. —Le indico cómo la prenda se ajusta a mis caderas. El cuero me ciñe las nalgas, combinado con una blusa con aplicaciones de encaje negro y unas botas texanas del mismo color.

De acuerdo, en realidad no queda mal, pero me siento desnuda.

Morgan se ríe, haciendo que le brillen los ojos azules.

—Bueno, creo que estás muy sexy con esa ropa. No solo vas a hacer babear a Ben, seguramente también a Julian y a algunos chicos más. Ahora toca el maquillaje, ¿vale? Ya eres muy guapa sin maquillar, así que imagínate después de que te pinte los ojos y te aplique algo de colorete. Pobre Ben, casi lo siento por él.

Cierro los ojos mientras gimo para mis adentros, dejando que juegue conmigo como si fuera una Barbie. Es decir, ya ha elegido mi ropa y me ha peinado, ¿por qué no dejar que se ocupe de maquillarme? Además, reconozco que es divertido.

Mientras me aplica todos los cosméticos, pienso que en realidad la ropa es la menor de mis preocupaciones. Tengo que hablar con Ben. Así que me he permitido olvidarme de ese tema y centrarme en la ropa. La mujer que me devuelve la mirada desde el espejo no se parece nada a Cathy, la chica de al lado. Esta es una criatura preciosa, una ninfa etérea. Abro los ojos de par en par y me acerco más al espejo para estudiarme con detenimiento.

—Vaya, Morgan. ¡Me encanta! Estoy muy diferente... —Hago una pausa—. Me encuentro muy guapa. ¡Gracias!

Me vuelvo hacia ella con una sonrisa de oreja a oreja. Parece muy satisfecha consigo misma.

—¡De nada! Pero en realidad no he hecho nada. Solo me he limitado a destacar tu belleza natural. Te acabo de decir que ibas a estar imponente. De todas formas, deja de mirarte tanto. ¡Eres tú, una chica caliente y sexy!

Se ríe mientras me coge del codo y me lleva hasta la puerta.

—¡Oh, Dios mío! No puedo esperar a ver la cara que ponen Ben y Julian cuando te vean.

Noto un montón de mariposas en el estómago mientras vamos a la sala principal de la casa, dejando que sea el destino quien decida lo que me espera.

Rezo para que sea Ben.

Siento las manos de Julian en la cintura mientras bailamos *Santeria*, de Sublime. ¿Puede realmente esto llamarse baile? No estoy segura, así que solo me dejo

llevar. Julian me ha dicho que confíe en él, y lo hago. La cercanía de nuestros cuerpos me molesta... Me sorprendería que pudiera pasar la luz entre nosotros mientras nos movemos, pero la sonrisa fraternal que me dirige en todo momento me demuestra que todo esto es de cara a la galería y nada más.

Después de escudriñar la estancia, saludando con la cabeza a aquellos que tratan de captar su atención, vuelve a mirarme y ya no aparta la vista. Mientras bailamos, nos dejamos llevar por la música, y que sea el ritmo de la melodía lo que guíe nuestros movimientos. Cuando comienza a sonar *Caress me down*, Julian se me acerca y mueve las piernas entre las mías. De forma instintiva le rodeo el cuello con las manos al tiempo que balanceamos las caderas al ritmo de la canción; estamos tan cerca que puedo sentir el calor que irradia su cuerpo a través de los vaqueros.

«¡Mierda!».

Ahora la danza es diferente de antes. Es mucho más íntima. Sé que debe de parecer peor de lo que es porque estamos llamando mucho la atención. De hecho, esta forma de bailar me está haciendo sentir muy incómoda.

«¡Maldición!».

Miro a mi alrededor mientras dejo un poco de espacio entre nuestros cuerpos e intento buscar la razón por la que estoy aquí. No lo veo por ninguna parte, y empiezo a asustarme.

«¿Dónde está Ben?».

Cuando me puse a bailar con Julian, mis ojos se toparon con unos castaños muy cabreados. Ben me observaba sin sonreír, pero Julian me preguntó algo, haciendo que me volviera hacia él. Miré por encima del hombro después de responderle, pero Ben ya no estaba mirándome. De hecho, ya no volvió a buscarme con los ojos después de eso. Cuando terminó el segundo o el tercer baile, vi que Ben desaparecía con una hermosa chica morena.

Lo que me traía de vuelta a este momento.

¿Dónde está?

Imaginarlo con ella hace que me vuelva loca de celos. Noto el estómago revuelto, pero he sido yo la que se ha metido en este lío, ¿verdad? Es normal que Ben no venga a buscarme. Seguramente está pasando el tiempo con una chica mucho más guapa que yo. Noto que se me llenan los ojos de lágrimas.

Debe de estar cabreado conmigo.

Odio esto.

Me merezco todo lo que me pase. Y solo puedo culpar a mi comportamiento infantil.

«¡Mierda!».

Sin pensármelo dos veces, decido ir a buscar a Ben y poner fin a este estúpido juego. Solo espero que Ben me crea y que no sea demasiado tarde. Me vuelvo para mirar a Julian... La culpa fluye por todos mis poros cuando me pongo de puntillas para hablarle al oído.

—Julian, lo siento. No puedo seguir con esto. Si toda esta gente piensa que está sucediendo algo entre nosotros, o que está a punto de ocurrir, no quiero imaginar lo que está pensando Ben. Por favor, déjame ir a buscarlo.

—¿Estás segura? Creo que estamos en el buen camino. Estoy seguro de que en poco tiempo vendrá a pelearse conmigo.

Niego con la cabeza.

—No, Julian. Hace un momento se ha ido con una morena alta.

—¿Qué coño...? No lo he visto salir —confiesa.

—Hace un par de canciones. —Me duele el estómago al pensar en lo que podría estar haciendo ahora mismo.

—¿Cómo era esa chica? —me pregunta un par de segundos después.

Trago saliva.

—Morena, delgada, alta, con las tetas grandes. Muy guapa.

—¡Joder! —Me siento peor al ver su mirada.

—Creo que sé quién es, pero necesito confirmarlo.

—Er... no será Ashley, ¿verdad? —pregunto sin aliento.

Aprieta los dientes y asiente moviendo la cabeza.

Siento como si me quedara sin aire en los pulmones y miro hacia la pista de baile antes de buscar sus ojos una vez más.

—Ya es suficiente. No puedo seguir.

—¿Eh? Oye, va a regresar. Ya verás...

Niego con la cabeza.

—Sé que es solo un baile, pero me duele el estómago. No quiero que se haga una idea equivocada. Por favor... —le ruego; solo quiero encontrarlo para explicarle todo esto. No puedo seguir así. No puedo...

Julian me suelta de inmediato y me mira con ternura.

—Vale. Vete. ¿O quieres que vaya a buscarlo yo? ¿Que trate de hacerle razonar?

—No. Esta batalla es mía. Yo me he metido en este lío, y ya te he arrastrado demasiado. No estoy segura de si mañana seguiré por aquí, pero, de verdad, gracias por cuidarme y escucharme. Ben tiene suerte de que seas su amigo. —Lo beso en la mejilla y me alejo de él.

Julian me mira.

—Ben tiene mucha suerte. ¿Sabes?, no bromeaba sobre lo de que no intentaría ligar contigo, pero te aseguro que en este momento me siento muy tentado a hacerlo. Me gustas. Espero que os vaya bien, porque tengo un buen presentimiento sobre vosotros.

Sonríó mientras asiento con la cabeza.

—Cathy...

—¿Qué?

—Si las cosas no funcionan con Ben, ya sabes dónde encontrarme. —Julian sonrío, lo que hace que sus ojos azules brillen con intensidad.

Nos abrazamos una última vez mientras me río, y luego emprendo mi camino para encontrar lo que espero que sean el perdón y el futuro.

Incluso aunque tenga que rogarle de rodillas.

Por Ben haría eso y más.

En cuanto estoy de pie en el pasillo vacío, unas manos enormes me rodean la cintura.

—Mmm... ¿Ya te has aburrido de Julian?

La voz de Ben hace que me baje un escalofrío por la espalda.

—No. Sabes de sobra que solo estoy interesada en ti... —Trato de soltarme de su agarre, pero me aprieta con más fuerza, haciendo que me estremezca de dolor.

—¡Joder! He visto cómo estabas bailando con él, y la única razón por la que no le he pegado una buena...

—¡Para! Suéltame y deja que te explique lo que ha pasado.

Cuando hace lo que le pido, me giro para mirarlo. Parece furioso, pero está aquí. Me lanzo a sus brazos. No creo que pueda estar más cerca de él sin meterme debajo de su piel. Siento tanto amor y tanto alivio que al principio no me doy cuenta de que trata de alejarme con las manos en vez de responder a mi abrazo.

En el momento en el que soy consciente de lo que eso significa, lo suelto y me doy la vuelta mientras lo oigo maldecir por lo bajo. Quiero decirle que lo entiendo, que no pasa nada, pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta. Doy cinco o seis pasos antes de que me detenga agarrándome por el codo y tire de mí hacia atrás, estrechándome contra su pecho.

—Por el amor de Dios, Cathy, ¿a dónde crees que vas? —me pregunta con dureza.

Lo miro a la cara mientras las lágrimas me corren por las mejillas.

—Lo siento mucho. Tengo que recoger mi maleta y marcharme esta misma

noche. Lo siento, Ben. Ha sido culpa mía.

Ben sacude la cabeza mientras frunce el ceño.

—¿A dónde demonios piensas ir? —gime con frustración—. ¿Sabes qué? No importa. No respondas a esa pregunta. Tienes que explicarme muchas cosas, pero no será aquí.

—Pero ya no me quieres.

—Estás de coña, ¿verdad? Claro que te quiero. Eres mi chica.

La música, la gente que entra y sale de la sala, las risas, los gritos... Todo se convierte en un borrón. Solo puedo ver al chico que está delante de mí.

Solo a él.

Aprieta los dientes con tanta fuerza que consigue que su mandíbula cuadrada sea todavía más pronunciada. La expresión de su rostro me dice que quiere asesinarme, pero son sus ojos los que me tienen cautiva. Veo ternura y posesión en ellos, arremolinándose como un cono de helado de vainilla y chocolate. Veo algo que no puedo creer.

Veo mi futuro.

«Eres mi chica».

Con esas palabras dando vueltas en mi cabeza, grabándose en mi alma, trato de cerrar la distancia que nos separa, pero no tengo la oportunidad.

Los fuertes brazos de Ben me envuelven en un abrir y cerrar de ojos. Me abraza con tanta fuerza que no creo que pueda sentir más mis costillas. Siento el ligero roce de su barba incipiente contra la curva de mi cuello.

—Te necesito —me susurra al oído—. A la mierda mi maldita conciencia. No puedo soportarlo ni un segundo más. Tengo que estar dentro de ti ahora mismo. Quiero tenerte desnuda debajo de mí. Se acabaron los juegos.

Siento que me recorre un escalofrío mientras el deseo forma una piscina de deseo entre mis piernas. Noto un aleteo de anticipación en el estómago.

Asiento moviendo la cabeza y le cojo de la mano mientras se impulsa hacia mí. Totalmente vestidos y en público, hace chocar sus caderas contra las mías.

—Te deseo —me susurra al oído.

Y yo también a él.

Mientras nos dirigimos a nuestra habitación en el segundo piso, nos detenemos frente a las ventanas con paneles en forma de diamante y a las pinturas que cuelgan en las paredes, y Ben mete la mano bajo mi falda, dentro de las bragas.

—¡Joder, Cat! Estás empapada.

Me levanta entre sus brazos, ¿o soy yo la que se sube?, y enrosco los brazos alrededor de su cuello al tiempo que le rodeo la cintura con las piernas. Gimo

cuando nuestros cuerpos se encuentran íntimamente. Tengo la sensación de que no vamos a llegar a la cama.

Ben me pone las manos bajo las nalgas y me eleva para enterrar la cabeza en mi cuello.

—Vas a ser mi muerte.

Entramos a ciegas en la habitación a oscuras, demasiado ocupados en besarnos y en arrancarnos la ropa, y tropezamos contra un mueble. Riéndonos, nos separamos el tiempo imprescindible.

—Bueno, Cathy —me susurra al oído—. Vamos a tener que encender las luces para no cargarnos el mobiliario.

—Mmm... Date prisa. Me muero de ganas, no creo que pueda esperar más. Me da un toque en la punta de la nariz.

—Eres una pequeña descarada.

Asiento moviendo la cabeza mientras me suelta porque sí, lo soy.

No es mentira.

Lo deseo.

Por completo.

Mucho.

Cuando nuestros cuerpos se separan, él se acerca en la oscuridad hasta la entrada de la habitación en busca del interruptor de la luz. Felicito mentalmente a quien se le ocurrió colocarlo junto a las puertas. Una idea muy brillante.

En el momento en el que se enciende la luz, no me molesto en admirar la decoración ni el lujo de la *suite*. Lo único que quiero ver es a Ben. Y es todo lo que veo.

Mientras se vuelve hacia mí, lo admiro sin vergüenza. Desde su figura alta y musculosa hasta el tamaño de sus manos o la belleza de sus rasgos. Hay necesidad en sus ojos. Ansia. Bajo su mirada me hormigean los pechos, y noto cómo mi cuerpo, febril de deseo, se hincha donde quiero que me llene, donde más lo necesito.

Ben se acerca lentamente con una sonrisa burlona en los labios, haciéndome retroceder. Cuando noto el borde del tocador en las nalgas, me estremezco de pies a cabeza por la anticipación. Cuando él se aproxima, cerrando el espacio que hay entre nosotros, la expresión que leo en su rostro hace que mi corazón lata con dureza y rapidez.

Me acerco a él, sin saber quién busca a quién. No importa. Lo único que puedo sentir es su boca caliente sobre la piel, besándome con tanta fuerza que sé que dejará marcas. No lo detengo, porque quiero que me señale, así que lo atraigo

con fuerza. Nos deshacemos de la poca ropa que nos queda encima con manos frenéticas. Cuando por fin estamos totalmente desnudos, Ben me coge por los hombros y deja de besarme.

—Tenemos que parar... —dice lastimeramente—. No pensé que fuera a ocurrir esto, así que no he venido preparado.

—Ah... ¿Te refieres a que no has traído protección?

Ben asiente mientras se frota la nuca.

—Vale. Estoy tomando la píldora... Y esta sería la primera vez que lo hago... er..., ya sabes..., sin condón —comento con la cara ardiendo.

Ben encierra mi cara entre las manos y me acaricia las mejillas con los dedos.

—También sería la primera vez que lo hago sin preservativo. ¿Estás segura, nena?

—Sí. ¡Oh, sí! —ruego. No puedo esperar más.

Ben me suelta la cara y, sin vacilar un momento, me vuelve a coger por los hombros y me da la vuelta para que me mire en el espejo del tocador.

—Mira —exige con la voz ronca de pasión—. Míranos.

Veo a una rubia ruborizada con los labios muy rojos e hinchados por los besos. La piel blanca de sus pequeños pechos está roja por la huella de las caricias. Veo a un hombre con las mejillas encendidas, con los ojos oscuros y llenos de ferocidad, que sobresale junto a ella, que tensa los músculos del cuello para conservar el control. Observo que tiene la piel cubierta de sudor y le brilla como si fuera de seda.

Cuando nuestros ojos se encuentran en el reflejo, Ben sonrío y baja un dedo hasta la V de mi cuerpo. Siento que lo desliza dentro de mí, acariciándome con suavidad. Gimo, a punto de suplicar más cuando retira la mano. Lo miro fijamente en el espejo mientras se lleva el dedo a la boca, sacando la lengua para lamerlo antes de volver a bajarlo. Desliza el dedo, extendiendo mi humedad mezclada con la de su saliva alrededor de mi clítoris. Estoy a punto de estallar cuando se lo lleva a la boca una vez más.

Ben me coge la mano y hace que curve los dedos alrededor de su polla. Me los mueve para que le acaricie la erección. No puedo ver nada, pero siento la dureza y la suavidad de su piel mientras me aprieta la mano con la suya. Me dejo llevar y lo sujeto por la base, pero no la meto en mi interior. Me limito a saborear el momento. Tomo aire con lentitud, haciendo que dure más. Me encanta lo libre y desinhibida que Ben me hace sentir. Lo bella y poderosa.

Cuando me pone la mano en la parte baja de la espalda, doblándome por la cintura y empujándome hacia delante, me agarro al borde del tocador. Insinúa un

muslo entre los míos para separármelos más. Gimo cuando siento que guía la punta de su erección dentro de mí. Tensa la mandíbula y se hunde con un envite duro y profundo, haciendo que el espejo se estremezca. Alzamos los ojos desde el punto donde estamos conectados para mirarnos el uno al otro mientras comienza a retirarse lentamente, y mueve la mano libre para acariciarme. Cuando está fuera casi por completo, vuelve a penetrarme de forma agresiva, al tiempo que gime y me frota con fuerza, moviéndose cada vez más rápidamente. Ben me sujeta el pelo con el puño, y tira con no demasiada brusquedad mientras levanto el trasero, ofreciéndome a él.

—¡Oh, sí...! —gimo con cada embestida.

—¡Joder, cariño...! Eres tan estrecha... ¡Joder!

Quiere tomarme, quiere dominarme, quiere poseerme.

Y se lo permito. Se lo permito porque me siento deseada. Muy deseada.

Se lo permito todo.

Cuando el ritmo se vuelve más desesperado, Ben me suelta el pelo para agarrarme las caderas con ambas manos mientras se impulsa más profundamente, follándome con dureza. Lo siento dentro de mí, fuera de mí, en todas partes y más allá. Lo siento en mi alma.

Cuando estoy cerca del borde, alzo los ojos para mirar su reflejo en el espejo. Quiero verlo cuando se corra en mi interior. Él ya tiene la vista clavada en mí, y no creo que haya dejado de hacerlo en ningún momento.

—Estoy a punto, Cathy... ¿Quieres que...?

—No. No..., está bien.

—Mierda... Estoy muy cerca.

Mientras nuestros cuerpos continúan impactando uno contra otro, siento que mis músculos internos se tensan a su alrededor. Ben me frota el clítoris cada vez más rápido hasta que me deshago. Se me escapa un grito cuando un arco iris de colores estalla dentro de mí, incrementando las dulces emociones que me atraviesan.

Observo que Ben cierra los ojos y, al llegar al clímax, deja caer la cabeza hacia atrás mientras suelta un desgarrador gemido. Cuando siento que se derrama en mi interior, me rodea la cintura con los brazos y apoya la cabeza en mi espalda, embistiendo y estremeciéndose una última vez.

Un montón de cálidos y borrosos sentimientos me recorren mientras me besa la espalda sudorosa.

—Guau... —murmura con la voz ronca, estrechándome con fuerza entre sus brazos.

—Mmm... Sí, guau...

—Cathy...

—¿Sí?

Se hunde una vez más.

—¿Por qué hemos esperado tanto?

Quiero golpearlo por bromear de esa forma tan estúpida, pero cuando lo miro por encima del hombro para protestar, la tierna sonrisa que veo en sus labios me despoja de cualquier pensamiento lógico.

—Espero que esto te demuestre lo mucho que te deseo. Me perteneces. Solo a mí.

Asiento con la cabeza sin poder pronunciar ni una palabra.

Soy su chica.

Estoy acostada en la cama con Ben, con nuestros cuerpos encajados. Me rodea con los brazos a la altura del pecho y la cintura para apretar mi espalda con firmeza contra su torso. Suspiro feliz dentro del seguro refugio que ofrece su abrazo mientras siento su respiración contra la parte de atrás de la oreja.

Lo sabía. Acaba de ocurrir.

Sabía que si dormíamos juntos, si permitía que me poseyera con sus manos, su boca y su cuerpo, la intimidad del acto me empujaría hasta el borde y caería en un abismo desconocido. Bueno, ya estoy del otro lado. Y si antes me sentía como si pudiera volar, ahora estoy planeando por el aire.

Mi cuerpo está saciado, pero también deliciosamente tierno y dolorido. Noto los labios magullados y el corazón tan pletórico que quiero levantarme y saltar sobre la cama. Gritar al mundo lo feliz que soy. Ben hace que los colores sean más brillantes cuando entra en una habitación, que el corazón quiera salirseme del pecho cada vez que lo veo o pienso en él. Hace girar mi mundo.

Sonrío contra la almohada y me acurruco más cerca de su calor mientras pienso que él tenía razón. No sé por qué hemos esperado tanto. ¿Quién es esa tal Ashley? Me da igual. Ahora sé que Ben siente algo por mí. Quizá para él todavía no sea amor, pero tengo la esperanza de que algún día lo será.

—Mmm... deja de hacer eso, nena. A menos que quieras otra ronda...

Río porque me siento feliz.

—No me importaría. Siento que he perdido el tiempo hasta ahora...

—Mujer, vas a matarme. ¿No estás dolorida? No quiero hacerte daño. Y, ¡joder!, ¿perdido el tiempo? ¡Ja! He sentido cómo te corrías alrededor de mi

polla. Y, nena, créeme, me he entregado.

—¿En serio, macho arrogante? —Su seguridad en sí mismo me enciende.

—Sí, soy un macho arrogante —dice, empujando hacia mí su enorme erección.

—¿Qué...? ¿Cómo puedes querer...?

—Nena, soy un hombre. Estoy a solas con mi chica, que tiene su culo desnudo pegado a mi polla. Así que sí, voy a querer follarte otra vez, y otra...

—¡Espera! ¡No! Antes de que lo hagamos, quiero saber si... Necesito saberlo. ¿Te ha gustado? ¿Has disfrutado?

Me suelta y se acuesta encima de mí. Tiene los brazos apoyados a ambos lados de mi cabeza, y me enjaula con sus piernas y la parte superior de su cuerpo. Me mira con ojos ardientes.

—Cathy, por favor. Déjalo ya. No me gusta que dudes. Solo soy yo, nena. Y...

Se detiene como si estuviera pensando sus palabras, y levanta una mano para acariciarme la cara con ternura.

—Creo que eres perfecta. Tus ojos son profundamente verdes como los bosques, y esos hoyuelos me impulsan a hacer tonterías. Todo en ti es perfecto. Todo lo que haces es perfecto. Así que déjalo ya, Cathy. Y, para responder a tu pregunta, ha sido increíble. Tú eres increíble.

—Ah...

Siento que un cálido rubor me cubre las mejillas, y lo único que puedo hacer es quedarme allí, tratando de asimilar sus palabras. Piensa que soy perfecta.

—Vale. «Ah» y todo lo que quieras. Ahora, aunque no quiero quedar como un insaciable, aunque lo soy y estoy orgulloso de ello, podemos... er... ¿hacerlo?

Le golpeo el pecho cuando estoy a punto de protestar, pero él me agarra de la mano. Se la lleva a la boca y me la besa.

—Dios, ¿por qué estaré saliendo contigo? Eres idiota.

Ben me mira con ternura y se inclina hacia mí.

—Porque —me besa— soy el más tierno —me besa—, el más cariñoso —me besa—, el más dulce —me besa— y el más cachondo. —Levanta la cabeza y me mira—. Entonces, ¿qué dices? ¿Quieres ser mi novia? —Con las manos sudorosas y el pecho hinchado y a punto de estallar como fuegos artificiales, asiento moviendo la cabeza.

—Sí, quiero.

Cuando Ben baja la boca, sus labios rozan los míos con suavidad, con cuidado... Abriendo mi boca con la suya, me acaricia la lengua con la suya mientras lleva las manos a mis piernas, separándomelas una vez más. Al sentir la punta de su erección entrando en mi cuerpo, interrumpo el beso.

—Espera —digo con la respiración entrecortada, deseándolo con todas mis fuerzas—. Necesito saber algo más.

Gime, se retira de mi cuerpo y se recuesta sobre la espalda mientras se cubre los ojos con un brazo.

—Dispara...

Desprende frustración sexual por cada poro de su piel. Dios..., ¿me desea tanto?

—Eh, has dicho que querías hablar, solo estoy haciéndolo.

—*Touché*, nena, *touché*. Adelante. Somos todo oídos.

—¿Somos?

—Sí, yo y mi polla. Después de todo, está bien despierta.

—Qué malo eres...

—Solo contigo, nena, solo contigo. Venga. No quiero apresurarte, pero estamos esperando.

—Quería decirte que no ha pasado nada entre Julian y yo. Antes de que te fueras estaba con él, y hemos bailado un poco, quizá demasiado cerca, pero nada más. Estaba enfadada contigo y no pensé, solo actué y me fui con él. No quería hacerte daño, y tampoco quiero que te pelees con Julian por mi culpa. Solo trataba de ayudarme.

Levanta el brazo con el que se cubre los ojos y me mira con el ceño fruncido mientras habla.

—¿Julian? Una mierda. Estaba tanteando las aguas. Le gustas, me he dado cuenta. Tiene que explicarme muchas cosas, pero no te preocupes de eso por ahora, nena. Lo ha disfrutado, pero no debería haberse acercado tanto a ti, y lo sabe. Así que no te disculpes por eso.

—Por favor, no seas así. En serio que solo estaba siendo amable.

—No te preocupes por eso. Déjame que me ocupe yo de mi mejor amigo. Y ya no estoy enfadado.

—De acuerdo. Y ahora...

—¿Hay más?

—Solo una pregunta más. ¿A dónde has ido cuando desapareciste?

—No he podido soportar verte bailar con otra persona, así que he ido a por una cerveza. Estaba muy enfadado. Me estaba preparando para ir a buscarte y poner fin a esos juegos cuando te he visto salir. Así que te he seguido, y ha sido cuando te he encontrado en el pasillo.

—¿Estás seguro? ¿No estabas..., ya sabes..., con otra persona? Has desaparecido durante un par de canciones... —¿Por qué no me habla de Ashley?

Debería decirle que lo he visto hablando con ella, pero no quiero que eso estropee nuestro momento. Quizá saque el tema mañana.

Ben decide en ese instante que se ha cansado de hablar, porque pasa de responder a mi pregunta y vuelve a meter la mano entre mis piernas. Noto que hunde no uno ni dos, sino tres dedos en mi interior, acariciándome con suavidad.

—Nena, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? Solo te deseo a ti. —Sin retirar los dedos, se incorpora para observar lo que me está haciendo—. Solo a ti.

Retira los dedos y se mueve sobre mí. Me separa las piernas con las manos y me penetra lentamente, tomándose su tiempo, alargando el momento todo lo que puede. Cuando está hundido hasta la empuñadura, se detiene y nos miramos el uno al otro con la respiración entrecortada. Alza despacio una mano para acariciarme el hombro.

—Esto es lo que he querido hacerte desde ese momento en el que te besé en la calle.

—¿Tener sexo conmigo? —pregunto.

—No. —Me muerde el labio inferior—. Quería hacerte mía.

Esta vez me hace el amor. No hay violencia en sus movimientos, y tampoco lo echo de menos. Esto es como si estuviera diciéndome con su cuerpo lo que todavía no puede decirme con la voz. Es como si estuviéramos grabándonos el uno al otro en la piel y en el corazón. Gimiendo, lo sujeto por la nuca y lo obligo a bajar la cabeza para besarlo. Me pierdo en el momento.

Más tarde, cuando la habitación está iluminada por la suave luz púrpura y rosada de la madrugada, estamos a punto de quedarnos dormidos tras pasarnos toda la noche haciendo el amor. Cuando cierro los ojos, profundamente agotada, noto que se acerca a mí para acariciarme el cuello con la nariz.

—Nunca me cansaré de ti —me murmura al oído—. De esto. —Me coge las manos y entrelaza los dedos—. Solo quiero tocarte. Con todas mis fuerzas. Ahora eres mía. Solo mía.

—Soy tuya —me oigo responder antes de caer en un abismo de sueños.

La verdad reverbera dentro de mí hasta que se graba en mi alma.

Me despierto y abro los ojos mientras me estiro. «¡Oh, oh...». Ahora sí que estoy dolorida. Mucho. Tengo manchas rojas por todo el cuerpo. Sonríe sin sentirme conmocionada ni asustada, porque me recuerdan nuestra primera noche juntos y todo lo que ha pasado entre nosotros. Esos moratones y señales son pruebas visuales de lo que significa ser suya. Ben me ha marcado físicamente

con cada envite de sus caderas, y con cada beso y con cada suave susurro se ha colado mi corazón.

Subo los brazos por encima de la cabeza, tratando de ahuyentar el sueño que nubla mi mente. Noto que Ben no está en la cama. Sin pensar en eso ni un momento, ruedo sobre el estómago y cojo su esponjosa almohada para aproximarla a mi rostro. Entierro la nariz en ella mientras trato de absorber su esencia, inhalando su olor a menta mezclado con sudor y el aroma almizclado del sexo.

«Ay..., ya me acuerdo». Esta almohada estaba debajo de mi vientre la noche pasada, cuando me tomó por detrás. Siento una cálida humedad en mi pecho, y gimo mientras acerco la almohada a mí para abrazarla como si fuera Ben. Después de holgazanear ociosamente durante un par de minutos, decido darme una ducha antes de que regrese. Justo en ese momento oigo que se abre la puerta y me apoyo en los codos. Veo que Ben entra en la habitación recién duchado y vestido. Cuando me ve, su sonrisa es tan grande que se forman arruguitas alrededor de los ojos y la boca.

Es guapísimo.

Y es mío.

—¿Ya estás despierta? Me alegro. Quiero enseñarte a montar en bici.

—¿En serio? Cuando hablamos de eso, hace semanas, te dije que no me interesaba aprender.

Se acerca a la cama, y el olor de su *aftershave* y su champú me obnubilan.

—Lo sé, nena, pero quiero enseñarte. Es divertido. Y durante el verano podemos ir a New Hampshire o a Vermont y montar en bicicleta de montaña. Es impresionante. Y quiero hacer ese tipo de cosas contigo.

—Vale, vale... —Cuando se detiene delante de mí, veo el letrero de su camiseta—. No entiendo lo que pone tu camiseta.

—¿Qué? —pregunta Ben.

—Ahí dice: «LICOR POR DELANTE».

En su cara aparece una sonrisa muy sexy.

—Eso es porque no has leído la espalda, nena. Mírala.

Cuando se da la vuelta, veo el resto. Bueno...

—¿«UN PALO POR DETRÁS»? —pronuncio en voz alta. Lo entiendo. ¿En serio?

Se acerca al borde de la cama, riéndose, y se arrodilla a mi lado.

—Gracias, cariño. Pero no ahora. Ahora prefiero seguir con esto.

—¡Ben, quítate esa camiseta! En serio, es...

—¡Es guay! Ahora saca ese delicioso culo de la cama. Te voy a enseñar a

montar.

—Pensaba que anoche había destacado precisamente en eso...

—Y así es, casi consigues que palme de un ataque al corazón. Pero esto es diferente. Vamos, no te hagas la remolona.

—Vale —gruño, pero me levanto de la cama.

Recién duchada ya no me siento tan dolorida, así que bajo al espacioso comedor del desayuno. He tenido que preguntarle a una doncella que me indique la dirección de lo que ella ha denominado «la salita del desayuno». Me río. «Salita...». Uno de mis secretos mejor guardados es que me gusta leer novelas de Regencia, y la palabra «salita» me recuerda a ellas. Ben, sin duda, podría ser el protagonista de una. Definitivamente le va bien el papel. Es arrogante, guapo y muy masculino.

Cuando entro en la estancia, recorro el área con la vista en busca de Ben. No tardo en localizarlo. Está hablando con la misma morena de anoche, la chica cuyos rasgos exóticos hacen que los míos parezcan aburridos y simples. Es alta y tiene una figura de infarto, como una modelo de Victoria's Secret. Están de pie junto a una ventana, enfrascados en una profunda conversación. Pero no es eso lo que me molesta.

Lo que me sienta como una patada en el estómago, lo que me deja sin respiración, es la forma en la que ella le tiene cogida la mano. Veo que le brillan los ojos con lágrimas mientras le habla. Me da la impresión de que está suplicándole. Ben tiene expresión irritada, pero noto una especie de ablandamiento en sus ojos cuando levanta la mano para limpiarle una lágrima con ternura.

«¡Mierda!».

Observar cómo él le toca la cara con esa suavidad es un golpe para mi corazón. Se me está rompiendo en mil pedazos minúsculos. Retrocedo sin mirar atrás y me estrello contra el ama de llaves, que sostiene una bandeja llena de copas de cristal. Se le cae y se rompen, igual que yo. Todos se giran en mi dirección y pido disculpas en general antes de ir hacia la puerta principal lo más deprisa que puedo.

Noto que el aire frío me golpea las mejillas húmedas cuando empiezo a correr. No me importa. Solo quiero alejarme de esa casa. Sabía que esto iba a ocurrir. Me he dejado engañar por mis propios deseos. He pensado que podría hacer que Ben se enamorara de mí como yo me había enamorado de él.

Sí, lo amo. Y me duele. Pero Ben nunca ha sido mío, así que no podré enfadarme con él si quiere poner fin a lo nuestro.

Lo sabía.

Lo sabía.

Oigo que alguien grita mi nombre, pero no dejo de correr. Ni siquiera sé a dónde voy. Mi pelo se interpone ante mis ojos mientras trato de escapar, cegándome parcialmente hasta que choco con una pared humana. Una cálida pared que me rodea con sus brazos con fuerza.

¿Cómo me ha adelantado? Da igual. No importa.

Trato de alejarme de su agarre, pero no me lo permite. Ben se inclina hacia mi oreja.

—Cathy —me dice al oído—. Deja de pelear conmigo. No es lo que has pensado.

Cuando estoy a punto de protestar, me pone un dedo en los labios.

—Shhh... Déjame explicártelo. Esa es Ashley. Quiere que vuelva con ella, pero lo que has visto no es que vayamos a volver, sino que le decía que no va a ser así. Ya no la quiero, Cathy. Acabo de explicarle que... que me he enamorado de otra persona y que ya no la amo. Te amo, Cathy. Solo a ti. Así que, por favor..., para.

Dejo de luchar y levanto la mirada hacia sus ojos mientras la esperanza renace en mí, extendiéndose dentro de mí como un fuego salvaje.

—¿Me amas?

Asiente, y sus ojos se iluminan con fervor.

—Sí, Cathy, te amo. Te amo con todas mis putas fuerzas.

—Yo también te amo. Con todas mis fuerzas.

BEN

El amor puede destruirte.

El amor puede anularte.

El amor puede curarte.

El amor puede reinventarte.

Y, si tienes suerte, puede hacer que te sientas entero de nuevo.

Eso es lo que ha hecho Cathy por mí.

Le cojo la mano mientras nos dirigimos a la casa. La necesidad de estar a solas con ella me está volviendo loco. Necesito demostrarle con mi cuerpo lo que no puedo transmitir con palabras. Demostrarle que es mi dueña, en cuerpo y alma. Ni siquiera Ashley, que consideraba que era mi futuro antes de que me engañara, había llegado tan dentro de mí como Cathy y sus inocentes ojos verdes. Ella ha cambiado la composición biológica de mi cuerpo roto, incrustándose en mi ADN, y me ha curado lentamente con su sonrisa, volviendo a «pegarme» con su amor.

Joder.

Estoy mal.

Y me encanta.

La amo.

Con toda mi alma.

Bajo la mirada a la pequeña mano que sostengo en la mía, sintiendo cómo su calidez me atraviesa hasta llegar a mi polla, y me doy cuenta de que este pequeño paquete de perfección posee el poder de destruirme por completo, de aniquilarme si alguna vez quiere hacerlo. Lo curioso es que me importa un bledo si eso significa que puedo estar con ella, tenerla entre mis brazos, llamarla mía durante un tiempo.

Aunque eso del tiempo es una mierda, porque, a este ritmo, «para siempre» podría no ser suficiente.

Cuando nuestras miradas se encuentran, me baja un escalofrío por la espalda

hasta el lugar donde necesito sentirla vibrar, mojada y caliente, a mi alrededor.

Al regresar a la casa, le suelto la mano y le paso un brazo por el hombro, acercándola a mí. Noto que me rodea la cintura.

—Ben...

—¿Sí?

—¿Podemos regresar a nuestra habitación?

—Sí. Tenemos que aclarar algunas cosas.

—Bueno. ¿Y podemos evitar entrar por la puerta principal? —me pregunta contra mi pecho con la voz amortiguada y llorosa por las lágrimas—. No quiero encontrarme con nadie después del *show* que he montado, y, además, debo de parecer un mapache después de llorar.

Me inclino para besarle la coronilla y cierro los ojos durante un breve instante mientras inhalo el perfume a flores de su champú.

—Lo que tú quieras, nena.

Y lo digo en serio.

Ahora estamos acostados en la cama, uno enfrente del otro. Quiero que esté desnuda y encima de mí, pero sé que tengo que esperar. Necesito explicarle algunas cosas y hacerle entender que el pasado es pasado y que es mejor que se quede allí, de una vez por todas.

Cuando me invade una fuerte necesidad de tocarla, de tenerla junto a mí, la acerco hacia mí todavía más.

—Mejor así.

—Ben..., perdóname por haber sacado conclusiones precipitadas cuando te he visto con Ashley. Ayer por la noche te vi marchándote con ella, pero cuando te pregunté al respecto, no la mencionaste.

—Pensaba hablarte sobre ella, pero no quería hacerlo en ese momento. Quería que ese instante fuera solo para nosotros dos. Solos tú, yo y nada más.

—Después de la noche pasada no debería haber dudado de ti. Es solo que... cuando he visto cómo le acariciabas la cara, cómo te cogía las manos y lo perfecta que es, me he puesto celosa. Sé que jamás podría competir con...

Le pongo un dedo debajo de la barbilla y le levanto la cara para que me mire.

—Déjame explicártelo todo. Algunas partes no te van a gustar nada, pero es la verdad, y tienes que saberla. Y conocer la verdad es la única forma de que entiendas que no es necesario que te comas el tarro con Ashley.

—Vale.

Noto el miedo en su voz, pero sé que esto es lo que los dos necesitamos.

—Conozco a Ashley desde hace mucho tiempo. Los dos estudiamos en St.

Patrick's Prep. Yo estaba en el último curso, y ella era una novata. Supongo que podría decirse que yo era muy popular porque era el *quarterback* titular y también por mi apellido. Ni que fuera una gran cosa, aunque sí disfrutaba de las ventajas que me proporcionaba. Era muy inmaduro y muy idiota. Julian y yo nos acostábamos con casi todas las chicas que nos llamaban la atención. Y eran muchas, Cathy.

»Recuerdo ese día como si fuera ayer. Julian y yo estábamos haciendo una fiesta en nuestra habitación cuando Oscar, al que aún no conoces, vino a hablarnos sobre la nueva «adquisición». Era una novata, un coño nuevo. —Al notar que se estremece entre mis brazos, le aprieto una cadera. Sé que esto todavía no es nada, que voy a contarle cosas peores—. Él había decidido que se la tiraría, cuanto antes, mejor. A Julian y a mí no nos importaba, porque, francamente, no nos importaba nada. Oscar era guapo, pero nosotros recibíamos más atención de las chicas, así que, si ella estaba tan buena, al final nos la tiraríamos alguno de los dos... o los dos. —Me interrumpo—. Entonces éramos bastante capullos.

»La cuestión es que no pasó así, porque al día siguiente me tropecé con ella, y me refiero a que chocamos. Se le cayeron la carpeta y algunos libros, creo, pero no puedo decirte exactamente qué, porque en el momento en el que la vi, me enamoré de ella. Después de que comenzáramos a salir... Es decir, estaba tan loco por ella que tenía miedo de que escarbara un poco y se pensara que era un *gigoló* o algo así, así que le pedí que fuera mi novia. No tardamos mucho en... —¡Dios!, esto es muy difícil de explicar. Noto que Cathy está muy tensa, pero sigo adelante—. Yo fui el primer chico con el que se acostó. Salimos juntos lo que me quedaba de instituto y la mitad del tiempo que pasé en la universidad, en Florida. Pensaba que la amaba, y tenía pensado proponerle matrimonio cuando terminara el grado y empezara la preparación en la escuela de leyes, ya en Columbia.

Respiro hondo, pero al soltar el aire me doy cuenta de que no siento ningún dolor. Estoy a punto de contarle todo lo que ocurrió después, que Ashley me arrancó el corazón y lo hizo pedazos. Que antes de que ella entrara en mi vida, era pensar en Ashley y solo el recuerdo tenía el poder de hacer que me costara respirar, pero al mirar sus profundos ojos verdes, sé que ya no siento nada por mi ex.

No siento dolor.

Ni una opresión en el pecho.

Me siento curado.

Me siento entero.

Me siento enamorado.

—Sigue... —Cathy me coge la mano y se la lleva a la boca para besarla muy despacio.

—Mantuvimos una relación a distancia durante dos años... y funcionó. Supongo que porque ella todavía estudiaba en el colegio y yo era el popular Ben, que jugaba al fútbol americano en la universidad, y estábamos enamorados. Cuando terminó en el colegio, le rogué que fuera a la misma universidad que yo, pero no quiso. Me dijo que odiaba Florida y el calor que allí hacía. Así que eligió la universidad de Nueva York porque quería quedarse cerca de casa. La cosa tenía sentido, ¿sabes?

»Cuando llegó la mitad de su primer año en la universidad, todo se había convertido en un infierno, así que, ya de camino a casa para las vacaciones de primavera, decidí proponérselo. En cuanto entré por la puerta, hablé con mis padres. Al principio parecían inseguros, pero después de presentarles un plan sólido, se mostraron de acuerdo. Hablé también con el padre de Ashley y obtuve su consentimiento. Ese mismo día, mi padre me llevó a Van Cleef & Arpels, en la Quinta, para comprar un anillo de compromiso. Ya que me encontraba en Manhattan, quise sorprender a Ashley. Sabía que había hecho planes con un amigo de fuera, pero me dio igual; solo quería verla.

—Oh, Ben...

Noto el dolor en su voz. ¡Joder!, Cathy sufre por mí, incluso aunque le estoy hablando de otra mujer. La amo.

—Tenía su propio apartamento en Gramercy Park, así que le llevé un ramo de sus rosas favoritas. A los veinte años se es así de estúpido e idealista. —Respiro hondo—. Yo me encontraba en la cocina, descorchando una botella de champán, cuando oí que se abría la puerta. Al oír las risas, me di la vuelta justo a tiempo para verla saltar sobre Oscar. Ella no imaginaba mi presencia allí, no sabía que yo era testigo de todo. Oscar la besó durante todo el camino hasta el dormitorio. La habitación estaba al otro lado de la cocina, así que presencié el momento... el momento en el que la arrojó sobre la cama y esparció pétalos de rosas por toda la estancia. Fue entonces cuando se dieron cuenta de que algo no iba bien. Ashley se levantó de inmediato y miró a su alrededor.

Cuando Cathy jadea, me inclino y le beso las mejillas húmedas. Lloro por mí.

—No recuerdo exactamente qué ocurrió después, solo sé que los guardias de seguridad del edificio se llevaron fuera a un Oscar inconsciente. Después todo es un borrón... Ashley llorando y pidiéndome que la perdonara..., la policía

interrogándome..., los abogados..., mi madre llorando..., mi padre hablando con los padres de Oscar..., sus padres amenazando con arruinar mi carrera... Y yo solo me sentía destrozado. Y aturdido. Y muy dolido.

»Al final lo superé. Aprendí a olvidar, supongo, pero nunca perdoné a Ashley. El día que te conocí, hacía dos años que lo habíamos dejado. ¿Sabes?, pensaba que estaba mejor. Pensaba que me iba bien; algún polvo de vez en cuando, ninguna novia seria... Pero el día que te conocí, algo cambió en mí. Ya no creo en el amor a primera vista, pero te aseguro que desde el momento en el que nos besamos, sentí como si hubiera despertado de un estupor entumecido. —Busco sus dedos y miro su piel cremosa—. Por primera vez en mucho tiempo, me sentí vivo.

Me inclino al tiempo que le pongo la mano en la nuca, tirando de ella para unir nuestros labios. Nos besamos, perdiendo la noción del tiempo, a veces con suavidad, a ratos con ferocidad, pero siempre con deseo.

Me pongo a rozar sus párpados con besos suaves, y noto cómo tiemblan contra mis labios.

—Mi preciosa muchacha, me has curado. Me has hecho creer de nuevo en el amor. Te amo. Con toda mi puta alma.

»Una semana después de conocerte y de pasar algún tiempo contigo, ya sabía que me había olvidado de Ashley. Por completo. No tenía ninguna duda de que eras la única para mí, mi razón de ser. Pero al volver a ver a Ashley, he logrado perdonarla. Cerrar ese capítulo de mi vida. Lo que has visto ha sido a mí dejando atrás por fin el pasado. Ashley no existe para mí, no la quiero. Te quiero a ti. Por completo. A nadie más.

Cathy se pone encima de mí y me coge la cara entre las manos para besarme los labios una y otra vez..., sin llegar a ser suficiente. Su contacto es como si encendiera una llama en mi interior que me hiciera arder con brillante intensidad.

Su beso consigue que entre en combustión.

—¡Oh, Ben!

—Me recuerdas a un conejito cuando... Ya sabes...

Una sonrisa involuntaria me curva los labios mientras miro cómo una feliz y desnuda Cathy abre los ojos y vuelve la cara en mi dirección. Apoyo la cabeza en la mano, admirando todo lo que es mío ahora. He pasado gran parte de la última media hora dibujando formas sobre su cuerpo y haciendo que se le

pusiera la piel de gallina con mi contacto.

—... me corro. Dilo. ¿Cuándo me corro?

—Eres tonto. Y sí. Voy a llamarte Benny, el conejito.

—¿Qué coño? —Me río.

—Bueno, eres tan bonito como uno, y...

—¿Y...?

—Y puedes seguir, y seguir, y seguir, y seguir... —Noto su tono risueño.

—Ja —digo—. ¿Quieres probar mi zanahoria? Dicen que son buenas para la vista —bromeo.

Me muevo sobre ella y le llevo los brazos por encima de la cabeza observando cómo se le suben los pechos y cómo se mueven cuando se le acelera la respiración. Es preciosa.

Otra vez excitado, bajo los dedos hasta el punto más dulce. El lugar que es mío ahora. Cuando introduzco un dedo en su interior, descubro que está mojada y dispuesta. Entre gemidos, me dice lo que quiere que le haga, pero ¿dónde está la diversión en eso? Mi estado de ánimo es juguetón, así que quiero divertirme con ella, y bajo la cabeza para lamerle el rosado pezón. El apretado brote es como seda contra mi lengua. Al mismo tiempo, sigo moviendo el dedo dentro de ella, cada vez más profundamente, mientras presiono la palma de la mano contra el clítoris. Sus gemidos se hacen más fuertes y mi polla se pone más dura.

—Ben, por favor... Te necesito... Ahora. No puedo...

—¿Qué pasa, nena? ¿Qué es lo que no puedes hacer?

—No puedo esperar más. Necesito...

—¿Qué necesitas? Dímelo...

—Te necesito a ti.

—¿Qué necesitas, nena? Dilo.

—Er... —Oír su vacilación hace que quiera empujarla al límite, y siendo tan cabrón como soy, lo hago. Estoy a punto de retirarme cuando ella me rodea los hombros con los brazos y las caderas con las piernas.

La miro. Su brillante pelo rubio crea un halo dorado en la almohada. Admiro sus labios exuberantes, que me han distraído cada vez que los he sentido sobre mí. También noto sus ojos verdes, que siempre me hacen perder la cabeza de una forma desesperada. Veo perfección, belleza... Veo a mi chica.

Me apoyo en un brazo y, cogiéndome la erección con la otra mano, la llevo hasta su núcleo caliente.

—¿Qué necesitas, Cathy? Quiero oír cómo lo dices.

—Te quiero dentro de mí, Ben. Te necesito en mi interior.

Con un rápido impulso, me introduzco profundamente. En el momento en el que siento que me aprieta con sus músculos internos, no me muevo. No puedo. Trato de controlar cada centímetro de mí, que solo quiere follarla de una forma salvaje y alcanzar la liberación.

—¿Eres mía, Cathy?

Con la cara roja, asiente con la cabeza. No es suficiente. Necesito oírse lo decir. Me retiro lo suficiente para dejar solo el glande dentro, y luego vuelvo a embestir como si así pudiera arrancarle las palabras.

—No. Dilo. Quiero oírte lo decir.

Aturdida por la pasión, me mira con ternura, haciendo que se me forme un nudo en la garganta por la emoción.

—Soy tuya. Solo tuya, Ben.

Oigo el golpeteo de la armazón de la cama contra la pared por la fuerza de mis envites, pero no puedo parar. Sus piernas y brazos me rodean como si estuviera tratando de meterme dentro de ella por completo. Llevo la mano hasta el punto donde se pierde mi polla.

—Esto me pertenece. Solo a mí. ¿Me has oído? Es mío. —Mi voz está ronca por el esfuerzo.

—Sí, Ben. Oh, Dios mío...

—Joder, Cathy, eres tan... tan jodidamente hermosa. Estoy a punto...

Reduzco la velocidad y me detengo un instante. Nos miramos fijamente a los ojos con la conciencia cegadora que se transmiten nuestros cuerpos conectados.

Sé en este momento que ya no puedo retroceder.

Le pertenezco de la misma forma que ella me pertenece a mí.

—Te amo, Cathy.

—Te amo.

CATHY

Estoy usando un casco mientras trato de encontrar el equilibrio encima de una estúpida bicicleta, pero Ben no me ayuda en absoluto. En vez de eso, me mira con una sonrisa tonta.

—¡Eh! —lo llamo—. ¿Vas a enseñarme o piensas quedarte ahí contemplándome como un pasmarote mientras vuelvo a caerme de culo?

Se aclara la garganta.

—¡Oh, sí! Claro que te voy a enseñar. —Mientras se acerca, me muevo en el sillín tratando de encontrar una postura en la que me duela menos la entrepierna —. ¡Por Dios, Cathy!

—¿Qué pasa? No encuentro acomodo. El sillín hace que me duela justo ahí — gimo—. Es muy duro.

—Sí..., algo está muy duro.

—¡Para! Sigues insistiendo en que aprenda a montar en bicicleta, pero no puedo. Y parece que va a llover dentro de nada..., así que me voy a mojar — protesto, frustrada conmigo misma.

—Sí, nena. Se supone que tienes que estar mojada.

—¿De verdad te pones a hacer bromas guarras en este momento?

—¡No es culpa mía! Sigues moviendo el culo, y yo soy humano.

El cielo decide abrirse en ese momento y comienza a llover torrencialmente sobre nosotros.

Ben se encoge de hombros con una sonrisa de disculpa.

—Lo siento, Cathy. Lo he intentado.

—Venga, loco, vamos. Ya me enseñarás mañana.

Dejamos las bicicletas en el cobertizo donde las hemos encontrado. Cuando nos dirigimos a la casa, Ben me coge por la cintura y me levanta para ponerse a dar vueltas bajo la lluvia. Riendo, jugamos persiguiéndonos el uno al otro y rodando sobre la hierba mojada, como si fuéramos tontos.

Y así es al amor. Entiendo por qué la gente lo considera una droga. No se puede tener suficiente. Se necesita más.

Cuando el frío nos cala hasta los huesos, Ben me coge de la mano y tira de mí hacia la mansión. Nuestras pisadas resuenan sobre la hierba mojada, y seguramente parezca una rata ahogada, pero no me importa. Estoy con él.

—Oye, tengo una idea... —Me levanta la mano y me besa los nudillos.

—¿Qué?

—Para que no sea un día desperdiciado, quizá podrías montar otra cosa... — Sonríe mientras con esos ojos castaños como el jarabe de arce no me deja ninguna duda de lo que quiere en realidad.

—Mmm... sí. Quizá.

—Dios..., ¿entonces por qué estamos todavía aquí y no en la cama?

—No lo sé. —Me río, pero no puedo evitarlo. Él me hace feliz.

—Te amo, ¿sabes? Me has robado el corazón.

—¿Sí? ¿Quieres que te lo devuelva?

—¡Ni hablar!

—Entonces vámonos ya...

—¿Cómo he tenido tanta suerte? —me pregunta con la voz ronca.

—Bien, si sigues hablando, a lo mejor no tienes suerte —bromeo.

Al instante, me levanta y me carga al hombro mientras corre hacia la mansión. Una vez en la habitación, procedo a demostrarle que puede que no sepa montar en bici, pero sí sé cómo montarlo... a él.

12

PRESENTE

—No hagas eso, hoyuelos. Me está excitando.

Dejo caer el lápiz que mordisqueaba desde hace un minuto y levanto la mirada desde el asiento, detrás del escritorio. Ah, Arsen... Todavía tiene las puntas de su cabello húmedas por la ducha. Lleva una camisa blanca, sin corbata, y una chaqueta negra desabrochada. Cuando lo miro y veo cómo luce la ropa, pienso que podría ser el anuncio andante de la imagen de la elegancia descuidada. Recorro su cuerpo con los ojos y no puedo imaginar a mi perfecto Ben yendo a trabajar vestido así: siempre va de punta en blanco. Sin embargo, a Arsen le queda bien.

Realmente bien.

Para ocultar mi sonrisa, me inclino debajo de la mesa para recuperar el lápiz, y le oigo murmurar algo que no puedo captar. Mi sonrisa se extiende de oreja a oreja. Algunas personas dirían que estamos coqueteando, pero Arsen se comporta así con todo el mundo, y sus insinuaciones son, en realidad, uno de los mejores momentos del día.

Una vez sentada en mi silla, suaviza la mirada cuando me mira a la cara.

—¿Qué tal estás, hoyuelos? ¿Todavía no te da patadas el bebé? —pregunta apoyando una cadera en la esquina de mi escritorio más cercana a él. En el brillo de sus ojos azules detecto un sincero interés.

Casi superado el primer trimestre, apenas se me nota una leve curva en el vientre. En realidad no lo notaría si no estuviera tan pendiente de ello, pero lo veo... y lo percibo.

Me encanta.

Me acaricio el vientre un momento y mi sonrisa se hace más grande al recordar las palabras de Ben esta mañana, mientras estábamos en la cama.

Un beso, otro beso y otro más.

Mientras permanezco tendida sobre la espalda, fingiendo estar dormida, Ben deposita suaves besos en mi vientre. Sonríe y abro los ojos para observar cómo mi marido admira el pequeño bulto que crece dentro de mí. Un montón de cálidos y enredados sentimientos se amontonan en mi corazón. Hay mucho amor en sus ojos. Mucha esperanza.

Lo contemplo mientras baja suavemente la mano para tocarme.

—Hola, princesita. Tu papá quiere desear un buen día a sus preciosas chicas. —Tiene la voz ronca por el sueño y por la profunda emoción que le atenaza.

—¿Por qué sabes que es una niña? ¿Y si fuera un chico? ¿Te decepcionaría? —Muevo la mano para cubrir la suya.

—Mmm..., buena pregunta. No sé por qué creo que es una niña. Solo es así. Quizá quiera estar rodeado de mujeres hermosas durante el resto de mi vida. —Sonríe y se incorpora para tenderse a mi lado. Me besa el hombro antes de estrecharme entre sus brazos—. Pero jamás me sentiría decepcionado si fuera un chico. Es parte de ti y parte de mí. Es nuestro bebé. Tu regalo para mí.

—Me encuentro genial, gracias por preguntar, y todavía es demasiado pronto para notar patadas. Según la doctora Pajaree, no percibiré los movimientos del bebé hasta que esté de dieciocho semanas. —Respiro hondo mientras intento enterrar el pánico y el miedo que siento cada vez que pienso en lo cerca que está el final del tercer trimestre—. Solo estoy de diez semanas, así que me queda un largo camino por recorrer. —Ya no estoy tan contenta como antes: mi estado de ánimo es ahora sombrío. Ya no quiero sonreír ni fastidiar a Arsen. De hecho, no quiero hablar con nadie.

Odio este miedo.

Esta incertidumbre.

Vuelvo la cabeza y clavo la vista en la pantalla del ordenador.

—Er, Arsen... Creo que deberías regresar a tu mesa. El día acaba de empezar y tenemos mucho trabajo que hacer. Tengo que revisar algunos documentos con Amy antes de que se vaya de viaje la próxima semana. ¿Por qué no te pones a trabajar? —suelto sin más, prescindiendo de él con bastante grosería.

No me molesto en mirarlo, así que doy por hecho que se ha marchado. Sin embargo, me sobresalto cuando se acerca a mi silla y la hace girar para hacerme quedar frente a él. Apoya las manos en los reposabrazos, acorralándome.

—De eso nada, Catherine. Estoy aquí, mírame. Háblame.

Niego con la cabeza y bajo la vista a mi regazo.

—Arsen, por favor... Vete. No quiero hablar contigo, ¿vale?

—No, no vale. Es evidente que te molesta algo. Quiero saber qué es, cómo te puedo ayudar. ¿Quieres que llame a Amy? —Se queda en silencio durante un momento mientras considera su siguiente pregunta—. ¿A Ben?

—No. No es nada, y estoy bien. Por favor, ve a hacer tu trabajo.

—No. —Vuelve a la carga cuando estoy a punto de suspirar aliviada, pensando que ha renunciado a seguir indagando porque parece aceptar mi respuesta—. Te conozco. No pienso moverme hasta que me cuentes qué te pasa.

Levanto la vista y veo la expresión terca de su rostro. Me recuerda a un niño decidido a intentar construir su primera torre de Legos. Bajo los ojos una vez más para evitar mirarlo fijamente.

—No me presiones, ¿vale? —Sé que mi tono es ahora desesperado. Trato de contener las lágrimas de rabia que inundan mis ojos. No sé si son las hormonas o es que me he vuelto loca. A veces estoy tan feliz, pero de repente algo desencadena el recuerdo de mis abortos anteriores y me veo envuelta en la oscuridad una vez más. La ira siempre está ahí, esperando a que me aprese el miedo con sus pesadas cadenas.

—Catherine, mírame. Por favor, mírame...

—¡Buenos días! Ah, Arsen... No te había visto. ¿Cathy? —Los dos nos volvemos para mirar a Amy a la vez. Ella se queda en la puerta, con dos vasos de Starbucks en las manos. La expresión de extrañeza de su rostro me indica que todo lo que estaba pasando entre nosotros debe de parecer otra cosa. En este momento odio a Arsen; le quito las manos de los reposabrazos y me levanto.

Después de haber rodeado la mesa, cojo el café que me ha traído Amy y la acompaño a su despacho. Me lanza una mirada llena de preguntas, pero la ignoro. No quiero hablar de eso.

No es lo que ella está pensando.

Cuando estamos a punto de cruzar el umbral de su despacho, oigo que Arsen lanza un gemido lleno de frustración. Me doy la vuelta y lo veo incorporarse. Se sacude el polvo de la ropa y se alisa los pantalones. Nuestros ojos se encuentran, pero no sé si en los suyos hay compasión o simpatía..., lo que me hace sentir mal por haberlo tratado así. Con rapidez, le digo a Amy que se adelante porque me he olvidado de coger algo en el escritorio. A medio camino, Arsen se detiene delante de mí.

—Lo siento, no te lo merecías —me disculpo.

—No hemos terminado, hoyuelos. Vamos a ir a almorzar juntos y me vas a contar lo que te pasa. Primero estás tan feliz, sonriendo y mirándome tan preciosa como siempre. Y de repente, hablamos de tu bebé y ya no estás. Te has convertido en una zorra, y no me gusta. Vas a contarme qué te pasa. Pensaba que habíamos llegado a un acuerdo: tú me cuentas, yo te escucho, ¡joder! Y no voy a aceptar un no por respuesta, así que no lo intentes.

Sus ojos...

La forma en la que me mira ahora hace que quiera contarle todos mis miedos. Hace que crea que puede ser un amigo, que me escuchará sin decirme que todo irá bien. Que entenderá lo que es tener un miedo enorme y capaz de destruirte; todo eso que no puedo compartir con Ben. Siento que mi corazón se acelera mientras muevo la cabeza, asintiendo.

Voy a arriesgarme con Arsen.

—Es por el bebé... Tengo mucho miedo. Está acercándose la fecha clave... ¿Y si vuelve a ocurrir? —susurro.

—¡Joder! Tenemos que hablar de esto. ¿Puedes reunirte conmigo para almorzar? —me pregunta mientras me frota los brazos con suavidad.

—No puedo, he quedado con Ben para comer. ¿Podemos hablar después del trabajo?

—Dile que estás ocupada. Dile que te ha surgido otra cosa.

—No puedo...

—Hoyuelos, es solo un almuerzo. No se morirá si come solo.

—No, no, no... No es eso. Es que no me gusta mentirle.

Y es así. Nunca le he mentado.

—Entonces olvídale —suelta, empezando a alejarse de mí.

Mientras lo veo salir, me doy cuenta de que no quiero que se vaya. Quiero hablar con él. Lo necesito. Es la única persona con la que puedo hablar.

—¡Espera!

Se da la vuelta.

—¿Sí, hoyuelos?

—Voy a llamar a Ben...

—¿Tenemos una cita? —Una sonrisa inunda lentamente su rostro, cegándome con su belleza.

—No es una cita, sino un almuerzo —puntualizo.

—Jodidamente impresionante. Te voy a llevar al mejor sitio.

—A ningún sitio, por favor. Solo quiero hablar...

—No te preocupes, preciosa. Yo comeré por los dos. —La sonrisa que aparece en su cara le hace parecer mucho más joven.

—Lo que prefieras. Ahora ponte a trabajar, o le diré a tu padre que te dedicas a coquetear con las internas y las señoras casadas como yo.

Vuelve a atraparme con el líquido azul de sus ojos.

—A ellas les encanta. Y a ti también, y lo sabes. Sonríeme para que te salgan más arrugas de las que tienes.

—Tonto...

—Solo por ti, hoyuelos —replica, sonriente.

Una vez dentro del despacho de Amy, cierro la puerta y la observo mientras hojea unos papeles. Hasta que no me acerco a su escritorio, no me doy cuenta de que sigo sonriendo.

Cuando Amy levanta la vista, me mira mientras me siento en una de las sillas libres frente a su escritorio.

—Buenos días, cielo. Gracias por el café —digo sonriente.

Amy hace una pausa, pero luego decide entrar a matar.

—Cathy, ¿qué está pasando entre Arsen y tú? Espero que no sea nada de lo que yo haría con ese chico, porque ya sabes que no estoy casada y tú... —Deja las últimas palabras en el aire.

Como si no lo supiera.

Como si quisiera engañar a Ben.

—¿De verdad, Amy? ¿Crees que haría algo así? ¿Que engañaría a mi marido, un hombre que me vuelve loca? Arsen y yo somos amigos. Y, además, es más joven que yo. Te olvidas también de que está saliendo con esa actriz que aparece en televisión. Melissa no sé qué.

Amy me estudia con atención, considerando su respuesta.

—Sé que no lo harías. Al menos eso espero. Ben te adora. Es solo que... No sé. Ha habido algo en la forma en la que Arsen te miraba que me ha hecho sentir incómoda. Te miraba como si... Bueno, no estoy segura, pero déjame decirte algo: no parecía amable. Y no es tan joven, Cathy. Tiene veinticinco años.

—Veinticuatro —puntualizo.

Me lanza una mirada interrogante.

—Da igual. Podría tener dieciocho y seguiría siendo peligroso. Es absolutamente follable y sexy. Una excelente combinación cuando estás soltera y buscas un hombre. Mira, Cathy, no quiero que parezca que estoy acusándote ni nada de eso, pero ten cuidado con él, ¿vale? He estado en tu posición y he actuado. Siempre comienza como una forma divertida de pasar el tiempo, bromas tontas, coqueteos inocentes..., hasta que no es así.

Estoy a punto de protestar cuando Amy levanta la mano sin dejarme continuar.

—No, Cathy. No es asunto mío, así que no tienes que explicarme nada. Soy tu amiga, por eso te lo digo... Por si acaso.

Por mucho que quiera ignorar sus palabras, decir que son un disparate y echárselas en cara, sé que lo que dice tiene su fundamento. Al recordar el

incidente en el restaurante, no puedo negar que de alguna forma tiene razón. Ocurrió, pero todo ha pasado ya. Arsen no ha vuelto a insinuarse después de que lo rechazara. Y coquetea y juega con todas las mujeres de la oficina.

No, Amy se equivoca.

—Sé que no te debo ninguna explicación, pero tampoco quiero que pienses mal. Arsen es un buen tipo. Lo que has visto es a Arsen tratando de consolarme, de que le hable. Me ha preguntado por el bebé, y algo de lo que ha dicho, o quizá de lo que he dicho yo, me ha hecho darme cuenta de lo cerca que estoy del final del primer trimestre. Y... de lo que ocurre siempre en este momento. Que Arsen haya sacado el tema ha hecho que me ponga de mal humor. Así que él trataba de averiguar qué me pasaba.

Mientras le cuento todo eso, sé que es verdad. Solo un amigo preocupado consolando a otro.

—¡Oh, Cathy! Soy idiota. Lo siento. No he usado la cabeza. Solo he visto a Arsen, acorralándote en la silla y mirándote con intensidad, y he sacado unas conclusiones erróneas. —Se levanta, se acerca y me abraza.

—Está bien, tonta. Ya te conozco, y sé que nada detiene tu lengua. Era cuestión de tiempo. Y no te explicaría nada si tuviera algo que ocultar. Además, Arsen no se merece tus sospechas. Es un buen tipo.

Amy se sienta en una silla a mi lado. Acerca los asientos para sostenerme la mano.

—Ya sé que es un buen tipo. En realidad es muy tierno, pero no confío en él. A veces, cuando cree que nadie lo ve, noto la forma en la que te mira.

—¿A qué te refieres? No me mira de forma diferente al resto —protesto.

Hace una pausa antes de hablar.

—¿Sabes qué? Olvídate de lo que te he dicho... Deben de ser imaginaciones mías.

—Pero...

—Pero nada. Ya basta. Estoy segura de que me lo he imaginado. Cuéntame, cielo, ¿qué tal estás? ¡Seguro que Ben está encantado!

Sosteniendo su mano, me cubro el estómago con la otra, acariciando con ternura el pequeño trozo de cielo que llevo dentro.

—Estamos bien. Ben es, como siempre, la roca en la que me apoyo cuando todo se pone difícil. Es decir, hasta ahora el embarazo va sobre ruedas, pero hay veces que este asfixiante temor a perder el bebé me paraliza. Y me asalta de repente casi siempre.

»Amy, a veces, tengo ataques de pánico y me pongo a llorar. No puedo dejar

de hacerlo. Tengo mucho miedo, pero Ben siempre está ahí para enjugar mis lágrimas, para abrazarme y decirme que todo está bien. No podría pedir un marido más perfecto. No sé qué haría sin él. Lo quiero con toda mi alma. —Noto una opresión en el pecho al pensar en su apoyo. ¿Cómo podría existir un marido mejor? No es posible.

—Me alegra que tengas a Ben, cariño. Me alegro muchísimo de que tu matrimonio vaya mejor.

Amy se queda callada durante un rato.

—Cathy, no quiero ser negativa, y sé que te lo habrá dicho ya la doctora Pajaree, pero ¿has considerado lo que pasará si tú... mmm... sufrieras otro aborto?

Tener otro aborto me destruiría.

Por completo.

—Sí. Todo irá bien. La doctora nos ha dicho que no pensemos todavía en ningún nombre para el bebé, así que de alguna forma sí estoy preparada para que vuelva a ocurrir —miento.

No estoy preparada para que me ocurra por cuarta vez.

No lo estoy.

Sería mi fin.

Mientras que espero a que Arsen termine el trabajo, llamo a Ben. Si soy sincera, he esperado hasta el último minuto, porque no estaba segura de si hacerlo o no. Sé que es solo un almuerzo, pero mentirle a Ben sobre Arsen me hace sentir incómoda. Es como si estuviera ocultándole algo, y no es así. Pero la sensación es persistente.

Ben responde después del primer tono.

—Nena...

Trago saliva mientras me froto la mano en la falda negra, limpiándome el sudor.

—Ben, cariño, no puedo almorzar contigo. Amy me acaba de decir que Bruno quiere tener una reunión con las dos mientras almorzamos.

—Perfecto. Estaba a punto de llamarte para decir que no iba a poder verte. Micky necesita que repase un caso con él. ¿Telepatía, mujercita?

—¡Oh, sí! Es mejor así, ya no me siento tan mal. —Y es así—. He pensado que ibas a tener que comer solo.

—Había planeado comerme a mi mujer, pero...

—¡Ben! —le reprendo.

Él se ríe entre dientes.

—Está bien, cariño. Kerry traerá el almuerzo.

—¿Es esa nueva pasante de la que me hablas siempre? —pregunto.

Siento curiosidad, porque hace dos semanas, cuando fui a buscar a Ben al bufete, vi a una preciosa morena hablando con él que lo miraba con una profunda admiración. Me dio la impresión de que estaba un poco colgada por él.

—Sí. Graduada también en la escuela de leyes de Columbia. Me cae bien. Es una chica agradable, y aprende rápido. De todas formas, ¿qué te parece si te llevo a cenar a nuestro tailandés favorito?

—Perfecto.

—Oh, antes de que me olvide: he tenido noticias de Julian.

—¡Qué guay! ¿Cómo está? ¿Se encuentra cómodo en Los Ángeles?

—Me ha contado que ha conocido a alguien que...

—¿Estás lista? —pregunta Arsen.

Levanto la mirada del escritorio y lo veo frente a mí, sin la chaqueta del traje, con las mangas de la camisa enrolladas hasta los codos. Su pelo rubio está hecho un desastre, y sobresale en todas direcciones. Parece que ha estado tirándose de él.

—¿Quién es? —pregunta Ben al otro lado de la línea.

—Oh, es Arsen, el hijo de Bruno. Me ha venido a decir que la reunión está a punto de empezar. Tengo que marcharme. —La mentira me hace sentir la lengua seca.

—Yo también tengo que irme. Te veo luego.

—¡Espera! —digo, impidiendo que cuelgue. Me vuelvo a mirar a Arsen mientras él levanta lentamente el marco en el que tengo una foto de la boda y lo sostiene entre las manos. Mientras examina la imagen lo envuelve un aire indescifrable.

—¿Qué? —pregunta Ben

Quiero decirle que no es cierto lo del almuerzo, pero no lo hago.

—Te amo.

—Yo también te amo, nena. Para siempre.

Después de colgar, veo que Arsen pasa el pulgar por la fotografía.

—Por favor, dime que no es tu marido. Eres demasiado guapa para él —pide Arsen, dejando el marco en el escritorio.

Ignoro su comentario como la broma que creo que es.

—Entonces, ¿a dónde vas a llevarme? —pregunto.

—Es una sorpresa. Le he dicho a Amy que te ibas a tomar la tarde libre.
—¿Qué? ¡No! Tengo mucho trabajo que hacer.
—Vale. Le he dicho que tienes una cita con el médico y que te iba a llevar.
—¡Arsen! ¡Es mentira!
—Cierto. Va a ser divertido. Es ya la una, no se va a morir nadie.
—¿Qué le voy a decir a Ben?
—No tiene por qué saberlo. ¿Qué cojones...? Te voy a llevar a comer. Puedes marcharte a casa después de terminar. No es nada malo.
—Sí, supongo que tienes razón.
Y es cierto, ¿qué tiene de malo?

13

—Tienes el apartamento vacío, Arsen. ¿Haces algo más aquí aparte de dormir?
—digo mientras me siento en el sofá de cuero negro.

Al principio, cuando me enteré de que me llevaba a su casa, la idea me hizo sentir incómoda. Pero al pensarlo mejor, me dio igual. No había mucha diferencia a pasar tiempo a solas con él en su *loft* que en mi despacho después de que todo el mundo se hubiera ido a casa mientras trabajábamos en algún proyecto. Y tampoco era un extraño. Era Arsen. Mi amigo. Y necesitaba hablar con él antes de que el miedo me hiciera perder la cabeza por completo.

—No, no mucho. —Me ha prohibido ir a la cocina con él y ver cómo hace la comida, así que espero en el salón. Quiere darme una sorpresa.

—Oye, ¿y sigues viendo a Melissa Stewart?

Se ríe.

—Sí y no. Echamos algunos polvos, pero no sé si va en serio. Me da la impresión de que está engañándome.

—Arsen, tú también la engañas. Ayer vi que vino a buscarte esa morenita después del trabajo. —En serio, nunca había visto tantas chicas en el vestíbulo de las oficinas hasta que Arsen empezó a trabajar allí.

—Melissa puede ser muy guay a veces. Sabe que es muy guapa y... —abre la puerta del horno y mete la comida sorpresa—, siendo sincero, podría aspirar a algo mucho mejor que yo.

—No lo creo —replico, molesta al ver que se hace de menos—. Creo que podrías ser un buen novio si decidieras sentar cabeza.

Arsen se queda quieto un segundo y luego coge una botella de agua y una cerveza. Se acerca al sofá para entregarme la bebida y, mientras, me observa en silencio.

—Hace mucho tiempo intenté algo serio con una chica, pero no funcionó.

—¿De verdad?

—Sí. Se llamaba Jessica. Creí que era el amor de mi vida.

—¿Qué pasó?

—Pasó la vida real. —Se encoge de hombros y toma un trago de cerveza.

—¿A qué te refieres? —pregunto mientras jugueteo con la botella.

—Murió. —Cruza una sombra por sus ojos y, por un momento, parece perdido y triste. Nunca lo he visto así.

—Lo siento mucho...

—Sí, ya. No quiero que hablemos de eso, ¿de acuerdo? —dice con desdén.

—Vale.

—Ahora cuéntame, ¿qué es lo que ha pasado en el despacho? Has tenido unas reacciones muy contradictorias. Primero te reías y hablabas del bebé y al instante, te has convertido en una zorra fría. No parecías mi hoyuelos.

Quiero decirle que no soy «su hoyuelos», pero lo dejo pasar.

—Es que... Es que el primer trimestre casi ha terminado, y ahora es cuando todo se tuerce. —Abro la botella y tomo un sorbo de agua—. Es horrible. A veces tengo estos ataques de pánico..., como has visto hoy.

—Dios... —Arsen deja la botella de cerveza en la mesita de café y se sienta a mi lado—. Mira, hoyuelos... He visto el infierno y he vuelto. Sé lo que es perder lo que más quieres, pero la vida continúa y no debes perder la esperanza, ¿sabes? Sin esperanza, vivir se convierte en una puta pesadilla. Por lo tanto, tienes que ser positiva y pensar que este embarazo saldrá adelante. Y si no es así, bueno, quizá no estaba destinado a ser.

—¿Qué estás tratando de decir? ¿Que no estoy destinada a ser madre? —exijo en tono dolorido.

—¡Joder! No. Mereces la misma felicidad que todas las demás mujeres. Solo trato de decirte que la vida tiene su propia manera de resolverlo todo por sí sola. Debes tener fe.

Suspiro y apoyo la cabeza en su hombro. De repente, me siento muy cansada.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo, Arsen. Es muy duro. Y yo no soy...

—¿Qué? —me presiona.

—No sé si mi matrimonio podrá superar que algo vaya mal. Todo este tema ha sido muy duro para nosotros. No puedo hablar de ello con Ben, porque me corta en seco y... —me quedo callada al sentir su brazo sobre los hombros— y es difícil.

Arsen se inclina y apoya la cabeza sobre la mía. Quiero alejarme de él, pero estoy demasiado cansada y disfruto de su calor. Resulta reconfortante.

—Sigue. Estoy escuchándote.

Suspiro.

—Ahora todo va bien entre nosotros. No me malinterpretes, solo estoy

preocupada por el bebé. Me gustaría estar en paz, no preocupándome constantemente. —Me froto las manos contra la falda—. Tengo pesadillas en las que pierdo el bebé, y me despierto llorando en medio de la noche.

—¿Y Ben no se entera? —Arsen parece enfadado.

—No. Es decir, podría, claro, pero por lo general me voy al cuarto de baño y me encierro allí hasta que me tranquilizo.

—Eso es una mierda, Catherine, una mierda. Deberías decírselo a Ben. No debes sufrir en silencio de esta manera. No es bueno ni para el bebé ni para ti.

—No, está bien así. Y prefiero no molestar a Ben. Ya he intentado hablar con él en otras ocasiones, pero piensa que soy demasiado negativa. Por eso he descartado ese tema.

—Menuda estupidez.

—Oye, no te cabrees. Estoy bien, en serio. Además, es culpa mía si Ben no sabe lo que me pasa. No le digo nada. He aprendido a ocultarlo.

—No me vengas con esa mierda. Solo somos compañeros, amigos, y sabía que te pasaba algo. Él es tu marido. Deberías decírselo.

—No. Por favor, déjalo estar. Ben es perfecto, el mejor marido que una mujer puede pedir.

Se ríe de forma sarcástica.

—Si tan perfecto es, ¿por qué estás hablando conmigo y no con él?

No me gusta el cariz que está tomando la conversación. Arsen no debería echar la culpa a Ben de mis problemas. Son míos. Mi marido no tiene ninguna culpa de todo este lío.

—Creo que debo irme. —Intento alejarme de él, pero me detiene agarrándome por el codo.

—Oye, lo siento. No te vayas. No he querido molestarte. Lamento haberme dejado llevar.

Nos miramos fijamente durante un momento.

—Quédate... —Me suelta el codo y me coge la mano para entrelazar nuestros dedos—. Te prometo que no volveré a mencionar a tu perfecto marido.

Todavía no he decidido qué voy a hacer cuando Arsen levanta nuestras manos unidas y me da un beso en los nudillos.

—Por favor... Me portaré bien. No volveré a echar más mierda sobre Ben. — Aparece una sonrisa maliciosa en sus labios.

—Vale. Pero, por favor, no hables así de Ben. No me gusta. Él no tiene la culpa de nada.

—Palabra de *boy scout*. Estoy aquí para apoyarte, hoyuelos —asegura mientras

me acaricia la mejilla con ternura con la mano libre.

No puedo evitar reírme.

—¿Estás seguro de eso? Acabamos de pelearnos, y esta es nuestra primera charla a corazón abierto.

—Bah. Me gusta cabrearte. Cuando te enfadas, tus ojos son increíbles. No había visto antes nada tan bonito.

—Gracias —respondo con una sonrisa. Noto que me arde la cara.

—Me encanta provocar esto —dice en voz baja, rozándome con suavidad el pómulo derecho—. Ben es un hombre afortunado.

—Es que...

En ese momento suena el temporizador del horno, avisándonos de que la comida está preparada, e interrumpe este momento intenso e íntimo que estábamos compartiendo. No puedo negar que me alegra.

Sin alejar la mano de mi cara, veo que Arsen mueve la cabeza y que esboza una sonrisa triste.

—Supongo que es hora de comer. ¿Estás preparada para que te sorprenda con mis habilidades culinarias?

—Tengo tanta hambre que en este momento me parecería apetitoso un trozo de cartón —me burlo con una sonrisa.

—No, te aseguro que será bastante mejor —replica curvando también los labios.

Me suelta la mano para ir a la cocina.

—Espero que no tengas alergia a la Nutella —comenta mientras abre y cierra cajones y estantes.

—No. No soy alérgica a nada —respondo mientras me acerco a la barra que sirve de mesa y me siento en un taburete alto.

Arsen deja una pizza artesana cubierta de Nutella y rodajas de plátano. Tiene un aspecto maravilloso y un olor delicioso.

—Es mi especialidad.

—¡Oh, Dios mío! ¡Arsen, huele genial! —Inhalo el dulce aroma a plátanos y avellanas horneadas.

Cuando termino tres trozos de la sabrosa pizza, me doy cuenta de que Arsen no ha tocado su parte.

—¿Qué pasa? No has tocado tu comida.

Él me está mirando con esa mirada de diversión que me eriza el vello de la nuca.

—Prefiero verte comer.

—Mmm... Lo siento. Me muero de hambre, y está riquísima.

Esboza una sonrisa juguetona.

—No tan deliciosa como tú, estoy seguro.

Empuja el plato a un lado y se inclina hacia delante para acariciarme la mejilla con ternura.

—Quizá debería probarte —comenta de pasada.

De repente, la situación ya no me parece amistosa. Estar a solas con él, sus bromas, sus coqueteos, sus roces... me hacen sentir como estuviéramos colgando de un hilo muy fino en el que todo es inocente cuando en realidad no lo es.

Con una sensación incómoda en el estómago, me alejo de él y me levanto.

—Mmm... Ha estado muy bien, pero tengo que irme a casa. —Voy al salón, donde he dejado el abrigo y el bolso—. Muchas gracias por apoyarme y escucharme. No sabes lo bien que me has hecho sentir.

—Hoyuelos... —Me pone un brazo sobre los hombros y me obliga a darme la vuelta hacia él—. Solo era una broma. No te asustes.

—Mmm... No estoy asustada...

Es mentira, porque lo que acaba de ocurrir me ha dado miedo.

—Guay. Supongo que nos veremos mañana en el trabajo —dice mientras me suelta.

Después de despedirme, voy a casa. Al coger el móvil, veo que son casi las seis. Apenas puedo creer que he estado en su apartamento casi cinco horas, y ni una sola vez he mirado la hora que es. Ben no me ha llamado, lo que significa que seguramente esté ocupado todavía con el trabajo.

Mientras voy en el tren a casa, decido no contarle a Ben nada de este día, salvo que me pida detalles. No quiero volver a mentirle, pero sin saber por qué y por primera vez desde que conocí a Arsen, me siento como si hubiera hecho algo malo.

Pero ¿cómo es posible?

Solo somos amigos, ¿verdad?

14

Me acerco a la salida del edificio mientras llamo a Ben para decirle que estoy camino al pub para tomar una copa con Arsen, aunque no voy a beber alcohol, claro está. Me he quedado porque necesitaba ponerme en contacto con Beth, la secretaria del señor Radcliff en Inglaterra.

—Puedo esperarte —se ofrece Arsen—. Tengo que hacer algunas llamadas. Melissa me ha dejado un recado en el buzón de voz diciéndome que quiere que vaya con ella a París el fin de semana que viene. Al parecer estrena allí la película y quiere que le sostenga su puta mano como a un bebé mientras me ignora para que le hagan fotos. —Se deja caer sobre el sofá, boca arriba. La camisa blanca está parcialmente desabrochada, mostrando un vislumbre de su pecho musculoso y del contorno del tatuaje.

—¡Increíble! No puedo creerme que no lo supieras. Esa película está en todas las revistas y blogs de cotilleos. Sabes que es un evento muy importante, ¿verdad? Hay gente que mataría por estar allí.

—Bueno, pues yo estoy invitado por ella y no me gusta. No sé en qué estaba pensando para liarme con una actriz. Están metidas en problemas y dramas todo el rato. Sí, el sexo es jodidamente fantástico, y está muy buena, pero no me aporta nada que no pueda conseguir en otra parte. Ahora, una modelo puede ser...

—¡Basta! ¡No sigas, Arsen! —me río—. Demasiada información para mí. La semana pasada me aseguraste que estabas intentando reprimirte.

—Es cierto, ¿verdad? —replica con un gemido.

—Sí.

—No puedo hacerlo.

Cojo un lápiz y lo hago girar entre los dedos.

—Bien, lo que sea que tengas que decirle a Melissa, no lo hagas aquí. Tengo que hablar con Beth. ¿Por qué no vas yendo al pub sin mí? Puedes llamarla de camino.

Arsen se levanta gimiendo del sofá.

—Vale. Pero me apetece más verte llamar por teléfono que tratar con una prima donna. Y eso es mucho decir...

—¡Fuera!

Se va a regañadientes.

Tontito.

Después de aquel incómodo incidente en su apartamento hace dos días, me preocupaba que las cosas fueran diferentes entre nosotros, pero me alegro de que no hayan cambiado. Al día siguiente, Arsen se comportó como si no hubiera pasado nada, y siguió coqueteando como hacía de forma habitual. Es genial tener un amigo al que poder contar todos tus secretos sin sentirte culpable por ello.

Amy y él son las únicas personas que saben lo asustada que estoy con el embarazo.

Me detengo ante la recepción del edificio para despedirme de Carlos y Frank, los guardias del turno de noche.

—Buenas noches, caballeros —digo.

—Buenas noches, señora Stanwood —responde Carlos con su fuerte acento español.

—Está tan guapa como siempre, señora. ¿Qué tal le va al señor Stanwood? ¿Van a cenar juntos? —pregunta Frank. A veces, cuando viene a recogerme, Ben se pone a hablar de deportes con Frank. Creo que los ha unido su amor por los Mets de Nueva York, o algo así.

Sonrío al ver la mirada expectante en los ojos de Frank.

—Hoy no. Voy a reunirme con el hijo del señor Radcliff para tomar unas copas. Ben se reunirá luego con nosotros.

Cuando me despido de ellos, salgo a la calle y me golpea el aire caliente y húmedo. Es de ese tipo de ambiente que te hace sudar sin mover un músculo. La típica noche de verano en Manhattan. Con la piel pegajosa por el calor, decido coger un taxi en vez de ir andando al pub. Una vez que lo consigo y estoy sentada en el asiento trasero, por fin puedo llamar a Ben.

—Hola, nena. Estaba a punto de llamarte. —Su voz profunda resuena en la línea después de un timbrado.

—Hola, cariño. Lamento llamarte tan tarde, pero acabo de salir de la oficina. Voy a encontrarme con Arsen para tomar unas copas. ¿Vas a trabajar hasta tarde? Creo que deberías venir para poder presentártelo por fin. Podemos tomar una copa con él y luego ir a cenar a nuestro tailandés favorito.

Ben se ríe entre dientes.

—Señor, sí, señor.

Sonrío mientras aprieto el teléfono.

—Estoy haciéndolo de nuevo, ¿eh? Lo siento. Pero no puedo dejar atrás a Cathy, la jefa, justo al salir del trabajo.

—No te preocupes, te estaba tomando el pelo, nena. Me encanta Cathy, la jefa. Ella y yo nos llevamos muy bien. Recuerdo en particular una cosa de esta mañana, cuando estábamos en la ducha y me indicó con bastante autoridad el tipo de presión y la velocidad del grifo de la ducha.

¡Oh, Dios mío! Lo recuerdo, ¿cómo podría olvidarlo? Todavía veo la figura húmeda de Ben arrodillada en el suelo con una de mis piernas sobre su hombro mientras me acercaba hacia él presionándome el culo y...

—Estaré allí a las ocho. Tengo una entrevista más y luego iré a conocer a tu famoso protegido.

Trago saliva.

—¡No es mi protegido! —protesto—. Y lo otro es perfecto. Estoy deseando verte.

—Sí. Yo también te he echado de menos. ¿Qué tal estás?

—Muy bien, cariño. Hoy ha sido un buen día.

—Perfecto. Tengo planes para luego.

—¿En serio? ¿Puedo preguntar qué tipo de planes, señor Stanwood? ¿Me gustarán? —pregunto con coquetería.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, me muero por conocerlos. Quizá no sean tan interesantes como crees. — Sé que le estoy tomando el pelo y que le encanta. Nos excita e irrita a la vez.

—Quiero lanzarte a la cama boca abajo, arrancarte las bragas y follarte con los dedos hasta que me pidas que lo haga con mi polla. Luego me pondré encima de ti y te besaré la columna desde la nuca, lamiendo tu sudor para saborear lo que es mío, solo mío.

—Oh, ¿d-de verdad? —tartamudeo. El deseo vibra entre mis piernas mientras se me endurecen los pezones.

Ben ríe satisfecho una vez más.

—Sí. Eso es. Nena, Kerry acaba de entrar para decirme que la reunión es ahora. Mándame un mensaje de texto con la dirección y el nombre del pub. Estaré allí alrededor de las ocho. —Su tono se ha vuelto más práctico.

—D-de acuerdo... —Es evidente que todavía no soy capaz de pensar claramente.

—¿Nena?

—¿Sí?

—Esta noche... —Gruñe.

Antes de meterme en el pub para encontrarme con Arsen, me pongo a esperar la fila para usar el baño. Sigo pensando en Ben mientras saco el móvil para comprobar si he recibido algún mensaje.

Tengo dos. Uno es de Ben, diciéndome todas las guarradas que quiere hacerme esta noche, y el segundo es de Arsen, que me pregunta dónde estoy. Sonrío y decido no responder a ninguno de ellos. Meto el móvil en el bolso de Ferragamo y me apoyo en la pared, escuchando sin querer la conversación que mantienen

las dos chicas que tengo delante.

—¡No me puedo creer que haya cortado a Brooke de esa forma! Es decir, ¡es mucho más guapa que Melissa Stewart!

—¡Bah! Brooke no es nadie. Melissa es una actriz famosa, es normal que esté con ella. Pero, ¡oh, Dios mío! ¿Has visto lo guapo que es? ¡Las fotos no le hacen justicia!

—Melissa puede ser una actriz famosa y lo que quiera, pero nadie rechaza a Brooke. ¡Está cabreadísima! Me ha dicho que iba a llamar a la revista *Stalker* para decirles que Arsen está aquí con Melissa.

—¡Vamos! ¡Eso sería un desastre! ¡No podemos permitirselo! ¿Qué esperaba? He leído en *Vogue* un artículo sobre él y su familia. El periodista fue muy claro: Arsen no sale con chicas normales; incluso llega a decir que casi todas las chicas con las que se ha liado han sido portada de alguna revista. Me pregunto si está esperando a Melissa o a alguna otra famosa.

—No estoy segura. Brooke ha dicho que Arsen le ha asegurado que ha quedado aquí con una persona. ¡Dios mío! ¿Crees que puede ser alguno de sus amigos ricachones? ¡Están buenísimos todos! ¡Si no puedo conseguir a Arsen, no me importaría acostarme con cualquiera de ellos!

—¡Cierra el pico, Ally! Jamás te acostarás con Arsen. No lo hará ninguna de nosotras. Aunque, si soy sincera, ni siquiera quiero hablar con él, parece un poco gilipollas. Aunque me gustaría follármelo. He oído que la tiene enorme.

Asombrada por la conversación, me alejo un poco. No puedo quedarme allí y escucharlas hablar de Arsen como si fuera un juguete. Es mucho más que eso.

En los meses que llevo tratando con él, he llegado a ver un lado dulce, divertido y travieso que estoy segura de que no todo el mundo conoce. Siempre me trae *cupcakes* porque sabe que me gustan, coquetea tanto con las chicas guapas como con las que no lo son y, lo más importante, está esforzándose mucho para demostrarle a su padre de que se equivoca con él.

Me siento tan enfadada que tiemblo de pies a cabeza. Estoy a punto de entrar en el pub cuando veo a Arsen sentado en un sofá de cuero. Tiene el mismo aspecto relajado de siempre, pero sus ojos recorren la habitación sin hacer contacto con el grupo de buitres que lo miran, y la forma en que aprieta los dientes me indica que se siente incómodo por cómo llama la atención. Otra mujer preciosa se acerca para ser rechazada. ¡Ya está bien! Es la gota que colma el vaso. Me cabreo con todas las mujeres que hay allí por hacer que Arsen se sienta una presa, así que me doy la vuelta y regreso a la fila del cuarto de baño.

Dispuesta a luchar contra la estupidez y las tetas grandes.

Le doy a la pelirroja una palmada en el hombro. Se da la vuelta y me mira con una expresión vacía.

—¿Sí?

«¡Oh, voy a limpiar esa boquita de puta!».

Tratando de controlar mi temperamento, respiro profundamente y suelto el aire lentamente mientras me paso los rizos rubios por encima del hombro. Bien, vamos a ello.

—No he podido evitar oírte hablar de Arsen Radcliff. Iba a dejarlo pasar, ya que pareces muy joven e inmadura, pero no puedo. Así que voy a decirte algo: Arsen es una persona de carne y hueso con sentimientos reales. Que salga en revistas y en columnas de cotilleos no significa que podáis dedicaros a acosarlo. No está bien. —Pongo los brazos en jarras—. Y si tu amiga Brooke llama a alguna revista, yo llamaré a la policía y les diré que te has ofrecido a acostarte con él por dinero. Sí, como una puta.

Las dos chicas abren los ojos como platos. Me encanta.

—Ah, y por cierto. ¡Está aquí conmigo! Ahora, dejadlo en paz. —Mientras las últimas palabras salen de mi boca, una alocada idea me llena de emoción. Sé que eso hará que se callen de una vez por todas.

Voy donde está Arsen. Si antes temblaba de ira, ahora tiemblo de emoción. No estoy segura de que pueda seguir adelante con mi plan. Cuando me ve caminando hacia él, aparece en sus labios una magnífica sonrisa. ¿Es posible que un hombre sea tan sexy y tierno a la vez?

Sí. Es más que un *playboy*. Es mi amigo.

Acelero el paso, tratando de llegar a él antes de que mi conciencia me haga cambiar de opinión. Siento los ojos de las chicas clavados en la espalda mientras vibro como si estuviera sometida a un terremoto.

Cuando me detengo frente a él, se pasa la mano por el pelo rubio, haciendo que uno de los desordenados mechones le caiga sobre la frente.

—Hola, hoyuelos. He llegado a pensar que habías decidido pasar de mí —me dice, inclinándose para besarme en la mejilla. Cierro los ojos y rezo para que Ben no se entere nunca de esto, porque me mataría.

Solo es por un amigo.

Decidida, abro los ojos. Con rapidez, antes de que Arsen se dé cuenta de lo que estoy a punto de hacer, muevo la cara para que me bese en la boca.

Labios suaves contra los míos.

Calor.

Mi corazón palpita de forma salvaje.

Me siento como si fuera lo correcto.

Atónito, Arsen abre mucho los ojos. No creo que un beso en los labios sea suficiente para convencer a esas chicas, así que cuando noto que Arsen se va a alejar, le pongo la mano en la nuca y lo retengo.

—Inclina la cabeza hacia un lado —trato de murmurar con los labios pegados a los suyos—. Por Dios, finge que estás disfrutando con esto.

De puntillas, con las manos en sus hombros, trato de empujar a Arsen en la dirección correcta para ver si esas chicas siguen observándonos. Lo están haciendo... Y con la boca abierta.

«¡Jodeos, zorras!».

Una vez que se van, lo empujo lejos de mí. Quizá con más fuerza de la necesaria. Arsen, que tiene la respiración entrecortada, parece cabreado. Como si quisiera que le sirvieran mi cabeza en un plato.

Se frota los labios con la palma de la mano como si quisiera limpiarse mi beso. No me importa, en realidad. Todavía no me puedo creer que lo haya besado.

Bromas que te gasta la vida.

—¿Qué cojones ha sido eso? Será mejor que tengas una buena razón para darme un puto beso...

Enfadada con él porque estaba tratando de ayudarlo y me está echando la bronca por ello, le golpeo el hombro.

—¡Eres idiota! Te he besado porque estaba tratando de demostrar una cosa a un par de admiradoras tuyas.

—¿Qué? ¿Admiradoras? ¿A qué coño te refieres? —Me mira con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho, lo que me permite adivinar el contorno de sus músculos a través de la tela de la camisa blanca.

Frustrada, le doy una patada.

—¿Por qué no me escuchas? Te he besado porque esas chicas estaban hablando de acostarse contigo. De lo mucho que lo deseaban y de lo bien que se te da follar.

Aparece lentamente una sonrisa en su cara, que reemplaza su mirada de enfado.

—Vale, pero ¿por qué me has besado?

Gimo.

—¡Porque estaba tratando de demostrarles algo!

Observo cómo, vacilante al principio, levanta una mano para acercarla a mi cara. Cuando está seguro de que no voy a protestar por su contacto, me mira fijamente. En trance, creo que me va a tocar la mejilla, pero solo retira unas

hebras de pelo que se me han quedado pegadas al brillo de labios y me las coloca detrás de la oreja. Me roza la piel del cuello con el dedo meñique, haciendo que me baje un escalofrío por la espalda mientras me hace arder con el fuego marino de sus ojos.

—Me encanta que demuestres algo. —Su sonrisa hace que se me detenga el corazón.

La sonrisa de Arsen.

Una sonrisa que me saca de mi ensimismamiento.

De repente, necesito poner espacio entre nosotros, así que me siento en el sofá. Arsen sigue mi ejemplo y se sienta a mi lado. Demasiado cerca. Su muslo toca el mío, y noto el calor que irradia su cuerpo. Cuando apoya un brazo en el borde del respaldo, a mi espalda, es como si me envolviera. Está en todas partes.

Y me siento cómoda.

Me siento bien.

Pero ¿debería ser así?

No estoy segura.

—Se me ha ocurrido que quizá ese beso les enseñaría una lección. Pero no estoy segura de por qué. —Me vuelvo hacia él con una sonrisa de disculpa—. Quizá solo quería cerrarles la boca. Pero no debería haberlo hecho. Si Ben besara a otra mujer, lo mataría. Sin embargo, no importa, ni siquiera podemos decir que haya sido un beso. Tal y como has reaccionado, ha sido como besar a un pez muerto.

—¿Estás tomándome el pelo? He sentido los malditos labios de mi muy casada amiga... ¡Joder! Dame otra oportunidad, hoyuelos, y te demostraré que no soy un pez muerto.

—¿En serio? —Muevo la cabeza con desaprobación—. Estás divagando. Tienes que controlar tus actos, muchacho.

—Espera, ¿qué? ¿De qué estás hablando? Y, hoyuelos, los muchachos no follan como yo.

—En serio, tienes que empezar a hablar mejor. Hablo de que he tenido que minimizar tu disoluto comportamiento con un par de idiotas, y mientras lo estaba haciendo me he dado cuenta de que la culpa era solo tuya. Si no te gusta que te traten como un objeto, deja de ventilar tus trapos sucios para que los vea todo el mundo.

Con una pícaro sonrisa, retira el brazo del respaldo y se sienta con la espalda recta.

—Y deja de sonreír como un idiota. Estoy hablando en serio. Conozco tu

juego. Y sé que te molesta que la gente solo vea tu parte falsa. Ya sabes, que crean que eres un *playboy*, un mujeriego, un niño rico, en vez de intentar conocer tu verdadero yo. Así que deja de actuar así y madura. Demuéstrale a la gente que está equivocada, que no solo eres un perdedor que vive del dinero de papá. Enséñales al Arsen real. El que yo conozco. El que entiende cómo funciona la compañía que su padre. El que se molesta en llevar *cupcakes* a una mujer embarazada porque sabe que le gustan. El que no ignora a las chicas poco agraciadas. Entonces, quizá dejen de publicar esa basura sobre ti, y no tendré que demostrar nada a unas extrañas, ni besarte delante de ellas para convencerlas.

La sonrisa desaparece mientras Arsen se sienta más cerca de mí, si es que es posible, y me coge la mano. El gesto no es sexual, pero sí íntimo. El calor de su palma me queda impreso en la piel.

—¡Joder, Catherine! ¿Es esa la razón? ¿Lo has hecho por mí? —pregunta con voz ronca.

—Sí, por supuesto. Eres mi amigo.

Sin añadir nada, me mira con los ojos tan brillantes que parece que tenga fiebre.

¿Siempre observa a la gente con esa intensidad?

—Como ya te he dicho —murmura un momento después—, Ben es un hombre afortunado.

Ignoro su comentario.

—Arsen, sé que te molesta. ¿Por qué no haces algo al respecto? —pregunto.

Sin soltarme la mano, se encoge de hombros.

—Es que...

—Hola, lamento llegar tan tarde.

Levantando la vista desde el sofá donde estoy sentada, veo a Ben delante de nosotros en toda su gloria, tan alto y moreno. Cuando estoy a punto de saludarlo, veo la dureza de su expresión y su ceño fruncido. No me devora con los ojos, ni me sonrío como siempre. No. Solo parece estudiar con intensidad mi regazo. Con extrañeza. Bajo la vista y veo qué es lo que le ha llamado la atención.

La mano de Arsen cubriendo la mía.

De repente, lo que solo era un gesto inofensivo entre amigos hace un momento se convierte en un acto inmoral.

Incorrecto.

Ofensivo.

Trato de buscar una excusa para soltar la mano de Arsen sin, por un lado, herir sus sentimientos ni, por otro, parecer culpable ante Ben.

—¡Cariño! Ya estás aquí —digo al tiempo que me levanto para saludarlo, deslizando la mano de debajo de la de Arsen con la mayor naturalidad posible. Me acerco a Ben y me pongo de puntillas para darle un abrazo. Antes de que sepa qué está ocurriendo, siento los músculos de sus brazos a mi alrededor, estrechándome con fuerza y levantándome del suelo para besarme de forma posesiva. Todavía suspendida en el aire, levanto la mirada para buscar sus ojos después de que el beso termine. No me está mirando a mí, sino más allá de mis hombros. Sé que está mirando fijamente a Arsen.

No me molesto en darme la vuelta para confirmar mis sospechas. Le encierro la cara entre mis manos y lo obligo a mirarme. Cuando sus tibios ojos castaños están clavados en los míos, sonrío.

—Hola.

—Hola. —El ceño fruncido desaparece y su mirada se suaviza de inmediato.

—Por fin has llegado. Empezaba a pensar que no ibas a aparecer.

«Mentirosa».

La culpa me oprime el estómago al darme cuenta de que había olvidado que iba a venir a buscarme aquí.

Por fin, cuando me desliza de una forma lenta e íntima por su cuerpo para dejarme en el suelo, aparece una sonrisa en su hermoso rostro, haciendo que aparezcan arruguitas en las esquinas de sus ojos.

—Lo siento. La reunión ha durado un poco más de lo que esperaba, pero aquí estoy ya. Listo para conocer a... —Deja que la última palabra flote en el aire.

Una vez a salvo en el suelo, me suelto de los brazos de Ben y lo cojo de la mano. Me doy la vuelta para tirar de él hacia el sofá donde está sentado Arsen. Nos observa como un halcón, con una expresión neutra en la cara. La sonrisa pícaro ha desaparecido y el fuego no brilla en sus ojos.

Me aclaro la garganta porque, de repente, es como si me hubiera tragado una bola de algodón.

—Ben, te presento a Arsen Radcliff. Arsen: mi marido, Ben Stanwood.

Los dos hombres se miran sin decir una palabra. La tensión es tan palpable en el aire que se me eriza el vello de la nuca. Arsen no hace el más mínimo movimiento para levantarse. Se queda sentado en el sofá en un gesto de poca educación mientras Ben y yo seguimos de pie. Estoy a punto de darle una patada en el culo para que se levante y puedan estrecharse la mano o algo así cuando Ben estira el brazo.

—Encantado de conocerte, Arsen. Cathy me ha hablado muy bien de ti. Parece que le gusta trabajar contigo.

Cuando se dan la mano, veo que se les ponen blancos los nudillos.

«¡Hombres!».

—¿Sí? —replica Arsen esbozando una sonrisa falsa que hace que sus rasgos parezcan casi feos. Se vuelve para mirarme y sus ojos arden antes de volverse fríos de nuevo—. Me gusta estar cerca de hoyuelos. Es agradable mirarla —se burla.

«¿Qué coño...?».

«¿Por qué ha dicho eso?».

Ben aprieta los labios y deshace el apretón de manos bruscamente. Ya con el saludo finalizado, estoy a punto de rodear la mesa para sentarme en el sofá cuando Ben me coge por el codo de forma posesiva para detenerme. Desconcertada, me vuelvo para mirarlo.

Se acerca un paso y se inclina hacia mí.

—Una copa y nos largamos —me susurra en el oído—, ¿vale?

Abro mucho los ojos al notar el tono agudo de su voz y sus palabras. Cuando veo el gesto terco de su mandíbula, sé que no ha sido una pregunta. Supongo que tendrá que ser solo una copa.

Asiento con la cabeza mientras me suelto de su mano y me dirijo hacia el sofá. Ben parece tener otras ideas respecto a los asientos, porque separa una silla para que me siente justo enfrente de Arsen, dejando la mesa entre nosotros.

«¿Qué demonios le pasa?».

Ben muestra una sonrisa que le hace parecer tan duro como una roca mientras espera a que me siente. Por otro lado, Arsen, con unos ojos tan fríos que parecen trozos de hielo, nos mira con los labios curvados de diversión. Una sonrisa que me hace recordar la noche que lo conocí. Tengo una mala sensación en el estómago, porque solo puedo estar allí y esperar que esta noche no se convierta en un desastre.

Arsen extiende el brazo en un gesto de invitación.

—Por favor, siéntate. —Su voz destila sarcasmo—. Me muero de ganas por saber qué te ha dicho hoyuelos sobre mí. Espero que todo sea bueno. —Se inclina hacia delante y clava los ojos en los míos antes de continuar—. Porque trabajamos muy bien juntos..., muy bien. ¿Verdad, Catherine?

¿Qué intenta hacer Arsen? Y, lo que es más importante: ¿qué está insinuando?

Cuando se sienta, Ben me coge la mano y se la lleva a los labios para besarla antes de bajarla a su regazo. Con los dedos entrelazados, miro sus ojos ardientes antes de enfrentarme a Arsen una vez más. Lo rodea un aire indescifrable. Es como si no conociera a este Arsen.

Este hombre es un extraño para mí.

Después de que el camarero tome nota, permanecemos sentados en un triángulo de tensión sin decir una palabra. Si no fuera por la música de fondo que resuena a nuestro alrededor, seguramente se oiría caer un alfiler. Centro la atención en el largo dedo de Arsen que golpea la mesa que separa el sofá y las sillas.

Tap

Tap.

Tap.

Después de unos segundos, ya no soporto más este silencio. Trago saliva y me meto un mechón de pelo detrás de la oreja; el sedoso tacto entre los dedos me tranquiliza un poco.

—Mmm... ¿Sabes, cariño...? —Un destello de rabia cruza por los ojos de Arsen, pero se va al instante, sustituido por la indiferencia—. Tengo envidia de Arsen. ¡Es posible que vaya como pareja de Melissa Stewart en el estreno de su nueva película! ¿No estás también muerto de envidia? —Le doy una palmada burlona en el hombro. Quiero fingir que he mencionado a Melissa porque ha sido lo primero que se me ha pasado por la mente, pero no es así.

He hablado de ella para que Ben sepa que Arsen sale con alguien.

Ben relaja sus músculos y sonríe por primera vez desde que ha llegado al pub.

—Nunca podría sentir envidia de nadie. Te tengo a ti —dice mientras me aprieta la mano. Se vuelve hacia Arsen—. Es increíble, tío. Es una mujer muy guapa, y la película tiene buena pinta. A Cathy le encantan las revistas de chismorreos, así que acabo estando al tanto de toda la basura que publican.

Arsen nos mira fijamente mientras se reclina de forma descuidada sobre el respaldo del sofá. Nos está observando tanto tiempo que es como si estuviera memorizando la imagen que presentamos como pareja.

—Olvidalo. Lo hemos dejado. No me sorprendería nada que mañana aparezca en una fotografía con algún perdedor que no sabe lo que le espera.

Cuando oigo eso, no lo lamento. De hecho, me siento feliz, y esa certeza me deja un poco aturdida.

—De todas formas, acabo de recordar otro compromiso. Lo siento, pero tengo que marcharme. —Saca la billetera, aunque Ben lo detiene.

—No, por favor. Yo me encargo de la cuenta. Es lo menos que puedo hacer.

Arsen arquea una ceja.

—¿Estás de coña? Puedo...

—No. Yo pagaré. Has hecho mucho por Cathy, y me gustaría agradecértelo.

Arsen mira a Ben con un disgusto palpable en sus ojos entrecerrados. Justo cuando creo que va a rechazar la oferta, inclina la cabeza a un lado y me atrapa con su mirada. Una lenta sonrisa inunda su rostro.

—¿Sabes qué? Adelante. Ha sido un placer, Ben. Cathy —se pasa la mano por el pelo—, nos vemos.

Se levanta, coge la americana que había dejado a su lado, en el sofá, y se despide. No estrecha la mano de Ben, y ni siquiera se vuelve para mirarme mientras se aleja.

Me duele.

No sé por qué, pero su indiferencia me duele. No debería, porque él no significa nada para mí, pero es así.

Estoy a punto de disculparme con Ben para ir al cuarto de baño cuando noto un golpecito en el hombro. Me giro en el asiento y me encuentro a Arsen detrás de mi silla. Antes de que pueda levantarme y preguntarle qué coño le pasa, se inclina y me da un beso lento en la mejilla que me hace sentir un hormiguelo en la piel.

—Lo siento, hoyuelos —me susurra con voz triste en el oído antes de alejarse. Levanto la mano para frotarme el lugar exacto donde me ha besado sin saber si me estoy frotando el hormiguelo o si trato de grabarme su beso en la piel.

Lo miro mientras se acerca a la barra para decirle algo a una camarera, una mujer perfecta de rasgos asiáticos, que sonrío y le escribe algo en la palma de la mano. Cuando ella se aleja para atender a otros clientes, un sonriente Arsen se vuelve a mirar a un grupo de jóvenes que permanecen sentadas, admirándolo. Les tiende lo que parece una tarjeta de visita y las besa en la mejilla. Aquel coqueteo no me molesta, pero al ver que las besa en el mismo lugar en el que me ha besado a mí, siento como si estuvieran golpeándome en el estómago.

Como si estuviera siéndome infiel.

Todavía estoy mirando su figura cuando llega a la entrada del pub. Dentro de mí, una vocecita le suplica con fuerza que regrese, que me deje verlo una última vez.

Y luego todo se vuelve borroso.

Ben me suelta la mano.

Arsen se da la vuelta.

Nuestros ojos se encuentran una última vez.

Ve algo en ellos que resuena profundamente dentro de mí, pero no lo entiendo.

No creo que esté preparada para comprenderlo.

Luego se va.

Me siento vacía. Como si una parte básica de mí se hubiera marchado con él, dejándome incompleta. Perpleja e incómoda ante esos sentimientos, recuerdo que Ben está conmigo. Me vuelvo a mirar a mi marido, cuya presencia he olvidado por completo, mientras la vergüenza me hace arder la piel.

—Creo que deberíamos marcharnos —dice sin emoción en la voz.

15

La vuelta a casa es tranquila.

No nos damos la mano ni nos reímos, no nos preguntamos cómo nos ha ido el día... Quizá ya nos lo hayamos dicho todo y no quede nada que decir. Cuando llegamos a casa, solo nos recibe la gata.

Me quito la chaqueta y me arrodillo para acariciar a Mimi mientras la arrullo.

—Hola, bonita. ¿Nos has echado de menos? —Ronroneando, me deja que la coja en brazos. La beso en la cabeza y espero. No estoy segura de por qué, pero me siento como si tuviera que dar algunas explicaciones, como si fuera culpable de algún crimen.

«Quizá lo eres».

No lo soy.

No, no lo soy.

—¿Quieres otra cerveza antes de acostarte? —Noto vacilación en mi voz. Dejo que Mimi dé un salto y se vaya a la cocina en busca de comida.

Observo a Ben mientras se quita su chaqueta azul marino con rayas de Brooks Brothers; el contorno de los poderosos músculos de su espalda es visible a través de la camisa blanca. Se vuelve para mirarme al tiempo que tira de la corbata con fuerza.

Me encanta esa corbata.

Yo se la regalé.

Él clava la vista más allá de mí; habla con frialdad al reflejo en el espejo que tengo a mi espalda.

—No, esta noche no, gracias. Mientras conducía he recordado que tengo que mirar unos documentos. Voy a encerrarme en el despacho... —me mira de soslayo— para trabajar.

Sus palabras son como un cubo de agua helada en la cara.

—Ah, vale... Es que... mmm..., bien. Supongo. ¿Te espero? —Miro el reloj y veo que son solo las diez.

—No.

Ben hace desaparecer el espacio que nos separa y me pone las manos en los hombros al tiempo que se inclina para besarme. Cierro los ojos, esperando sus labios. Un beso que puede despejar la tensión que flota en el aire. Pero pasan unos segundos... y nada.

Abro los ojos, y busco los suyos. Lentamente, Ben me suelta los hombros para subir la mano a mi cara. Me acaricia la mejilla, frotando con suavidad el punto donde Arsen me ha besado, como si quisiera limpiar una mancha de mi piel.

Nos miramos en silencio el uno al otro mientras el tiempo se detiene.

—Vete a la cama, Cathy —susurra con la voz ronca.

Y se aleja.

Me acuesto, y permanezco insomne en la cama durante lo que me parecen horas. Imágenes de Ben y Arsen dan vueltas en mi cabeza, impidiendo que me quede dormida. Me rindo y enciendo la lámpara de la mesilla de noche antes de echar un vistazo al despertador.

Es la 1:11.

Y Ben no está en la cama.

Mis ojos caen sobre el móvil y se me ocurre una alocada idea. Antes de pensármelo dos veces, lo cojo y escribo un mensaje.

C: ¿Qué te ha pasado?

Espero diez minutos que se convierten en media hora. Al final, renuncio a la esperanza de que me responda, así que dejo el teléfono en la mesilla de noche. Vibra justo en ese momento.

A: Vete a follar con tu marido, hoyuelos. Yo estoy ocupado.

Su mensaje es como una bofetada en la cara. Perpleja por su respuesta y herida por el tono de las palabras, decido que no se merece una respuesta.

Me pregunto quién lo mantiene ocupado. No es algo que debiera importarme, pero lo hace.

Cuando me recuesto en la almohada, ruedo sobre el costado y me subo las sábanas hasta los hombros. Cierro los ojos con fuerza e intento dormir mientras trato de olvidar el mensaje de Arsen.

No debería molestarme. No debería dolerme. Él no significa nada para mí.

Pero me importa.

Y no sé por qué.

Aunque tampoco quiero saberlo

Mientras me sumo en el dulce olvido del sueño, la última imagen que cruza mi mente es la de un par de tristes ojos castaños.

Ben.

Gimo al oír la alarma, estirándome para apagarla a ciegas. Al amanecer, incluso la melodía más dulce puede resultar agresiva como un grito de día. Lo odio. Después de apagar el molesto sonido, me tiendo de espaldas y estiro los brazos y las piernas, intentando sacudirme el sueño. Me vuelvo sobre el costado izquierdo mientras abro los ojos, esperando encontrarme con Ben durmiendo.

Él no está allí.

Su almohada está esponjosa y perfecta, como si no hubiera dormido aquí. Se me pone la piel de gallina y miro a mi alrededor. Ben no está a la vista. Incluso la puerta del cuarto de baño está cerrada, y eso que tiene la mala costumbre de dejarla abierta cada vez que se ducha, dejando que se escape el vapor. Argumenta que demasiado calor le hace sudar.

—¿Ben? —pregunto con la voz ronca por el sueño.

No hay respuesta.

Una vez que me levanto, el aire frío roza la piel que no está cubierta por el pijama de seda corto, haciéndome estremecer. Me froto los brazos mientras me acerco a la puerta del baño. La abro lentamente. Ben no está aquí.

Ve algo pegado entre el cristal y el marco de madera del espejo, encima del tocador. Cojo la nota mordéndome los labios y la leo. Me cubro la boca al notar que me quedo sin respiración.

«Espero que no te importe, pero ya me he ido a trabajar. Anoche me olvidé de decirte que me necesitaban en el bufete antes de lo habitual. Un caso muy absorbente. No me esperes para cenar. Ben».

No me ha despertado para despedirse.

Se ha marchado sin decirme una palabra.

Me pongo en marcha con una opresión en el pecho y el estómago revuelto. Espero que la forma en la que ha comenzado no sea una señal de cómo va a ir el día, porque no seré capaz de enfrentarme a nada sin ponerme a llorar. De camino a Manhattan, intento hablar con Ben tres veces, pero Carla lo disculpa, diciendo que está reunido. Ben siempre ha respondido a todas mis llamadas y siempre se ha despedido antes de salir de casa.

Hasta hoy.

En el corto paseo desde el garaje al despacho, me doy cuenta de que el cielo

está oscuro, cubierto de ominosas nubes grises que anuncian agua en cualquier momento.

Genial, vamos de mal en peor.

El aire húmedo hace que sienta la piel mojada y que se me pegue la ropa. Además, los constantes bocinazos del tráfico de Manhattan en hora punta son como martillazos en mi cabeza. Llego al edificio donde están las oficinas sin que haya empezado a llover, saludo a los guardias de seguridad y subo a mi despacho.

Cuando estoy sentada detrás del escritorio, busco el teléfono en mi mochila Gucci de cuero negro, así como un pequeño espejo de bolsillo. Me da un vuelco el corazón al confirmar que Ben no me ha devuelto la llamada. Me pregunto si debo volver a llamarlo.

Pero mi orgullo no me lo permite.

No he hecho nada malo. Si hablara conmigo, sabría cuál es el problema. «Arsen», susurra una vocecita en mi cabeza. No. ¿Por qué va a estar enfadado Ben por culpa de Arsen? No ha pasado nada.

Solo somos amigos. Buenos amigos.

O eso pensaba.

Después de ayer, ya no puedo asegurarlo.

«Ben sabe, sospecha...».

Sacudo la cabeza como si me hubiera vuelto loca y trato de disipar esas insinuaciones que rugen atravesando mi cabeza.

«No. No. ¡No!».

Dejo caer el móvil dentro del bolso con una mano temblorosa y cojo el espejo que he puesto sobre el escritorio. Miro mi imagen, pero me horroriza ver las ojeras que tengo. El moño en el que he recogido el pelo solo acentúa lo cansada y pálida que me encuentro, casi como un fantasma. Ni siquiera el maquillaje puede ocultar que no estoy en mi mejor momento.

Menuda ironía.

Pero cualquiera puede tener un mal día, ¿verdad? Después de pintarme los labios y aplicarme colorete, me siento preparada para empezar el día oficialmente.

—¡Oh, por fin te encuentro! Cathy, atravieso por una crisis vital.

—Buenos días, Amy. Te veo muy bien esta mañana. —Le sonrío, aunque sea lo último que quiera hacer en este momento. Su aspecto es impresionante con esos rizos y el traje ajustado que lleva.

—Gracias, cielo. Tú también estás muy bien. El negro es tu color. ¿Qué te

decía...? Ah, sí, ¡una crisis!

—Bien, cuéntamelo todo. Tenemos un par de minutos. —Esbozo mi primera sonrisa sincera desde anoche.

Amy se enrosca uno de sus rizos rojos en un dedo y lo observa durante un instante antes de levantar la vista hacia mí.

—Catherine, Cathy, Cat... La triste realidad es que necesito un buen polvo. He olvidado ya lo que se siente al alcanzar el orgasmo sin vibrador.

Noto las mejillas rojas.

—Mmm... —¿Qué se responde a eso?—. Pensaba que... mmm..., ¿no estás saliendo con ese tipo del yate? ¿Cómo se llama? ¿Nigel?

Amy da un paso adelante y se sienta en la esquina de mi escritorio, en el mismo lugar en el que Arsen se sentó ayer, haciéndome sentir un *dejà vu*.

—Sí..., pero no era bueno en la cama. Para nada. El sexo con Nigel era «Ohhh, nena...». —Un par de impulsos—. «Estás tan apretada, tan mojada...». Y listo. —Mueve los dedos en una imitación del acto en sí antes de continuar—. Estoy acabada. Lo que me recuerda algo... Tienes que presentarme a Charles. ¿Qué pasa? No me mires de esa forma acusadora con esos ojos verdes. No tienen efecto en mí: me gustan los tíos. Ya sabes de qué Charles estoy hablando. Cariño, lo necesito en mi cama ya. Y vas a conseguir que ocurra.

«¡Oh, Dios!».

—Amy... mmm... Es el mejor amigo de Bruno. Te acuerdas de Bruno, ¿verdad? ¿Tu jefe? ¿Mi jefe? ¿Cómo demonios voy a presentaros si no soy amiga de él?

Agita la mano en el aire como si ese pequeño detalle no tuviera nada que ver con la conversación.

—Todavía no lo sé. Lo vi en el cóctel que Bruno celebró cuando llegó a Manhattan. Lo vi hablando contigo y con Ben, y me estaba mirando. Así que arréglatelas como quieras, Cathy. Tengo fe en ti y en tus habilidades. Invítalo a cenar o algo así. Lo digo en serio, Cathy. Lo deseo.

—¿Qué te hace pensar que es bueno en la cama? Es decir, es guapo y tal, pero...

—Querida mía... Ese hombre tiene un aura... No dejes que te engañe ese trabajo femenino que hace. Si la mitad de las cosas que dicen de él son ciertas, podría dejarme saciada en solo dos días. —Amy sonrío de forma pícaro y arquea las cejas, haciéndome reír.

Todavía seguimos riéndonos cuando un Bruno muy enfadado entra en mi despacho. Sin decir palabra, lanza un periódico sobre el escritorio.

—¡Mirad eso! —grita. Desconcertadas, nos inclinamos sobre la mesa para echar un vistazo a la primera página de la publicación.

La imagen borra cualquier rastro de alegría de mi cara.

Trago saliva, cojo el periódico y me lo acerco para mirar la imagen con más atención. Cuando lo sostengo entre las manos, Amy se inclina hacia mí.

—¡Oh, no!

Se me revuelve el estómago al ver la foto. En la portada hay una instantánea de Arsen esnifando cocaína de las tetas de una chica. La camisa blanca que llevaba ayer está casi abierta, mostrando su hermoso y bronceado pecho perfecto, y lleva el pelo despeinado, pero lo que me destroza por completo es su mirada vacía. Sus ojos son fríos. Gélidos. Arsen está borracho o drogado, quizá ambas cosas, pero no le importa que le hagan esa foto. Este hombre es el viejo Arsen, no es el tipo dulce que he conocido durante los últimos meses. Parece como si hubiera ido a casa de alguien, y la chica es la misma camarera que nos atendió anoche. La misma.

Sé que soy la culpable de esto.

Me cuesta tragar, porque tengo la garganta seca al recordar cómo me miró antes de irse. Cuando nuestros ojos se encontraron aquel instante que fue como una eternidad, recuerdo haber visto reflejadas en ellos algunas emociones que empujé al fondo de mi mente, fingiendo que no existían.

Traición.

Dolor.

Ira.

Las duras palabras de Bruno me arrastran al presente.

—Como podéis entender, el orgullo y la alegría que sentía al ver que mi hijo había decidido dejar atrás estas cosas y madurar han sido en vano. Ha vuelto a ser el mismo desperdicio. Cathy, no cuentes con él más. Busca otra persona para reemplazarlo. Considera que este es el aviso de dos semanas de cortesía, solo que él no volverá por aquí. No pienso permitirlo. Buenos días, señoras.

Sorprendida, observo la brusca salida de Bruno. Sus pasos largos y decididos.

Cuando ha desaparecido, Amy me arranca el periódico de las manos.

—«¿Es Arsen Radcliff un cocainómano?» —Lee el titular, acercándoselo al rostro.

Las palabras me envuelven en una fina capa de niebla, entumeciéndome un poco... y un poco más. Hasta que no siento nada.

Arsen.

No voy a volver a verlo.

Ese pensamiento hace que mi corazón se detenga.
Ese pensamiento hace que quiera vomitar.

16

Hace una semana que lo vi por última vez.

Desde la última vez que lo escuché.

Hoy es jueves.

Han pasado siete días.

Y nada es igual.

Nada.

Cierto es que cuando le conté a Ben que habían despedido a Arsen, fue como si hubiera acercado una antorcha a una escultura de hielo y la viera derretirse con rapidez ante mis ojos. El gélido comportamiento de Ben desde que abandonamos esa noche el pub duró hasta el día siguiente, cuando llegó a casa y le di la noticia. A partir de entonces no hubo más tensión en el aire.

La vida volvió a la normalidad.

A lo que era antes de que Arsen comenzara a trabajar en la oficina.

Por lo que pone en el artículo que estoy leyendo, Arsen ha vuelto con Melissa Stewart. Sin embargo, el domingo por la mañana fue fotografiado en la puerta del hotel donde se rumorea que se aloja una famosísima estrella del pop. La revista menciona el hecho de que Arsen sale al mismo tiempo con Melissa, la próxima novia de América, y con esta cantante morena. Y no me sorprendería que fuera así. En resumen, así es él.

Me siento entumecida mientras miro la imagen durante un rato más, hasta que los colores de la foto se difuminan y se mezclan. Mi corazón no acusa nada. Esto debe de significar que no me importa, ¿verdad? Al menos eso parece. Y no echo de menos sus coqueteos y su carisma. No, pero sí añoro a mi amigo. Hablar con él y reírme de todo y de nada en especial.

Lo echo de menos a él.

Dejo la revista sobre la encimera de la cocina y miro a mi alrededor desde el taburete. Todo parece perfecto y ordenado. Me pregunto cuántas grietas se esconden debajo de todos estos accesorios brillantes y valiosos. Probablemente muchas.

Como me pasa a mí.

—Cariño, ¿puedes ocuparte tú de la cena? Es posible que llegue tarde. Amy me dijo que me quedara a revisar algunas peticiones de clientes —explico, tratando de ignorar la oscuridad que se cierne sobre mí cada vez que pienso en Arsen.

Ben levanta sus ojos castaños de una carpeta llena de documentos.

—Claro, no pasa nada. —Deja los papeles en la mesa y se quita las gafas para frotarse los ojos con las manos. Parece cansado y estresado. De repente me doy cuenta de que desde que Arsen entró en mi vida, no le presto demasiada atención a Ben.

Expulso todos los pensamientos sobre Arsen de mi mente y me concentro en mi maravilloso marido, que está sentado delante de mí.

—¿Cathy? —me pregunta.

Sacudo la cabeza, tratando de aclarar mis ideas.

—Lo siento, cariño..., ¿qué has dicho?

—El bebé, nena. Solo quería recordarte que pidas libre el lunes. Es la visita de las doce semanas.

—Ah... —Se me acelera el corazón—. ¡Oh, sí! Por supuesto —respondo mientras cojo el bolso y empiezo a meter mis cosas dentro sin pensar si las necesito o no—. ¿Cómo voy a olvidarlo? Tengo que marcharme. —Me levanto con rapidez y casi tropiezo con mis propios pies por culpa de ese viejo temor paralizante, que me vuelve torpe.

Me acerco a mi marido lentamente, y me inclino para besarlo en la mejilla. Es necesario que saga de aquí antes de que me derrumbe delante de él y se dé cuenta de lo asustada que estoy.

—Espera, cariño. ¿Qué te pasa? —Me sujeta por la nuca para que no me mueva mientras nos miramos el uno al otro. Me acaricia la mejilla con la mano libre. Si está haciendo esto porque ha visto algo en mi cara, y trata de distraerme o hacerme olvidar, no está funcionando.

—Nada, de verdad. Tengo que marcharme.

Me zafo de él y voy hacia el fregadero para dejar mi plato y mi taza. Doy la espalda a la habitación, así que no me entero de que Ben se levanta y se pone detrás, cerniéndose sobre mí. Me coge de la mano y me obliga a darme la vuelta para abrazarme y besarme en los labios. Justo cuando pienso que va a soltarme, me levanta la barbilla para que lo mire a los ojos.

—Cathy, todo va a salir bien. Hemos llegado ya muy lejos sin complicaciones. No pierdas la fe.

Asiento con la cabeza, pero noto que se me llenan los ojos de lágrimas traidoras que delatan con exactitud lo ansiosa y asustada que me siento.

—Confío en ti, Ben. Eso es todo.

Se muerde los labios.

—No, Cathy. No puedes vivir así. Cree en la vida, en lo que te espera, en lo que nos depara a nosotros dos. Da igual lo que sea, estoy a tu lado. Pero es necesario que no te dejes llevar por el miedo, que confíes en la vida. —Me suelta mientras desliza la otra mano entre nuestros cuerpos, cubriendo mi vientre—. Esto es parte de nuestro futuro. Y si no lo es... Si no está en nuestro destino, quizá deberíamos pensar otra vez en la adopción.

Estoy a punto de protestar, pero él me detiene.

—No me importaría. Será igual nuestro bebé. Mientras estés a mi lado, mientras lo hagamos juntos, lo demás no importa. No llores, nena. —Me limpia las lágrimas con el pulgar—. Recuerda que te amo. Solo eso.

—Yo también te quiero —murmuro con el corazón dolorido mientras me estremezco por la culpa. Me ha tocado en suerte un marido maravilloso que siempre ha estado ahí para mí y que me ama más que nadie, mientras yo me pongo triste por no ver a un gilipollas.

Hasta aquí he llegado.

Las palabras de Ben son justo lo que necesito oír para liberarme de la neblina de adormecimiento que me ha envuelto en un espeso manto de anhelo, que no me deja respirar desde que Arsen se fue.

Soy libre.

Le rodeo la cintura con los brazos y me pongo de puntillas para besarle en los labios.

Con suavidad...

Con amor...

Con ternura...

Le demuestro lo que significa para mí. Estoy tan perdida en el momento que me sorprende sentir su mano entre las piernas, notar sus dedos, que me acarician y me frotan poco a poco. Interrumpo el beso mientras oigo gemir a Ben.

—¿En serio, Ben?

Me guiña un ojo.

—Has empezado tú, nena. Vete antes de que cambie de opinión y te lleve de vuelta al dormitorio para demostrarte lo jodidamente serio que estoy —gruñe, inclinándose para morderme el labio inferior.

Mientras observo su figura alejándose me limpio las lágrimas que quedan en

mi cara sin poder evitar sonreír. No quiero pensar en el futuro porque me asusta, pero estoy segura de una cosa.

Amo a este hombre.

Lo amo con todas mis fuerzas.

—Tenemos mucha suerte de que sea nuestro, ¿sabes? —le digo a nuestro bebé, poniéndome la mano en el vientre.

El lunes se cumplirán doce semanas. ¿Podremos superar el pasado?

Eso espero.

—Por favor, no me dejes, pequeñín. No nos dejes.

«Te necesitamos».

No hay nada mejor que despertar entre los brazos de mi marido después de una noche de sueño reparador. El delicioso confort que me provoca sentir su piel contra la mía de esa forma íntima, notando cómo despierta mi carne bajo su contacto posesivo mientras la mía lo lleva a la perdición. Su cuerpo y el mío encajan como dos piezas de un rompecabezas carnal.

Sus cálidos brazos, fuertes como el acero, me rodean por la cintura, atándome a él. Me doy la vuelta en su abrazo y me impulso hacia esa pared humana, acurrucándome más cerca de él. Lleno su pecho desnudo de besos suaves antes de rodearle la areola del pezón con la lengua y dibujar las ondulaciones de sus músculos. Mientras degusto la textura salada de su piel, me enamoro de nuevo de su sabor. Noto que me suelta para coger el borde de mi camisón de seda y quitármelo. Nos miramos el uno al otro, yo solo con las bragas y él, desnudo. Nuestra respiración es el único sonido que se oye en el dormitorio.

Ben me acaricia las curvas con el dorso de la mano mientras me sonrío con ternura.

—Buenos días.

Estiro el brazo para apartarle un mechón de la frente.

—Buenos días, guapo.

—¿Y esto? —Lleva la mano entre mis piernas para frotarme con suavidad por encima de las bragas hasta que noto la humedad que se filtra a través de la tela.

—Te deseo... —Cojo su longitud notando cómo se endurece y alarga contra mi mano al rodearla con los dedos. Acero caliente. Me incorporo sobre la cama y le acaricio el cuello con la nariz. Luego, después de humedecerme los labios, empiezo a besarlo en la barbilla, detrás de la oreja, en las gruesas venas del cuello..., saboreando en la lengua el sabor de su excitación.

—Mmm... Cathy... Si sigues besándome así el cuello, existe un ciento diez por ciento de posibilidades de que salte sobre ti como un hombre hambriento con ganas de follar y te arranque ese trozo de tela que llevas puesto. —Continúa provocándome con los dedos, trazando pequeños círculos mientras me frota a través de la tela. Sus dedos provocan que mi cuerpo se convierta en una bomba a punto de estallar.

—De acuerdo.

Me burlo de él con la lengua porque quiero volverlo loco de deseo.

—¡Joder! —gruñe, y cubre mi mano con la suya para que la mueva más rápida y bruscamente.

—Mmm... Me encanta esto, Ben. Te necesito dentro de mí —digo con la voz ronca de lujuria.

—Bien...

Me suelto de su abrazo y lo empujo para que se acueste sobre la espalda. Me monto sobre él y, al tiempo que me muevo las bragas a un lado, lo sujeto con la otra mano bajando hasta que quedo sentada a horcajadas. Noto cómo vibra en mi interior.

—Maldita sea... Cathy...

Flexionando las rodillas, empiezo a subir y a bajar encima de él. Me sujeta las nalgas con las manos, acercándome a él todavía más. Nuestros cuerpos están conectados estrechamente, y siento hasta en el alma cada empuje de sus caderas contra las mías.

Me encanta.

Dejo caer la cabeza hacia atrás mientras me río, abandonándome Al ritmo amoroso que establecen nuestros cuerpos. Ya al borde de la explosión, mis músculos internos comienzan a palpar alrededor de su polla. Ben me agarra el pelo con los puños y me obliga a inclinarme para besarme. Un ardiente beso que me atraviesa para que me queme desde dentro.

Despojos mortales.

Su beso me convierte en ceniza.

—Me encantan tus hoyuelos cuando te ríes —susurra contra mi boca cuando el beso termina.

Hoyuelos.

«Hoyuelos».

«Mierda».

«Arsen».

Se me revuelve el estómago, y sé que no voy a correrme, pero Ben está tan a

punto que no se da cuenta de mi repentino alejamiento.

—Joder, Cathy...

Me suelta el pelo para cogerme por las caderas y retomar el ritmo, haciendo que mis nalgas golpeen contra sus muslos cada vez más rápido. Cada vez con más dureza.

—¡Cathy! —grita mientras se derrama en mi interior.

Yo no exploto.

No puedo.

Lo miro desde arriba, tumbado en la cama, sintiendo su cálida esencia extendiéndose dentro de mí mientras me penetra unas cuantas veces más. Y lo único que quiero es llorar porque acaba de manchar mis recuerdos de Arsen.

«Hoyuelos».

Esas palabras suenan mal en los labios de Ben. No pertenecen allí.

Con los pómulos cubiertos de rubor, Ben se incorpora conmigo en el regazo, todavía unidos. Me rodea con sus brazos y sonrío como un niño la mañana de Navidad, antes de enterrar la nariz en mi cuello para besarme con suavidad detrás de la oreja.

—Maldita sea, Cathy, ¿cómo he tenido tanta suerte? —Levanta la cara y me besa la nariz—. Eres perfecta. —Le sale la voz ronca por la emoción.

Sin molestarme en responderle, le beso el hombro y me deshago de su abrazo. Cuando estoy de pie, me quito las bragas dadas de sí después de que él las haya estirado y las arrojo al cubo de la ropa sucia. Me doy la vuelta hacia Ben.

Y, por un momento...

Por una pequeña fracción de tiempo...

Ojalá estuviera mirando unos ojos azules en lugar de castaños.

Después de ducharme, Ben entra en el cuarto de baño para prepararse para ir a trabajar.

Al oír el agua correr y a un desafinado Ben canturreando una melodía familiar, me siento en la cama mientras las gotas de agua resbalan por mi espalda hasta el borde de la toalla, cojo el teléfono y cometo el mayor error de mi vida.

Me tiemblan las manos y los nervios hacen que se me revuelva el estómago, pero lo hago de todas formas.

Le escribo un mensaje.

C: Te echo de menos.

Estamos yendo a casa después de salir del trabajo cuando empieza a sonar mi móvil. Respondo sin mirar quién llama.

—¿Hablo con Catherine? —pregunta una mujer en tono irritado.

—Hola, sí. Soy Catherine. ¿Quién me llama?

—Me llamo Sali. No nos conocemos, pero soy amiga de Arsen. Mira, no sé qué relación tenéis. Es decir, no es que seas famosa o algo así, pero lleva bebiendo cuatro días. Mi novio, Alec, le ha hecho compañía durante toda esa puta borrachera, pero ya estoy hasta los cojones. Quiero recuperarlo. Además, no soporto que Arsen beba para olvidar.

Aturdida por sus palabras, trago saliva antes de responder.

—Bueno, ¿y eso qué tiene que ver conmigo? —Siento que Ben me agarra la mano, y me vuelvo para mirar su perfil en la oscuridad mientras conduce.

—Ah... Puede que todo, puede que nada. Nunca se sabe con Arsen. Lo único que sé es que no para de hablar de ti. Esta noche está muy jodido, y me preguntaba si podrías venir hasta aquí y meterle algo de sentido en la cabeza. Quizá puedas conseguir que se vaya a casa a dormir la mona. No se encuentra bien.

Aprieto el móvil con más fuerza.

—Ya. He salido con mi marido, así que iremos los dos. Dime la dirección.

—¿Estás casada? No puedo creerlo... —Mi respuesta parece haberla aturdido, pero solo es un instante—. Da igual, no es asunto mío. Ven lo antes posible, por favor. El grupo de mi novio, Momo, va a empezar el concierto, y no quiero tener que ver otro de los numeritos de Arsen borracho.

Cuelgo después de que me facilite la dirección. Mis entrañas se agitan de ansiedad.

«Vas a volver a verlo».

—Ben..., mmm... era una chica llamada Sali. Es amiga de Arsen...

Cuando me mira, con los ojos entrecerrados, tiene una expresión rara.

—¿Para qué te ha llamado? ¿Qué quiere que hagas? ¿Ese crío le ha pedido que te llame? —Su voz es acusadora.

Molesta por su tono y por la forma en la que se ha referido a Arsen, le suelto la mano.

—No es un crío, Ben. Tiene veinticuatro años. Y no sabe que ella me ha llamado. —Cruzo los brazos y luego me giro en el asiento para mirarlo—. Al parecer está muy borracho y necesita que alguien hable con él. Quizá podamos llevarlo a casa.

Ben frunce el ceño.

—Ni hablar, no eres su madre. —La palabra «madre» hace que me estremezca—. No vamos a ir. No pienso llevarte allí, Cathy. Que se ocupen de él sus amigos. Para ti solo es un antiguo subordinado.

El semáforo se pone rojo, obligándolo a detenerse. Frustrada y dolida por sus palabras, me niego a mirarlo, así que clavo los ojos en la ventanilla. Estoy valorando salir de coche y llamar a un taxi para ir sola a ver a Arsen cuando noto los fríos dedos de Ben en la barbilla, obligándome a girar la cabeza para mirarlo a los ojos. Aunque estoy a punto de liberar la barbilla de su agarre, la expresión de su cara me deja paralizada.

Es amor.

Veo amor.

Siento amor.

Un amor tan intenso que hace que sus ojos ardan con ferocidad, que brillen como un incendio.

Me siento culpable.

La culpa provoca que me sonroje.

Más calmada, intento explicarle a Ben por qué tengo que ayudar a Arsen, y quizá al mismo tiempo trato de explicármelo a mí misma. Le cojo la mano y dejo que fluyan las palabras antes de que el semáforo se ponga verde, perdiendo la oportunidad.

—Ben..., por favor... Arsen es amigo mío. Me hizo reír y me entretuvo en el trabajo, y... mmm... me apoyó y me escuchó cuando necesité hablar con alguien sobre mi embarazo.

Sí, eso es cierto.

—¿Sobre tu embarazo? A mí no me has contado nada sobre...

—Da igual, fue una tontería —miento—. Pero esa no es la cuestión, sino que es mi amigo y, al parecer, la gente que está con él piensa que puedo meter algo de sentido en su cabeza. No sé por qué creen eso, pero al menos tengo que intentarlo. Ben, tengo que hacerlo...

Me mira fijamente mientras considera una respuesta. Después de una pequeña pausa, me suelta la barbilla y envuelve el volante con los dedos. Lo aprieta con tanta fuerza que se le marcan las venas en las manos.

—De acuerdo —asiente en un tono airado aunque tranquilo—, pero, Cathy, será la primera y la última vez. No me cae bien, y estoy seguro de que a ti tampoco te gustaría que tuviera que ir a buscar a una mujer a la que apenas conociera. Voy a dejarlo pasar porque..., bueno, porque no me queda otra elección y porque me aseguras que es tu amigo. Esa es la única razón por la que

vamos a ir.

Se vuelve a mirarme una última vez cuando se pone el semáforo en verde.

—Porque es tu amigo. Eso es todo.

—Sí, es mi amigo —murmuro con suavidad.

Las palabras me hacen sentir una opresión en el pecho.

Después de buscar sitio para aparcar durante quince minutos, algo casi imposible un viernes por la noche en Manhattan, Ben me deja en la entrada del pub y me dice que vaya entrando mientras va a un aparcamiento.

Después de despedirme de Ben desde la acera, levanto la mirada hasta la destartalada fachada de lo que creo que es el pub. Miro a ambos lados en busca de otro sitio con mejor aspecto, pero, dado que todos los demás locales están cerrados, este es el lugar correcto.

Parece un tugurio.

Jamás hubiera esperado encontrar a Arsen en un lugar como este. Cuando cruzo el umbral del local, me recibe el olor a cerveza y a humo de cigarrillos. Levanto la nariz y escudriño el espacio durante un momento. Una vez que me acostumbro a la luz, echo un vistazo más profundo, buscando la cabeza rubia dorada que tanto he echado de menos. Al no encontrarla en ninguna parte, mi mirada cae en una belleza morena alta y delgada. Sus grandes ojos castaños están clavados en mí mientras se inclina sobre un individuo alto para susurrarle algo al oído al tiempo que hace un gesto en mi dirección. Cuando se da la vuelta, veo los tatuajes que le cubren los brazos y el cuello. Coge a la chica de la mano y se acerca a mí, deteniéndose a un metro.

«¡Guau!».

El chico que se ha detenido ante mí es un hermoso ejemplar con rasgos europeos y asiáticos. Su cuerpo es larguirucho, pero está bien definido; sus ojos son de color azul cielo y el cabello, intensamente negro, hace que destaque más su piel pálida. La chica es igual de guapa. Pequeña y delgada, tiene unos enormes ojos castaños que me hacen pensar en algo caliente.

—Tú debes de ser Catherine. Creo que has llegado demasiado tarde. Ahora vamos a tener que soportar otro numerito de borracho. Pero en cuanto termine, por favor, llévate a Arsen de aquí de una puta vez. Seguro que hay *paparazzis* buscándolo, y a la gente no le va a parecer bien. Odiamos la notoriedad —me espeta el chico con una voz áspera y sexy.

—Hola. Sí, soy Cathy. ¿Y tú eres...?

—Alec, a veces eres idiota. Muévete, cariño. —La chica lo empuja a un lado y me coge una mano—. Eres tan guapa como me imaginaba, pero más vieja. De todas formas, hola, soy Sali. Soy la chica que te ha llamado. Y este es Alec, mi novio. Su grupo toca aquí esta noche, y, bueno, Arsen ha decidido que quería convertirse en una estrella del rock y tocar con ellos. Quería que llegaras antes de que se subiera al escenario e hiciera el tonto delante de toda esta gente, pero ya es demasiado tarde. Como puedes ver, está a punto de actuar.

Cuando se aparta de delante, clavo los ojos en el escenario, donde hay un hombre sentado en un taburete, detrás del micrófono. Está mirando al suelo, perdido en sus pensamientos.

El corazón se me acelera de una forma salvaje.

Se me seca la boca.

Me sudan las palmas de las manos.

La niebla que me ha envuelto como un capullo, anestesiándome durante toda la semana pasada, comienza a disiparse lentamente mientras bebo su belleza trágica con unos ojos sedientos que siento secos. Tiene las mejillas más hundidas, parece que ha perdido peso, y su ropa, por lo general impoluta, está sucia y desgastada.

Arsen.

Por fin.

Cuando un extraño le grita algo, Arsen levanta la cara, pero su mirada no aterriza en la audiencia. Cae sobre mí. Se me detiene el corazón cuando nuestros ojos conectan, pero su mirada azul actúa como desfibrilador y envía chispas ardientes que me devuelven a la vida.

Sus ojos vacíos me exploran y me estudian con atención mientras un potente escalofrío me recorre la columna, dejando una fría estela a su paso. Lo veo cerrar los ojos mientras levanta una mano temblorosa para apartarse el pelo de la cara, haciendo que destaquen los perfectos contornos de sus brazos y su pecho. Sacude la cabeza después de una pausa, y levanta los ojos para mirar al público. Evitándome.

Ignorándome por completo.

Siento un intenso dolor en la garganta que me dificulta tragar saliva cuando lo veo levantarse y caminar hasta el borde del escenario para inclinarse sobre la multitud para decir algo al grupo de chicas que está más cerca de él. Enfervorizadas, se empujan entre sí hasta que una de ellas, la que lleva la falda más corta, se quita el tanga y se lo da. Él muestra una sonrisa encantadora, aunque sus ojos están vacíos, y se pone la desagradable prenda en el bolsillo

delantero de la camisa. Cuando termina de coquetear, o como quiera que se llame eso, Arsen regresa al taburete y se sienta. Entra en el escenario un joven con una guitarra que se acerca a Arsen, y él le da la espalda a la audiencia, olvidándose ya de las chicas, para ponerse a hablar con él.

Noto una mano pequeña en el brazo y aparto la mirada del escenario para observar a Sali, que me estudia con esos enormes y hermosos ojos castaños.

—No te preocupes por eso. Está cabreado con todo el mundo. Debo decir que por suerte no parece tan borracho como antes, pero sigo temiendo que va a hacer el ridículo. En cuanto termine la canción, Alec lo sacará del escenario; será la oportunidad para que se largue contigo. ¡Oh, espera! ¿Y tu marido? ¿Se ha marchado a casa? Eso sería genial..., porque podrías llevártelo en el Porsche de Alec.

Tengo la sensación de que Sali no quiere que Ben entre aquí.

—Sí. Ben, mi marido, ha venido conmigo. Bueno debería estar ya aquí. Llegará en cualquier momento. No hemos podido aparcar.

—¡Ah! Bueno, pues olvídate del Porsche. Solo llévatelo de aquí, ¿vale?

—Nena, tengo que subir al escenario. No sé qué quiere hacer Arsen, pero tengo que estar allí. ¿Lo entiendes? —dice Alec.

Después de darse un rápido beso en los labios, Sali le dice a Alec que vaya a asegurarse de que Arsen no comete el mayor error de su vida. No entiendo por qué cantar algo puede ser tan terrible. De hecho, es algo que me hace sentir orgullosa de él.

—Mmm... ¿Arsen es malo? —Odio que me tiemble la voz.

—¡Joder, no! ¡Es buenísimo! Alec lleva tiempo tratando de convencerlo para que se una al grupo, pero no quiere. Personalmente creo que no quiere enfrentarse a la fama. Es decir..., ¡míralo! Ya tiene bastante sin dedicarse a la música.

—¿Momo es un grupo popular?

—No está mal. —Sonríe con los ojos brillantes de orgullo—. De todas formas, mira, ya están empezando. Esperemos que Arsen pueda cantar después de estar borracho desde el jueves por la noche.

Lanzo una mirada en su dirección y lo veo hablando con Alec mientras cubre el micrófono con la mano. Alec parece estar tratando de razonar con Arsen, pero él sacude la cabeza en un gesto burlón. Después Alec levanta las manos en el aire y se aleja de él, dejándolo solo. Una sonrisa que podría ser tanto cruel como burlona cruza sus labios mientras se mira los pies. Cuando levanta los ojos para estudiar al público, siento que se me eriza el vello de la nuca.

—No voy a presentarme —escucho que susurra la voz que he pensado que nunca volvería a oír, y eso me hace feliz, muy feliz—, porque no es necesario. Según mi padre, soy un puto don nadie, y eso es genial. —Se pasa la mano por el pelo y se la deja en la nuca—. Estoy de acuerdo con él. De todas formas, mi amigo Alec, al que le gusta fingir que es un músico que lucha para salir adelante cuando seguramente podría comprarse la maldita discográfica, me ha permitido mostraros mi talento sin valor. Espero que lo disfrutéis. ¡Oh, sí, me olvidaba! Dedico esta canción a una amiga mía.

¡Oh, no! ¡No lo hagas!

Arsen se ríe al micrófono como si estuviera contando un chiste que solo entendiera él, pero las siguientes palabras me destruyen.

—¿Sabéis? Es una cosita jodidamente hermosa, de verdad... Y tiene hoyuelos, los más bonitos que hayáis visto jamás. Pero está casada, ama a su marido, y eso no me gusta, porque la deseo. La deseo con todo mi ser. —La multitud se vuelve loca al oír sus palabras, pero yo no puedo oír nada.

Estoy sorda a todos los sonidos que me rodean.

Solo puedo oír sus palabras.

Son todo lo que quiero oír.

Con solo unas pocas frases, ha destrozado todas mis necias ilusiones de que éramos amigos y solo amigos. Ha dicho una verdad que, finalmente, ya no puedo negar.

Y me duele.

Me duele mucho porque esto es culpa mía. He dejado que ocurriera.

—De todas formas, va por ella. —Mientras dice las palabras, consigue que se alcen por encima de la audiencia hasta llegar a mí.

Cuando nuestros ojos se encuentran, es como si el mundo no fuera real a nuestro alrededor. Como si solo existiéramos nosotros dos.

Fuego y hielo.

Me rodeo con fuerza con los brazos. Quiero huir y escapar de aquí. Quiero dejarlo atrás, pero no puedo. Mis pies están pegados al sucio y húmedo suelo mientras lo observo a punto de estrellarse y arder, arrastrándome con él.

No puedo romper el contacto visual mientras me destroza el corazón con sus letras.

Bajo la sombra de otro hombre, bajo la sombra de otro hombre.

Bajo la sombra de otro hombre oigo tu voz llamándome, llamándome...

Belleza de ojos verdes con un corazón de acero, corazón de acero.

Abre los ojos, abre los ojos y mírame, mírame.

Bruja, me hipnotizas con tus trucos

*y tu tentador cuerpo de chocolate blanco.
Déjame probarte antes de arrancarme los sesos, los sesos.
Voy sin rumbo por las páginas de mi historia de amor destrozado,
tratando de encontrar el camino que lleve a ti.
Bajo la sombra de otro hombre, bajo la sombra de otro hombre.
Bajo la sombra de otro hombre oigo mi alma gritar por ti, gritar por ti.
Recolectora de almas, ladrona de almas, devuélveme la mía.
Sin ella no soy nada, sin ti no soy nada, no soy nada.
Bajo la sombra de otro hombre, bajo la sombra de otro hombre.
Bajo la sombra de otro hombre no soy nada.
No soy nada.*

Siento escalofríos por todo el cuerpo. Siento calor y frío..., mucho frío. Estoy temblando, y tengo tanto calor que me arden las mejillas. Las palabras de Arsen dan vueltas en mi cabeza, haciendo que me maree.

No puedo.

No puedo seguir.

Me disculpo; trato de moverme con tranquilidad hacia el cuarto de baño sin empezar a correr. Mis pasos son temblorosos, noto todos los ojos sobre mí. Una persistente voz en mi cabeza me dice que debo preocuparme por Ben. ¿Y si ha visto la actuación e hila todo? Pero no puedo. Tengo que salir de aquí, y ya me ocuparé más tarde de las consecuencias.

Necesito estar sola.

Una vez en el cuarto de baño, renuncio a intentar refrescarme con una toalla húmeda de papel y me salpico directamente la cara con agua. Funciona un poco, pero sigo sintiendo que me arde la cara. Levanto los ojos al espejo, y me quedo aterrada por las emociones que aparecen allí pintadas. Estoy ruborizada, casi febril, y me vuelven a brillar los ojos. Un brillo eufórico que no debería estar allí.

«No. No. No. ¡No!».

«Pero es cierto, ¿verdad? Lo has sabido todo este tiempo».

He sido egoísta, porque quería estar cerca de Arsen, así que me he convencido de que era mi amigo cuando éramos cualquier cosa menos eso. Sus bromas, sus sonrisas, sus roces...

Jamás había sido así con nadie. Y me gustaba.

No, me encantaba.

Me encantaba la atención que me prestaba y la forma en la que me hacía sentir. Viva. Feliz. Me ha hecho olvidar. Dicen que la ignorancia da felicidad... Pues bien, el conocimiento te hace sentir miserable. Y la verdad duele.

Porque nunca podría ocurrir... Nunca ocurrirá.

Al salir del cuarto de baño, ni siquiera me doy cuenta de que hay gente esperando para usarlo, así que me toma por sorpresa sentir una mano masculina en el brazo, deteniéndome. Antes de que pueda zafarme de ese agarre, él abre la puerta del baño de caballeros, me empuja y la cierra a nuestra espalda.

Me asusto, porque desconozco sus intenciones.

—¿Qué coño crees que estás haciendo?! —le grito—. Déjame salir inmediatamente. —Trato de empujarlo para poder abrir la puerta, pero él me sujeta por los hombros y me lanza contra la madera. Me estremezco por la fuerza de sus dedos. Espero que haga algo, cualquier cosa.

Pero no lo hace.

Se limita a mirarme fijamente. Me observa con sed y hambre en la mirada.

¿Cómo no lo he notado antes?

«Oh, lo sabías... Lo sabías...».

El calor abrasa mi corazón con cada caricia de sus ojos en mi cara. Dibuja mis rasgos, mira mi boca fijamente, mi cuello, mis mejillas, mis ojos...

Arsen se inclina hacia delante hasta que me roza la sien con la mejilla y se queda inmóvil. Huele a una mezcla de cerveza y cigarrillos, pero no me importa. Es él. Su olor permanece por debajo de los demás. Es Arsen. Y su piel roza la mía.

Siento una explosión.

Es como fuego.

Estoy a punto de decir algo cuando noto la punta de su nariz trazando el contorno de mi mandíbula. Muy despacio, baja hasta mi cuello y sigue el camino de mi clavícula. Tengo que hacer algo. Algo que lo detenga, pero no puedo porque estoy demasiado aturdida. Y, si soy sincera conmigo misma, disfruto de su contacto.

Lo he echado de menos.

Cuando siento que es su lengua lo que sustituye a la punta de su nariz en mi cuello, no puedo reprimir el gemido que escapa de mis labios. Me siento perdida en las sensaciones cuando se detiene. De repente, se endereza y me suelta. Retrocede ante mí, enorme e imponente. Todavía respira con dureza y rapidez. Percibo la protuberancia que aparece en la parte delantera de sus pantalones, provocándome, haciendo que me pregunte qué sentiría si lo tocara en este momento. Si le desbrochara los pantalones y cogiera su polla con fuerza. Sé que le gustaría que lo hiciera.

Nos miramos el uno al otro sin decir nada, hasta que Arsen rompe el silencio.

—Adelante. Tócame la polla. Sé que quieres hacerlo, lo veo en tus ojos.

Sacudo la cabeza.

—No. Basta ya, Arsen. Estás delirando.

—Eres tú la que delira. He notado cómo me miras. Me deseas, Catherine. Así que deja de mentirme a ti misma de una puta vez. ¡Joder!, ni siquiera puedes pasar de mirarme cuando tu perfecto marido está sentado a tu lado en el pub.

—¿Es-estás loco? No te deseo. Somos...

—Dilo. Venga, dilo —me reta—. ¿Qué somos, hoyuelos? ¿Por qué no me dices qué somos?

—¿Por qué me haces esto? —Las lágrimas me arden en los ojos.

—¿Por qué lo has traído?

—¿A quién?

—¡A tu marido! —grita.

—N-no está aquí.

—Claro que está. Y lo ha visto todo. Tengo que decir que eso es algo que me hace sentir jodidamente feliz.

—¡Oh, Arsen! ¿Qué has conseguido con eso? ¿Y eso te gusta?

—No, no me gusta, pero no puedo sacarte de mi cabeza. Y lo he intentado. Créeme, lo he intentado con todas mis fuerzas. Pero al verte aquí —impulsa su cuerpo contra el mío—, sé una cosa. Estaba fingiendo, Catherine. ¡Joder!, te he echado de menos. Te necesito.

Niego con la cabeza vigorosamente, rechazando sus palabras y lo que me hacen sentir.

—No. Estás loco.

Sonríe al tiempo que respira más despacio.

—Te traicionan tus ojos, Cathy, y casi puedo oler tu coño, que se moja por mí. Y te aseguro, hoyuelos, que eso me pone a cien.

Me siento avergonzada y enfadada, porque tiene razón.

—No te deseo. Eres un cerdo, ¿sabes? Eres guapo, sí, pero yo estoy casada y no me interesas. Eres mi amigo, y nada más, Arsen. Para mí eres un crío.

«Estás mintiendo, mintiendo, ¡mintiendo!».

—¿Un puto crío? ¿Un amigo? —El dolor que leo en sus ojos es como la muerte para mí.

—Por favor, déjame marchar. Arsen, estás imaginándote cosas. —Paso junto a él y busco el pomo de la puerta cuando, de repente, noto que se aprieta contra mi espalda. Cierro los ojos al percibir que me recorre un escalofrío de pies a cabeza. Está en todas partes, su cálido aliento detrás de la oreja y en la nuca, su erección en la parte baja de la espalda.

—Por favor, Arsen. No lo hagas. Estoy casada —ruego de corazón.

—¿Y si te dijera que me importa un carajo que estés casada? No me importa compartir. ¿Y si te dijera que me conformaría con follarte una vez? Una sola vez y haré que te corras de tal manera que te olvidarás de que estás casada, me pedirás más. Y si eres una buena chica, hoyuelos, podrás volver a tener mi polla antes de que te deje volver con tu maridito, con un buen dolor entre las piernas por lo bien que te he follado.

Me siento sorprendentemente excitada.

¿Qué demonios me pasa? ¿Por qué me pongo cachonda cuando básicamente me insulta a mí y a mi matrimonio?

—Creo que estás borracho, Arsen, y necesitas dormir. No te sientes atraído por mí. Crees que sí, pero no es así.

Al instante, impulsa las caderas hacia delante, y percibo la despiadada presión de su erección en la espalda al tiempo que se inclina para acercar la boca a mi oreja y susurrar unas palabras que provocan que se me encoja el corazón de excitación y miedo.

—¿Crees que no me siento atraído por ti? Eres preciosa, Catherine. Y te he deseado desde que te vi por primera vez. ¡Joder!, esa noche, cada vez que te veía tomar un sorbo de vino, solo podía pensar en lo mucho que quería ver tus labios alrededor de mi polla, chupándomela a fondo. Y cada vez que te miraba las piernas, solo podía imaginar lo que sentiría al separarlas para que mi polla se hundiera en tu apretado coño y follarte sobre la mesa. Ha sido un infierno desearte y no poder tenerte, no poder hacer nada al respecto. —Hace una pausa—. Te deseo, Catherine.

Cuando dice la palabra «coño», me toca justo ahí, y me frota lentamente por encima de la falda, deslizando la mano y hundiendo los dedos, tratando de profundizar todo lo que la tela lo permite en la zona cercana a mi clítoris.

—Mmmm... sí, eres tan jodidamente excitante... Imagina mi polla en tu húmedo coño... Apuesto lo que quieras a que podría apartarte las bragas y follarte con fuerza contra la puerta ahora mismo.

Sus palabras me arrancan de la neblina.

¿Qué coño estoy haciendo? Por fin, le doy una palmada en la mano y me vuelvo para mirarlo una vez más. Por última vez.

—Quítame las manos de encima. ¿Quién te crees que eres para hablarme así? ¿Eso te funciona con otras mujeres? ¿Les dices que quieres follarlas y sencillamente se abren de piernas? Eres demasiado guapo para mí. Me gustan los hombres de verdad. Y mi marido es todo lo que tú no eres. Un hombre.

Veo que la cólera reemplaza a la incredulidad en sus armónicos rasgos. He mentido al decir que era demasiado guapo y que no es un hombre de verdad. Es perfecto.

—Has elegido a la mujer equivocada para tus líos —digo con firmeza antes de perder el valor y de que mi ira sea sustituida por temor—. Estoy felizmente casada con un buen hombre al que adoro. Y... y no me interesa follar contigo. Es posible que disfrutara más solo con mi mano.

«No es cierto...».

Parece enfadado. Y desconcertado. Creo que lo he puesto en su lugar porque se controla. Hay una media sonrisa casi cruel que no llega a sus ojos.

—Nena, puedes decirme que no esta noche y fingir que estás por encima de todo esto. —Me agarra la mano y la lleva hasta su polla para que se la frote por encima de los vaqueros—. Pero un día me rogarás que te deje chupármela. Recuerda mis palabras. Ahora mismo estás empapada, puedo olerlo.

—Eres asqueroso.

—Pero me deseas —suelta con rotundidad.

—¡Estoy embarazada de otro hombre! —grito.

Cuando le recuerdo a él y a mí misma mi estado, siento que se encoge y se apresura a soltarme la mano. Bueno, yo también me siento asqueada. Asqueada por mi reacción ante su contacto, y quiero hacer que se sienta igual de enfermo que yo.

—Joder, joder... —murmura.

Aprovecho su momentánea sorpresa y logro zafarme de él. El aire es pesado por las corrientes eléctricas que fluyen entre nosotros mientras nos miramos el uno al otro. Es algo casi tangible. Me doy cuenta de que esta es mi oportunidad para escapar antes de que añada algo, así que me muevo lo más rápido que puedo, abro la puerta y huyo. No miro atrás, dejo allí sus agridulces palabras y a él, donde tienen que estar.

Al regresar al bar, veo a Sali hablando con Ben. Me parece familiar y poderoso, muy diferente a Arsen. El día y la noche. ¿Cómo ha adivinado ella que es mi marido?

—Hola, cariño, ¿cuándo has llegado? —Me sorprende que mi voz suene tan tranquila cuando siento esa agitación en mi interior.

—Llevo aquí un rato. Incluso he visto actuar a Arsen, aunque no podía encontrarte, así que me he quedado en el fondo—dice sin mirarme.

Le cojo la mano y clava en mí los ojos.

—Oh..., ha estado genial...

—¡Guau! —interviene Sali, algo que le agradezco con todo mi corazón—. ¡Menuda actuación! Ya sabes, es un poco molesto ver que sigue igual de colgado por esa mujer con la que se veía en París. Una mierda. Pero ya conoces a esas pijas casadas y aburridas a las que les gusta jugar con carne joven. Mira, para él es una putada enrollarse con una así, pero es Arsen, y le gusta jugar con fuego. Cathy, creo que deberías irte. La verdad, pienso que reaccioné de forma exagerada cuando te llamé. En realidad Arsen no está tan mal. Ni tan borracho como he sospechado. Así que, muchas gracias, chicos. ¡Ben, un placer conocerte! Y, Cathy, antes de que me olvide, ven a la barra para que pueda pedir un bolígrafo y apuntar los datos de esa peluquería. ¡Me encanta tu corte!

Confusa, miro sus ojos suplicantes. ¿De qué está hablando? Asiento y la sigo después de que se despida de Ben. Mientras vamos a la barra, miro por encima del hombro y veo a Ben llevándose las manos a la cara y frotándose los ojos con las palmas como si tratara de borrar alguna imagen de ellos.

—No sé lo que está pasando entre Arsen y tú —me dice una muy sobria Sali cuando llegamos a la barra, después de que la muchedumbre nos haya dejado pasar—. Pero está mal. Tienes que largarte. No me ha dicho que estabas casada, y cuando lo supe, no me importó. A Arsen le gustan todos los coños y se folla a todo lo que se menea y se le ofrezca. Pero eso —señala el escenario— no ha sido bueno. Eso ha sido un amigo herido de muerte. Así que es mejor que te largues de aquí. Vuelve con tu marido, que parece un buen hombre, y no te pongas en contacto con Arsen nunca más. Se olvidará de ti, como siempre. Ahora, piérdete, zorra.

Y se va.

¿Qué he hecho?

Como sonámbula, regreso junto a Ben para fingir que lo que ha ocurrido en el cuarto de baño entre Arsen y yo no es cierto. Que Sali no me ha dicho esas cosas horribles y que Arsen no ha cantado en ese escenario. Cuando nos estamos preparando para marcharnos, se me revuelve el estómago al ver a Arsen acercándose a nosotros. Ben también debe de sentir algo parecido, porque me rodea la cintura con un brazo con tanta fuerza que parece que se me van a romper los huesos.

En el momento en que se detiene delante de nosotros, no me ignora como pensaba que lo haría. Sigue teniendo el mismo comportamiento coqueto de siempre, aunque ahora, cuando miro sus ojos, están fríos y vacíos.

—Ben, hola. Encantado de verte de nuevo. Espero que hayas disfrutado del espectáculo. —Luego me mira a mí—. Y espero también que no me echas

demasiado de menos en el trabajo. De todas formas, quería agradecerlos que hicierais caso a mis amigos y vinierais en mi rescate, pero, como podéis ver, no era necesario. Son unos idiotas que piensan que necesito... que me salven, cuando lo único que necesito es más alcohol y coños.

Sus palabras son como un castigo, un latigazo que me hace estremecerme de dolor.

Cuando llego a casa, me siento sucia y muy culpable. Sé que no le he pedido a Arsen que me siguiera al cuarto de baño ni que me tocara y me dijera todas esas cosas. No lo he hecho. Ni por asomo. Pero no puedo quitármelo de la cabeza. Y lo peor de todo es que en ese momento quería que todo eso ocurriera.

Ben se muestra tranquilo y pensativo en el camino a casa, pero no se aleja de mí como la última vez que vimos a Arsen. Me ha preguntado qué pensaba de la canción de Arsen, y le he respondido con sinceridad que me parecía buena. Después de eso, ha abandonado el tema y me ha preguntado qué tal he pasado el día.

Nada más.

¿Ignora lo que ha ocurrido en el bar o solo está negándolo como yo?

Después de darme una ducha, me pongo un camisón corto de seda, me aplico crema en la cara y me meto en la cama. Estoy agotada, y solo quiero cerrar los ojos y olvidar este día. Necesito que mi mente se tome un respiro durante algunas horas.

Me despierto cuando siento que la cama se hunde cerca de mí. Ben. Mi tierno y amoroso marido. Me acerco a él sin pensar. Quizá si lo toco, no anhelaré a nadie más. Me pego a su torso y empiezo a besarle por todo el pecho. Paso los labios por esos duros pectorales y por las ondulaciones de sus abdominales. Uso su cuerpo para distraerme, porque de repente solo quiero que Ben me toque. Que haga el amor conmigo.

—¡Dios, Cathy! ¿Qué tratas de hacerme? —susurra con la voz ronca en la habitación oscura mientras permite que siga explorándolo.

—Déjame demostrártelo —jadeo.

En cuanto rodeo la erección creciente con la mano, me pone sobre él y me quita el camisón de seda, emitiendo un gruñido ante mi desnudez. Lentamente, me da la vuelta encima de su cuerpo, guiando mis labios hacia su polla mientras aproxima mis caderas a su boca. Me abre con los dedos suavemente y pronto siento su lengua entre mis pliegues, saboreando la esencia de mi excitación.

Estoy volviéndome loca, muriendo de placer. Mientras gimo, dejo que la tierna succión de su lengua y la suave presión de sus dedos me dé lo que necesito. Lo que quiero. Deseando más de Ben, empuño su polla, ahora dura, y la meto en el interior de mi boca, tragándola hasta que noto que se me llenan los ojos de lágrimas. La tiene grande y gruesa, pero me gusta la sensación de asfixia que siento, casi como si no pudiera respirar.

Pasan algunos minutos, en el dormitorio flota el olor a sexo, nos convertimos en manos, bocas, piel contra piel, sudor por todas partes, ayudándonos a movernos, ayudando a que nuestros cuerpos se deslicen. El clímax está a nuestro alcance, cierro los ojos y me entrego, perdiéndome en la magia que despliega su lengua satinada. Estallo cuando noto su semilla terrosa en la lengua. Ben arquea las caderas y el glande me roza el paladar mientras gime mi nombre, con esos labios marcados con mi sabor. Cierro los ojos con más fuerza y trago.

Cuando alcanzo el clímax, pienso en Arsen.

Ahora sé por qué me sentía tan culpable...

Él tenía razón.

Arsen estaba en lo cierto.

Lo deseaba.

Todavía lo deseo.

Me siento sucia porque quiero sentir su contacto, su cálido aliento una vez más en mi piel. Me siento jodidamente enferma porque solo pensar en tener sus manos sobre mí hace que me empape. Estoy avergonzada y cabreada conmigo misma porque hace mucho tiempo que Ben no consigue excitarme así.

No lo puedo creer.

¿Y qué es lo peor de todo?

Que quiero que vuelva a suceder.

Lo deseo con todas mis fuerzas.

Después de permanecer en la cama otra hora, renuncio a luchar contra el insomnio y voy a buscar un vaso de agua. Ruborizada y excitada, tengo la boca seca, aunque el agua no me ayuda en absoluto. Ardo. Necesito refrescarme. Abro el congelador y acerco la cabeza en busca de frío. Es una delicia. Más tranquila, regreso a la cama.

Cuando apoyo la cabeza en la almohada blanca y esponjosa, vuelvo la cara para mirar el reloj. Su luz de neón me informa de que son cerca de las tres de la madrugada. Gimo para mis adentros al tiempo que me pongo de lado. Cuando

estoy empezando a quedarme dormida, me espabila la vibración del móvil. Lo busco a ciegas y miro las letras que forman el nombre que se ha grabado en los más profundos recovecos de mi mente.

Echo un vistazo por encima del hombro al hombre que descansa a mi lado, un desprevenido Ben, que duerme inconsciente. La energía nerviosa que me atraviesa hace que me tiemblen las manos.

¿Debo responder?

¿Y si despierto a Ben?

Quiero responder.

Necesito hablar con él.

Necesito oír su voz.

«No deberías...».

Dudo, vacilo, titubeo...

Son las buenas intenciones las que pierden la batalla al sentir un abrumador pánico que me consume por completo ante la idea de no volver a hablar con él, y puede que sea una corazonada, pero sé que si no respondo a esa llamada, lo perderé.

Para siempre.

Y no estoy preparada para eso. No lo estoy. Miro por encima del hombro una última vez y rezo para que Ben siga durmiendo y nunca se entere de esto, de nada de esto. Si solo hablo con Arsen, no estaré engañando a mi marido, ¿verdad? No. Con esa idea en la mente, me levanto y salgo del dormitorio lo más rápidamente posible, sin vacilar ni una sola vez. Cuando llego al cuarto de baño, cierro la puerta a mi espalda, bajo la tapa del inodoro y me siento en ella. Respiro hondo, tratando de aligerar mis temblores, y me limpio la frente sudorosa con el dorso de la mano.

¿Puedo hacerlo? ¿Es correcto? ¿Por qué siento tantas ganas de vomitar? ¿Por qué me estoy escondiendo en el cuarto de baño? No lo sé. Estoy a punto de estrellarme y explotar, y no me importa. Por él, no me importa. Aprieto «rellamada» y espero.

Un timbrado.

Dos.

Tres.

No va a responder. Es demasiado tarde.

Estoy alejando el teléfono de mi oreja, casi a punto de terminar la llamada, cuando me saluda su voz áspera.

—No puedo sacarte de mi mente.

—Arsen...

—Lo he intentado, ¿sabes?

—No sé qué quieres que te diga.

—Elegí una mujer al azar, y solo he podido pensar en ti mientras la follaba.

Me quedo en silencio, medio mareada por sus palabras. Estoy enferma de celos.

Enferma de disgusto.

Enferma.

—¿Ha sido real? ¿Lo ha sido?

—Nuestra amistad...

—Putá amistad de los cojones. Jamás he querido ser tu amigo.

—No es justo. Me dijiste que querías...

—Ya sé lo que te dije, Catherine. Lo sé. Lo intenté, pero fallé.

—Estoy casada... —Tragó saliva—. Y embarazada.

Silencio. Le oigo respirar de forma entrecortada al otro lado de la línea. Cada bocanada que coge es como un puñetazo en el intestino. ¿Lo sabía? ¿Era consciente de lo que pasaba?

Siempre lo he sabido.

—¡Joder! Lo he intentado. Una vez que me lo dijiste, he tratado de retroceder, de sacarte de mi mente, de ser tu amigo, pero... —gime—. Esto es un puto desastre. Lo he intentado. Es todo lo que puedo decir.

Hay unos minutos de silencio total.

—¿Lo amas? —le escucho preguntar finalmente—. Porque, si lo haces, no me habrías respondido. No te importaría.

—¡Claro que amo a Ben! Responder a tu llamada no tiene nada que ver con amar o no a mi marido.

—Me deseas.

—No. No lo hago. Me gustas, eres mi amigo. Me importan mis amigos.

«Mentira».

—Gilipolleces. Me deseas. Me deseas tanto como yo a ti, quizá más. Sentí lo jodidamente mojado que estaba tu coño. Por mí, no por él. Pero ¿sabes qué? He terminado con esto. No merece la pena. Adiós, hoyuelos. Espero que la vida te vaya bien.

—¡Espera! No...

Clic.

La línea está muerta.

Como una pequeña parte de mí.

PASADO

—Son la muerte perfecta —murmura Ben.

—¿Qué?

—He muerto.

—¿Qué quieres decir con que has muerto?

Hace un minuto me estaba besando como si no hubiera un mañana.

—Tus labios me matan. —Me mira a los ojos—. Son la muerte perfecta —susurra—. Mi muerte perfecta.

—Oh...

Ben y yo estamos abrazados en su cama..., aunque en realidad es nuestra cama, porque ayer por la tarde me he mudado aquí de forma oficial. No me puedo creer que llevemos juntos cuatro años, porque parece que lo conocí ayer mismo. No es broma. Pero incluso después de todo este tiempo, creo que nunca me cansaré de este sentimiento de pura dicha que me invade cuando está a mi lado. Me hace sentir feliz y completa.

Lo es todo para mí.

—Me encanta todo lo que hemos hecho desde ayer por la tarde, pero esto... —estrecha con más fuerza mi cintura—, esto lo es todo, nena. Mi chica entre mis brazos. Eso es lo que representa el paraíso para mí.

Nos quedamos tumbados uno en los brazos del otro mirando el techo, perfectamente felices en el silencio. Sí, Ben tiene razón. Esto es el paraíso. Mi paraíso perfecto.

Me suelto de su abrazo y me siento con la espalda contra el cabecero. Nos recolocamos y le muevo la cabeza para que la apoye en mi regazo. En esta posición, puedo jugar con sus rizos oscuros.

Lo admiro sin rubor, mi precioso chico.

Sonriendo, lo miro a los ojos y descubro cuál es el secreto de la vida.

Amor.

Asoma en su mirada, resuena bajo su contacto, y se graba con cada beso en mi alma.

—¿Qué planes tenemos para hoy, nena? —me pregunta, levantando la mano para jugar con mi pelo suelto. Me lo estoy dejando crecer, ya que parece que le gusta más de esta manera.

—No lo sé. Lo que quieras. Me resulta raro disfrutar de toda esta libertad sin sentir el aliento de mi padre en la nuca, ¿no te pasa lo mismo?

Una sonrisa satisfecha curva sus labios.

—Mmm..., pero ahora eres toda mía. Y doy gracias a Dios por ello. Por un momento, estuve seguro de que tu padre iba a cambiar de opinión. No sé..., como inventarse una enfermedad imaginaria para que tuvieras que quedarte en casa para cuidar de él. Nena... Tengo veintiséis años. Estoy dejándome la piel en el bufete para que podamos tener un futuro real sin la ayuda de mis padres, y tu padre logró que me sintiera como una mierda por querer que mi chica viviera conmigo, como si lo único que deseara fuera follar contigo a todas horas.

Me pongo a reír. Eso es lo único que hemos hecho desde que trajimos la última de mis cajas.

Ben se ríe.

—¡No lo menciones! Lo sé. Pero...

—Pero ¿qué? Por favor, dímelo. Necesito oírlo... —bromeo, dándole un pequeño puñetazo en el estómago.

—Bueno, estoy bastante seguro de que hemos dicho alguna que otra palabra aquí y allí.

—Oh, sí, claro... —Finjo una voz masculina para repetir su saludo—. Nena, ¿qué tal si te pones algo más cómodo, es decir, te desnudas y vienes a la cama conmigo? Esas fueron tus primeras palabras cuando entré. ¿Lo consideras una conversación? Porque ni siquiera habías dejado la caja en el suelo antes de que me cargaras sobre el hombro para llevarme a tu dormitorio.

Ben sonrío.

—Nuestro dormitorio. Y creo que mantuvimos una conversación impresionante en la cama. Recuerdo haberte oído decir «Más duro, por favor, Dios, sí...».

Le golpeo en el hombro mientras siento que el rubor cubre toda mi piel. Sus palabras me traen recuerdos de lo que ha ocurrido anoche y esta mañana.

—¡Oh, Dios! Cariño..., ¡no pares! ¡No! ¡Sí! ¡Sí! —sigue bromeando. Nos dejamos llevar y nos reímos con tanta fuerza que hasta se nos llenan los ojos de

lágrimas y nos cuesta respirar.

Cuando paramos, le encierro la cara entre las manos, me inclino y lo beso. Trato de demostrarle con la lengua, con los labios, con las manos, con mi cuerpo, lo mucho que significa para mí. Lo es todo para mí.

—Te quiero mucho —susurro contra sus labios.

—Dilo otra vez —gruñe.

—Te amo.

—Otra vez.

—Te amo, te amo, te amo, te amo... —digo, riéndome.

—Cada vez que lo dices es como música en mis oídos.

Ben empieza a tirar de mi pantalón corto, pero no lo detengo. Lo miro durante un momento y dejo que siga haciéndolo. Este muchacho mío es una fuerza de la naturaleza. Su energía me revive. Llena mi vida con todo tipo de hermosos colores. Me hace feliz.

—Mmm...¿Ben?

—¿Sí? —Se sienta y empieza a cubrirme el cuello de besos.

—Pensaba que hoy íbamos a hacer algo. Ya sabes, quizá ir a dar un paseo por el parque.

Ben deja de besarme y se acuesta sobre la espalda una vez más, pero sigue pasando los dedos por los contornos expuestos de mi cuerpo.

—Tienes razón. Debemos salir del apartamento para ir a hacer la compra. He esperado para ir contigo y que puedas elegir lo que quieras.

—¡Oh, cielo! Es un detalle... Eres muy dulce conmigo.

—Sí. Lo soy. ¿Quieres probarme?

—¡Oh, Dios mío! Bueno, voy a darme una ducha. ¿Me acompañas? —le pregunto. Espero que lo haga. Hacer el amor con Ben en la ducha es una de mis cosas favoritas.

—Sabes que sí, pero tienes razón. Necesitamos movernos. Y voy a hablar con Julian, Micky y su chica, Megan, a ver si quieren venir con nosotros a tomar una copa esta noche.

—Ese es un buen plan. —Me levanto de la cama para ir a la ducha. Cuando casi he llegado, me vuelvo para mirarlo una vez más.

Ben se muerde el labio mientras mira mi cuerpo con deseo. Sonriendo, contoneo el culo de forma seductora mientras me meto en el cuarto de baño. Lo oigo gemir, y no puedo reprimir la risa.

Esto es felicidad.

Hay una tienda de animales a dos manzanas del apartamento de Ben, y cada vez que pasamos por delante le hago parar y esperar hasta que dejo de babear por los gatitos y perritos que hay al otro lado del cristal.

Hoy, sin embargo, es él quien se detiene cuando llegamos a la tienda.

—¿Qué pasa, cariño? —le pregunto, sin saber por qué no se mueve—. ¿Se te ha metido una piedra en el zapato?

Sacude la cabeza cuando siento que su mano tiembla contra la mía.

—No. No hay una piedra en mi zapato. En realidad estaba pensando que... Mmm..., ¿no te gustaría entrar? Quizá podamos comprar una tortuga o un hámster. Ya sabes, nuestra primera mascota —sugiere con la voz vacilante.

Lo suelto y me llevo las manos al pecho.

—¡Sí! ¡Me encantaría!

No puedo creer que quiera adoptar un animalito conmigo. No me importa si es una tortuga o un pájaro: será nuestra primera mascota. Es como si estuviéramos convirtiéndonos en una familia, justo lo que he querido siempre. Tener una familia propia. Ser madre.

—¿Qué? ¿A qué esperas? ¿Entramos o no? A lo mejor podemos comprar una serpiente.

—De eso nada. Antes muerta. No quiero serpientes en el apartamento.

Ben se inclina.

—Demasiado tarde para eso —me susurra al oído.

—Eres un cerdo. Venga..., quiero un lindo hámster —le recuerdo, moviendo la cabeza.

Me río al oírle murmurar algo sobre las serpientes y que anoche no me quejaba sobre ello. En serio, mi novio es un obseso sexual.

En cuanto entramos en la tienda, me separo de Ben y empiezo a deambular por los pasillos, admirando los peces de colores, los pájaros, los cachorros y todo lo demás.

Se me cae la baba con un cachorrito muy lindo cuando siento unos suaves arañazos en la pierna. Bajo la mirada y veo a una gatita preciosa, con una cinta roja atada alrededor de su cuello, que me mira fijamente. Me arrodillo para cogerla y llevarla al mostrador, convencida de que debe de haberse escapado de su jaula.

Cuando llego allí, veo que Ben no me quita los ojos de encima, casi como si esperara que saliera corriendo de la tienda con el animal en los brazos.

Es raro.

El dueño también tiene una mirada expectante en la cara.

—Hola, he encontrado a esta cosita tan linda por ahí suelta. Aquí tiene...

Y es cuando sucede. En el momento en el que entrego la gatita a su dueño, veo que lo que pensaba que era un cascabel colgando de la cinta es en realidad un...

¡Oh!

«¡Oh!».

Trago saliva.

—Mmm..., ¿qué es eso?

Ben coge a la gatita de las manos del dueño y se aleja del mostrador, acercándose a mí. Sin decir una palabra, lo observo mientras suelta la cinta roja del cuello de la gata para coger uno de los anillos más bonitos que he visto en mi vida.

Odio llorar, pero en este momento no puedo hacer nada para que no se me salten las lágrimas. Cuando el anillo está fuera de la cinta, Ben coge mi mano derecha y me mira con ternura.

¿Qué? Espera un minuto. ¡Ha cogido la mano equivocada!

—Mmm... Ben... Creo que no es esa mano —logro susurrar.

Ben baja la vista, maldice por lo bajo y me agarra la otra mano.

Mucho mejor.

Se aclara la garganta.

—Cathy, te conocí por casualidad, me enamoré de ti porque era mi destino, y amarte es la única razón que tengo para existir. Podría explicarte de cuántas maneras te amo, pero las palabras no son suficientes. En cambio, si aceptas ser mía, si me dejas ser tuyo, te demostraré durante el resto de nuestras vidas lo mucho que significas para mí. Nena, quiero envejecer a tu lado. Quiero que seas la madre de nuestros hijos, y quiero que seas la última persona que vea antes de exhalar mi último aliento. Te amo. ¿Quieres casarte conmigo y permitir que mi amor por ti me convierta en el mejor hombre que puedo llegar a ser?

—S-sí. ¡Sí! —Lo observo mientras desliza el anillo de diamantes en mi dedo. Me arrojo sobre él sin esperar a que diga nada más. Le pongo las manos en la nuca y lo obligo a bajar hacia mí para besarlo en los labios.

Cuando nos separamos, Ben me acaricia la cara con las manos y me mira fijamente.

—Eso es todo, nena. Ahora estás atrapada conmigo y con esta gatita de por vida —asegura con la voz ronca.

—¿La gatita es parte del trato?

Ben asiente con la cabeza mientras sonrío.

—Bueno, cuando lo dices así, no es necesario preguntar.

Riendo, me acerca a su cuerpo y me besa en la coronilla.

Al salir de la tienda de mascotas, miro a Ben, que lleva a la gatita acurrucada contra su pecho. Una sonrisa ilumina sus hermosos rasgos mientras sus rizos castaños oscuros se mueven en el aire con la suave brisa que flota a primera hora de la tarde.

Bajo los ojos para mirar el enorme diamante que decora mi mano. Al parecer, es una herencia familiar, y muy valioso, pero Ben no ha elegido dármelo por eso: su abuela se lo regaló antes de fallecer, y le dijo que solo se lo entregara a la mujer que le hiciera sentir que podía conquistar el mundo, porque eso es lo que consigue el verdadero amor. Te hace sentir invencible y capaz de cualquier cosa que se te ocurra.

Me ha dicho que soy esa mujer.

Miro al cielo y veo que el sol brilla sobre nosotros. No sé lo que traerá el mañana, pero sé algo con seguridad: mientras Ben esté conmigo y sea parte de mi vida, estaré bien.

Todo irá bien.

Si hubiera sabido que años después sufriríamos tres abortos recurrentes en un año, y que luego tendría problemas para volver a quedarme embarazada, creo que habría cuestionado mis palabras.

Pero era joven y estaba enamorada, y, como le había dicho a él su abuela, sentía que podía conquistar el mundo con mi amor.

Me sentía invencible.

Ojalá hubiera sabido que se necesita mucho más que amor para hacer que funcione un matrimonio; entonces quizá nuestra historia sería diferente.

Ojalá...

PRESENTE

El sábado fue un borrón.

El domingo fue un borrón.

Hoy es lunes, y ya lo siento como un borrón.

Es solo otro día.

Solo otro día.

Otro día como el día anterior.

Estoy inquieta. Hueca. Medio vacía, medio llena.

Ben ha sido perfecto, tierno... Me ha susurrado las palabras adecuadas al oído, me ha besado cuando debía y nunca me ha perdido de vista.

Entonces, ¿por qué me siento así?

¿Ha estallado ya la burbuja?

Estoy de pie frente al espejo, preparándome para ir a trabajar y mirando mi reflejo. Esta mañana no me reconozco. No puedo. ¿Dónde está la magia? ¿Dónde está el brillo de mis ojos?

Es como si mi mundo se hubiera sumido en la oscuridad. Tengo un marido adorable, una casa preciosa, somos económicamente estables..., incluso hemos conseguido otra oportunidad de alcanzar la felicidad absoluta gracias al pequeño milagro que crece dentro de mí.

Mi vida es buena.

Entonces, ¿por qué noto esta oquedad?

¿Quizá es porque durante el corto período de tiempo en el que él formó parte de mi vida descubrí algo que no sabía que existía, algo que no creía que pudiera tener, algo que quería aunque no fuera consciente de ello?

No lo sé.

Sin que me diera cuenta, Arsen me ha envuelto con fuerza en una red tejida con sus tiernas mentiras, y no creo que pueda liberarme de ella aunque quiera.

Unos ojos verdes me miran fijamente en el espejo: los míos. Pero en realidad son los de una extraña. Levanto la mano para colocarme el pelo sin dejar de mirar mi reflejo. Las ondas caen en cascada sobre mis hombros mientras paso los dedos a través de la suave masa dorada. Con el cabello en su lugar, cojo el perfume, inclino la cabeza hacia un lado para rociarme el cuello. Cuando estoy a punto de apretar el botón, siento un familiar tirón en la parte inferior del abdomen.

Oh, no...

Oh, no...

Otra vez no.

Otra vez no.

Muerta de miedo, dejo caer el perfume automáticamente sobre la alfombra. Cierro los ojos con fuerza y trato de coger aire por la nariz y exhalarlo por la boca mientras intento tranquilizarme, pero no puedo.

Me duele incluso respirar.

Lucho por escapar de la oscura nube de pánico que se asienta sobre mí; espero que llegue el siguiente golpe de dolor rezando para que no lo haga, incluso cuando la desesperación empieza a inundar mi corazón. Espero, porque no puedo hacer nada más.

Me golpea de nuevo.

Todavía sigo observando mi reflejo, y veo que mis ojos ya no parecen opacos. Brillan con intensidad, con lágrimas de dolor, de sufrimiento por lo que nunca será. De lo que no está destinado a ser, ¿verdad?

«¡Oh, Dios!».

De lo que no está destinado a ser.

Los dolorosos calambres me golpean una y otra vez, cada uno más intenso que el anterior. Cada golpe me mata un poco. Sin nada más que hacer, excepto esperar a que llegue lo inevitable, me rodeo el vientre con los brazos. No quiero moverme, temo que eso hará que el bebé salga antes de mi cuerpo. Con más rapidez.

Necesito sentirlo dentro de mí un poco más. Necesito aferrarme a ese pequeño milagro...

Lentamente, me inclino hacia el suelo y hacia el espejo. Cierro las piernas lo más fuerte posible y las encojo contra mi pecho, sin permitir que el bebé desaparezca todavía de mi cuerpo. Me rodeo las rodillas formando un capullo seguro con los brazos mientras comienzo a oscilar de un lado a otro, prohibiendo a la verdad penetrar en mi mente. Me estremezco. Me tiemblan las manos y

tengo mucho miedo.

Estoy jodidamente asustada.

Puedo oír una voz quebrada murmurando palabras ininteligibles en mi oído mientras me balanceo como una loca.

—¿Por qué a mí... ? Mi cuerpo está roto... No soy lo suficientemente mujer...

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que estoy sola. Totalmente sola.

La voz enloquecida que escucho es la mía.

Pasan unos minutos mientras lucho contra mi cuerpo, suplicando, rogando a Dios que me deje tener esta vez a mi bebé. Rechazando creer que la vida pueda ser tan cruel como para hacerme sufrir así por cuarta vez después de un largo período de desgarrador anhelo en el que solo deseaba que esta vez saliera bien. Sigo balanceándome, ajena al mundo exterior, cuando un dolor intenso en la parte baja de la espalda me arranca de mi loco ensueño. Es como si alguien hubiera cogido un zapato y me hubiera clavado el tacón en los riñones antes de retorcerlo sin piedad. Mientras va pasando, lucho para recuperar el aliento.

Al sentir algo húmedo entre las piernas, las separo con cuidado y veo la sangre roja que mancha mis pantalones de color marrón. La muerte se extiende a través de mi ropa como una enfermedad.

Es tan roja...

Tan vívida y brillante...

Es precisamente en este momento, cuando veo cómo la vida se desborda lentamente de mi interior, que salto de buen grado al oscuro abismo de la desesperanza. La desdicha me acoge con sus brazos muertos, la desesperación congela mi corazón.

Un loco impulso se apodera de mí. Necesito sentir la sangre en mis manos para saber que es real. Me toco y dejo que mis dedos permanezcan allí hasta que están cubiertos de sangre. Cuando retiro la mano y la levanto hasta mis ojos para poder verla mejor, me froto el líquido rojo entre los dedos, dejando que manche mi piel. Tiemblo con fuerza al ver los dedos rojos, y algo se rompe dentro de mí, destrozándome. Hundo la cabeza entre los dedos, cierro los ojos y grito.

Ese alarido interminable está lleno de angustia, ira y tristeza.

—¡Cathy! ¿Qué pasa? ¡Oh, Cathy! —escucho que grita Ben al atravesar la puerta de nuestro dormitorio.

—Oh, Ben... Por favor, perdóname... —Lo miro desde el suelo y veo su expresión horrorizada—. Por favor, perdóname. —Tengo la voz ronca de llorar y por haber gritado tan fuerte—. No he podido... No he podido... No he logrado mantener a salvo a nuestro bebé.

Lo miro mientras se inclina para sentarse a mi lado. Me levanta del suelo y me coloca en su regazo. Percibo los temblores que atraviesan su cuerpo, la forma en que me envuelve con fuerza en un cálido abrazo.

Pero no siento nada.

Estoy muerta por dentro.

Tengo frío.

—No he podido...

—¡Oh, Cathy..., por favor! —Tiene la voz ronca de dolor.

—No. No he podido. Está pasando. —Trago saliva antes de continuar—. Ya ha ocurrido. Se acabó.

Todo es un borrón a mi alrededor cuando Ben se levanta, conmigo entre sus brazos, y me lleva a la cama. Llama a la doctora Pajaree y luego se recuesta a mi lado para abrazarme con fuerza, sufriendo conmigo por lo que nunca estaba destinado a ser.

—Quédate conmigo, Cathy. Quédate conmigo... —llora.

Han pasado ya tres semanas desde el incidente que ha cambiado mi vida por completo. No me importa nada. No me importa Ben. No me importa el trabajo. Y, por supuesto, no me importa lo que me pasa. Mi vida no conduce a ninguna parte, así que ¿para qué seguir intentándolo?

He terminado.

Me he rendido. Y me siento jodidamente bien. Vivir se ha convertido en un estupor sin emociones que me satisface porque me ayuda a olvidar y a no sentir. Y eso es lo que quiero: no sentir.

Nada.

Cuando meto en una bolsa de basura el último de los artículos para bebé, voy hasta la parte superior de las escaleras y la lanzo al piso de abajo con las demás. Miro cómo la bolsa aterriza sobre un montón de brillante plástico negro. Eso es lo mejor.

Aliviada, voy al centro de la ventilada estancia, ahora vacía, y deslizo la mirada por las desnudas paredes de madera. Ya no queda nada. No había muebles ni cajas llenas de recuerdos de nuestros años de matrimonio, nada, ni un amargo recuerdo. Me he deshecho de todo porque cada cuadro, cada desvencijada silla, cada artículo hacía surgir un dolor tan profundo y paralizante en mi interior que me resultaba difícil respirar.

Sí, esto es mucho mejor.

Mientras reviso el lugar, me domina el deseo de girar sobre mí misma. Quiero dejar que mi cuerpo se mueva libremente en cualquier dirección que quiera llevarme. Cierro los ojos, inclino la cabeza hacia atrás y doy vueltas con los brazos levantados, sintiéndome libre, liviana. Giro más y más rápido a ciegas, mientras las lágrimas empapan mis mejillas. Desquiciada de dolor, me río tanto que me duele el estómago. ¿O estoy llorando? Quizá un poco de ambas cosas.

—Cathy, deja de hacer eso ahora mismo. Te vas a poner enferma —oigo que dice Ben. Su voz suena triste. ¿Por qué? ¿No se supone que Ben es perfecto? ¿Que nunca está triste, sino siempre feliz, siempre dispuesto a atraparme cuando caigo?

Ben. Ben. Ben. Ben. Ben. Ben. Ben.

El espacio entre nosotros crece cada día. ¿Podemos pararlo? No lo sé. No lo sé. No lo sé.

—Vete, Ben. O únete a mí. Pero no me digas qué tengo que hacer —logro decir entre risas—. ¡Si es muy divertido! —Y lo es. Debería intentarlo.

—No me obligues a detenerte.

Bueno, como si eso fuera a funcionar... Continúo girando con los ojos

cerrados, ignorando su advertencia.

—¿Qué vas a hacer? ¿Eh? ¿Impedírmelo con tus manos fuertes y grandes? — Insisto porque realmente no me importa—. Quizá...

Al sentir esas manos fuertes que acabo de mencionar en los antebrazos, me detengo, como él ha dicho que pasaría.

—¡Basta! ¡Para! —grita—. ¡Abre los ojos, Cathy! Mírate, no puedo soportarlo. No puedo seguir viendo cómo mi mujer se entierra en vida. ¡Estás matándote, Cathy! ¡Abre los malditos ojos y mírame! —Trago saliva cuando Ben me sacude, cuando esas palabras ahogadas salen de su boca—. ¡Mírame, Cathy! Mírame, por favor.

Y lo hago.

Sus suplicantes ojos castaños brillan por las lágrimas no derramadas.

—¿Y ahora qué? ¿Qué quieres? Ya te estoy mirando. Dime qué quieres de mí, Ben.

Me agarra con más fuerza. Estoy segura de que esta noche tendré moratones en los brazos. Sin embargo, ese dolor es bienvenido. Me hace sentir viva.

Le oigo gemir mientras me suelta para acercarme a su cuerpo. Me envuelve en un estrecho abrazo. Es una desesperada llamada de ayuda, y no me importa. No le devuelvo el abrazo. Mis manos cuelgan sin vida a mis costados mientras Ben me sube la barbilla para obligarme a mirarlo.

Me estudia fijamente los ojos al tiempo que aprieta los dientes.

—Quiero que dejes de lastimarte —dice un momento después—. No comes, no te has duchado en días, y lo único a lo que te dedicas cuando no estás durmiendo es a vaciar el desván. No queda nada aquí, por favor, Cathy... Por favor, baja conmigo. Permite que te bañe, que te dé de comer... lo que quieras, nena. Solo déjame entrar. No soporto verte así y no ser capaz de solucionarlo.

—Déjame en paz. Ya se me pasará... —susurro.

—¿Cómo, Cathy? No hablas con nadie. No llamas a Amy, ni siquiera a tu padre. Joder, ni siquiera hablas conmigo. Estás en mis brazos, sí, pero en realidad no estás aquí. La verdadera Cathy ha desaparecido y yo solo tengo el caparazón de mi mujer. Necesitas ayuda, nena, y no pasa nada si la pides. Yo estoy aquí.

—No necesito que me salves.

—Claro que sí. Y deseo intentarlo, Cathy. Quiero que te olvides del dolor, borrarlo de tu cuerpo. Ojalá pudiera sufrir en tu lugar, pero no puedo. Tienes que salvarte a ti misma. Lo único que yo puedo hacer es amarte. Te amo por encima de todo, pero tienes que permitir que llegue a ti.

—Ben, ¿tú estás sufriendo? ¿Te das cuenta de lo que ha pasado? He perdido al cuarto bebé, Ben. Un bebé precioso. ¿Qué clase de mujer soy que no puedo llevar a término un embarazo? Mi cuerpo es veneno. Los mata, Ben.

Estoy empezando a alzar la voz, pero no me importa. No soporto el control de Ben, su perfección... La forma en la que puede mirar siempre el lado positivo de las cosas. La vida es una jodida broma..., y él tiene que darse cuenta de eso.

—No haces más que decir que estaremos bien. —Levanto los brazos y lo empujo hasta que estamos uno frente a otro sin tocarnos, con un abismo entre nosotros—. Que hay otras opciones... Pues bien, mi querido Ben, estoy jodidamente harta de todo. Estoy jodida, de hecho. No quiero intentarlo más. No quiero ver más artículos para bebé en esta casa. No quiero oírte hablar de tener un bebé ni de las diferentes opciones que podemos elegir. No quiero oírlo. He terminado. Se acabó. ¡Se acabó! ¿Me has entendido? ¡Ya no quiero ser madre!

Mi cuerpo tiembla de ira.

¿O es de desesperación?

—Me duele, Ben. ¿Lo entiendes? No, no puedes entenderlo. No sé ni para qué te pregunto. Estoy preguntándole a Ben, el hombre perfecto, el que tiene respuestas para todo... ¿Quieres saber mi verdad? ¡Ya no soy mujer, Ben! —Empiezo a golpearme con rabia, atacando mi vientre con los puños mientras sollozo con sonidos irracionales. Quiero sentir tanto dolor físico como sea posible—. Soy un chiste. Esa es la triste realidad. ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Para! ¡Déjame en paz! ¡Deja que sufra como quiera! Necesito...

—Nena, déjame intentar...

—¡PARA! ¡PARA! ¡DEJA DE TRATARME COMO SI FUERA UNA PUTA MUÑECA DE PORCELANA! ¡ESTOY ROTA! ¿ME OYES? ESTOY. ROTA.

Me tiende una mano suplicante, pero no la acepto. Sacudo la cabeza mientras me pongo en pie y huyo del desván tan rápido como me lo permiten mis pies. Le doy la espalda a él y, quizá, a nuestro matrimonio, pero he dicho en serio cada palabra.

Era lo que quería decir.

Y tiene razón. Ben tiene razón.

Me he enterrado en vida.

UN MES DESPUÉS

A: Catherine, necesito verte

C: Por qué? Pensaba que habías terminado conmigo.

A: He ido a la oficina a ver a mi padre y me he encontrado con Amy. Me ha contado lo que te pasó.

C: Y qué? Ya ha pasado.

A: Quiero estar a tu lado...

C: Vaya chiste. Y no. No te necesito. No necesito a nadie.

A: Hoyuelos, por favor. Sé lo que debes de estar sufriendo. Antes de que todo se fuera a la mierda, antes de que me emborrachara y lo estropeará todo, éramos amigos. Quiero ayudarte.

A: Responde, por favor.

A: ¿Estás ahí?

A: No me alejes de tu vida, Cathy.

C: Vale. Pero no se lo digas a nadie. No quiero que lo sepan.

Esa misma mañana, algo más tarde, llamo a Ben al bufete para decirle que voy a Manhattan para reunirme con Amy para tomar algo. Al principio se sorprende. No puedo decir que lo culpe: llevo casi dos meses sin hablar con nadie. Pero cuando la mentira se desliza por mi lengua, me doy cuenta de que me gustaría ver a Amy, hablar con ella. La he echado de menos. Pero hasta ahora no estaba preparada para enfrentarme con nadie. Necesito sanar a mi propia velocidad, bajo mis términos.

Tengo el corazón destrozado, y mis sueños y esperanzas han desaparecido. A pesar de que el proceso de curación ha comenzado y sé que sanaré con el tiempo, soy consciente de que no volveré a ser la misma. Nunca seré la Cathy que era.

Esa mujer se ha ido.

Y en su lugar estoy yo.

Los restos.

Las ruinas quemadas.

Soy una mujer con tantas cicatrices interiores que el torcido reflejo de Dorian Grey podría ser mío. Pero son mis cicatrices. Mis recuerdos infernales. Me hacen ser quien soy, con quien tendré que vivir a partir de ahora. Y nunca cambiaría eso.

—¿Quieres que vaya contigo? —sugiere Ben.

—No. Estoy bien. Necesito una tarde de chicas. Creo que será bueno para mí.

—Me pregunto por qué ahora me resulta tan natural mentir. ¿Acaso siempre me he mentido a mí misma? Quizá...

Hay un largo silencio.

—Sí, creo que será bueno para ti —conviene—. Me alegra que vuelvas a hablar con ella. Quizá podrías intentar llamar a tu padre...

—No. Voy a ir poco a poco. Es lo mejor. De todas formas, tengo que marcharme ya. Aprovecharé para hacer algunos recados. Te dejaré la cena preparada, ya que no estaré aquí cuando vuelvas a casa.

—Cathy, no cuelgues todavía. Tengo que decirte algo. Me alegra que vuelvas a salir. De verdad. Quizá eso signifique que...

—Ben, no significa nada. Lo único que haré será ver a una amiga, tomar un café y quizá cenar.

O algo parecido...

—Está bien, cariño. Me alegro. Diviértete y saluda a Amy de mi parte.

Cuelgo sin despedirme. No voy a sentirme culpable por esto. Ni hablar.

Además, ¿por qué debería? Estoy rota; ni siquiera sé cómo describir cuál es el estado de nuestro matrimonio.

Odio que Ben me abrace por la noche.

Quiero vomitar cuando me hace el amor.

He llegado a odiar su hermoso rostro y que siempre sea perfecto en todo lo que hace.

No soporto esta maldita charada en la que se ha convertido nuestro matrimonio.

Y me odio a mí misma, porque parece que ya nada me importa.

Un modelo rojo de Valentino. Labios rojos y brillantes.

Un vestido perfecto que resalta cada curva de mi pequeña figura.

Los rizos rubios cayéndome por la espalda.

Una copa de champán en la mano.

Las espumosas burbujas cosquillean en mi lengua y en mi garganta.

Estoy esperando a Arsen sentada en un taburete delante de la barra. Escudriño la oscura sala en su busca mientras la música *dance* resuena en mis oídos. Se está retrasando, o quizá soy yo la que ha llegado temprano. Sea lo que sea, no me importa, porque estoy fuera de casa, lejos de mi autoimpuesta prisión.

Me siento tranquila.

Sé que debería estar nerviosa, pero en realidad no siento nada.

Soy un témpano.

—Perdón, me he dado cuenta de que está sola. ¿Me permite invitarla a otra

copa? —pregunta un hombre moreno. Tras un minucioso examen, veo que es muy guapo y que se parece a Ben, aunque tiene más edad que mi marido.

—Gracias, pero no. Estoy esperando a un amigo. Llegará en cualquier momento. —Me doy la vuelta en mi asiento, ignorándolo por completo.

—No es necesario que te comportes como una zorra sin corazón, ¿sabes? —me susurra al oído el hombre en tono lujurioso.

—Tienes menos de un minuto para disculparte con ella y largarte, tío. —Ah... Un feroz escalofrío me baja por la columna cuando vuelvo a oír su ronca voz.

«Arsen».

Por el rabillo del ojo, veo que el individuo murmura algo, quizá una disculpa, pero en realidad no me importa. Lo único que quiero, lo único que necesito en este momento, está delante de mí. Y, por primera vez en mucho tiempo, no me siento tan perdida. Ni tan fría.

Miro a Arsen, y veo cómo brillan sus ojos, como fuego azulado, al deslizarse sobre mí. Un fuego ardiente que va derritiendo gradualmente la lámina de hielo que cubre mi cuerpo. Con un solo vistazo, Arsen me proporciona la calidez que no sabía que necesitaba hasta este momento.

—¡Oh, hoyuelos!

Es lo único que necesito. Con esas dos palabras, desaparece todo control. Sin importarme que estemos en un bar rodeados de un montón de gente, me lanzo a sus brazos, entierro la cara en su pecho y me dejo arrastrar por las lágrimas.

¡Oh, cómo he echado de menos su olor!

¡Cómo lo he extrañado!

Arsen lanza unos billetes sobre la barra y me lleva a la privacidad de un reservado. Me siento a salvo entre sus brazos, lejos de toda la gente que nos observa. Se sienta él primero y luego me coloca sobre su regazo, sin soltarme un solo instante. Comienza a acunarme con un movimiento relajante mientras trata de consolarme. Me pone una mano en la nuca, atrapando mi pelo con el puño mientras me acaricia la espalda con la otra mano. Arriba y abajo. Su contacto no es sexual..., es tranquilizador. Arsen, un amigo que se equivocó, está sosegándome. Son los primeros brazos en los que encuentro consuelo.

—Es que... es que... Lo siento...

Mis palabras se mezclan con las lágrimas.

—Está bien, cielo. Está bien. Estoy aquí. Ya hablaremos más tarde.

Un rato después, sin dejar de llorar, comienzo a relatarle mi tristeza, viajando por mi memoria. Recordar cómo ha sido mi vida desde el último día que lo vi hace que me libere del peso que sentía en el pecho. Y puedo por fin respirar sin

dolor. Al estar con Arsen, puedo por fin llorar sin fingir que todo está bien. Con él, puedo dejar que las emociones se apoderen de mí sin avergonzarme por ello.

Con Arsen puedo ser yo.

Hipando, cojo la servilleta que me entrega, y me limpio los ojos y la nariz.

—Debo de estar hecha un desastre.

—No... Eres el mapache más bonito que he visto nunca. —Lo miro mientras levanta la mano y me acaricia la mejilla poco a poco. Cierro los ojos y me pierdo en la cálida sensación de su palma contra la cara, en su ligero roce que me hace hormigüear la piel. Cuando lo miro de nuevo, sus ojos arden de deseo, y me está observando mientras acaricia suavemente mi pómulos. Me doy cuenta de que su respiración empieza a acelerarse mientras seguimos mirándonos. La música de fondo ha cambiado y ahora es *hip hop*, pero entre nosotros solo hay silencio. Un silencio que me hace consciente de sus manos sobre mi cuerpo.

Me levanto despacio de su regazo y me muevo para sentarme a su lado. Poner distancia entre nosotros me da la oportunidad de aclararme la mente y sosegar el alocado latido de mi corazón.

—Así que, resumiendo, he renunciado a ser madre. No quiero volver a intentarlo, Arsen. Me duele pensar en ello. No sé si porque el aborto todavía sigue demasiado fresco en mi memoria... De verdad que no lo sé. Quiero decir, intenta ponerte en mi lugar. Desear, esperar y rezar por eso que anhelas y necesitas más que nada, y al final es tuyo para que el destino, la vida o el karma, como quieras llamarlo, te lo arrebatte otra vez. No puedo volver a pasar por eso. No puedo.

Sus ojos me taladran.

—Sé exactamente lo que se siente. No te imaginas cómo lo sé. —Deja que sus palabras floten en el aire durante un momento, pero tengo la sensación de que trata de decirme algo—. Así que escúchame, y escúchame con atención... He pasado por lo mismo. Ya sabes lo de Jessica. —Me pone la mano en el muslo—. No quiero entrar en detalles, pero hubo un momento en el que pensé en quitarme la vida. Todo eso me hizo ser quien soy ahora, y no puedo cambiar nunca. ¡Joder! Si pienso en ella todavía me duele, pero mientras me encontraba de nuevo a mí mismo, descubrí una verdad innegable.

—¿Qué? —susurro.

—La vida sin amor, sin sueños que perseguir, no es nada. No significa nada. Es una cáscara triste y vacía, Catherine. Es muy fácil ahogarse en la oscuridad, dejar que te trague, hundirte y quedar cegado por ella. Pero tienes que luchar. ¡Lucha!

—Es muy fácil para ti decirlo. Odio que la gente me diga que todo va a mejorar..., que un día no me dolerá tanto..., que no me dé por vencida y luche. Bien, pues enséñame cómo. Muéstrame el camino para...

—Alto. Tampoco sé lo que hago, Catherine. —Me coge la mano—. La vida está llena de sorpresas y desafíos a cada paso del camino, pero no dejaré que eso me detenga. Trato de improvisar mientras avanzo. Es la única manera de sobrevivir. A veces, tienes que mirar a ese jodido monstruo que es la vida directamente a los ojos y decirle que lo lleva claro, porque no piensas rendirte sin luchar. —Me besa la mano y se inclina hacia mí para cubrirme con su cuerpo—. No voy a permitir que te rindas. Tienes que luchar. Lloro todo lo que necesites, emborráchate para olvidar, pero no dejes que la mierda de la vida acabe contigo. No te lo mereces. Y quizá deberías hablar con Ben. Ábrete a él. —Parece que se obliga a sí mismo a decirlo.

—No, no quiero hablar con él. Siempre me dice lo mismo. Que todo irá bien. Que lo arreglaremos. Pero no es así. Nunca es así.

—Hoyuelos, si te estoy diciendo casi lo mismo. Y Ben tiene razón. Tienes que dejar que te ayude. Es probable que juntos podáis superar toda esta puta mierda —dice. No está tratando de tranquilizarme con falsas promesas. Abre la boca para hablar, pero se lo impido antes de que diga algo que no quiero oír.

—No, Arsen. Gracias, pero olvídalo. No quiero hablar de él, ni del lastimoso estado en que se encuentra mi matrimonio.

El bar está ahora mucho más concurrido. Me pregunto cuánto tiempo llevamos aquí al darme cuenta de que todavía estamos cogidos de la mano. Las estoy mirando cuando siento que se acerca a mí, inclinándose hacia mi oreja.

—Es un buen tío, hoyuelos —me susurra al oído—. Estoy seguro de que te lo dice por tu bien. Quizá no deberías estar aquí conmigo cuando puedes estar con él.

Irritada, le suelto la mano. La verdad puede ser una jodida molestia.

—Sí. Pero no quiero. Quiero estar aquí. Si lo deseas, márchate. No me importa. Me caes bien, Arsen, pero no voy a aceptar ningún consejo sobre relaciones de un hombre que no sabe abrirse ni establecerse con una mujer porque tiene miedo a que todo se joda. Lo siento.

Me mira con furia mientras cruza los brazos.

—¿Sabes qué? Vete a la mierda. Estoy tratando de ayudarte. Y por si no te has enterado, me importa una mierda tu matrimonio y...

—¡Sí! ¡Venga! ¡Dilo! A ver si te atreves. Di que yo también te importo una mierda. ¿Y por qué debería importarte? Ni siquiera me gusto a mí misma.

Con lágrimas de ira quemándome los ojos, me levanto y lo dejo allí sentado. No era esto lo que esperaba cuando acepté reunirme con él a espaldas de Ben. No sé lo que buscaba, pero sin duda no era esto.

Ya fuera del bar, atravieso la acera para coger un taxi. Cuando levanto el brazo desnudo en el aire, recuerdo demasiado tarde que he dejado mi chaqueta en el guardarropa. A la mierda con ella. El aire frío es un alivio bienvenido porque enfría mi piel ardiente.

Estoy a punto de entrar en el taxi amarillo que se ha detenido delante de mí cuando oigo la voz de Arsen.

—¡Joder, Cathy, espera! —Me agarra del brazo y me obliga a darme la vuelta. Nos miramos. Por el rabillo del ojo, noto que estamos atrayendo mucha atención, pero no me importa.

—¡Suéltame, cabrón!

Mi ira le sorprende, lo que le lleva a soltarme. Me zafó de él y lo dejo allí mientras corro a ciegas por un par de calles antes de que me alcance. Me coge la mano con fuerza, y me arrastra a un callejón donde podemos ocultarnos de los peatones. Allí empiezo a golpearlo y le grito que me suelte. Intenta cubrirme la boca con una de las manos para que no chillé, pero no se lo permito y le muerdo con saña, sintiendo que le rompo la piel. Saboreo su sangre. Y es muy dulce.

—¡Vete a la mierda, Arsen! ¡Déjame en paz! ¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio!

—¿Podrías escucharme? ¡Joder! ¡Basta, Catherine! ¡Mírame! ¡Mírame!

Llorando, derrotada, dejo que me coja entre sus brazos y me siente en su regazo, sobre el suelo sucio.

—Shhh... Cathy... —murmura en tono de desesperación—. Lo has entendido todo mal. Todo. Me importas... Me importas mucho. —Hay desesperanza y anhelo en su voz y en sus gestos.

Cuando levanto la mirada y busco sus ojos, por fin lo entiendo todo. La canción, la llamada telefónica, esta noche... Lo entiendo. De verdad.

No sé si es por la desesperación o la tristeza que siento, por la mirada de anhelo que veo en sus ojos o por la atracción que siento hacia él y contra la que he luchado todo el tiempo, pero decido que ya no me importa. Estoy harta de hacer lo correcto. Es en este momento, cuando siento el cálido aliento de Arsen en mi cara y sus brazos a mi alrededor, que decido lanzarlo todo por la borda. Ben, mi matrimonio y mi futuro.

Necesito sentir a Arsen dentro de mí.

Quiero que me haga arder y me consuma hasta convertirme en cenizas con el fuego que rugé en sus ojos azules. Necesito besarlo.

Y lo hago.

Cuando nuestros labios se encuentran, no es un momento tierno. Es feroz.

Apasionado.

Voraz.

Nuestros dientes chocan.

Nos tiramos del pelo

Como si fuera el último beso que pudiéramos probar.

Es Arsen el que se separa primero. Con el pecho subiendo y bajando pesadamente, me mira con un deseo tan poderoso que me licuo entre las piernas.

—Vamos a marcharnos de aquí —dice, poniéndome las manos en los hombros y acariciándome la piel con las puntas de los pulgares, haciéndome sentir sus huellas dactilares.

Permanezco en silencio durante un momento, bebiendo su belleza. El color de sus ojos, la fuerte línea de su mandíbula, la incipiente barba dorada que cubre su rostro, sus labios exuberantes...

No soy una ingenua. Sé que si me marchó con él en este momento, haremos algo más que tomarnos simplemente de las manos.

Iremos a follar.

Si me salgo de aquí con Arsen, estaré dando la espalda a mi matrimonio y a Ben de una vez por todas. Si acompaño a este hombre que lleva un infierno azul en los ojos, acabaré ardiendo en él hasta que no quede nada de mí.

20

Una vez que Arsen cierra la puerta a nuestra espalda, me empuja inmediatamente contra ella y empieza a besarme con desesperación. Cubre mis labios primero y luego se desliza hacia el cuello y más abajo. Una fina pátina de sudor me cubre las mejillas, el escote... Hace que el deseo palpite en mis venas. Gimiendo, le cojo la cabeza y lo hago subir hasta mi cara. Necesito sentir sus labios en los míos una vez más.

Cuando nos separamos, nos estudiamos el uno al otro asimilando la realidad de lo que estamos a punto de hacer. Mientras el silencio se espesa en la habitación, solo puedo mirarlo al tiempo que me observa con los ojos llenos de deseo. Es muy diferente a Ben. La belleza dorada de Arsen es el contrapunto perfecto para las oscuras miradas de mi marido.

—Hoyuelos, daría lo que fuera por conocer los pensamientos que encierra esa cabecita tuya —dice con una sonrisa en los labios.

—Arsen, no he venido aquí para hablar.

La sonrisa desaparece.

—¿Para qué has venido, Catherine?

Muevo la cabeza. No creo que pueda decir en voz alta lo que quiero que me haga, aunque parece saber exactamente lo que deseo.

—Enséñame las tetas —ordena con una voz tan áspera como una lija.

—¿Qué? No. ¿Por qué? —Me sorprende la crudeza de sus palabras. Pero ¿qué esperaba? ¿Un poema de amor?

—Quieres follar, pues vamos a follar. Quiero verte las tetas. Necesito sentir las tetas en mis manos. No tienes ni idea de cuánto tiempo llevo esperando esto. Joder, hoyuelos... —murmura mientras me baja el escote del vestido, exponiendo mis pechos pequeños. Cierro los ojos por vergüenza, o quizá por la emoción que me inunda al sentir cómo los acaricia reverentemente con sus manos grandes. Me frota los erizados pezones con los pulgares.

—¿Son sensibles? —pregunta en tono ronco mientras los pellizca—. ¿Lo son? —insiste al ver que no respondo.

—Sí —gruño.

Arsen me los aprieta con fuerza una vez más antes de soltarlos. En cuando aparta las manos, echo de menos su contacto.

—Date la vuelta y enséñame el culo. —Estoy tan excitada que sigo sus instrucciones sin pestañear—. Sí, así. Ahora, inclínate contra la pared y échalo hacia fuera. Quiero verte el coño.

Arsen no vacila. Ordena y yo obedezco.

De espaldas a él, siento cómo me baja lentamente el tanga hasta la mitad del muslo. Entonces, sin que la ropa interior le impida la vista, me manosea las nalgas, masajeándolas mientras me penetra con un dedo desde atrás. Nota lo mojada que estoy, lo mojada que me ha puesto.

Gimo y me arqueo hacia sus dedos.

—Oh, joder... ¿Ves lo empapada que estás? Te gusta, ¿verdad?

Lo quiero dentro de mí, así que cuando comienza a alejarse de la puerta tirándome del pelo, arqueo el cuello hacia atrás, pero no me muevo.

—¿Quieres que te folle aquí? —Asiento como una loca—. ¿Quieres que sea salvaje?

Trago saliva antes de responder.

—Como tú quieras. Solo quiero que sea ahora. —Quiero que me haga sentir entumecida, que me libere de este puto dolor por un tiempo.

—Echa el culo hacia mí, nena. Voy a follarte ahora mismo. —Se detiene—. Es tu última oportunidad de decir que no. ¿Estás segura de que quieres que lo hagamos?, porque cuando empecemos ya no habrá vuelta atrás.

Cierro los ojos y tomo una decisión.

—Sí. Dios, sí. Estoy segura.

Arsen se inclina.

—No te vas a arrepentir —me susurra al oído.

Siento sus brazos mi alrededor cuando me levanta en el aire para llevarme a la cocina.

—¿Qué estás hac...?

No termino la frase, porque su boca busca la mía. Su lengua lucha contra la mía. Su beso es agresivo, posesivo, y está lleno de necesidad. Siento la encimera debajo de mis nalgas; entonces me suelta y da un paso atrás para mirarme. Me quita lentamente el vestido rojo y el sujetador, desnudando mis senos. Cuando no me cubre nada, empiezo a desabrocharle la camisa.

—¡Joder! Me vuelves loco. —Se inclina y me mordisquea el labio inferior mientras me rodea con los dos brazos, sosteniéndome.

Con la camisa blanca abierta, su pecho desnudo me roza los pezones, ya tiernos por sus dientes, que se endurecen dolorosamente como guijarros. Cierro los ojos, dejando que su boca se pasee por mi cuerpo, y solo los abro cuando siento que desliza la lengua por el valle entre mis pechos. Veo cómo traza un camino hasta mi cuello sin apartar los ojos de los míos. Sin romper el contacto visual, captura uno de mis pechos con la boca y rodea el pezón con la lengua.

Cuando Arsen me suelta la espalda, apoyo los brazos en la fría superficie para no caerme mientras me agarra el culo con aspereza y me acerca más a él. Siento su erección a través de los pantalones al empezar a frotarse contra mi clítoris. Y justo en el instante en el que estoy a punto de perderme en la sensación, noto que da un paso atrás para quedar entre mis rodillas. Me clava en ellas los dedos, indicándome que las separe. No ofrezco ninguna resistencia cuando se coloca entre mis muslos y, respirando contra mi boca, se inclina para mordirme el labio inferior.

Noto el sabor de mi sangre.

Tenso el estómago, oyendo solo el latido de mi corazón. Lo observo con atención, y lo que veo en sus ojos me asusta porque es un reflejo de lo que yo misma quiero. Pero he venido a jugar, ¿verdad?

Soy una mujer.

Y sé lo que quiero.

Nos miramos mientras me roza el clítoris con el pulgar.

—¿Por qué estamos haciendo esto, Arsen? —le pregunto tras aspirar una profunda bocanada de aire—. ¿Por qué me deseas a mí? Podrías tener a quien quisieras.

Pasa tres dedos por mi clítoris y luego los hunde profundamente en mi interior. La excitación me atraviesa. Llevo las manos a su pelo, acercando su rostro al mío mientras me oigo gemir. Separo más las piernas y arqueo las caderas en muda invitación a su toque despiadado. Gimo cuando empieza a frotarme más rápido. Más fuerte. Resulta hermoso y brutal a la vez. Después de unos instantes, estoy a punto de correrme, pero él se detiene.

—Levántate. Date la vuelta e inclínate hacia delante —me ordena.

Estoy tan perdida en el placer que no me preocupa lo que significan sus palabras.

Lo que está a punto de hacer.

Lo que estamos a punto de hacer.

Hasta ahora, Arsen y yo nos hemos engañado fingiendo que somos solo amigos y nada más. A pesar de mi neblina mental, sé que si hoy llegamos más

lejos, mi matrimonio habrá terminado. Una parte de mí, la que gobierna mi vida, me dice que continúe y folle con Arsen. Que me olvide de todo y me sienta viva una vez más, que sienta algo.

La otra parte, que es enorme, a la que he estado ignorando desde que accedí a reunirme con Arsen, me insta a no continuar. Que no le haga esto a Ben. Que no me lo haga a mí misma. Que estoy engañándome, que soy mejor de lo que creo. Esa parte también me dice que amo a Ben y que, sin él, no seré nada.

«Bueno, asúmelo».

Debo asumir la culpa que siento y lo que mi vacilante corazón me dice.

Como ya he dicho antes, quiero olvidar.

Y Arsen...

... es mi kriptonita.

Así que me inclino sobre la encimera de la cocina. Oigo cómo se baja la cremallera y abre el preservativo. Cuando me pone las manos en las caderas, me sujeto al borde de la superficie. Así inclinada hacia delante, ofreciéndome a él, mis ojos aterrizan en algo que brilla intensamente cuando la luz incide en mi mano. Se trata de mi anillo de compromiso y de la alianza de diamantes de mi boda. Casi con lejanía, admiro la belleza de esas sortijas... La sencillez de su diseño..., la forma en la que parpadean, como una señal de advertencia.

Ben.

Él me entregó estos anillos mientras me prometía que sería mío para siempre. Pronunciamos nuestros votos matrimoniales cuando me puso esa alianza en el dedo.

Ben.

Cierro los ojos sin querer recordar, sabiendo lo que voy a hacer, lo que voy a tirar por la borda. Lo que necesito hacer.

—¿De verdad quieres que sigamos? —pregunta Arsen con la voz ronca.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Cállate y fóllame, Arsen. Fóllame de una vez —gimo suplicante—. Hazme olvidar. Por favor, haz que me olvide.

—¡Joder, Catherine! —Me acaricia lentamente la espalda desnuda, haciéndome temblar bajo el tierno roce—. Sí, eso haré.

Todo sucede a la vez. Cierro los ojos, empieza a sonar mi móvil y Arsen se desliza hasta el fondo, empujándome hacia delante con la fuerza de su envite. Se me escapa un grito. ¿De dolor? ¿De placer? ¿De culpa? Quizá de todo un poco.

Cuando siento su polla en mi interior, mi cuerpo reconoce de inmediato la diferencia. El grosor..., la longitud... no son los mismos, pero me gustan igual. Tal vez incluso más, porque no es Ben. Cierro los ojos y silencio la voz que me

grita en la cabeza que esto está mal. En este momento, solo existimos Arsen y yo.

Ni siquiera Ben.

—¿Te gusta, hoyuelos? ¿Te gusta tener mi polla en tu coño? —sisea mientras empieza a moverse.

Siento que mi excitación se incrementa todavía más, nublándome la mente, mientras Arsen embiste con lenta fluidez. Mi cuerpo excitado lo abraza, lo acoge y lo acepta por completo.

Y el móvil sigue sonando.

Contengo el aliento e ignoro el molesto tono del timbre y lo que me recuerda. No quiero pensar. Estoy a punto de tener un orgasmo, así que impulso mi cuerpo hacia atrás. Se oye el impacto de nuestros cuerpos chocando..., golpeándose... y el teléfono sigue sonando.

Arsen gime mientras me agarra las caderas con más fuerza, clavándome los dedos en la carne al tiempo que me llena de una forma tan salvaje que borra todos los recuerdos de Ben de mi cuerpo. Me oigo gemir cada vez más fuerte cuando mueve una mano para frotarme el clítoris con frenesí.

Estoy cerca, muy cerca.

El teléfono suena de nuevo... Y otra vez... Y otra...

No para nunca, y me empiezo a balancear con el ritmo del timbre.

No abro los ojos. No quiero perder la cadencia del coito, pero mi cuerpo tiene otras ideas. Arsen me agarra las manos con las suyas mientras se inclina sobre mí, empujándome con su pecho hasta que apoyo el estómago en la encimera, recuperando el compás que he perdido.

No me susurra ninguna palabra de amor al oído. No hay risas. Los ruidos que llenan la estancia son el frenético impacto de nuestros cuerpos, sus gemidos y los míos.

Y el puto móvil que no deja de sonar.

Mientras me folla con agresividad, busca mi clítoris con los dedos y se pone a frotármelo, ahora sin piedad. El clímax flota sobre mí, esperando el empujón final. Abro los ojos y bajo la cabeza para mirar debajo de mi cuerpo, donde él se impulsa en mi interior. Su polla es enorme y brillante, y solo deseo metérmela en la boca y chuparla, pero no lo hago. Me limito a subir el culo impulsándome hacia él y obligándolo a golpear mi cuerpo con el suyo. Le estoy entregando todo lo que tengo, y Arsen se pone a penetrarme con más fuerza, con más velocidad. Me siento mareada. Estoy a punto. El dolor se vuelve insoportable, pero no puedo dejar de disfrutar de la agresión de sus caderas. Me está

acercando al clímax. A mi espalda, Arsen se hunde una última vez, empujándome hacia delante.

Nos corremos a la vez de una forma brutal.

—¡Joooooder! —grita.

Gimo.

Después de un largo silencio, nuestra pesada respiración entrecortada es el único sonido que se escucha en la estancia.

—Porque no podemos evitarlo —dice Arsen, respondiendo finalmente a mi pregunta—. Porque no podemos seguir negando esto.

Cuando se retira de mi interior, mis ojos caen en la pantalla del móvil dentro del bolso. En la imagen que me mira fijamente.

Ben con Mimi en sus brazos sonriendo a la cámara.

Un rato después, después de otra ronda, estoy acostada desnuda encima de Arsen. Nuestros cuerpos sudorosos están unidos todavía, y me pasa la mano por la espalda, acariciándola con suavidad. En ese momento, un pensamiento toma forma con repentina claridad en mi cabeza. Con el corazón acelerado, me doy cuenta de que hace mucho tiempo que no me siento así: viva.

Y quiero más.

Mucho más.

Estoy llorando.

Me duelen los ojos.

Me siento depurada.

Es como si mi cuerpo estuviera en carne viva.

Dios, dame fuerzas. Quiero regresar. Necesito regresar, pero ¿seré capaz?

¿Podré volver con Arsen para dejar que me folle de nuevo hasta borrar el dolor? ¿Hasta que me arranque del profundo océano de remordimientos en el que me estoy ahogando?

Las olas siguen tirando de mí hacia abajo. Y necesito salir de ahí. Debo hacerlo. Pero él ha conseguido que me olvide de todo, aunque solo sea un par de horas. Me ha hecho olvidar, y eso es lo que yo quiero.

Tengo que olvidar.

El agua abrasa, y me quema al caer sobre mi piel, pero me gusta. El dolor es un dulce castigo por haber probado algo tan deliciosamente prohibido.

Me cubro con espumoso jabón mientras continúo frotándome de pies a cabeza, lavando mi cuerpo. No quiero, pero tengo que hacerlo. No puedo meterme en la

cama con el olor de otro hombre, con el almizclado olor del semen de Arsen, así que me froto con jabón de jazmín una y otra vez. Ignorando la hinchazón que siento entre las piernas, lo sensibles que tengo las rodillas o el moratón que ha aparecido en mi pecho izquierdo, cerca del pezón... Borro todas las huellas de mi cuerpo.

Cuando termino de ducharme y de secarme, me aplico hidratante por toda la piel antes de meterme en la cama. El pelo, todavía húmedo por la ducha, moja la almohada cuando me acuesto para fingir estar dormida antes de que Ben se una a mí. No sé cómo voy a enfrentarme a él, cómo lo besaré, cómo lo buscaré con la boca, cuando lo único que quiero es saborear a otro. Junto las piernas para sentir el tierno dolor entre ellas, un recordatorio constante de que debería sentirme arrepentida. Y me arrepiento, tengo remordimientos, pero no creo que eso impida que repita lo que ha ocurrido esta noche. No. Quiero ser egoísta. Por primera vez en mucho tiempo, he podido olvidar el dolor y los recuerdos.

Me he perdido en el dulce olvido que ofrece el cuerpo de Arsen.

Y me he sentido viva.

Me he sentido libre, me he alejado de mi vida de mierda y he fingido por un instante que solo era Catherine. Una mujer. Una mujer sensual que no es un fracaso.

Cuando Arsen me ha tocado, no he sentido un rechazo visceral a su contacto.

Cuando se ha hundido en lo más profundo de mí con cada empuje, no he sentido que estaba follando para quedarme embarazada, no he sentido la falta de pasión.

Cuando me penetró sobre la moqueta la segunda vez, no era un trabajo o una tarea impuesta. Era pura pasión... Y quiero más.

Anhelo más.

Pero ¿podré volver a hacerlo?

No lo sé.

Las lágrimas de culpa se han secado ya y mi cuerpo está limpio. Mi conciencia no importa, así que ¿por qué me siento tan confusa? La respuesta debería ser muy sencilla: alejarme, confesárselo todo a Ben, disculparme y esperar que sea capaz de perdonarme y olvidar. La cuestión es que me avergüenzo de lo que he hecho, pero no lo lamento. No lo hago. En realidad es irónico. Es pensar en la forma en la que ha entrado en mí, dentro de mí, por todas partes, y me pongo enferma, la culpa me retuerce las entrañas. Sin embargo, al mismo tiempo, esos mismos recuerdos hacen que mi corazón vibre tan rápido como las alas de un colibrí. Con él, el control y las restricciones desaparecen; estar con él es pura

felicidad.

A veces no tener el control, no ser capaz de pensar, dejarse llevar por el momento y perderse por completo es la mejor sensación del mundo. Resulta liberador. Adictivo. En su más alto nivel. Es rozar una especie de libertad que sabe tan dulce que no puedes evitar querer más y más.

Ben se acuesta a mí lado poco después, y me gustaría que no lo hubiera hecho. Solo cuando siento su cálida mano en la cadera, cuando estoy acostada junto a mi marido —que ignora por completo lo ocurrido—, asumo por completo la certeza de lo que he hecho esta noche. La repugnancia ruge en mi interior, envolviéndome en una oleada de náuseas. Me siento sucia. Asqueada.

Soy infiel.

Soy escoria.

No puedo soportar su contacto, así que me alejo y me giro sobre el otro lado, dándole la espalda. En esta posición puedo fingir que esta es otra noche más. Puedo mentirme a mí misma e ignorar el remordimiento que me agrieta por dentro sin permitir que me duerma. Pero en cuanto cierro los ojos, mi mente empieza a revivir lo que ha ocurrido en el apartamento de Arsen y me doy cuenta de que ha sido un gran error.

Recuerdo cada vívido detalle con una opresión en el pecho.

«Tócate...».

«Quiero ver cómo te corres...».

«Sí..., frótate el clítoris...».

«Joder...».

«Mírame cuando hagas eso».

«Si. Así...».

«Imagina que tienes mi polla en el coño y que te follo el culo con los dedos».

«¿Lo sientes?».

Lo observo mientras se coge la polla y empieza a deslizar la mano por ella.

Arriba y abajo...

Arriba y abajo...

Me froto el clítoris con más rapidez al ver cómo se acaricia.

«Detente...».

«Fóllate el coño con los dedos».

«Sí... Más profundamente. Quiero ver cómo desaparecen en tu interior».

«Sácalos. Levántate. Ven aquí».

«Buena chica... Ahora mételos en mi boca y hazme una paja con la mano libre».

Siseando, apoya la erección en mi mano mientras susurra que lo haga con fuerza.

Lo miro mientras me chupa los dedos. La forma en la que desliza la lengua por ellos. Y sigo observándolo cuando los saca de la boca.

«Sí...».

«Con más fuerza...».

«Con más fuerza...».

«Dios, hoyuelos... Te necesito ya».

«Ponte a cuatro patas».

«Me voy a follar ahora mismo ese dulce coño».

«Con dureza».

«Te voy a follar a lo bestia».

Sí, estoy de rodillas sintiendo a un hombre que no es mi marido dentro de mí. Noto cómo me abre con las manos para poder penetrarme más profundamente, para poder llegar al fondo.

Me invade con sus dedos.

Por todas partes.

Me estremezco, recuerdo incluso la forma en que gimió cuando se retiró de mi interior y se corrió sobre mi espalda.

Sí. Tengo que pedirle perdón a Ben por todo. Tengo que disculparme con Ben por adorar el sabor de Arsen en mi lengua solo porque no era el suyo. Tengo que pedirle perdón porque por primera vez en mucho tiempo he podido correrme sin cerrar los ojos para imaginar unos azules en lugar de castaños. Porque esta noche he tenido los ojos muy abiertos, porque cuando alcancé el orgasmo, me perdí en un mar azul.

¿Podría perdonarme? No estoy segura de lo que quiero. No, lo sé. Adoro a Ben. Amo a mi Ben.

¿Qué he hecho?

¿Qué he hecho?

Un pánico atroz empieza a crecer dentro de mí cuando siento la barbilla de Ben, medio dormido, haciéndome cosquillas en el hombro. Entierra la nariz en mi cuello e inhala profundamente, haciendo que se me acelere la respiración. Cuando estoy a punto de darme la vuelta para que sepa que estoy despierta, me rodea con los brazos.

—Lo siento. Siento mucho no poder darte..., pero tú eres suficiente. Eres más que suficiente para mí. Eres mi puto mundo, nena. Y necesito que vuelvas a mí. Por favor, no me dejes fuera, no puedo soportarlo más. —Me estrecha con

fuerza, acercando nuestros cuerpos mientras continúa susurrando con ferocidad en mi oído—. Poséeme, lléname, rómpeme, repárame, complétame... Haz lo que quieras conmigo. Pero quédate. Te necesito. Te necesito para poder vivir. Te necesito en mi vida. Necesito que vuelvas a mí.

Muero lentamente con cada una de las palabras que susurra. Son como dagas en mi corazón. Se clavan en mí. Me destruyen.

Sin saber qué decir y sintiéndome una mierda, finjo que estoy durmiendo. Unos minutos después, oigo su profunda respiración, indicándome que por fin está dormido.

Quiero gritar.

Quiero llorar.

Quiero pedirle perdón.

Quiero estar sola.

Quiero morirme.

Cierro los ojos y me hago una promesa a mí misma: no voy a volver a estar con Arsen nunca más. No se lo voy a decir a Ben porque ha sido un polvo de una noche, y es mejor que algunas cosas se mantengan en secreto.

Nunca volverá a ocurrir. No. Lo sé. Superaremos esto. Será como si nunca hubiera ocurrido. Mi amor por Ben va a ser suficiente.

Lo amo.

Lo amo.

Lo amo.

Eso es lo que repito como una letanía mientras empiezo a dormirme, pero lo último que recuerdo son unos brillantes ojos azules clavados en mí.

Entonces sé que mis palabras están vacías. Que mis promesas se las llevará el viento.

Que volveré a ver a Arsen de nuevo.

Y que seguiré haciéndolo...

Hasta que no pueda más.

21

Todo el mundo dice que, si juegas con fuego, te acabas quemando. Bien, pues cuando se trata de Arsen, no solo quiero quemarme: quiero acabar hecha cenizas.

Es mi oportunidad de estar desprotegida y feliz. De ser salvaje, increíble y ferozmente feliz. Con un beso, ha despertado algo dentro de mí que había permanecido inactivo durante mucho tiempo: la voluntad de vivir. Y voy a abrazarlo, aunque sea a costa de mis valores y mi matrimonio.

Han pasado tres semanas desde que empezó lo nuestro. Tres semanas en las que he vivido en un paraíso manchado. Un lugar donde su sabor, su olor y las sensaciones que provoca en mí son lo único que me importa, lo único que acelera mi corazón. Un lugar donde él es mi única realidad. Llevo tres semanas evitando pensar en Ben durante el día y sentir su contacto por la noche. Lo amo, sigo amándolo. Pero no es lo que necesito, no es lo que deseo.

Me he vuelto loca. Necesito estar con Arsen para sentirme en paz, para estar calmada y centrada. Para sentirme reclamada, poseída. Estoy perdiendo la cabeza por él y no puedo evitarlo. No puedo hacer más que esperar a que naufraguemos. Y ocurrirá. Y acabaré destrozada.

Destruida.

Hecha pedazos.

En las raras ocasiones en las que Ben y yo cenamos juntos, me resulta muy difícil verlo comer o hablar con él como si todo fuera normal, porque no lo es. A veces, menudencias como la forma en la que sostiene su tenedor o cómo se lleva la comida a la boca me recuerdan a Arsen. Miro su cabello castaño oscuro e imagino los mechones dorados de Arsen entre las piernas. Veo sus dedos sosteniendo el tenedor y pienso en el lugar prohibido donde estaban los de Arsen el otro día. A pesar de lo que me dolió al principio, disfruté cuando Arsen me folló después justo ahí.

Es horrible estar sentada delante de mi marido y revivir lo que he hecho con mi amante. Lo peor es que cuando Ben me hace el amor, me imagino que es Arsen.

Pero esta es mi realidad. Nadie ha dicho que la infidelidad fuera bonita, pero,

joder, es realmente asquerosa.

Sin embargo, no puedo detenerme.

Ben piensa que hoy voy a ir de compras a Manhattan y que quizá me quede a cenar con Amy. Lo cierto es que las mentiras fluyen con facilidad cuando ya no te importa decirlas, cuando has perdido toda la vergüenza.

Y eso es lo que me pasa a mí.

Arsen me recoge en un deportivo blanco en Grand Central y se aleja con rapidez de la estación con rumbo desconocido.

—¿A dónde me llevas?

Me coge la mano y me mira.

—Al *loft*. Me da la impresión de que es el único lugar donde podemos disfrutar de privacidad sin preocuparnos por encontrarnos con alguien que nos conozca.

—Esto es Manhattan. Estoy segura de que podemos encontrar un lugar privado si queremos. —Me inclino y le paso las manos por el pelo.

—Supongo que sí. Pero si te deseo, no voy a ser capaz de no poseerte: me dará igual dónde estemos. —Me suelta la mano y baja los dedos por mis piernas desnudas, calentando mi piel con sus caricias.

Sonrío y recuerdo la última vez que lo vi.

Estábamos en una discoteca subterránea. Arsen había elegido ese lugar porque podíamos mezclarnos con la multitud y pasar desapercibidos. La música era rápida y vibrante, pero mientras la gente se movía a nuestro alrededor, dando saltos y girando, Arsen y yo permanecíamos en nuestra burbuja. Olía su deliciosa colonia y, si quería, podía probar su sudor con la lengua. Inclino la cabeza para apoyar su frente en la mía y me cogió por el culo para pegarme a él, excitándome instantáneamente hasta un punto casi doloroso. Y bailamos juntos como si fuéramos uno, moviéndonos como olas ondulantes. Despacio. Sensual y carnalmente.

El calor del club, el sudor de nuestra piel y la sensación de su cuerpo tan cerca del mío, pero no lo suficiente, me hicieron sentir eufórica. No me importaba nada, salvo Arsen.

Me empujó con suavidad, pero me empecé a reír al darme cuenta exactamente de con qué me había empujado. Un sonriente Arsen cerró el espacio que separaba nuestros rostros y me besó con la boca abierta mientras seguíamos retorciéndonos el uno contra el otro.

Me encantó.

Deberíamos habernos sentido incómodos haciendo eso en medio de la pista de baile, pero parecíamos estar en un mundo diferente donde la pasión que hacía que me empapara y que Arsen se pusiera muy duro conseguía que todo lo demás fuera trivial. Ni siquiera me importaba si salía alguna foto de nosotros dos en los periódicos. Me sentía al borde del éxtasis.

Cuando la canción se transformó en música con más ritmo y más rápida que la anterior, Arsen pareció darse cuenta de dónde estábamos. Me soltó el culo y me acarició la barbilla al tiempo que enredaba los dedos en mi cabello.

—¿Qué es lo que me hace perder la cabeza? —me susurró al oído, inclinándose.

Antes de que tuviera tiempo para reaccionar, me cogió de la mano y me hizo seguirlo a un rincón oscuro y vacío. Cuando llegamos allí, me apoyó contra la pared y cogió el borde de su camisa para secarme el sudor de la cara, dejando al descubierto sus marcados abdominales. Quise inclinarme y dibujar con la lengua cada ondulación cubierta de sudor.

Me cogió de sorpresa cuando, después de soltar la camisa, usó su cuerpo para sostenerme contra la pared. Apoyó las manos a ambos lados de mi cabeza y se inclinó para pasar la nariz por mi pelo, mi garganta y detrás de la oreja.

—Sentirte... —me susurró al oído—. Te deseo tanto... No había deseado nunca a nadie tanto como a ti.

Ese fue uno de esos momentos en que estaba con Arsen, llena de él, en el que no cruzó por mi mente ninguna idea sobre Ben. En el que pude enterrar mis sentimientos por él en lo más hondo de mi corazón e ignorar la culpa que me carcomía por dentro.

Cuando pude ignorar la realidad y fingir que Arsen era mío.

En ese instante estaba borracha de él.

Era todo lo que quería.

Me hacía querer echar la cabeza hacia atrás y reír.

Me hacía olvidar.

Cuando Arsen expresó lo mucho que me deseaba, me sentí poderosa y embriagada por la emoción. Quise mostrarle lo mucho que significaba para mí. Me estudió mientras bajaba los ojos hacia donde estaban conectados nuestros cuerpos. Mientras le recorría la cintura con las manos hasta llegar a los músculos de su pecho y su tenso abdomen. Nuestra necesidad era palpable en el aire que nos rodeaba.

Quería tocarlo, tenerlo entre mis manos, hacer que estuviera tan excitado como yo. Quería que se arrodillara ante mí. Por mí.

Sin pensar en lo que estaba a punto de hacer, metí los dedos dentro de sus vaqueros y sus calzoncillos y los cerré sobre su erección.

Lo vi cerrar los ojos y respirar hondo mientras palpaba lo duro que estaba. Deseaba darle tanto placer como fuera posible, así que acaricié lentamente toda su longitud, frotando el glande con el pulgar.

Arriba y abajo...

Arriba y abajo...

Apreté los dedos con audacia hasta que le oí sisear.

Entonces bajó la cabeza y comenzó a llenarme la cara de besos con tanta ternura que me hizo llorar. Era como si me estuviera adorando con sus labios y sus caricias. Su boca permanecía en las comisuras de la mía, en mi nariz, y luego volvía a bajar a mis labios. Con urgencia, subí la cara para besarlo. Deseaba su boca, su lengua, quería sentirla en la mía, y me dio lo que quería. Me besó lentamente, poseyéndome hasta un grado extraordinario, haciéndome gemir y abrir la boca por completo para dejar que su lengua entrara hasta el fondo. Dirigió el beso, marcando el ritmo, sin dejar que me alejara, ni siquiera cuando me sentí abrumada por él.

Apartó las manos de la pared y se acercó todavía más que antes. Se encorvó sobre mí y ahuecó las manos sobre mi culo, levantándose hasta que me quedé de puntillas. Solté su erección y me aferré a su pelo. Se lo retorcí y tiré de él hasta que lo hice gemir. Él llevó la boca a mi cuello, por encima de mis pechos, al escote de la camiseta, y lamió mi sudor.

En ese momento, mi mente estaba perdida en la necesidad de follar con él, así que subí una pierna hasta rodearle la cintura, acercándonos más que antes. En esta nueva posición, quedaba abierta a él, a su mano errante. Me acarició el interior del muslo mientras subía poco a poco por debajo de mi falda, siguió ese camino hasta que, estuve segura, pudo sentir lo mojada que estaba. Me acarició posesivamente por encima de las bragas.

Sabía que debíamos prestar más atención a lo que ocurría a nuestro alrededor: después de todo, estábamos en un lugar público y podían hacernos una foto, pero sinceramente...

... no podría importarme menos. Y Arsen parecía todavía menos preocupado que yo.

Separó los labios, entreabriéndolos al sentir lo cerca que estaba de explotar. Jugó con sus dedos, acariciándome hasta que me corrí.

Me latía el pulso en los oídos y en el cuello mientras los espasmos me atravesaban. Cada latido de placer arrancaba un gemido de mi garganta. Si no

hubiera sido porque me sostenía con la mano en las nalgas, me habría caído. Su erección presionó con fuerza contra mi vientre mientras estudiaba mi rostro, mi boca, la forma en la que subían y bajaban mis pechos al respirar. Su expresión era de asombro. Cuando recuperé de nuevo la cordura, me di cuenta de que tenía la cara roja y los dientes apretados, lo que transmitía lo tenso y dolorido que se encontraba.

Sonriendo, me puso un dedo debajo de la barbilla y me la levantó para que lo mirara a los ojos. Se inclinó para besarme una vez más, pero fue un beso corto y tierno.

—Déjame... recuperar... el... control... —intuí que decía, aunque su voz se mezcló con la música. Luego me ayudó a bajar la pierna y se arregló la ropa, haciendo una mueca al recolocar su erección. Cuando estaba preparado para regresar a nuestra mesa, se aseguró de que tuviera la falda bien puesta. Se inclinó para susurrar—: No sé cómo es posible, pero estás todavía más guapa que antes.

Lo miré notando que mi cara ya ruborizada se ponía más caliente.

—Mmm... gracias —murmuré.

Me observó durante un buen rato; luego echó la cabeza hacia atrás y empezó a reírse.

—El mejor «follabaile» de la historia —dijo al terminar de reír—. ¿Por qué no lo hacemos más a menudo?

Quise golpearlo en el hombro, pero sonreí. Parecía adorable, tan sonrojado.

—Eso me hace acordarme... de tu situación.

Me rodeó la cintura con los brazos.

—No lo pienses, hoyuelos. Estoy muy satisfecho. Mueve ese culito hasta la mesa y todo irá bien. ¿Por qué sonríes? —pregunta Arsen.

—Oh, no es nada. Estaba pensando en tus movimientos.

—¿En el club? —pregunta con una sonrisa arrogante.

—Sí.

—Hostia, eso fue jodidamente increíble.

Y estoy de acuerdo. Fue increíble, pero por él.

Cuando llegamos al *loft*, observo la decoración minimalista. Solo he estado aquí dos veces, porque por lo general nos reunimos en un hotel de Queens, pero Arsen opina que su apartamento puede ser un buen refugio, siempre y cuando finjamos que no nos conocemos cuando entramos.

La última vez que estuve aquí, tenía la atención concentrada en Arsen, así que mientras voy al dormitorio, me doy cuenta de todo lo que me rodea. Parece vacío y sin vida.

—¿Por qué no cuelgas fotos en las paredes? —pregunto, mirando a Arsen por encima del hombro. Noto que me desnuda con los ojos.

Se encoge de hombros.

—No tiene sentido. Lo único que quiero mirar está delante de mí —confiesa con la voz ronca.

—Oh... Mmm... —tartamudeo.

—Espera, ven aquí.

Curiosa, me doy la vuelta y me acerco a él. Arsen me sorprende levantándose del suelo y colocando mis piernas alrededor de sus caderas. Nuestros cuerpos conectan tan íntimamente como permite la ropa que se interpone entre nosotros.

—Mejor —asegura al tiempo que me aprieta el trasero—. Te he echado de menos. —Se inclina y me besa, hunde la lengua en mi boca, enredándola con la mía.

Después de besarnos durante un par de minutos, me aparto para respirar.

—También te he echado de menos —susurro contra sus labios.

Me lleva a al dormitorio y me deja frente a un espejo de cuerpo entero que hay junto a la cama. Mientras miro mi reflejo, comienzo a sacarme las horquillas del pelo para dejar que mi melena caiga sobre mis hombros.

Deseo a Arsen. Me hace sentir libre. Su presencia saca a la superficie un lado de mí que odio, que me hace vulnerable al recordarme todo el dolor. Un dolor que quiero olvidar. Y Arsen lo hace por mí. Quizá por eso sienta esta obsesión por él.

—¿En qué estás pensando? —pregunta.

Lo miro en el espejo mientras empieza a quitarse la ropa. Se pasa la camiseta de algodón gris por la cabeza y la deja caer al suelo; a continuación, se deshace de los pantalones y los calzoncillos. Los poderosos músculos de su torso y sus brazos me hacen pensar que podría levantarme con una sola mano sin ningún esfuerzo.

—Nada. Solo te admiro —respondo con sinceridad, dejando que el calor inunde mi corazón mientras observo su desnudez.

Él se ríe y hace desaparecer la distancia entre nosotros. Me pone los brazos en los hombros y se inclina para enterrar la nariz en mi pelo. Respira hondo, bebiendo mi olor. Está tan cerca de mí que sería muy fácil que me pusiera de rodillas y lo tomara con la boca. La imagen y el recuerdo de su sabor me hacen temblar de pies a cabeza.

—Desnúdate, Catherine —ordena con brusquedad.

Cuando empiezo a quitarme la chaqueta, se aleja y se sienta en el borde de la

cama. Me observa con una expresión lobuna, como si fuera el cazador y yo, su presa.

Me tiemblan las manos mientras me desnudo, hasta que solo me quedo cubierta por el sujetador de encaje negro y el tanga a juego, con mi delgada figura a la vista. Se me ven los pezones rosados y la hendidura de la parte más íntima de mi cuerpo a través del encaje.

Levanto los ojos de mí y lo miro. Arsen está haciendo lo mismo mientras se acaricia la erección con la mano. En su rostro hay una sonrisa carnal mientras bebe mi imagen.

—Ven aquí. —La orden, aunque suave, me hace temblar de emoción.

Arsen llega a un lado oscuro de mí, uno que es desinhibido, salvaje y que quiere ser tan malo como él. Quizá es porque me libera, no lo sé, pero cuando estoy con él no me importa nada más que él.

Me aproximo lentamente y me coloco sobre él con las rodillas a ambos lados de sus muslos, hasta que solo nos separa la fina seda del tanga. Sería muy fácil empalarme. Lo único que tendría que hacer es deslizar la tela a un lado y clavarme sobre él. Pero no nos movemos, solo nos miramos con intensidad.

—Me vuelves loco —asegura antes de lamer el valle entre mis pechos mientras me acaricia la espalda. Inclino el cuello hacia atrás y me ofrezco a él—. Quiero follarte, hoyuelos. Solo he podido pensar en eso desde la última vez que te vi. —Arquea las caderas y frota la erección contra mi sexo. La carnalidad de la fricción me hace gemir mientras siento cómo el húmedo calor de mi cuerpo se filtra a través de la seda que nos separa.

—¿No sientes lo mucho que te deseo? —pregunta bruscamente.

Busco su mirada y observo sus ojos febriles y brillantes.

—Yo también te deseo —susurro con suavidad contra su boca. Y deseo esto. Lo quiero. Es lo que necesito en este momento.

Arsen permanece en silencio durante un segundo.

—¿Sabes...? Cuando te vi por primera vez, recuerdo haberme fijado en lo tristes que parecían tus ojos. —Pasa el dedo por el borde de mi barbilla—. Pero no era nada comparado con lo que vi en ellos hace tres semanas —añadió con la voz ronca.

—¿Y cómo están ahora? —pregunto mientras me froto contra su polla.

Me sonrío con ternura al tiempo que me pasa el pulgar por los labios.

—No tan tristes.

Asiento con la cabeza. Como si fuera un faro, la luz interior de este hombre ilumina la oscuridad que me rodea.

Se levanta.

—Hoyuelos, quiero que toda esa puta mierda de tristeza desaparezca de ellos por completo.

—Oh. —No creo que sea posible. No tengo remedio. Aunque no fuera así antes, ahora sí lo es—. No sé si eso llegará alguna vez. N-no creo que sea factible —reconozco.

—Es jodidamente factible. —Me besa en los labios—. Por ti voy a hacer todo lo posible para que pase. No hay lugar para la tristeza en una cara tan bonita como la tuya.

Quiero sonreír mientras veo la expresión seria de su rostro, pero en vez de eso sacudo la cabeza una vez más mientras se me llenan los ojos de lágrimas. Me estoy empezando a enamorar de él, y no quiero. Desecho la idea y me centro en las sensaciones del momento.

Arsen comienza a besarme el cuello, dejando un trazo con la lengua que me pone la piel de gallina. Me quita el sujetador con habilidad y lo tira al suelo. Me comienza a dar palmadas en los pechos hasta que están de un rojo brillante.

Me yergo sobre las rodillas para quitarme el tanga, pero pone la mano sobre la mía.

—No —ordena—. Déjate puesto.

Se coge la dura polla con una mano y con la otra aparta a un lado la delgada tela de seda, retorciéndola con firmeza alrededor de su palma para que se me clave en la piel.

—Eres tan hermosa, tan jodidamente hermosa... —murmura.

Comienzo a bajar sobre su erección cuando se pone a sonar mi móvil.

Es él.

Es la cuarta o la quinta vez que me llama.

—No respondas. —Arsen embiste en mi interior y se retira para frotar el glande contra mi clítoris—. Deja que salte el buzón de voz. Si es él, se imaginará que estás ocupada con tus amigos. —Se ríe entre dientes después de decir la palabra «amigos».

La cruel burla de Arsen me arranca de mi neblina. Me hace sentir sobria. Pero aunque me destroce lo que vamos a hacer, la humedad entre mis piernas me traiciona. Mi cuerpo sabe muy bien lo que quiere.

—No. Tengo que responder. Si no lo hago, se va a preocupar. No he hablado con él desde que se marchó por la mañana. —Le aparto las manos del tanga, me bajo de su regazo y me acerco al lugar donde he dejado el bolso. Busco el teléfono cubriéndome los pechos con el otro brazo, deseando poder ignorar a

Ben y olvidar así la culpa que comienza a extenderse por mi interior.

—¿Sí? —respondo finalmente cuando encuentro el aparato.

—Hola, nena.

—Hola, cariño. ¿Ha pasado algo? No puedo hablar mucho tiempo, la tienda está a tope y tengo que probarme un montón de ropa —miento con la voz entrecortada.

Ben se ríe.

—Puedes comprarte todo lo que quieras, siempre y cuando no traigas a casa más ropita interior de esa con volantes que siempre termino destrozando al arrancártela. —Bajo la vista al tanga que llevo puesto y noto lo estirado que está.

Noto que se me enciende la cara por una sofocante pesadumbre, así que me lo bajo por las piernas y lo arrojo al suelo. Ahora estoy completamente desnuda. Limpia por el exterior, pero muy sucia por dentro.

—Mmm... Ben..., es que...

—Vale, vale...Tengo que irme. Te llamaba para que supieras que no iré a cenar a casa. Tengo que revisar algunos documentos. Kerry también se quedará a ayudarme, así que seguramente pediremos algo por teléfono.

Cuando menciona a Kerry, noto una punzada de celos, pero la ahogo de inmediato. No tengo derecho a ponerme celosa. Hace dos minutos estaba sentada en la polla de Arsen.

—Ah, vale... — a punto de decirle que tengo que colgar cuando siento la mano de Arsen entre las piernas. Sus dedos buscan e invaden mi núcleo.

—Dile que estás ocupada y que tienes que colgar —me susurra al oído inclinándose sobre mí. Introduce los dedos más adentro—. Quiero follarte ahora mismo.

—¿Es Arsen? —Hay incredulidad en la voz de Ben.

Arsen se ríe mientras sigue acariciándome. Quiero gemir por lo que me está haciendo con la mano, presa del deseo que me inunda. Entonces, se aproxima a mí hasta que su erección queda apretada entre mi culo y su estómago.

—Sí, cariño. Es Arsen. —Me tiembla la voz.

Trato de separarme, pero Arsen no me lo permite. Me rodea la cintura con el brazo libre para mantenerme inmóvil.

—No te atrevas a alejarte, Catherine. Ahora mismo eres mía —susurra con dureza antes de morderme la oreja. El hombre tierno que me acariciaba hace solo un par de minutos ha desaparecido y en su lugar está el viejo, frío y vulgar Arsen. Pasea furtivamente el pulgar por mi clítoris sin dejar de deslizar los dedos dentro y fuera de mí.

—¿Qué demonios haces con él? Pensaba que estabas de compras. —Parece enfadado.

Conteniendo un gemido, busco una excusa creíble para estar con Arsen. Trato de encontrar una mentira válida que pueda servir para tranquilizar al hombre que está al otro lado de la línea. El hombre al que se supone que amo tanto, mi fiel y firme marido.

—Me lo he encontrado. Ha venido acompañando a su madre.

Sé que no me cree. Ben permanece en silencio durante un minuto. Sesenta segundos demasiado largos.

—Tengo que dejarte. Adiós —se despide con frialdad.

La gelidez de su voz me asusta, me impulsa a impedir que cuelgue.

—¡Espera! —Utilizo todas mis fuerzas para apartar a Arsen. Esta vez sí que funciona, porque me deja ir mientras me alejo hacia el centro del dormitorio.

—¿Sí? —oigo que pregunta Ben.

Mi mente y mi cuerpo no están de acuerdo, porque sigo excitada por las caricias de Arsen, pero me siento enferma por la vergüenza de permitir que suceda. Sin embargo, no puedo parar. No puedo.

Me quedo un rato callada, no sé qué decir.

Mientras tanto, mi amante permanece de pie delante de mí, observándome con una mirada atormentada mientras su pecho sube y baja con la respiración agitada. Su enorme erección resulta tentadora y hermosa.

—Entonces nos vemos en casa —me despido.

Veo cómo se tensan los músculos del pecho de Arsen, pero lo ignoro. Ben permanece en silencio, y creo que va a colgar sin responder, pero me sorprenden sus últimas palabras y lo profundamente que me hieren.

—Sí. —Hace una pausa—. Te amo. No lo olvides nunca. Siempre te amaré.

La línea queda muerta mientras yo me ahogo en una sensación de vergüenza absoluta.

Arsen debe de notar un cambio en mi comportamiento, porque no me da la oportunidad de decir o hacer nada antes de arrojarse sobre mí. Me coge entre sus brazos y me lleva de vuelta a la cama.

En cuanto estamos acostados, comienza a besar todo mi cuerpo, casi como si estuviera tratando de marcarme con sus labios. En el momento en el que siento su piel contra la mía, puedo volver a fingir que no existe nada más allá de las paredes de esta habitación. Sé que debería estar enfadada con él, sentirme cabreada por lo que acaba de hacer, pero todavía oigo a Ben en mi cabeza, y no quiero escucharlo más. No puedo, o me volveré loca de culpa.

Por eso, uso a Arsen.

—Arsen...

Sus labios caen sobre los míos.

—¿Sí? —murmura entre besos mientras explora con las manos las curvas de mi cuerpo.

—Te necesito ahora mismo —le ruego.

Solo quiero sentir su cuerpo dentro del mío.

Perderme en el placer.

Enterrar la verdad lo más profundamente posible para que no me haga daño.

Se apoya en los codos, cerniéndose sobre mí, y veo que tiene los labios rojos e hinchados por los míos.

—¿Para qué crees que estoy aquí?

—No quiero más besos... Quiero...

—¿Quieres que te folle? —Impulsa la punta de su erección dentro de mí—. ¿Es eso?

Abro más las piernas para darle la bienvenida al tiempo que lo agarro por los hombros y levanto las caderas.

—Sí, por favor. No quiero pensar más —ruego.

En cuanto esas palabras salen de mi boca, sé que he cometido un error.

Arsen se pone rígido al instante.

—¿Es por la llamada de Ben? Por eso quieres que te folle, para que no tengas que pensar en él... No pienso hacerlo. ¡Hostia! —escupe Arsen mientras se deja caer sobre la espalda.

—¿Qué quieres decir? ¿Ya... ya no me deseas? —Me incorporo, cojo la sábana blanca de seda y me cubro el pecho expuesto mientras miro su cuerpo dorado. El glande hinchado brilla con la prueba de mi deseo por él.

Nos miramos sin hablar. Me sonrojo de vergüenza mientras Arsen me observa con cara de rabia.

—No —confirma con aplomo, con las fosas nasales dilatadas.

Me siento mortificada y humillada de una forma imposible de expresar con palabras. ¿En qué estaba pensando? Claro que no me desea. No valgo nada.

—Entiendo.

Me pongo de pie, pero Arsen me interrumpe el paso. Se arrodilla delante de mí y me coge la cara entre las manos.

—Joder, Catherine. Para. Mírame, por favor.

Levanto los ojos para clavarlos en él. Es como el sol. Cegador. No puedo apartar la mirada, incluso aunque esté viéndome cegada por él.

—¿Por qué siempre es así entre nosotros? —Gimiendo, se pasa una mano por el pelo—. Un momento es como si estuviéramos volando y, al siguiente, quiero golpear algo. —Hace una pausa mientras veo luchar en sus ojos la lujuria y un sentimiento que no entiendo—. Te deseo. Con todas mis fuerzas. Y lo sabes. Pero no puedo hacerlo así. No quiero follarte cuando estás pensando en él.

—Pero t-te deseo a ti. —No es mentira. Es así.

Siempre que estoy con Arsen no me siento fría, ni vacía ni rota. Él consigue que todo eso desaparezca.

—No. Así no. Soy un cabrón de mierda por poseer lo que no es mío, pero no permitiré que él entre aquí. —Señala su cama—. Aquí no. Aquí no tengo que compartirte. Aquí eres mía —concluye con suavidad.

—¡Oh, Arsen! No eres... Y él...

—Shhh, preciosa. No quiero seguir hablando de él. Ven aquí y déjame besarte. Necesito tu dulce boca en la mía —dice con ternura.

Cuando me suelta la cara, se inclina y me besa en los labios una vez más. Es un beso corto, pero no puedo reprimir la reacción de mi cuerpo en el momento en el que se unen nuestras bocas, invadiendo mis sentidos, embriagándome con su dulce sabor.

—Tienes razón. Estaba intentado... Lo siento. Lo siento —repito, sintiéndome culpable mientras nos recostamos juntos sobre la cama.

Levanta la vista de nuestras manos entrelazadas.

—De acuerdo. Entiendo lo que tratabas de hacer. He pasado por lo mismo. Yo también he utilizado el sexo para evadirme de pensamientos y emociones. —Me besa en la frente antes de continuar—. A veces funciona, a veces no, pero no quiero follarte mientras estás pensando en él.

—Lo siento.

—Olvidalo. Además, me gusta esto. —Me suelta la mano y me rodea con los brazos mientras se ríe entre dientes—. Caricias... ¿Quién se lo iba a imaginar? Me estás convirtiendo en una nenaza. Yo, diciéndote que no te follo y limitándome a acariciarte... —concluye con una sonrisa infantil.

—¿Estás seguro de que no quieres que me ocupe de eso? —Señalo su erección con la cabeza.

—No, ya se bajará.

—Pero ¿no te duele?

—No es nada que no pueda soportar. Ahora, cállate y bésame otra vez.

Y nos perdemos en un dulce momento de olvido. Nos llenamos mutuamente de aire los pulmones, mientras Arsen se va convirtiendo en parte de mí.

Horas después, antes de que salga de su apartamento, Arsen me abraza con fuerza y me besa en la coronilla y por toda la cara. Cuando me suelta, levanta una mano y me coge por la barbilla.

—¿Con él es así?

Me sorprende la pregunta.

—No, no me respondas. No quiero saberlo —añade antes de darme un beso rápido en los labios.

Mientras me dirijo a la estación del tren, me doy cuenta de que debo llamar a Ben, pero prefiero no hacerlo. Quiero pensar en Arsen un poco más. Por primera vez desde que empezó nuestra relación, Arsen y yo no hemos follado, pero de alguna manera me siento más cerca de él que nunca.

Cuando llego a casa esa noche, me saludan el olor a ajo y a salsa de tomate.

—¿Ben? —pregunto en voz alta mientras empiezo a quitarme los pendientes de diamantes, sintiendo cómo el pelo me roza los dedos.

—¡Estoy aquí! —grita.

Quiero cambiarme de ropa y cepillarme los dientes, pero voy en busca de Ben. Vacilo, sin estar segura de qué le voy a decir cuando lo vea. Estoy convencida de que no se ha creído la excusa de que me encontré con Arsen mientras estaba de compras.

En cuanto entro en la cocina, veo a Ben ante la barra comiendo espaguetis en un plato de flores. Tiene el mismo aspecto de niño pijo de siempre a pesar de los vaqueros gastados y la vieja camiseta gris. Está mirando a Mimi, que se frota ronroneando contra su pierna, con una expresión triste. Cuando me oye entrar, levanta la vista y me estudia de arriba abajo. En sus ojos parpadea un destello, pero desaparece al instante. Y así, de repente, recuerdo todo lo que quiero olvidar y por qué. Ben es un recordatorio diario de lo que nunca podrá ser.

—Hola. Pensaba que te ibas a quedar a trabajar hasta tarde esta noche —comento mientras pongo las bolsas con mis compras en el suelo. Arsen bajó a comprar algunas cosas para que pudiera sostener mi charada al regresar a casa.

—Y debería haberlo hecho, pero al final he decidido volver. Pensaba que estarías aquí...

—Mmm..., sí. Aunque Arsen me ha convencido para que cenara con él. Llevaba siglos sin verlo. —Mientras suelto esa mentira, me domina la

repugnancia por mi propia conducta. Sin saber muy bien cómo deshacerme de esas emociones, empujo todos los pensamientos sobre Arsen al fondo de mi mente y me centro en Ben.

—¿Acabas de dejarlo? —pregunta Ben, poniendo lentamente el plato en la encimera de mármol blanco.

Cojo una servilleta, le limpio los labios y me permito frotárselos con suavidad. Alzo la mirada hasta sus ojos familiares; me miran con una intensa expresión de amor.

—Sí. Él quería tomar una copa después de la cena, pero a mí no me apetecía, así que he preferido regresar.

Me rodea la cintura con los brazos con más fuerza de lo habitual y nos miramos en silencio. Luego sube una mano y me pasa el pulgar por el labio inferior; un reflejo de lo mismo que ha hecho Arsen hace dos horas.

Me pregunto si se da cuenta de que tengo los labios hinchados.

—Es interesante que no hayamos sabido nada de él y de repente esté por todas partes —dice con tranquilidad, todavía friccionándome el labio. Me está empezando a doler.

—¿A qué te refieres? No lo he visto ni he hablado con él desde esa noche en el bar —suelto mientras me baja un escalofrío por la espalda.

—¿Cómo he podido olvidarme de la escenita en el bar? Fue todo un espectáculo. Sin embargo...

—¿Sí?

—He dicho que está por todas partes porque hace tres días leí en la página de cotilleos que se le ha visto un par de veces por Manhattan con una rubia desconocida.

Me da un vuelco el corazón.

—¿De verdad? ¿Y saben quién es?

—Sí, de verdad. —Me aprieta la cintura con más fuerza—. Y no, no saben quién es. Ya conoces Manhattan. Si quieres permanecer en el anonimato, es el mejor lugar.

—Sí —convengo, subiendo la mano a mis labios para colocar un dedo sobre el de Ben. Su roce ha comenzado a dolerme.

—Como te decía, no saben la identidad de la mujer, pero no parecen preocupados. La llaman «el polvo de esta semana». —Se ríe entre dientes.

Es como si me hubiera dado una patada en el estómago.

—Bueno, si es el polvo de la semana, entonces, ¿a quién le importa?

—A nadie, imagino. Además, no era eso lo que quería decir. La cuestión es que

también te has encontrado con él. ¿No tiene su coña? —pregunta con mordacidad.

—Mmm, sí. Bueno, lo cierto es que no me ha hablado de mujeres. Solo de... mmm..., ya sabes, su vida. De todas formas, me he quedado agotada por las compras. —Empiezo a alejarme de él, pero su mano permanece en mi cintura—. Ben, suéltame. Quiero darme una ducha y acostarme.

—¿Por qué, nena? ¿Tan cansada estás? —pregunta con cierto sarcasmo.

—Sí. Por favor, ¿podrías soltarme? —le pido mientras sigo intentando alejarme de él. Sin embargo, él me retiene cada vez con más fuerza.

De repente, su contacto me hace sentir incómoda. Hay algo en la forma en la que me está mirando, en la tensión que emana de su cuerpo, que me hace ser consciente de lo enfadado que está.

—¿Demasiado cansada para estar conmigo? —pregunta, cogiéndome por las caderas y dándome la vuelta para apoyarme en la encimera.

—Ben, no. Esta noche no. Estoy cansada. Por favor, para. —Noto el estómago revuelto.

—Nena..., te echo de menos. —Cuando se inclina para acariciarme el cuello, siento su desesperación. Cierra los dedos alrededor de mis muñecas, y me las sube para que le rodee el cuello. Luego me agarra el culo y me sube a la encimera.

—No. De verdad, esta noche no me apetece.

—Te necesito, nena. Te necesito con todas mis fuerzas. Ha pasado mucho tiempo —susurra con la voz ronca mientras me levanta la falda y empieza a bajarme las bragas.

—¡No! —grito, empujándolo con todas mis fuerzas.

Le oigo maldecir, pero no vuelve a acercarse a mí. Con la respiración acelerada, me bajo de la encimera y me arreglo la falda sin mirarlo.

—He dicho que no, Ben. —Quiero llorar y vomitar, pero no hago ninguna de las dos cosas—. Me voy a acostar.

—¡Santo Dios! —murmura—. Vete de una puta vez. —Se pasa las manos por el pelo con una expresión de frustración—. No puedo contigo. Olvídalo. Me largo al bufete. —Se da la vuelta y me deja en medio de la cocina vacía.

Hasta que no sale de la estancia no empiezo a llorar.

«¿Qué le he hecho a Ben?».

Bajo la vista y noto que las manos me tiemblan de una forma violenta. La repugnancia que siento por mí misma hace que se me revuelva el estómago. Quiero gritar, quiero vomitar, quiero morirme. Me doy asco, pero es un precio

que estoy dispuesta a pagar para estar con Arsen.

Apago la voz que, dentro de mi cabeza, me dice que esto es el principio del fin.

22

Me encuentro en Barneys buscando un vestido de noche que llevar a una de esas fiestas de gala a la que tengo que acompañar a Ben mañana por la noche. Ojalá no tuviera que ir y pudiera pasar la noche en la cama con Arsen mientras Ben se codea con gente que no me importa. Mientras que espero a que llegue Arsen, no puedo reprimir la sonrisa que me curva los labios cuando recuerdo las palabras que me ha dicho por teléfono apenas una hora antes.

—¿Qué te apetece comer?

—A ti.

—Para... Lo digo en serio.

—Yo también.

—Vale. ¿Qué tal si nos encontramos en Barneys y luego decidimos a dónde ir?

—Sí. De vuelta al *loft*. Donde te demostraré lo hambriento que estoy.

Una ardiente sensación se instala en la unión de mis piernas, pero decido esforzarme para encontrar el vestido adecuado antes de explotar de deseo. Me fijo en un vestido palabra de honor de J. Mendel con un hombro de red; es negro y bastante sexy, con una abertura lateral. Cuando estoy eligiendo los zapatos, se me acerca un dependiente muy guapo para preguntarme si necesito ayuda. Después de indicarle los manolos púrpura que me han gustado y decirle mi número de pie, me siento a esperar a que vuelva con ellos. Mientras tanto, miro el teléfono a ver si tengo alguna llamada perdida de Arsen. Solo hay un mensaje de texto de Ben. Siento una punzada de dolor en el pecho, pero ignoro su mensaje mientras escribo a Arsen para indicarle mi paradero.

Cuando el dependiente regresa con los zapatos, se arrodilla delante de mí y me coge el pie desnudo con la mano para apoyarlo en su rodilla.

—Espero que no le importe que la ayude. Es una de las pocas ventajas que tiene mi trabajo.

Se me dibuja una sonrisa y no puedo dejar de coquetear con él; es tan guapo...

—Oh, ¿de verdad? Estoy segura de que a las mujeres no les importa.

Sonríe y señala mi alianza.

—Para mi desgracia, parece que llego demasiado tarde. ¿Y si le doy una paliza? ¿Lo dejaría por mí?

Me miro la mano y veo el enorme diamante que me regaló Ben y la alianza. Quiero quitármelos. De repente, es como si me apretaran. Como si me cortaran la circulación.

El guapo dependiente debe de notar un cambio en mi expresión.

—Lo siento, señora. No quería decir que...

—Es agradable ver que te lo pasas tan bien comprándote un puto par de zapatos, Catherine.

El chico me suelta el tobillo de inmediato y se pone en pie. Levanto la cabeza y miro a Arsen, que parece muy cabreado. De hecho, parece a punto de matar al pobre dependiente.

Airada por su tono acusador, me encojo de hombros y finjo que no me importa lo que implican sus palabras.

—En efecto, o por lo menos así era hasta hace un momento. Si no te importa, Arsen...

Arsen empuja al chico a un lado y se arrodilla frente a mí para volver a ponerme el Ferragamo. Luego se levanta. Se vuelve para mirar al dependiente, le entrega una American Express Black y le dice que le cobre. Después de que le dé la factura, me agarra por el codo sin decir una palabra y me hace seguirlo a un probador.

Nos miramos en silencio durante un momento, enfadados los dos. Estoy tan irritada por lo grosero que ha sido que me tiemblan las manos.

—¿Qué coño ha sido eso?! —grito, sin importarme que la gente nos escuche —. ¡Solo está haciendo su trabajo!

Mientras me mira fijamente con sus ojos azules, la voz tranquila de Arsen es más potente que el más fuerte de los gritos, y su actitud calmada apaga mi ira.

—Me importa una mierda. Estaba tocándote y tú eres mía. Solo puedo tocarte yo.

—No soy tuya. No seas idiota —susurro.

—¿Qué cojones significa eso? ¿Deseabas que te tocara? ¿Quieres que sea tu próximo juguete? ¿Qué pasa? ¿Mi polla no es suficiente para ti? —sisea Arsen, sabiendo que está haciéndome daño.

—¡No! ¡Basta, Arsen! ¿Escuchas lo que estás diciendo?

Se aleja para sentarse en el banco.

—Sinceramente, Cathy..., tienes una trayectoria.

—¿Cómo te atreves? —La vergüenza y la cólera vuelven a surgir.

—Bueno, estás aquí conmigo, ¿no?, mientras tu marido está trabajando.

—Te odio.

Arsen me mira con una fría sonrisa.

—Solo me odias porque sabes que es verdad.

—Me voy. Adiós, Arsen. Llámame cuando madures.

Cuando me vuelvo para marcharme, me coge la mano. Trato de liberarme, pero, de repente, sus manos están por todas partes, tirando de mí de nuevo hacia él.

—Lo siento, hoyuelos. No lo he dicho en serio. No te vayas... —murmura.

—¡Arsen! —Mis protestas se apagan cuando su contacto enciende la pasión que solo él sabe despertar en mí. Me desabrocha el vestido con dedos hábiles hasta que cae al suelo, dejándome parcialmente desnuda. Arsen desliza la mano dentro de mis bragas buscando la evidencia de mi excitación.

—No, no te vas. Estás jodidamente mojada. Vamos a follar aquí mismo, ahora.

—No te deseo.

—Sigue diciendo eso si quieres, pero es innegable..., estás empapada. —Retira el dedo de mi sexo y lo lleva a mi boca—. Compruébalo tú misma. No te atrevas a mentirme. Me deseas —gruñe.

Y lo hago. Degusto la salada dulzura de mi cuerpo en sus dedos.

—Hoyuelos, dime que me deseas. Dilo —ordena mientras vuelve a hundir su dedo húmedo dentro de mí una vez más. Lo gira en mi interior, provocándome, encendiendo fuegos artificiales por todo mi cuerpo—. ¡Dilo!

—¡Sí! ¡Arsen, te deseo! —siseo mientras mi mundo queda opacado por el placer y la lujuria. Por la necesidad y el deseo.

—¿Ves cómo te toco? —me susurra con voz ronca al oído.

—Sí.

—Pues mira esto.

¿Y cómo no hacerlo? Estamos en una estancia rodeados de espejos. Veo nuestro reflejo dondequiera que mire, y eso enciende mi cuerpo.

Lo observo mientras se desabrocha los pantalones y se baja los *boxers*, liberando su erección. Miro cómo me quita lentamente las bragas, abriendo mi culo para él. Y sigo contemplando mientras me inclina, haciéndome doblar la cintura y apoyar las manos en el banco, para que me ofrezca a él por completo.

—Empújate contra mi polla. —Desliza su miembro a lo largo de mi entrada, frotándose contra mí—. Sin duda, querías follar, mi querida hoyuelos. —Su voz es arrogante, aunque también hay en ella una nota de asombro—. Joder... Tu culo... Inclínate un poco más... Sí... Sigue.

Y lo hago. Estoy flotando en una nube de lujuria de la que no quiero bajar nunca.

—Muy bien, hoyuelos. Ahora mira esto.

Veo cómo desliza la polla hasta la empuñadura en mi interior. Sus envites son lentos. Se está tomando su tiempo, disfruta mirándonos. Me tapo la boca con la mano y me la muerdo con fuerza para no gemir en voz alta.

Cuando se retira de mí, veo en el espejo cómo le brilla la polla, y sé que si me la meto en la boca saborearía mi esencia en él.

—Date la vuelta —ordena con la voz ronca—. Siéntate en el banco. Quiero verte por completo. Abre bien las piernas y enséñame tu coño.

—Arsen..., quizá no deberíamos... Me da miedo que nos pillen. —Gimo mientras me baja las bragas por las piernas con una mano mientras me frota con la otra sin piedad. Se oyen los sonidos húmedos que hacen sus dedos cuando empieza a meterlos y a sacarlos de mí. Brutales. Jodidamente brutales. Y jodidamente hermosos.

Me río, porque solo Arsen es capaz de hacer que pase de estar enfadada a feliz en un instante. Jamás había sido así.

—¿Qué? ¿Follar en público? Esto no es nada, nena. —Hay una sonrisa sexy en su rostro que hace destacar su belleza. Su hermosura dorada. Me dejo llevar, y un gemido desesperado sale de mi boca mientras le cojo la mano y la guío hacia mi sexo.

—No... Arsen, por favor... Termina...

—Me voy a tumbar. Quiero ver cómo montas mi polla.

No puedo evitar reírme cuando veo a Arsen intentando colocar su enorme cuerpo en el suelo del pequeño probador. Curva los labios con una sonrisa de diversión.

—Qué cosas me hacéis hacer tú y tu cuerpo, Catherine... Ahora, fóllame.

Cuando me pongo a horcajadas sobre él, le cojo los brazos y los sostengo por encima de su cabeza. Al mirarlo así mientras palpita dentro de mí, me siento viva.

—Me haces...

No termino la frase. Me cubre la boca con la suya mientras enreda la mano en mi pelo y tira de mí hacia abajo para darme un maravilloso beso lleno de promesas.

Cuando salimos de Barneys cogidos de la mano, sin importarnos que alguien nos

vea y nos haga una foto, Arsen me dice que quiere hacer una parada rápida en Barnes & Noble. Asiento con la cabeza, le suelto la mano y le rodeo la cintura con los brazos. Entierro la nariz en su costado izquierdo e inhalo el olor de su colonia mientras siento en la mejilla el suave roce de su camiseta de algodón. Estar con Arsen es así, solo somos nosotros dos en medio del día disfrutando de la compañía del otro. Y eso consigue que me sienta contenida, feliz, satisfecha. Ojalá la vida pudiera ser siempre así.

Suspiro de felicidad mientras lo estrecho con más fuerza entre mis brazos, y dejo que sea él quien guie nuestros pasos.

—¿Qué pasa, hoyuelos? ¿Estás demasiado dolorida para andar sola? Es posible que me haya pasado un poco en el probador. —Se ríe mientras me aprieta el culo.

Yo también me río. El brillo burlón que aparece en sus ojos lo hace parecer un niño travieso.

—Pues quizá sí te hayas... ¡Espera! ¿Qué quieres? ¡Bájame ahora mismo, Arsen! —Me levanta del suelo, me carga al hombro y me muerde el culo.

—¡Déjame ya, Arsen! —Me río y me retuerzo sobre su hombro mientras él continúa mordisqueándome el trasero—. ¡No, no me muerdas más! ¡Me haces cosquillas!

Pero no me escucha, solo sigue riéndose conmigo. Quiero devolvérsela, incluso aunque esté boca abajo, así que le pellizco en el mismo sitio, lo que solo provoca que ladre de risa.

—¡No, no! Reserva toda esa energía para después, hoyuelos. Tengo intención de mantener esa boquita tuya muy ocupada, no te preocupes —bromea.

—¡Arsen, en serio! ¡Para ya! ¡Bájame! —Estoy riéndome tanto que me duele el estómago.

—No.

Mortificada porque estamos atrayendo mucha atención, me cubro la cara con las manos mientras trato de bajarme.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué vergüenza!

Y el muy imbécil vuelve a morderme el trasero.

En el taxi, de camino a la librería de Barnes & Noble más cercana, que no es otra que la ubicada en el edificio del Citigroup Center, Arsen y yo nos comportamos como adolescentes. Nos besamos, nos acariciamos y nos tocamos como si no pudiéramos tener suficiente el uno del otro. Arsen mete la mano por debajo de mi ropa y me frota el pezón erizado mientras le tiro del cabello rubio para acercarlo más a mí. Estamos mordiéndonos los labios con pasión cuando la

voz del taxista interrumpe el beso.

—Venga ya, tío. Hemos llegado. O me pagas ahora o sigo hasta la próxima manzana y me pagas el viaje.

Siento las mejillas ardiendo, así que oculto la cara en el cuello de Arsen mientras lucho contra una mezcla de vergüenza y mareo por haber sido pillada como si fuéramos un par de adolescentes cachondos.

Veo que Arsen parpadea con una sonrisa de confusión; después me acaricia la barbilla y me besa la punta de la nariz.

—¿Quieres que sigamos o prefieres salir?

—Venga, fuera —lo empujo, embargada por la felicidad.

—Buena elección. Me arruinaría si tuviera que pagar lo que marcara el contador por estar contigo —asegura, rozándome la mejilla con el dorso de la mano.

Dejo a Arsen rebuscando entre las novelas de ficción y me dirijo a la sección de romance. Confieso que las historias de amor históricas son una de mis debilidades. Las descubrí con quince años y jamás he podido dejarlas. Cuando me encuentro una muy apetecible —portada sexy con un hombre descamisado de ojos ardientes—, cojo el libro y me siento en el suelo. Apoyo la espalda en las estanterías y cruzo las piernas antes de leer la sinopsis. Tiene buena pinta, así que paso las páginas hasta llegar a la última, donde leo la última frase solo para asegurarme de que tiene un final feliz. Lamentablemente, este no termina bien, así que me levanto, lo dejo de nuevo donde lo he cogido y me pongo a buscar a Arsen.

Cuando doy con él, sostiene una bolsa de plástico llena de libros.

—¿Qué te has comprado? Déjame ver. —Le cojo la bolsa y saco los ejemplares para leer los títulos. Me sorprende que le guste este tipo de literatura, así que levanto la vista y lo miro fijamente. Le veo pasarse la mano por el pelo, con las mejillas ruborizadas.

—Sí, bueno... —intenta justificarse—. He visto las películas y... Harry Potter me cayó bien. Así que he querido darles una oportunidad.

—¡Arsen, por Dios, no es para avergonzarse! Es tierno. Y estos libros son increíbles. Los he leído todos y me han encantado del primero al último. ¿Quieres que los lea contigo?

—¿En serio? ¿Lo harías? —pregunta como si no se lo creyera.

—¡Sí! Bellatrix y Snape son de mis personajes favoritos.

—¿Bellatrix es el papel que interpreta Helena Bonham-Carter?

Asiento con la cabeza.

—Su actuación es impresionante, pero, claro, todo lo que hace es genial. — Hay una sonrisa en sus labios. Su entusiasmo resulta entrañable.

Nos sonreímos, disfrutando el momento por haber encontrado algo más en común.

—Está bien, vámonos. Me muero de hambre —digo.

Me abraza, envolviéndome entre sus brazos, y baja la boca para besarme detrás de la oreja. Con un libro de Harry Potter en una mano y una bolsa llena en la otra, siento un aleteo en el estómago cuando me susurra al oído:

—Yo también.

Le entrego la bolsa con los libros y le digo que necesito ir al cuarto de baño. De camino, veo que la sección de niños está llena de sofás cómodos y juguetes para la venta; allí las portadas son brillantes y coloridas. Hay sillitas aquí y allá, y las madres les dicen a sus hijos que no toquen las cosas. Las niñeras cotorrean entre ellas; mientras que algunos niños corren de un lado para otro, tirando los libros de las estanterías con sus manitas; otros están bien sentados y hojean las páginas llenas de dibujos. Siento el familiar dolor en pecho, así que me apresuro, intentando alejarme de allí lo más rápidamente posible. Después de usar el inodoro y lavarme las manos, voy hacia la entrada, evitando esa zona que hace reaparecer mis pesadillas.

Cuando llego, no veo a Arsen por ninguna parte. Después de pasearme durante unos minutos por las secciones más cercanas a la parte delantera de la tienda, se me ocurre que quizá ha ido a buscarme. A regañadientes, me muevo para intentar encontrarlo, aunque no quiero volver a pasar por la zona infantil. Simplemente saber que me acerco allí hace que el corazón se me acelere, que las piernas me pesen más y que me suden las palmas de las manos.

En los meses que han transcurrido desde el último aborto, he podido evitar cualquier contacto cercano con niños, en particular con niños pequeños y bebés, y quiero que siga siendo así. Trago saliva. No sé si estoy preparada para que termine esa racha de suerte. Ni siquiera puedo mirar a una mujer embarazada sin sentir envidia o cólera.

¿Dónde coño se ha metido Arsen?

—¡Jaime! Vuelve aquí ahora mismo —grita una mujer a un crío que corretea por el estrecho pasillo que hay entre las mesas de novedades, acercándose a mí. Me salgo de su camino justo a tiempo, evitando por muy poco que se estrelle contra mi cuerpo. Me llevo una mano al pecho, intentando tranquilizarme

mientras busco a Arsen. No creo que pueda quedarme aquí mucho más tiempo. El pánico está empezando a envolverme con su magia oscura.

Me apoyo en una estantería más alta que yo y cierro los ojos durante un instante.

«No importa».

«No importa».

«No te importa, ¿recuerdas?».

«Pasas de ellos».

«Ya lo has superado».

Repitiendo esas palabras como una letanía en mi cabeza, lucho contra la familiar oscuridad tratando de bloquearlo todo. De repente, unos brazos fuertes me rodean como un chaleco salvavidas, devolviéndome a la realidad, donde hay luz. Su luz.

Mantengo los ojos cerrados y me dejo llevar por su apacible abrazo. Envuelta por él, oliendo su aroma fresco y escuchando el latido tranquilizador de su corazón, los fantasmas comienzan a desvanecerse. Lo más maravilloso de ese momento es que Arsen no parece avergonzado por mi arrebató. Por el contrario, es como si estuviera tratando de ayudarme a superarlo.

—Catherine, estoy aquí. No pasa nada —me susurra con suavidad.

—Tenemos que irnos, Arsen. —digo contra su pecho cuando por fin me siento más tranquila y puedo articular un pensamiento coherente—. No creo que pueda hacer esto..., todavía no.

Arsen permanece callado durante un momento.

—No creo que debamos marcharnos. Deberíamos quedarnos aquí, Catherine. Sus palabras son como una bofetada.

Dolida, me intento alejar, pero él estrecha los brazos a mi alrededor.

—No. Por favor, hoyuelos, escúchame.

—Tienes un minuto, Arsen. Después me largo de aquí. —Abro los ojos y los clavo en los suyos—. Contigo o sin ti.

Se lleva la mano a la cabeza para retirarse el flequillo de la frente.

—No puedes seguir huyendo de tus pesadillas. Al final te alcanzarán. Siempre es así. No estaba contigo cuando te ocurrió eso, y es algo que lamento cada día, pero hoy sí puedo ayudarte. Puedo apoyarte. No necesitas hacer nada. Solo sal, enfréntate a esos malditos demonios y demuéstales de qué estás hecha. Eres más fuerte de lo que crees. Después de todo, estás conmigo. Vuelves a reír y a vivir de nuevo. Así que pelea, hoyuelos. ¡Lucha de una puta vez!

—¡Oh, Arsen...!

Sus palabras me rompen y me curan a la vez. Son un golpe en el estómago y una caricia de ánimo en el mismo movimiento.

—Escúchame. No puedes corregir tu presente sin enfrentarte a tu pasado. Vamos a acercarnos; nos sentaremos en esos sofás unos minutos y luego nos marcharemos. No voy a empujarte a hacer nada más, solo eso. Por favor, déjame ayudarte. —Hay una feroz súplica en su voz, en sus ojos, en los brazos con los que me rodea.

Me río porque hace que parezca fácil.

—¿Solo eso?

—Joder, sí. Sé que puedes hacerlo —asegura.

Muevo la cabeza, porque no me puedo creer que en realidad voy a tener en cuenta a este loco y a poner en práctica su estúpida idea.

—Vale. No puedo creerme que me obligues a eso.

Siento un ligero contacto en la pierna y bajo la mirada. Se trata de una niña pequeña que sostiene *Donde viven los monstruos* entre las manos. Sus enormes e inocentes ojos castaños me desnudan con la intensidad con que me miran.

—Mi hermano es malo y no quiere leerme esta historia. Yo todavía no sé leer, pero quiero saber qué pasa. Quiero saberlo.

Con un nudo en la garganta, suelto a Arsen y me arrodillo.

—Mmm... ¿dónde está tu madre? ¿Tu niñera? ¿Quieres que la busquemos?

—No, no... Lilah está con sus amigas.

—¿Quieres que busque a Lilah? ¿Es tu hermana?

—No, no... ¡Tonta! Lilah es mi niñera. Quiero que me leas esta historia. —Frunce la nariz cuando ve que sacudo la cabeza. Es horrible, lo sé. Negarle a esta pequeña lo que quiere me rompe el corazón, pero no puedo hacerlo. No puedo.

Estoy a punto de levantarme cuando me pone la mano en el hombro, con una expresión brillante como el sol.

—Porfaaaa... Mi madre me ha dicho que si pido las cosas por favor y doy las gracias, puedo conseguir lo que quiera. Porfaaaa...

Maldigo para mis adentros y miro a Arsen, suplicándole con la mirada que intervenga. Pero se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros y esboza una sonrisa perezosa.

—Te lo ha pedido por favor —gruñe al tiempo que se encoge de hombros.

Sé que finge que no le importa, pero no aparta la mirada de mí, lo que contradice su falsa indiferencia. Con sus ojos me anima a ser valiente.

Trago con fuerza, con el corazón acelerado como si fuera una estampida de animales salvajes.

—Claro —le digo a la niña—. ¿Por qué no?

Y es en ese momento, con Arsen sonriéndome, cuando decido volver a luchar. Quizá no tenga nada que ver con él, pero sin duda está relacionado con su apoyo.

Cuando la niña se sienta en mi regazo sobre la moqueta, con un montón de libros rodeándonos y el sonido de la gente hablando envolviéndonos, siento que el confortable calor de su cuerpo en mi regazo me calienta, calienta mi corazón, y sé que estoy empezando a recuperarme. Cierro los ojos durante un momento, me inclino y aspiro el olor a fresa y a chocolate que emana de su pelo. Después de unos minutos, levanto la mirada y veo el fuego azul que tanto me gusta contemplándome con ternura.

Ahí es cuando sé que he cerrado un doloroso capítulo.

Él tenía razón. Incluso cuando el horizonte parece sombrío y lleno de dolor, debemos aprender a luchar y a perseverar, porque la recompensa de las lágrimas de la lucha es que vas a poder volver a vivir una vez más. Eso me ha enseñado Arsen.

Lo miro fijamente mientras la niebla cegadora se aleja de mi corazón, mientras veo la verdad reflejada en esos ojos acuosos.

Lo amo.

Me he enamorado de otro hombre.

Pero ¿se puede amar a dos a la vez?

Porque creo que sí.

23

ARSEN

Siento de nuevo.

Veó su cara.

Acaricio su cuerpo junto al mío.

Entierro la nariz en su pelo e inhalo su aroma.

Cierro los ojos y siento sus labios trazando mi cara con suavidad, con besos intensos.

Me deleito en su cuerpo como si fuera mi última comida.

Puedo sentir de nuevo.

El sol de la tarde entra a través de las ventanas del apartamento cuando abro los ojos y encuentro aquí a Catherine, observándome dormir. Está tumbada de lado, frente a mí, con las dos manos debajo de la mejilla y los rayos de sol bañando de luz su rostro. Todavía no se ha marchado. Percibo la sonrisa que juguetea en sus labios, y no puedo evitar sonreír también. Ella me hace feliz.

En algunos momentos no me puedo creer que por fin esté entre mis brazos. Lo normal sería pensar que me habría cansado ya de que pasemos casi todos los días juntos mientras su marido trabaja, riéndonos de gilipolleces y disfrutando de un sexo jodidamente fantástico. Pero no es así. Vivo para los momentos en los que está conmigo; cuando todo queda fuera de esta habitación y la única persona que me importa está junto a mí.

Se ha puesto una de mis camisetas viejas. Mmm... Me pregunto si es todo lo que lleva encima. Es tan dulce... Se ha soltado el pelo, y este le rodea la cara, pero sus ojos están hinchados y rojos, como si hubiera estado llorando. Quiero preguntarle por qué ha llorado, por qué ha puesto esa mirada triste de nuevo en sus ojos, pero me limito a acariciarla. Cuando estamos juntos, esa mirada de

pesar desaparece.

Recuerdo cuando la vi por primera vez. Mientras nos estrechábamos la mano, miré la profundidad verde de sus ojos y pude ver allí su maldita alma. Y estaba rota, me llamaba. Mi hoyuelos, tan hermosa por fuera y ocultando algo destrozado y duro en su interior que yo quería arreglar... También tuve la sensación —un presentimiento del que ya nunca me he deshecho— de que ella lo cambiaría todo, y lo sabía.

Quiero que se libere de todo lo que la persigue.

Quiero ser el templo en el que busque consuelo.

Quiero ser su salvador.

Quiero ayudarla a sanar.

—Háblame de Jessica —me pide al tiempo que pasa los dedos por el tatuaje de mi pecho.

Al principio no respondo, limitándome a disfrutar de la ardiente sensación que deja la punta de sus dedos cuando traza el contorno de la mariposa.

—¿Arsen?

Le cojo la mano y la llevo a mis labios para besarla en la palma. ¿Cómo unas simples palabras pueden describir de forma adecuada lo culpable que sigo sintiéndome todavía por la muerte de Jessica?

Carraspeo mientras decido que voy a ser lo más sincero posible con Catherine. No puedo mirar sus ojos perfectos y decirle que he matado a alguien, así que me concentro en nuestros dedos entrelazados, que están apoyados en mi pecho.

—Murió. Murió por mi culpa.

—Arsen, mírame. ¿Qué quieres decir?

—Yo la maté. Estaba borracho..., los dos lo estábamos... Ella conducía. —Hice una pausa para respirar hondo antes de continuar—. No debería haber dejado que condujera, pero estaba tan ebrio como ella o más. Se suponía que debíamos estar durmiendo, pero nos levantamos y decidimos ir a dar una vuelta en su Ferrari nuevo. Yo me libré con solo dos costillas rotas, pero ella murió.

—¡Oh, Arsen! Lo siento mucho...

Nos quedamos en silencio durante un rato antes de que ella vuelva a hablar.

—¿La amabas?

—Sí. Pensaba que era la luna de mi noche sin estrellas.

—Ah... ¿Cuántos años tenías? Es decir, ¿cuánto tiempo hace de eso? —pregunta con vacilación.

—Yo tenía veinte años y ella, dieciocho.

Cierro los ojos con fuerza. ¡Joder! Incluso después de todo este tiempo, sigue

doliendo.

—Lo siento mucho, Arsen.

—Sí, yo también. —Me detengo—. Las mujeres, las drogas, el alcohol..., todo eso me ayudó a olvidar y a adormecer el dolor. Pero, al final, tienes que lidiar con tus demonios, porque nunca eres libre hasta que te has enfrentado con ellos. Y lo sé.

—¿Todavía la amas?

—Sí. Creo que una parte de mí la amaré siempre. Es cierto que éramos jóvenes cuando nos conocimos, pero fue mi primer amor.

—Tienes que dejar de culparte por su muerte, Arsen. No fue culpa tuya.

—Ya lo sé, pero podría haberlo evitado. Por eso me culpo a mí mismo..., aunque no dejo que eso me coma vivo. No permito que me destruya. Sé que Jessica no lo querría.

—¿Por qué no tratas de salir con otra chica? ¿De enamorarte de nuevo? —me pregunta, mirándome directamente a los ojos.

Encerrando de nuevo a Jessica en lo más profundo de mi corazón, donde siempre tendrá un lugar, estudio a Catherine durante un buen rato. Observo el color que le cubre las mejillas, sus tempestuosos ojos verdes y la forma en la que ilumina toda la habitación, todo mi mundo.

—¿Sabes?, nunca pensé que podría volver a enamorarme, pero...

—¿Por qué estás perdiendo el tiempo conmigo? Esto... Esto... —Sin terminar la frase, me mira como si quisiera adivinar, pero son su pregunta y el dolor que veo reflejado en su hermoso rostro lo que me toma por sorpresa.

—¿Qué pasa, hoyuelos? —Necesito sentir el calor de su piel contra la mía, así que llevo la mano a su mejilla y le acaricio la curva del pómulo y los labios.

—¿Cómo puede ser que algo que está tan mal me haga sentir tan bien? ¿Cómo puede ser? —pregunta con voz gutural.

—Quizá estuviéramos destinados a estar juntos...

Pero ¿lo estamos? ¿O hemos forzado la situación?

Catherine se queda en silencio mientras me mira con tanta intensidad que mi corazón comienza a canturrear. A veces es así; cuando está sin maquillaje, con los labios hinchados por mis besos y el pelo extendido en mi almohada, no puedo dejar de sentirme feliz por haberla perseguido sin importarme un carajo que estuviera casada, por haberme aprovechado de la situación como el cabrón que soy.

La necesito.

—¿Por qué me deseas? Estoy jodida. Y, para colmo, soy infiel y mentirosa.

—Te deseo. Es así de sencillo. No es necesario buscar explicaciones. No hay porqués, ni cómo, solo es así. Para mí, eres perfecta, Catherine. Por completo. No le busques tres pies al gato. Y si eres infiel, ¿en qué me convierte eso a mí?

—Pero ¿y Ben? Esto no es justo para él. No se lo merece.

—No lo sé, pero déjame preguntarte algo: ¿podrías dejar de hacer esto, alejarte de nosotros, ahora mismo, sin mirar atrás?

—No lo sé...

Dejando la pregunta sin respuesta, Catherine cierra los ojos y se aprieta contra mí.

—Bésame, Arsen. Hazme olvidar —susurra contra mi boca.

Al principio dejo los ojos abiertos, observando cómo separa los labios para dar la bienvenida a mi beso, y los cierro solo cuando pruebo la dulzura de su boca. Besar a Catherine es perfecto.

Despacio, interrumpiendo el beso un instante, le quito la camiseta y el sujetador. Luego la atraigo hacia mí hasta sentir sus pechos contra mi torso desnudo. Cada vez más duro, llevo una de las manos a la parte baja de su espalda para apretarla contra mi vientre todo lo que puedo. Quiero que sienta cuánto la deseo, cuánto la necesito. Nunca es suficiente. Es mi dueña. Y me gusta saber que yo soy el suyo, aunque solo sea por un par de horas al día.

Así que aprovecharé lo que pueda.

Nos besamos durante mucho tiempo mientras enredamos los dedos en el pelo del otro. Desnudos los dos, Catherine se recuesta sobre la espalda y separa las piernas, invitándome a hundirme en ella. ¡Dios! ¿Cómo se puede decir que no a eso?

Me acomodo entre sus muslos, pero no la penetro enseguida. No, antes me gusta jugar y arrancarle algunos gemidos. La beso en la sien, luego en la nariz, en los párpados, en un precioso lunar que tiene junto a la boca y, por fin, me dirijo a su clavícula. Cuando llego a los pechos, dejo que mi lengua juegue con sus pezones. Los chupo con suavidad y luego los muerdo hasta que la oigo gemir.

En el momento en el que alcanzo su vientre, ya le he acariciado el clítoris para que esté preparada para mí. Me siento sobre los talones sin romper el contacto visual y me llevo los dedos empapados a la boca para chuparlos. Sonrío con su sabor en los labios al ver que se ruboriza. Catherine es muy hermosa, y no es consciente del poder que tiene sobre mí. Me inclino y paso la lengua por su clítoris antes de que pueda moverse. Es dulce; aspiro su aroma íntimo como si fuera la última bocanada de aire que pudiera captar en la vida.

—Ponme las piernas sobre los hombros —ordeno, respirando entre sus muslos y notando cómo se estremece.

Sin apartar la vista, apoya las pantorrillas y los talones en mi espalda. Es perfecta. Bajo la boca una vez más y me pierdo de una forma jodidamente salvaje en su coño.

Cuando noto que me tira del pelo, levanto la mirada y la observo mientras deja caer de nuevo la cabeza en la almohada al tiempo que impulsa las caderas contra mi boca una y otra vez mientras lamo, chupo y succiono.

—¡Joder, Arsen! Estoy... Estoy... —jadea.

Le agarro el culo con ambas manos y la empujo con más fuerza contra mi boca. Su esencia me vuelve loco, porque no hay nada tan dulce como el sabor de una mujer en tu lengua.

En este momento, es mía.

Introduzco dos dedos en su interior y la acaricio con rapidez, hundiéndolos con fuerza hasta que se deshace, gritando mi nombre. Sonrío, porque me encanta que se corra con mi nombre en los labios.

Después de que recobre la calma, me coloco entre sus piernas una vez más. Se las separo todo lo que puedo con una mano mientras me agarro la polla con la otra y la penetro.

Por fin...

Dulce puto hogar.

Un deseo insoportable me hace estremecerme. Me envuelvo la mano con su pelo y la obligo a mirarme mientras empiezo a moverme en su interior. Quiero ver su cara mientras follamos. Al principio me muevo lentamente, taladrándola todo lo que permite su cuerpo, pero cuando noto que comienza a vibrar alrededor de mi erección, me retiro. Con suavidad, le doy la vuelta sobre el estómago y la cojo por las caderas para follarla con suavidad desde atrás. Me gusta ver las marcas rojas que dejan mis dedos en su piel blanca, y deseo por un momento que su maldito marido la mire con más atención y las note.

Los celos me inundan mientras acelero el ritmo, taladrándola con más fuerza, poseyéndola con más intensidad, borrándolo a él de su cuerpo. Siento que me acerco al éxtasis y enredo los dedos en su pelo, obligándola a inclinar la cabeza hacia atrás antes de soltarla. Le froto el clítoris con rapidez y me pongo a darle palmadas en las nalgas. Entro y salgo de su cuerpo. Ahora es mío.

Lo poseo.

Catherine gira el cuello para mirarme mientras nos acercamos juntos al borde. Grito su nombre al tiempo que ella grita el mío y nos dejamos llevar a la vez,

como un solo cuerpo, un alma. Miro sus ojos excitados, y mi mente reconoce por fin lo que mi corazón ha sabido todo el tiempo: lo cierto es que soy suyo. Le pertenezco. Y quiero que sea mía y solo mía.

Después de empujar unas cuantas veces más, nos estremecemos y nos relajamos. La rodeo con mis brazos y la aprieto contra mi pecho, llevándola conmigo para tumbarnos de lado. Con las extremidades enredadas y mi polla todavía en su interior, siento que puedo volar. Le acaricio el cuello, lamiendo su sudor salado y hundiendo la lengua en el lugar detrás de la oreja. Me río cuando la siento temblar. No puedo evitarlo. Es muy dulce.

—Bueno, hola, extraña —le susurro al oído—. Me encanta encontrarte aquí. —Impulso con suavidad la polla en su interior. Tumbados de lado, con mi torso pegado a su espalda y la mejilla apoyada en una mano, lleva la que le queda libre hacia atrás para entrelazar los dedos con los míos.

—¿No te cansas nunca? —Noto el tono risueño de su voz.

—No. —Le suelto la mano y le hago cosquillas debajo de las axilas. No puedo evitar una carcajada cuando se retuerce bajo mis brazos como si fuera un pez fuera del agua. Tiene muchas cosquillas. Mientras nos reímos, me retiro de su interior. No quiero, pero la batalla está a punto de convertirse en una guerra, y no quiero perderla. Odio perder. Catherine me distrae pasando la lengua por mi tetilla y succionándola, sabiendo de sobra que eso me vuelve loco. Un momento después, me tiene inmovilizado con las dos muñecas por encima de la cabeza. Podría liberarme en un abrir y cerrar de ojos, pero me gusta esta faceta juguetona de mi hoyuelos, así que la dejo. El pelo rubio cae en cascada sobre sus hombros, mostrando la cremosa blancura de su piel. Tiene el cuerpo perfecto para follar. Sus preciosos ojos verdes ya no parecen trozos de hielo. Brillan de emoción y, espero, de amor.

Es mi dueña.

Baja los labios hasta los míos y, cuando nos besamos, no noto que me ha soltado las manos hasta que es demasiado tarde. Puede que tenga las manos pequeñas, pero... ¡esos dedos saben hacer cosquillas!

Le bloqueo las piernas con las mías y ruedo con ella. Mejor. Ver su boca está volviéndome loco, así que la beso de nuevo. Quiero saborearla, quiero devorarla. De repente, no puedo moverme.

No puedo respirar.

La amo.

Esta mujer es para mí. Pensaba que Jessica era el amor de mi vida, y tal vez lo fuera, pero no puedo seguir negando que me he enamorado de Catherine. La

verdad me deja paralizado, me avergüenza y, a la vez, me libera. Y también me hace sentir poderoso.

Jodidamente poderoso.

—Gracias, Arsen. Gracias por hacerme olvidar, por hacerme reír de nuevo, por lo que has hecho en la librería... —susurra Catherine.

Con un sonido que es medio gemido medio gruñido, la pongo en mi regazo. Mientras me monta a horcajadas, me rodea el cuello con los brazos y me peina con los dedos antes de darme un pequeño tirón. Coloco un brazo debajo de su delicioso culo y otro alrededor de su cintura para acercarla hacia mí lo máximo posible.

Me siento como si fuera una chica con mariposas en el estómago. Cierro los ojos y le acaricio el cuello, le lamo la oreja.

—Quiero que vuelvas a ser feliz, Catherine. De verdad. Y quiero ser la razón de que lo seas.

Ella cierra los ojos durante un momento, como si estuviera considerando con cuidado sus siguientes palabras. Cuando vuelve a abrirlos, tiene de nuevo esa expresión de tristeza que me eriza la piel. Un mal presentimiento hace que sienta un vuelco en el corazón.

—Por favor, no vayas por ahí. No me pidas más. Yo no puedo...

¡Joder!, eso duele.

—¿Por qué? —pregunto, porque soy masoquista y sé que su respuesta será como un golpe en el estómago.

—Porque estoy casada y amo a mi marido.

«¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¿Por qué he tenido que preguntarlo?», pienso.

—No me ha dado la impresión de que amaras otra cosa que mi polla hace un momento —me burlo.

Mis palabras hacen que se estremezca. Bueno, pues las suyas me revuelven el estómago.

—¡Oh, Arsen! No me digas eso..., no seas cruel conmigo. Sabías desde el principio que estaba casada.

—¿Es que quieres joderme? ¡Claro que lo sabía! Lo que no pensaba era que...

Me detengo antes de decir algo de lo que me acabaré arrepintiéndome. La suelto y me siento en el borde de la cama, alejándome de ella.

—¿Sabes qué? Olvida lo que he dicho. No importa. No importa, ¿verdad? Solo queremos divertirnos. follando a lo loco cuando no finges ser Cathy la perfecta, la mujer del poderoso Benjamin Stanwood.

—Arsen... —Se le rompe la voz.

—Bah... No pasa nada, Cathy. Lo entiendo. Soy tu crisis de mediana edad diez años antes de tiempo. En vez de pedirle a Ben que te comprara un collar de diamantes, preferiste follar conmigo. ¿Y por qué no? Los diamantes no te hacen gritar ni correrte con tanta intensidad como lo haces cuando montas mi puta polla.

Aprieto los dientes. Me estremezco mientras trato de controlar mi temperamento. No quiero que el veneno que me inunda nos contamine tanto que no tenga remedio, pero quiero hacerle daño. Quiero romperla, destrozarla.

Ojo por ojo, diente por diente, zorra.

Tengo la respiración entrecortada mientras aprieto los puños con fuerza, porque si no lo hago, puedo cargarme este lugar. ¡Dios, cómo duele!

Mientras trato de controlarme, siento que Catherine se mueve y se levanta de la cama. ¿Ha tenido ya suficiente? Buena excusa. La he jodido. Cierro los ojos y subo la mano a la nuca para frotármela. Sus manos, suaves y cálidas, me cubren las rodillas.

—No lo entiendes. N-no puedes. Tampoco lo entiendo yo, pero esto nunca debía haber pasado. Se suponía que no pasaría. Y está mal... Muy mal. Yo te...

Catherine se mira.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Qué quieres que haga? Dices... Dices unas cosas muy bonitas, Arsen, pero no significan nada. Solo son palabras vacías. Me haces el amor, me follas, haces conmigo lo que quieres, y te lo permito porque me encanta. Me gusta estar contigo.

Se mira las manos; luego sube la vista buscando mis ojos.

—Me haces olvidar. Me haces ser feliz, me haces sonreír y reírme a carcajadas como una adolescente... Pero lo que no entiendes es que mi matrimonio era exactamente así antes de que las cosas fueran mal, antes de que empezara a sentirme herida, antes de que cada aborto hiciera más grande el vacío en mi interior.

»El mío no era un buen matrimonio, Arsen: era increíble. Y no es culpa de Ben que esté aquí desnuda contigo. Él sigue siendo el mismo hombre. Soy yo quien ha cambiado. Quien eligió engañar a su marido después de seis años de matrimonio. Quien decide responder a tus llamadas y venir aquí. Nadie me obliga a desnudarme y ponerme de rodillas ante ti... Lo hago porque quiero. Solo yo.

—Catherine...

—No. Déjame terminar. Entonces, ¿qué te hace pensar que eres diferente a mí? ¿A Ben? ¿Qué te hace pensar que tienes lo que necesito? ¿Quieres que deje a

Ben y me vaya contigo? Tú eres el que siempre se divierte, Arsen. Así que cuando me echas en cara que solo te considero mi juguete para follar y nada más... No sé lo que quieres que te diga. No sé qué quieres de mí.

Miro sus ojos brillantes y me pierdo. Comienzo a suplicar como una nenaza.

—No lo sé. Solo que no te vayas esta noche. Quédate conmigo... Dile que dormirás en casa de Amy. No vuelvas con él esta noche.

Ella niega con la cabeza.

—¿Es que no me estás escuchando? —protesta, elevando la voz—. No. Es imposible. No puedo. Debo volver a casa. Ben ya está empezando a sospechar que pasa algo. Tengo que...

—... largarte a interpretar el papel de la maldita esposa perfecta, ¿no? —La ira reemplaza mi necesidad por ella, y escupo las palabras como si fueran ácido.

—Sí —se limita a afirmar.

—Déjame preguntarte algo: ¿te lo tiras a él por la noche? Cuando sales de mi apartamento después de haber follado conmigo, ¿regresas a tu perfecta casa de tres millones de dólares en los suburbios de Westchester y te acuestas con tu marido?

Veo que se sonroja mientras quita las manos de mis rodillas.

—Eso no es asunto tuyo —dice arrodillada en el suelo, con la sábana envuelta alrededor de su cuerpo.

—¿No estás follando conmigo? Claro que es asunto mío. ¡Eres mía! —grito. La ira me inunda las venas, haciéndome arder por dentro.

—No. No lo soy. Soy de Ben. Estoy casada con él, no contigo —me corrige en voz baja.

—¿Sabes qué? ¡Vete a la mierda! —Me palpita la cabeza como si me fuera a estallar. Me levanto y trato de alejarme de ella lo antes posible.

—No. No. No. Por favor, Arsen..., no te vayas —suplica con desesperación. La miro arrodillada en el suelo y veo su vívida expresión de dolor. ¡Joder! No puedo verla sufrir sin hacer nada al respecto.

Me siento en el suelo y acerco su cuerpo desnudo al mío. La envuelvo entre mis brazos. Ahora la situación ya no parece tan desesperada como es. Tampoco me duele tanto. Cuando siento que puedo respirar de nuevo, escucho que está hablando mientras me balanceo.

—Por favor, Arsen, no te enfades. Déjame pensar. Dame tiempo para dar sentido a todo este lío. Por favor, tienes que entender que no puedo dejar a Ben. No... No se lo merece. Necesito tiempo para pensar, Arsen. Necesito tiempo. Por favor, no me presiones así. Por favor, te lo ruego. Es decir... ¿Esto significa

algo para ti? ¿Cómo sé que no es un simple juego?

—¿Qué coño, Cathy? ¿Parece que estoy jugando? ¿Que me importa una mierda? ¡Estoy siempre a tu disposición! —grito. Después respiro hondo y me calmo antes de continuar—. ¿Te importo algo? ¿Significo algo para ti?

Las palabras surgen como si me las arrancaran del pecho. Como si me las rasgaran del alma.

—Sí. Mucho, Arsen... Mucho. P-pero eso no cambia nada. Nada —repite.

No derramo lágrimas. No brota la sangre.

Nada.

Entre nosotros solo está la verdad. Y duele. Me duele muchísimo, porque no puedo hacer nada para cambiarla. No puedo hacer nada para que me ame a mí en vez de a su marido. No puedo hacer nada para que no se marche, para que se quede conmigo.

Nada.

Sangro por ella.

El resplandor de la tarde ya ha desaparecido de la habitación y, en su lugar, nos rodea una fría oscuridad. Mientras sigo balanceándome con ella en los brazos, no sé quién trata de consolar a quién, y eso me parece realmente hilarante. Hace menos de quince minutos me sentía como si hubiera alcanzado el puto nirvana. Reía, enamorado, sin sentirme un fracasado por primera vez en mi vida.

Y ahora esto.

Sí.

Me estoy desangrando.

24

CATHY

Se lo dije.

Le dije que no tomara ese camino.

¿Qué voy a hacer ahora?

Sigo diciendo que jamás se me ocurrió que esto se convertiría en otra cosa.

Pero lo ha hecho.

No se puede jugar con fuego sin quemarse.

Yo lo he hecho, y ahora ardo.

Justo lo que quería.

Lo que sigo queriendo.

Cada acción tiene una consecuencia. No importa si corres o huyes. Con el tiempo te atrapa. Llámalo karma si prefieres, pero puede darte una buena patada en el culo.

Ojalá pudiera creer que no sabía lo que estaba haciendo, o de en dónde estaba metiéndome, pero lo sabía perfectamente. En el momento en el que nos besamos y le pedí que me llevara al *loft*, sabía que no había vuelta atrás. Esa noche hice una elección, y la vuelvo a hacer cada vez que me encuentro con él a espaldas de Ben, cada vez que miento a mi marido. Soy responsable de cada palabra que he pronunciado, de todos los actos deshonestos que he cometido.

Lo soy.

Me he hecho la cama y ahora me toca dormir en ella. Tengo que elegir una vez más, pero no importa lo que elija, qué camino siga. De todas formas, acabaré rompiéndome el corazón. Perderé una parte de mí misma.

De hecho, creo que ya lo he hecho.

Amo a dos hombres.

Y en esta ocasión, el monstruo que soy, en el que me he convertido, arrastrará consigo al infierno a alguien más. Es la oscuridad que llevo dentro —me digo a mí misma—, que me sigue a todas partes, extendiéndose como tinta negra derramada sobre papel blanco.

Me acurruco entre sus brazos, apoyando la cabeza sobre su pecho mientras dejo que el latido de su corazón me tranquilice, me inunde de agri dulce esperanza.

¿Podré hacerlo de verdad?

Envueltos en el olor a sexo, levanto la vista y busco su mirada ardiente. Un pensamiento inunda mi mente: Arsen tiene que estar en mi vida. No puedo dejarlo. Lo necesito. Lo deseo. Se ha convertido en una parte vital para mí, es el aire que necesito respirar.

Y creo que ha llegado el momento.

Pero ¿podré?

Decido darme una ducha antes de regresar a casa. Me llevo la mano a la nariz y me huelo el interior de la muñeca. Es el olor de Arsen, una deliciosa mezcla de colonia, sudor y el aroma almizclado del sexo. Después de pasar unos minutos bajo el agua, renuncio a cualquier esperanza de que vaya a unirse conmigo como acostumbra. Cuando termino, me visto y salgo al dormitorio. Está vacío: a él no se lo ve por ninguna parte. La cama todavía está deshecha, con las sábanas de seda retorcidas. Parece un lugar desolado y frío.

Con los Ferragamo en una mano y el bolso de piel en la otra, estoy a punto de ir a buscarlo a la cocina cuando entra en el dormitorio ya duchado y vestido. Se ha retirado los rubios mechones de la frente, haciendo que sus jóvenes facciones parezcan más bastas y viejas.

—Oh... ¿Te has duchado en el otro baño? —pregunto titubeante. No reconozco al hombre que me mira fijamente.

—Sí, tenía prisa. Alec me ha llamado mientras estabas en la ducha. Me necesita en el estudio.

—Oh, vale. Supongo que... te llamaré.

—Como quieras. Andaré por aquí. —Se encoge de hombros mientras responde en tono despectivo.

—Mmm... er..., sobre lo que hemos hablado antes... —Quiero decirle que necesito un par de días para tomar una decisión, pero la mirada vacía en sus ojos me deja helada.

—Hoyuelos, olvida lo que he dicho. Lo he pensado mientras me duchaba. Me parece guay el arreglo que tenemos. Me parece bien siempre que tú estés

contenta.

Vacilo ante la frialdad de su voz y me lo quedo mirando mientras se da la vuelta para salir de la habitación, dejándome sola. De repente, estoy congelada.

—Vale —susurro al espacio vacío.

Mientras conduzco de regreso a casa, decido que tengo que desahogarme. Necesito hablar con alguien cercano sobre lo que me parece la mayor decisión o el peor error que puedo cometer en mi vida.

Arsen. Noto una opresión en el pecho y un aleteo en el estómago al pensar en él. Algo no encaja cuando recuerdo la forma en la que me ha mirado antes de irse. Muevo la cabeza, descartando la idea, y decido llamar a Amy. Es la persona más abierta que conozco. Y ha pasado por todo. Si alguien puede escucharme sin juzgarme ni jugar al abogado del diablo, es ella. Presiono el manos libres, pronuncio su nombre y espero a que el ordenador de a bordo haga la llamada.

—¡Oh, Dios mío! ¿Está llamándome Cathy Stanwood? Pensaba que habías desaparecido de la faz de la tierra, querida.

Me río ante el sarcasmo que destila su voz.

—Sí, soy yo. Necesito hablar contigo, y, según indica el navegador, me quedan unos cuarenta minutos hasta casa. —Respiro hondo—. Estoy engañando a Ben... con Arsen.

—Lo sabía. Simplemente lo sabía. Ya te dije que... parecía que ese chico quería follarte cada vez que estabais en la misma habitación. Sabía que era cuestión de tiempo que cedieras.

—Alto, Amy. No te he llamado para que me digas qué sabías o pensabas de Arsen. Es irrelevante. Te llamo porque... porque creo que voy a dejar a Ben. —Aprieto los dedos alrededor del volante cuando pronuncio las palabras que jamás he considerado posibles.

—Cathy, ¿estás segura? Mira, sé que me has llamado porque he pasado por eso. Dos veces. Pero antes de nada, escúchame, cariño. Y escúchame con atención. Mi primer marido era un cerdo que se acostaba con la mujer de su mejor amigo, y jamás me arrepentiré de haberlo dejado. Fue la mejor decisión que he tomado en mi vida. Pero Matt era un hombre tierno y agradable. Lo conocí en un momento equivocado de mi vida, cuando pensaba que casarme con él me salvaría. Así que al darme cuenta de que no iba a ninguna parte, lo engañé. Le fui infiel y le di la puntilla con los papeles del divorcio. Y debo decirte que no hay momento que no me arrepienta. Lo echo de menos todos los días. Y no pasa

un instante en el que no me recrimine la forma en la que terminé la relación con él. No se lo merecía.

—No creo que Ben se merezca que lo engañe con Arsen, pero ya es demasiado tarde. Ya lo he hecho y... y no creo que pueda parar. Al menos por ahora. —Trago saliva y me ahogo con las siguientes palabras—. Arsen me hace sentir viva, Amy. Me hace sentir de nuevo. Cuando estoy con él, soy libre..., como si mi corazón...

—Espera, no sigas, cariño... Escúchame y, si quieres, luego insúltame. No creo que el corazón tenga nada que ver en esto. Lo único cierto es que te gusta que un magnífico ejemplar de veinticuatro años esté follándote. Y no puedo decir que te culpe. Lo he hecho..., he follado como una coneja. Así que, por favor..., vamos a ser sinceras. Quieres dejar a Ben, un hombre increíble que besa el suelo que pisas porque te has aburrido de la vida matrimonial y prefieres...

Me muerdo los dientes antes de interrumpirla.

—¿Sabes qué? Pensaba que serías la última persona en juzgarme. No te he llamado para que me digas que lo que he hecho está mal. Lo sabía y lo sé. Quería que alguien me escuchara y que quizá me ofreciera algún consejo, no que se limitara a decirme que estoy engañando a mi marido porque me aburro.

—Pues dímelo, Cathy. Cuéntame por qué lo estás engañando. ¿Por qué me llamas cuando parece que ya tienes una decisión tomada? ¿Qué esperabas que te dijera? «Joder, chica, la vida es una mierda, no pasa nada si lo engañas». ¿Sabes?, tenía envidia de ti. Tanto es así que me costaba mucho estar en la misma habitación viendo la forma en la que te miraba Ben, con el amor derramándose por sus ojos, sin odiarte un poco. Así que sí. Estoy cabreada. No sé nada de ti desde que perdiste el bebé, y de repente me llamas para contarme que estás pensando en dejar a tu marido. —Hace una pausa—. Cariño, no sé qué esperas de mí, pero creo que, si lo haces, será el mayor error de tu vida. Ya está. Te lo he dicho. ¿Es eso lo que querías oír?

La vergüenza me hace arder de pies a cabeza.

—¿Sabes qué, Amy? Eres una hipócrita. Y puedes irte a la mierda. Sé que he hecho algo horrible...

—La verdad duele, ¿eh?

—Ben no se lo merece. Joder, vivo con él. Estoy casada con él. Sé que es la última persona que se merece este tipo de infidelidad, pero ha ocurrido, y no he podido detenerlo. De hecho, no puedo, ¿me oyes? No puedo. No sé por qué te he llamado. Lamento que mi llamada te haya molestado, pero jamás se me hubiera ocurrido que pudieras juzgarme con tanta dureza, porque tú también lo has

hecho. A veces, estas cosas suceden... —Se me quiebra la voz y empiezo a llorar.

¡Joder!

—Sí..., pero se puede evitar.

—No, ¡no puedo! Lo siento —gimo entre lágrimas.

Transcurren unos vacilantes momentos llenos de tensión antes de que Amy hable por fin.

—¡Oh, cielo, lo siento! Estoy enfadada. Y la forma en la que lo has esbozado, como si no fuera importante porque ya está hecho... —Gime en voz alta—. Olvídalo. Déjame darte un consejo, y es lo único que voy a decirte, porque cada matrimonio es diferente y la gente engaña a sus parejas por muchas razones distintas. Algunos porque pueden, porque saben que así no les afectará el aburrimiento, otras por lujuria. Muchas es para llamar la atención, para demostrar que necesitan ayuda, para pedir auxilio. Sean cuales sean tus razones, antes de poner fin a tu matrimonio, asegúrate de que eres consciente de que no puedes retroceder. No existe una máquina del tiempo que te permita deshacer tus errores si no te funciona una hipotética relación con Arsen. Y hay muchas posibilidades de que no vaya bien, cariño. Nunca sale bien. ¿Quién sabe? Quizá Arsen conozca a alguien, una joven bonita con los pechos turgentes, y te deje por ella. Es joven, Cathy. ¿Qué te hace pensar que va en serio y no está jugando contigo? ¿Que no eres el polvo de la semana? ¿Del mes?

—No lo sé —susurro con la voz ronca—. Lo único que sé es que no puedo seguir haciéndole esto a Ben. No puedo dejar de ver a Arsen. Lo necesito. Así que la única opción que me queda, la única solución, es dejar a Ben.

—Y si...

—Y si las cosas con Arsen no funcionan, al menos Ben será libre para encontrar a alguien que lo merezca más que yo. Sé que parece una excusa patética, pero es cierto. Yo ya no lo merezco. En este punto de mi vida, deseo tanto a Arsen que estoy dispuesta a tirar todo lo demás por la borda. Además, no puedo seguir mintiéndole a Ben..., meterme en la cama y dejar que me toque después de estar con Arsen... No es justo. No es justo.

Se queda en silencio durante un momento, y casi puedo imaginarla luchando consigo misma.

—Cariño, haz lo que creas que es correcto. Pero recuerda que no hay vuelta atrás, cielo. Eso es todo. Si no funciona, te encontrarás divorciada y sola. Por supuesto, estaré ahí para apoyarte, aunque...

—Lo sé, no será lo mismo.

—¿Sientes algo por ese chico?

—Sí, Amy. Creo que me he enamorado de él.

—¡Niña! ¡Oh, Dios mío! No es la respuesta que esperaba. Es decir, ¿estás segura de que es amor y no lujuria y deseo?

—No lo sé, Amy —suspiro—. Creo que es amor. Siento como si lo fuera. Parece amor.

—Que parezca amor no significa que lo sea. Puede ser encandilamiento..., la novedad... Y dime, ¿qué pasa con Ben? ¿Ya no lo amas? ¿No te importa lo que esto le va a provocar?

—Me importa... Me importa muchísimo. Por eso no puedo seguir haciéndoselo. Tengo que dejarlo libre, Amy. Dejarlo ir, aunque en el proceso rompa su corazón... y el mío. Sanará... Todos lo haremos. Lo quiero, pero no estoy segura de seguir estando enamorada de él.

Y es así. Adoro a Ben. Lo adoro. Pero no me hace sentir mariposas en el estómago. No me hace vibrar. Estar con Ben ya no me hace sentir... No. Todos esos sentimientos han sido transferidos a Arsen. Así que supongo que esa es la respuesta a mi pregunta.

Después de preguntarle a Amy como está, nos despedimos y colgamos. Hace mucho que he dejado atrás las calles de Manhattan, y conduzco el tramo lleno de árboles hasta mi casa en silencio. Al detenerme frente a la entrada, veo que el Maybach negro de Ben no está. Me pregunto si está trabajando hasta tarde..., así que cojo el móvil y compruebo si tengo alguna llamada perdida o algún mensaje. Solo hay uno, de por la mañana, en el que me preguntaba si quería ir a Manhattan para almorzar con él. Un mensaje de texto que ignoré, evidentemente, porque estaba demasiado ocupada mensajeándome con Arsen mientras esperaba a que apareciera.

Después de aparcar en el garaje, voy hacia el vestíbulo, encendiendo todas las luces a mi paso. Una vez que me aseguro de que Ben no está en casa, me detengo bajo la araña de cristal y considero mi siguiente movimiento. Me pongo un dedo debajo de la barbilla mientras preparo una excusa rápida para explicarle por qué no lo he llamado durante todo el día y marco su número. Su móvil suena cinco o seis veces antes de que salte el buzón de voz.

Extraño.

Miro la hora en la pantalla. Sí, debería haber terminado hace horas de trabajar. Después de intentarlo dos veces más, le dejo un mensaje diciéndole que estoy en casa, pero que me voy a la cama y que hablaremos por la mañana. Así han sido mis días y mis noches durante las tres últimas semanas. Ignoro sus llamadas por

el día y lo evito por la noche. Con el pecho encogido por la culpa, miro a mi alrededor, nuestra casa, y me pregunto qué pasará con ella si sigo adelante con la que creo que será mi decisión final.

Gimo mientras se me llenan los ojos de lágrimas.

«¿Cuándo te has convertido en una llorona?»

Cojo la ropa de Barneys que he dejado en el suelo cuando he entrado y me dirijo al dormitorio principal. Necesito descansar. Sí, eso es. Todas las mentiras, engaños y sigilos me están pasando factura. Estoy agotada. Estoy emocional y mentalmente torturada.

Además, si busco consuelo en el sueño, no tengo que hablar con Ben.

A la mañana siguiente, cuando abro los ojos, observo que la almohada de Ben parece intacta. Me pregunto si ha dormido en el despacho, así que me levanto para ir en su busca, sin estar segura de por qué me siento, de repente, consumida por esto... Por esta necesidad de verlo, de tocarlo, de sentir su cálida piel contra la mía. De asegurarme de que es real.

Cuando me detengo delante de la puerta del despacho, noto que me tiemblan las manos. Después de tomar aire varias veces para tranquilizarme, golpeo la puerta, giro el pomo y abro.

Lo que veo me sacude el corazón.

La habitación está irreconocible.

La examino con detenimiento... ¿Qué demonios ha pasado aquí? Es como si un tornado hubiera atravesado el ordenado despacho de Ben.

Hay papeles y artículos esparcidos por el escritorio y en el suelo. Ropa en un rincón. El sofá... Nuestro sofá de amor ya no está, y en su lugar hay uno nuevo de cuero, de color vino oscuro.

A estrenar.

Con piernas temblorosas, me acerco a la pieza de mobiliario que tan extraña se ve allí, como si no perteneciera a esta estancia. No debería estar aquí. Lenta..., tentativamente... me arrodillo ante ella y deslizo los dedos por la superficie lisa. El frescor del cuero es una sensación agradable. Es raro, no me había dado cuenta hasta ahora del calor que siento. Alejo el cuello de la bata de mi piel porque, de repente, la atmósfera en la habitación es opresiva, y no puedo respirar.

Tengo que salir de aquí.

—¿Te gusta? Lo trajeron ayer —dice Ben con voz firme.

Asustada, me doy la vuelta cuando oigo su voz inesperadamente y me llevo las manos al pecho.

—¡Ben, cariño! ¡Me has dado un susto de muerte! —Ben ha apoyado el hombro contra el marco de la puerta y está observándome. Balancea con descuido la chaqueta sobre un hombro. En pocas palabras, es evidente que todavía lleva puesta la misma ropa que ayer.

—Lo siento. No era mi intención.

Cuando Ben se aleja de la puerta y se acerca despacio, se me acelera el pulso. Al detenerse delante de mí, me tiende la mano y me ofrece ayuda para levantarme. Agarro sus dedos, dejando que tire de mí hasta que nuestros cuerpos quedan casi pegados. Desequilibrada, me apoyo en su duro pecho y levanto la vista para mirarlo a los ojos. Sus pupilas, que siempre brillan llenas de luz, hoy parecen apagadas y opacas como unas piedras preciosas sin pulir. Me observa con intensidad. Su mirada me deja sin aliento, me desnuda y hace que mi corazón palpite con salvaje frenesí. Levanta la mano y me roza la mejilla con el dorso de los dedos. Ninguno de los dos cierra los ojos; nos miramos como si estuviéramos tratando de memorizar nuestros rasgos. Y es lo que yo hago.

—Lo entregaron ayer. Me gusta.

—Oh... P-pero ¿quién...?

—Yo. Vine a casa, dado que tú no estabas aquí. —No hay sospecha ni acusación en su voz. Solo helada resignación—. Bueno, tengo que ducharme —añade—. Recuerda que esta noche es la fiesta de máscaras de Alan. Espero que no tengas otros planes —dice fríamente.

—No, claro que no. Ayer me compré el vestido.

—Solo quería asegurarme.

Sale del despacho sin mirar atrás.

25

Después de un corto trayecto en coche a Greenwich, llegamos a casa de Alan Vanderhall. La hermosa finca está ubicada en la muy privada y codiciada zona de Round Hill Road. Existen dos majestuosas verjas que cierran el camino de grava privado que lleva a la casa principal. Mientras lo recorremos en el coche, observo los exuberantes jardines con sus áreas de césped. El camino está iluminado con faroles japoneses de papel, y han envuelto los árboles en centelleantes luces, que son un mágico contraste con la oscuridad de la noche. No puedo evitar sentirme impresionada por la belleza y la enervante sensación de hechizo que flota en el aire.

Cuando miro las luces, trato de no pensar en Arsen. Esta mañana, cuando Ben salió del despacho para darse una ducha, llamé a Arsen para decirle que hoy no podía verlo, pero no me respondió. Ni siquiera me ha enviado un miserable mensaje de texto. De repente me estremezco y me empiezo a frotar los brazos. Ben me mira de reojo, moviendo la cabeza con pesar.

Se me instala en la boca del estómago una sensación de pánico.

Tengo miedo.

¿Y si mi indecisión me ha hecho perder a Arsen?

No.

Estaba ocupado. Nada más.

Desecho todos esos pensamientos negativos y sigo mirando a mi alrededor mientras recorremos el iluminado sendero hasta la casa, una extraordinaria mansión de piedra de estilo georgiano. Ben aparca el coche a un lado, pero despide al aparcacoches que viene a ayudarnos.

—Cathy, ¿te importaría mucho sonreír y no parecer tan fría por una vez? — Son las primeras palabras que ha pronunciado en toda la noche, y me las dice sin ni siquiera mirarme—. Ya sé que mi presencia te repugna, pero, por favor, ¿podrías intentarlo al menos? Alan es un cliente muy importante del bufete.

Lo miro con incredulidad, aturdida por la dureza de sus palabras.

—¿Perdón?

—Nada, Cathy. Olvídalo. Solo finge que quieres estar aquí conmigo en vez de en otro lugar. —Veo una mirada oscura en sus ojos, pero desaparece antes de que me dé tiempo a entenderla por completo.

Le cojo la mano y lo obligo a girar para mirarme mientras frunzo el ceño.

—Eh..., cariño. ¿Ben? Quiero estar aquí. Quiero estar contigo. —La verdad sale espontáneamente cuando noto el dolor en la garganta, pero lo estoy diciendo en serio. No me importa lo que pase mañana, ni cuál sea mi decisión final: quiero estar aquí, con Ben, esta noche. Quiero fingir una última vez que soy Cathy Stanwood. Su esposa. Y que es mío.

Me estremezco cuando Ben, sin mirarme, coge del asiento de atrás la capa de dominó y la media máscara de cuero negro que representa a una pantera y empieza a ponérselas en silencio. Cuando termina de atarse la máscara por detrás de la cabeza, se vuelve hacia mí. Solo puedo ver sus ojos oscuros a través de las rendijas de la máscara, brillantes como mármol negro, su voluptuoso labio inferior y las fuertes líneas de la mandíbula, cubiertas por la barba incipiente. Vestido con esmoquin negro y con la mayor parte del rostro cubierto, parece tan peligroso, elegante y hermoso como el felino que finge ser esta noche.

—Si tú lo dices... ¿Quieres que te ayude con la tuya? —Señala la máscara que tengo en el regazo.

—Sí, por favor —respondo en voz baja.

Lo observo mientras me acaricia lentamente las clavículas con esas manos grandes y fuertes. Su contacto es suave como el ala de una mariposa, y me hace querer cerrar los ojos y apoyar la cabeza en su hombro, sin importarme lo que se ha interpuesto entre nosotros, pero no lo hago. En vez de eso, sigo mirándolo mientras coge la elegante máscara plateada cubierta de encaje negro y me cubre la cara con ella. Después de que me ate la cinta por debajo del moño y se asegure de que no me ha estropeado el peinado, me pone las manos en los hombros. Me estremezco por el calor de su contacto, que se extiende a través de mi cuerpo. Quiero darle las gracias, pero me observa de una manera tan intensa, tan absorbente, que los pensamientos se me detienen.

Mi gentil Ben me está mirando como si quisiera follarme de forma salvaje. Como si quisiera poseerme con su polla y los fuertes músculos de su cuerpo; marcarme con su semilla, aplastarme entre sus poderosos brazos y estrangularme con las manos mientras me penetra tan profundamente como para hacer temblar la cabecera de la cama contra la pared.

No es él.

Y es por mi culpa.

Un extraño cabreado ha reemplazado a mi tierno marido, y, por alguna razón, no puedo obligarme a apartar la mirada de sus ojos oscuros. Sigo contemplándolo con intensidad mientras baja una mano a mi rodilla, expuesta por la abertura del vestido. Sus dedos abren la tela, y cuando su mano entra en contacto con mi piel desnuda, la excitación se extiende por todo mi cuerpo. Comienza a trazar un sendero ascendente por mi muslo, cada vez más cerca de mi núcleo, sin importarle que se pueda rasgar la seda del vestido. Solo se detiene cuando llega a las bragas de encaje.

No aparta los ojos mientras me toca, sintiendo en la palma de la mano la humedad que se acumula entre mis piernas a través de la seda empapada. Noto que desliza un dedo debajo del tejido y aparta el tanga a un lado, exponiéndome a él. Solo entonces, me penetra con el dedo, deslizándose lenta pero implacablemente en mi interior. Quiero cerrar los ojos, pero no puedo. Después de meterlo y sacarlo durante un rato, lo retira y se lo lleva a la boca para saborear mi esencia. Luego vuelve a bajar la mano y hunde ahora dos dedos, dilatándome mientras me lubrica un poco más con la saliva. Echo la cabeza hacia atrás sin reprimir un gemido cuando sus movimientos se hacen más fuertes.

Todo se convierte en un maremágnum de embriagadoras sensaciones mientras me dejo llevar por lo que provoca su mano, por el sonido húmedo de mi cuerpo, por el olor. Sí, mi marido está follándome con la mano, y es una pasada. En sus ojos hay un resplandor febril que hace desaparecer lo que se interpone entre nosotros. Separo más las piernas: es todo lo que me importa. Según se acelera su respiración, me oigo jadear con más intensidad.

Estoy cerca, muy cerca.

Sé que puedo correrme en cualquier momento, pero él retira los dedos, dejándome a medias. Cuando desaparece su contacto, me siento vacía, dolorida, y deseo que vuelva a hundir la mano en mi interior otra vez. Levanta los dedos mojados y me pinta con ellos los labios, invitándome a que los chupe. Sorprendida por el imprudente comportamiento de Ben, no me muevo.

—Abre la boca, Cathy. Quiero que te pruebes..., que sepas lo que puedo hacer contigo —gruñe.

Siento que se me calientan las mejillas, pero abro la boca mientras sumerge los dedos dentro.

—Ahora cierra la boca y chúpalos, Cathy.

Y los succiono con fuerza. Aun cuando ese acto me recuerda a Arsen y lo que pasó en Barneys.

Cuando retira los dedos de mi boca, creo que va a permitir que nos unamos,

pero me sorprende una vez más inclinándose para besarme en los labios. Nos perdemos en el dulce olvido de un beso lleno de mi sabor. Es exigente. Necesitado. Es un beso que quiere grabarse en nuestros labios, en nuestras almas.

Al alejarse, Ben respira de forma entrecortada, y parece tan afectado como yo.

—Quiero que recuerdes esto cuando estemos en la fiesta... Te he marcado en los labios. —Se inclina hacia mí—. Eres mía —me susurra al oído.

Lo miro mientras se endereza la máscara y la ropa antes de salir del Maybach para rodear el vehículo hacia la puerta del copiloto. Todavía sin aliento y dolorida en algunas partes, estoy a punto de rozarme los labios cuando abre la puerta.

—Por cierto, estás impresionante con este vestido. Te esperaré aquí mientras te vuelves a pintar los labios. —Su voz es fría y desapasionada una vez más, muy diferente a la de mi Ben.

Sin bajarme del coche, me miro en el espejo de la visera. Me siento sola, incómoda... y excitada. Necesito un orgasmo. Miro mi reflejo y lo único que veo son mentiras..., pero en este momento, cuando siento dolor entre las piernas por las placentas y bruscas caricias de Ben, se hace evidente una realidad.

Siento que he engañado a Arsen con mi propio marido.

Después de salir del coche, nos dirigimos a la majestuosa e iluminada entrada. La música de la orquesta flota en el aire, a nuestro alrededor. Mientras subo las escaleras, me levanto la parte delantera del vestido con una mano para no pisármelo y pongo la otra en el antebrazo de Ben, que me presta su apoyo.

Al entrar en la mansión, primero me quedo cegada por las poderosas luces que lo iluminan todo, pero cuando me acostumbro al esplendor reinante, lo único que pienso es lo deslumbrante que está todo envuelto en una manta de luz dorada.

Después de entregar las copas a un camarero, echo un vistazo a la espléndida casa y me dejo extasiar por la belleza. Hay majestuosos candelabros de cristal que brillan en el aire como pequeños diamantes, velas resplandeciendo con luz ámbar, cientos de orquídeas blancas, quizá miles, rodeadas de musgo verde. Es increíble.

Los cientos de colores de los vestidos de noche se mueven como un caleidoscopio contra el color apagado de las paredes, flotando alrededor de la habitación, mientras que los hombres se convierten en el fondo perfecto con los esmóquines negros, dejando que sean las mujeres las que brillen.

Flota en el aire una especie de atmósfera imprudente, despreocupada y liberada que nos envuelve como a todas las personas que fingen ser otras detrás de las máscaras esta noche.

Hay electricidad en el aire. Una especie de magia.

Y me asusto porque mi intuición me dice que él está aquí.

Con todos los ojos clavados en nosotros, atravesamos un grupo de gente que charla junto a un piano de cola, donde un virtuoso muy conocido toca una preciosa y melancólica melodía. Ben me rodea la cintura con un brazo, por lo que siento el momento exacto en el que se pone nervioso, cuando su agarre se hace más fuerte y casi me resulta doloroso.

—Ah, allí están Alan y su esposa, Loretta, con su hija. Vamos a saludarlos. Tengo que hablar con él antes de ir al bar.

—¿Cómo sabes quién es Alan y quién su esposa cuando todo el mundo usa máscara? Yo no puedo reconocer a nadie. ¿Van a asistir Megan y Micky? —le pregunto mirándolo a los ojos.

—Los reconocería en cualquier lugar y circunstancia. Ambos son muy altos y tienen el pelo rubio platino. Se distinguen a leguas.

Miro el grupo al que nos dirigimos y veo a tres personas con el pelo rubio, casi blanco.

—Oh, supongo que tienes razón. Los únicos que veo así son...

¡Oh, Dios, no!

Quiero detenerme. Detenerme por completo.

No puedo.

No puedo dar otro paso.

¡Oh, no! ¡No! ¡No!

Sin embargo, Ben parece tener otra idea. No me suelta la cintura y me empuja hacia delante mientras sigue avanzando.

—No... Ben, por favor. T-tú lo sabías —logro susurrar de forma acusadora.

Veo los ojos de Ben a través de la máscara. Están llenos de ira.

—No, no sabía que iba a estar aquí. Al menos no estaba seguro. Y no importa. Ya era hora de que te viera conmigo, tu marido. Sigue andando, Cathy, ¿o quieres que te arrastre hacia él?

—No, no, no, no. Por favor, Ben. Así no. Así no.

La bilis me sube por la garganta, quiero vomitar. Me duele el estómago y se me llenan los ojos de lágrimas. No, no quiero que Arsen me vea así. No después de la forma en la que nos separamos anoche... No quiero que me vea con Ben.

—Sí, Cathy. Quizá ahora comprenda por fin cuánto...

—Bueno, bueno... Mirad quién ha decidido premiarnos finalmente con su presencia. El poderoso Benjamin Stanwood y su hermosa esposa, Catherine, ¿verdad?

Me estremezco cuando Alan dice mi nombre. Ben jamás me llama Catherine.

No. Solo Arsen me llama así.

Evito mirar al hombre que lleva una máscara completa de lo que parece ser un cruce entre el sol y el fuego con llamas o rayos en todas direcciones. No puedo. Así que clavo los ojos en la hermosa mujer que está a su lado. Está usando un exquisito vestido blanco de princesa. El corpiño está bordado con cristales blancos de Swarovski, y la máscara representa a un cisne plateado con plumas blancas. Tiene los labios tan gruesos como los míos, y el cuello largo, delgado y elegante. El cabello rubio, recogido en un sencillo moño de bailarina, me permite apreciar su perfecta estructura ósea. Es impresionante, y tiene cogida la mano de Arsen.

«¿Ves? Chúpate esa, zorra», me grita el karma al oído cuando veo a Arsen con otra mujer.

Los celos son una emoción potente y amenazadora. No solo te comen vivo, te comen desde dentro. Es un veneno que se propaga por tu torrente sanguíneo contaminándote, matándote. Te corroe hasta que ya no queda nada. Y, ahora mismo, me siento asfixiada por él. La odio. La odio.

Me siento débil. El sudor me cubre la espalda y las sienes mientras oigo hablar a Alan.

—Señoras y señores, permítanme presentarles a Ben Stanwood y a su...

—... mi mujer, Cathy Stanwood —termina Ben.

Es entonces, cuando por fin levanto los ojos para mirar a Arsen, cuando lo sé. Mientras estoy al lado de Ben en una habitación llena de gente, miro y anhelo al hombre que tengo delante, y sé que ya no puedo retroceder.

Elijo a Arsen.

Lo elijo a él.

26

La rubia es la primera en tendernos la mano, de dedos alargados y cuidados. Cómo la odio...

—¡Hola! Me llamo Jillian, pero podéis llamarme Jill. Y este —posa la palma de la mano en el centro del sólido pecho de Arsen— es Arsen Radcliff. Un amigo de la familia. —Su cara estúpida se ilumina cuando él sonrío. Cierro los puños con tanta fuerza que noto que se me clavan las uñas en la piel mientras lucho contra la visceral reacción que se apodera de mí. Quiero borrar la sonrisa de la cara de esa chica.

Él es mío.

Mío. Mío. Mío.

Ben me está apretando ahora la cintura con tanta fuerza que noto que se me adormece la carne.

—Jill, ya conozco a los Stanwood. Catherine —Arsen enfatiza mi nombre con un tono áspero— trabaja para mi padre. Estuve aprendiendo con ella el funcionamiento del negocio hasta que decidí que me importaba una mierda. —Ruborizada por sus palabras, observo cómo Arsen se dirige a Alan y Loretta, con una sonrisa en los labios—. Espero no haberte ofendido, tío. —Se vuelve a mirar a la mujer—. Y, tía, sabes que no quería faltarte al respeto. Oh..., parece que el grupo ha empezado a tocar en el salón de baile.

Se lleva la mano de Jillian a los labios y le da un beso en la palma antes de dejarla caer.

—Cielo, ¿te importa que dé un paseo por la pista de baile con la encantadora señora Stanwood? Hace mucho tiempo que no la veo —añade con sarcasmo antes de dirigirse a Ben sin mirarme—. Ben, ¿te importa si te robo a tu mujer un momento? Ya sabes, solo será un ratito.

Me estremezco al escuchar sus descaradas mentiras e insinuaciones, y me sonrojo de vergüenza. Ben aprieta los dientes, haciendo que se le hinchen las venas del cuello, antes de responderle:

—Si Cathy quiere, no me importa.

En ese momento, Ben me lanza una mirada suplicante que hace desaparecer por un instante su fría fachada, lo que me permite adivinar lo vulnerable que se siente esta noche. Me ruega con los ojos que no vaya. Que no me aleje con Arsen. Que me quede con él.

«Por favor. Por favor. Por favor, no vayas con él. Quédate conmigo».

Lo mejor de ser egoísta es que te importa una mierda que alguien te suplique que te quedes, que te esté ofreciendo el mundo, su corazón y su alma. No te importa nada. Harás lo que desees. Lo que quieres para ti. Da igual lo que sea. Irás a por lo que piensas que necesitas.

Y yo quiero ser egoísta.

Quiero ser insensible.

Ya me he sentido culpable.

Estoy completa y totalmente fuera de mí por culpa de un hombre, y no me importa. Soy como una adicta a la heroína con mono. Tengo que tener a Arsen.

Y estoy enfadada.

Cabreada porque está aquí con esa zorra y no conmigo.

Sin mirar siquiera a Ben, me alejo de él y acepto la mano de Arsen para ir a bailar con él.

Huyo.

Me alejo lentamente de Ben y de su presión.

—Sí, claro. Encantada.

Es extraño, pero mi voz suena clara y tranquila, sin que asome ninguna pista de la furiosa tormenta que se extiende por mi interior.

Suelto la mano de Arsen cuando nos alejamos del grupo para ir al salón de baile. No miro hacia atrás, a pesar de que una gran parte de mí quiere hacerlo, la parte que es consciente de lo mucho que amo a Ben, la parte que no me ha permitido anular mi juicio.

Pero no lo hago.

Y sé que debería haberlo hecho.

Arsen se inclina para decirme algo airado al oído. Su aliento, que se escapa a través de su máscara, hace que las hebras de pelo que se me han soltado del moño me hagan cosquillas en la piel expuesta de la nuca mientras su voz me hace estremecerme. La cercanía de nuestros cuerpos enciende mi necesidad una vez más.

—¿Acaso Ben está ciego? Me has follado con los ojos delante de él y de un montón de gente, luego permite que vayas a bailar conmigo y sigue sin hacer nada. ¿Es que no quiere verlo? —gruñe.

—¿Cómo te atreves? —siseo.

—¿Que cómo me atrevo? ¿A decir la verdad o a insultar a tu marido? ¿A ignorar tus patéticas llamadas y a venir a esta fiesta con otra mujer? ¿A qué te refieres, hoyuelos? Dime la puta verdad.

No puedo seguir escuchándolo sin quebrarme y ponerme a llorar en medio de la pista o darle una bofetada, reclamando una indeseada atención sobre nosotros. Lo dejo plantado cerca de la entrada del salón y voy en busca de un lugar donde pueda estar sola para calmarme.

Encuentro una pequeña habitación que no parece destinada al uso de los invitados y entro en ella. Cuando estoy cerrando la puerta, Arsen surge de la nada y me empuja al interior, encerrándonos dentro.

—¿Qué coño haces aquí? Puede haberte visto alguien. ¡La gente va a hablar!
—protesto.

—Te duele, ¿verdad? —me presiona—. Que me vea con otra persona, que ignore tus llamadas porque estoy demasiado ocupado con la vida real para lidiar con una follamiga... Ahora ya sabes lo que siento cuando me dices que no me quieres.

—¡Jamás te he dicho que no te quiera! —grito.

—Sí, lo has hecho. —Se quita la máscara y la tira al suelo. Lo observo mientras se pasa la mano por el pelo rubio—. Me has dicho que no te presione. Que amas a tu marido y me has dado la excusa más desagradable del mundo..., que te dé tiempo. Pero ¿sabes qué, Catherine? —dice con una fea sonrisa en su rostro perfecto—. Me parece bien follar contigo, pero no cuentes con volver a mi apartamento cada vez que estés aburrida. Tienes que volver con tu marido y jugar a las casitas con él, entonces ¿por qué no puedo yo disfrutar de algún coño cualquiera? Oh, espera, no..., ya sé... —Se da una palmada en la frente—. Tú eres el coño cualquiera, ¿verdad?

Le doy una bofetada tan fuerte que la mano me duele tanto como sus palabras, que son crueles dagas en mi corazón, porque son verdad.

—¡Cómo te atreves! —Me estremezco de rabia.

Arsen se ríe, encogiéndose de hombros.

—Te odio. Te odio, ¿me has oído? —Las palabras hacen que me duela el pecho, pero no puedo evitar repetirlas—. ¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio! —Cierro los puños en el aire. Quiero darle patadas, arañarlo, morderlo. Hacerle cualquier cosa que le produzca dolor. Quiero que sienta tanto dolor como yo. Quiero herirlo como me ha herido.

—¿Y qué? —pregunta con indiferencia.

Mientras observo cómo se encoge de hombros una vez más, algo encaja en mi interior. Me arrojo sobre él y empiezo a golpearlo, a morderlo, a darle patadas... Lo que sea para herirlo.

—Eres un cabrón de mierda...

—¡Cierra la puta boca! —me grita mientras me agarra las manos con fuerza. Nos gira hacia la pared.

Nuestros pechos suben y bajan, respirando pesadamente mientras nos miramos el uno al otro. El deseo, la ira y la necesidad que veo reflejados en sus ojos me hacen sentir ganas de follarlo aquí mismo, en este momento.

—Suéltame —me limito a murmurar, derrotada—. Tengo que regresar con Ben. Hemos terminado.

Arsen me libera los brazos para ahuecar con urgencia las manos sobre mis nalgas, empujando nuestros cuerpos más cerca el uno del otro.

—No. Nunca —gruñe en mi oído—. Eres mía. Por completo.

A pesar del pánico que crece en mi interior, una oleada de deseo tan fuerte que no puedo respirar ni pensar, que solo me permite sentir, se precipita sobre mí. Necesito a Arsen dentro de mí. Tengo que sentir cómo su polla entra y sale. Quiero que me folle con fuerza.

Me entrego, le rodeo la cintura con las piernas y le dejo hacer conmigo lo que quiera.

Soy suya.

Me besa en el cuello mientras desliza una mano dentro de mi tanga. Suspiro cuando mete los dedos en mi sexo, buscándome, acariciándome al tiempo que palpito de deseo por él.

—Arsen... —gimo inclinando la cabeza hacia atrás sin importarme que nos atrapen. Me da igual que Ben esté buscándome en este momento.

Su boca aplasta la mía, haciendo que brutales oleadas de calor y sensaciones caigan sobre nosotros, llevándose consigo la desesperación y la vergüenza que siento. Lo beso de nuevo y separo los labios y las piernas para él. Noto su erección cuando se frota contra mí. Me pierdo profundamente en sus ojos mientras oigo el sonido de la cremallera y el susurro de la seda.

Un duro envite y está en mi interior. Me penetra profundamente, con firme suavidad, llenándome del todo. Me alza las nalgas con las manos y apoya la frente en la mía mientras nuestros cuerpos se cubren de sudor.

—No puedo, no puedo... Pensé que podría compartirte, pero no puedo. Por favor..., déjalo. Te necesito, y sé que tú también me necesitas. Me necesitas. Sé mía... —me pide bruscamente.

Me embiste.

—Soy tuya. Soy tuya —repito.

Me embiste.

—No puedo compartirtelo. Verte con él me hace daño. Me rompe por dentro. —
Su voz está ronca por la pasión

Me embiste.

—Abandónalo. No puedo seguir así. No puedo seguir compartiéndote.

Me embiste.

—Sí, lo haré.

Me embiste.

—¿Cuándo?

Me embiste.

—Esta noche.

Arsen cae con ferocidad sobre la curva de mi cuello y empieza a moverse más rápido, con más intensidad, llevándonos al clímax.

—Noto cómo vibras... ¡Joder!, tu coño es jodidamente estrecho... ¡Joder!, estás a punto. Mírame, hoyuelos. Quiero ver tus ojos cuando te corras.

Acerca la boca a mi oído.

—Córrete, Catherine —me susurra con la voz ronca—. Córrete ahora, por mí.

Exploto, perdiéndome en el azul mar de sus ojos. Arsen me besa para sofocar los gritos con la boca mientras se comienza a deslizar fuera de mí como siempre. No estoy segura de si estoy cerrando las piernas alrededor de sus caderas o si solo me estoy perdiendo en el calor del momento, pero, en lugar de retirarse, se clava más profundamente en mi interior mientras su enorme cuerpo vibra ferozmente con un intenso clímax.

Un par de minutos después, con las respiraciones igual de agitadas, Arsen sale de mí, haciéndome estremecerme cuando su erección abandona mi dolorido cuerpo. Se cierra los pantalones mientras me mira con intensidad.

Sin decir una palabra, me da un pañuelo para que me limpie. La falda del vestido cae desde mi cintura al suelo en un río de seda negra. Aturdida, apenas puedo mirarlo mientras limpio el líquido pegajoso que resbala entre mis muslos.

Una vez que termino, Arsen coge el pañuelo y lo lanza a la basura. Cuando regresa, ve mi tanga en el suelo. Pienso que también va a deshacerse de él, pero descubro con sorpresa que lo recoge y se lo guarda en el bolsillo de la chaqueta.

—Venga, volvamos antes de que la gente empiece a preguntarse dónde estamos. Y una cosa, hoyuelos: cuando vuelvas a encontrarte con Ben, quiero que recuerdes lo que me acabas de decir. —Se acerca, hunde la mano en mi pelo

y me da un tirón para que lo mire—. Cuando regreses con él, recuerda que estoy dentro de ti..., que me perteneces.

Me deja salir primero mientras él espera dentro de la habitación para no levantar sospechas. Mientras regreso con Ben, me tiemblan las piernas por la fuerza con la que he rodeado las caderas de Arsen. Me estremezco avergonzada. No puedo creer que haya dejado que Arsen me folle contra la puerta mientras mi marido está en el mismo edificio, que me haya dejado llevar sin pensar en Ben ni una sola vez. Ni siquiera cuando me he corrido alcanzando las estrellas. Mientras la culpa me inunda, trato de no pensar en lo que acaba de suceder, fingiendo que no ha ocurrido.

Cuando vuelvo al salón, Ben me ve de inmediato y me acerco él. Al principio, parece furioso mientras examina mi rostro desde lejos, pero cuando llego a su lado, solo veo tristeza en sus ojos.

Una tristeza desesperada. Sus ojos, en los que siempre brillaba el amor, están ahora vacíos y agotados. Sin vida.

Cuando levanta la mano, asumo de inmediato que me va a coger la mía, pero se limita a meterla en el bolsillo de la solapa para coger el pañuelo.

—Se te ha corrido el lápiz de labios —dice en voz baja, entregándomelo.

27

Al ver que los ojos de Ben están llenos de dolor, pienso que no debería estar aquí después de lo que ha pasado en la fiesta. Debería haber ido a un hotel a pasar la noche.

Miles de pensamientos se arremolinan en mi mente, nadan en mi cabeza sin dejarme en paz. Pero imagino que no merezco alcanzarla, ¿verdad? Una mujer infiel, mentirosa y cabrona como yo debe sufrir.

¡Oh, Dios mío! ¿Qué he hecho?

Se ha acabado.

Aunque hace ya tiempo que terminó.

Desde la primera vez que fui al apartamento de Arsen.

¡Oh, Ben!

Ben y yo hemos terminado.

Mi matrimonio ha acabado.

Por mi culpa.

Solo por eso.

¿Un corazón destrozado puede llegar a hacer enfermar tu cuerpo?

Porque me duele, me duele mucho.

Me siento sucia.

Sin valor.

Ni siquiera merezco sentir dolor. No merezco las lágrimas que empiezan a formarse en mis ojos. No merezco a Ben. Pero a partir de hoy será libre. En cuanto conozca la verdad, se librará de mí.

¿Qué he hecho? Un poco después de volver de follar con Arsen contra la pared, algo que el dolor entre mis piernas demuestra bastante bien, Ben decide que está harto de la fiesta y que tenemos que irnos. Mientras nos despedimos, alguien disfrazado de león se acerca a nosotros para hablarle de algo relativo al trabajo. Tras disculparse, Ben y el león se pierden en un mar de extraños enmascarados.

Siento una fuerte mano en el codo.

—No vuelvas con él —me susurra Arsen al oído—. Ponle fin ahora. Ven conmigo. Llámalo mientras vamos al *loft*. No vayas con él —me suplica con ferocidad.

Sacudo la cabeza y me libero de su agarre.

—Tengo que hacerlo. Le pondré fin de la forma correcta, Arsen. Aunque no creo que exista tal cosa. Ahora, por favor, basta. Ya te he dicho que lo voy a dejar, pero tienes que permitir que lo haga a mi manera. Te llamaré mañana.

Si los celos hacen que Arsen piense que regresar a casa con Ben significa que va a ocurrir algo que me va a hacer cambiar de idea, es que está loco. Todavía lo huelo en mi piel, en mi ropa, saboreo en mi lengua el cigarrillo que se había fumado antes... Arsen está en todas partes.

Dentro de mí.

En mí.

A mi alrededor.

Sé que tengo que irme a casa y conseguir romper limpiamente con Ben. Mi dulce marido. Merece saber la verdad. Tiene que saber que la mujer que dice conocer y amar lleva un tiempo tirándose a un jovenzuelo, que es algo que le encanta y que no piensa dejar de hacerlo.

Tengo que salir de aquí.

Ben se levanta cuando me ve acercándome a él. Frunce el ceño mientras observa mi ropa, mi pelo, cada uno de mis movimientos. Su expresión me hace pensar que ya lo sabe.

Bueno. Quiero terminar bien las cosas.

Estoy a punto de preguntarle si está preparado para marcharse, pero sus ojos vacíos me roban las palabras. Me pregunto cuánto sabrá, y si me odiará cuando descubra la verdad.

Con todo este fiasco, dos partes de mí están en guerra. La que quiere hacer lo correcto con Ben, y la más egoísta, a la que ya no le preocupa más. La Cathy que lo ama quiere cogerlo entre sus brazos y rogarle que la perdone, prometiéndole que no ha sido importante.

Pero eso ya no es así...

No se trata de la emoción que me hace sentir Arsen cada vez que consigue que me corra, ni el entumecimiento que me proporciona. Ahora ya significa algo.

Nos montamos en el coche en silencio. Él tiene un brazo alrededor de mis hombros durante todo el paseo, a veces apoya la mejilla encima de mi cabeza, otras me besa el pelo, inhalando su olor... Quiero ahogarme en la corriente de ternura que fluye entre nosotros, pero ¿y si nota el olor de Arsen en mí?

Mantengo la cabeza reclinada en su hombro y los dedos entrelazados con los de él. Es incómodo con la palanca de cambios entre nosotros, pero eso es lo último que me importa, solo necesito sentirlo cerca. Mirar nuestras manos me hace pensar que estoy siendo succionada en un agujero negro de dolor y pesar. Sé con certeza que será la última vez que Ben y yo iremos juntos en su coche.

Levanto la cabeza y miro durante un momento por la ventanilla. La luna está rojiza esta noche. Hermosa.

Cuando llegamos a casa, las máscaras han desaparecido hace tiempo. Cuando voy a decirle que subo a darme una ducha, me coge de la mano y me hace seguirlo a la cocina sin decir ni una palabra. Después de encender las luces, se inclina y me abraza con una ferocidad tan intensa que me deja sin aliento y un poco sorprendida. Al abrir los ojos, me destroza.

—¿Te apetece una copa de vino? —pregunta con ternura, sonriendo con tristeza.

No voy a poder hacerlo esta noche. No puedo hacerle esto. Pero en realidad ya se lo he hecho. Le devuelvo el abrazo, me pongo de puntillas y le beso en la barbilla mientras me inunda un ataque de pánico. Lo haré. Sencillamente no puedo pensar en ello ahora. Se lo diré mañana.

—¿Te importa si me ducho primero? —Tengo que lavarme, deshacerme del olor a Arsen. ¿La culpa también se puede lavar? Lo dudo.

Cuando salgo del cuarto de baño, Ben se ha cambiado el esmoquin por unos pantalones de chándal y una camiseta de la universidad de Columbia y está cocinando algo.

—¿Vas a cenar? —pregunto.

—Sí, me muero de hambre. No entiendo cómo pueden pensar que un hombre de mi tamaño puede saciarse con *hors d'oeuvres*. Me alucina, en serio.

Apenas hablamos durante la cena, pero no me importa el silencio. Lo último que quiero en la que será la última noche juntos es charlar de tonterías. Tampoco quiero comer... O beberme la copa de vino que me ha servido. Solo quiero mirarlo. Memorizar la forma de su barba oscura, la forma en que aparece su hoyuelo cada vez que mastica, suplicándome que lo bese.

Después de ayudarlo a quitar los platos de la mesa, me pongo a lavarlos. El agua caliente me hace arder las manos, pero es un alivio que agradezco. No hay nada como el dolor físico para adormecer las emociones. La inquietante voz de un hombre que canta sobre la forma en la que no puede apartar los ojos de su amante flota en la cocina. Cierro los ojos y me pierdo en la melancólica voz del cantante, que le dice a su amada que sin amor no hay gloria.

Con un nudo en la garganta, siento que los cálidos brazos de Ben me rodean la cintura desde atrás. Suelto el plato y me seco las manos en los pantalones de yoga antes de subir una hacia su cuello para acercarle la cara a la curva de mi nuca mientras pongo la otra sobre la suya, en mi estómago. Con la espalda contra su torso, nos balanceamos al suave ritmo de la música..., lenta y tiernamente. Me besa el cuello, el pelo, detrás de la oreja, cubriéndome de besos que parecen postreros.

El nudo que tengo en la garganta se hace cada vez más grande hasta que las lágrimas me caen por las mejillas. Son lágrimas traicioneras. No sé si Ben las ve, pero no me importa. Solo quiero perderme en su contacto, en su calor, en él, una última vez.

Cuando la canción termina, me doy la vuelta mientras él me suelta. Se inclina y me levanta con facilidad entre sus brazos. No nos decimos nada mientras le rodeo el cuello con los brazos y apoyo la cabeza en su hombro mientras trato de inhalar su olor con toda la capacidad de mis pulmones. Mientras me lleva, noto que se le acelera la respiración, que se tensa, y sé de alguna manera que no es debido a mi peso.

Él también lo siente.

Es nuestra última noche.

Nuestro gran final.

Quiero decir algo, pero no puedo encontrar las palabras correctas.

Hasta que llegamos al dormitorio y me deposita en la cama con suavidad, no se me ocurre que tengo que detenerlo.

Pero no puedo...

Y no es porque me importe que Ben pueda borrar a Arsen de mi cuerpo. En este momento, Arsen me da igual. No puedo hacerlo porque no quiero ensuciar a Ben con mi cuerpo. No quiero que nuestra última vez juntos sea el día que permití que alguien me follara mientras jadeaba su nombre en una habitación vacía.

Muy despacio, Ben nos desnuda a ambos hasta que ya no queda nada entre nosotros.

—Eres preciosa... —susurra con la voz ronca mientras pasa una mano por mis pechos—. Preciosa.

Estoy a punto de detenerlo cuando se inclina sobre mí. Lo que veo en su expresión es como un golpe en el estómago que me deja sin palabras. Me coge las manos y me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—Por favor, Cathy... —susurra contra mis labios—, esta noche no. No ahora.

Déjame... Deja que te bese.

Besa mis lágrimas, las lame y se las traga como si fueran suyas.

—Siempre has sido tú, Ben... —Me ahogo cuando una profunda emoción me domina. Quiero decirle que siempre será él, pero sería mentira.

Baja la frente y la apoya en la mía. Siento la humedad de sus lágrimas, de las mías, de las nuestras unidas.

—No quiero que llegue el mañana, Cathy. Me da miedo. —Su voz es ronca por el dolor mientras suplica. Se inclina para besarme los labios, los ojos, las sienes, la nariz... Intento hacer lo mismo al tiempo que rodeo ferozmente su cuerpo con los brazos y las piernas. Quiero consumirlo, absorber su cuerpo con el mío y mantenerlo así. Solo nosotros dos, llenándonos el uno al otro, envolviéndonos.

Me mantiene las manos por encima de la cabeza y me mira con intensidad mientras lenta, muy lentamente se desliza en mi interior. Parece perdido, herido, vulnerable... Es un acto tierno, dulce y doloroso. Nuestras emociones nos guían por la danza de dos cuerpos tratando de comunicarse en un momento sincero, vulnerable, básico y crudo lo que no pueden decirse con palabras.

«Te amo».

«Por favor, perdóname».

«No me dejes».

«¿Cómo has podido...?».

«Te odio».

«Te amo».

«Sin ti me moriré».

«Eres mía».

«Solo mía».

«Te pertenezco».

«Solo tú».

Es algo precioso. Es el alma, rompiéndose. Es el adiós.

El domingo por la mañana. Veo cómo el enorme y poderoso cuerpo de mi marido cae al suelo, destrozado.

Roto... por mi culpa.

—He follado con Arsen —le digo en voz baja.

BEN

ESA MISMA MAÑANA, UN POCO ANTES

Me envuelvo la cintura con la toalla después de darme una ducha y regreso a la cama donde Cathy, ahora agotada, sigue durmiendo.

Cathy.

Mi pasado, mi presente y mi futuro... Mi eternidad.

O eso pensaba.

Al verla dormir con el pelo despeinado y sin maquillaje, después de haber follado durante toda la noche, todavía puede dejarme sin aliento. Me inclino y le beso los labios, que están rojos e hinchados, y ahora sé que soy la razón de ello y no él. Aprovecho el momento y dejo mi boca en la de ella mientras cierro los ojos e inhalo hasta lo más profundo de mis pulmones el olor a jazmín y a sexo de su piel, saboreando que, por una vez, no huele a él. Aprieto los dientes y pienso en todas las veces que ha vuelto a casa, fingiendo estar demasiado cansada para permanecer despierta y hacerme compañía. O en las pocas ocasiones en que la he buscado por la noche, y se ha alejado de mi contacto porque no quería follar, siempre oliendo a otro hombre.

Me pregunto...

Me pregunto cuántas veces me ha engañado...

A veces, la necesidad de saberlo me consume, me vuelve loco de celos. Sin embargo otras veces, cuando estoy mirando su preciosa cara sonriente, cuando me dice que me ama, cuando me deja follarla, quiero ahogar esa necesidad. Quiero creer todas sus mentiras para poder seguir viviendo en la negación. La amo con todas mis fuerzas.

Pero este amor, esta locura, se ha convertido en una cruz que cargo sobre mi espalda hasta caer de rodillas. Un purgatorio en vida. No puedo seguir viviendo

una existencia en la que cuestiono cada palabra, cada acción, de la persona en la que debo confiar de forma ciega. Las dudas constantes y las preguntas sin respuesta que pasan por mi cabeza están volviéndome loco. Y no puedo.

¿Está con él?

¿Solo ha follado con él?

¿Ha hablado por teléfono con él?

¿Dónde está Cathy?

¿Por qué no responde a mis llamadas?

¿Piensa en él mientras le hago el amor?

Ya no puedo seguir así.

Me está matando.

No puedo seguir engañándome. No puedo. Verla desaparecer anoche con Arsen es el último golpe para mi maldito corazón... Mi orgullo ya no puede aguantar más.

Estoy jodido.

Me estiro y agarro la sábana que rodea su cintura desnuda para subirla hasta cubrirle los hombros. Su brillante pelo rubio se extiende por nuestras almohadas, como si la rodeara una piscina de oro. Mi Cathy.

Me aparto de ella, me visto y me dirijo a la puerta. Me detengo en el umbral para echar un último vistazo a la habitación, escudriñando el perímetro y deteniendo los ojos en las fotos, las almohadas, los muebles... Todos los recuerdos de una vida juntos. No siento nada mientras me alejo de la habitación que antaño ha estado llena de felicidad y amor, y donde ahora solo hay angustia y odio.

No siento nada.

Estoy entumecido.

Por fin, mis ojos recaen en la cama y admiro a una Cathy desprevenida. Su rostro... , sus pechos rosados... Memorizo cada maldita curva de su cuerpo. Una vez fueron mías, pero ya no.

Nunca pensé que el amor dolería. Se supone que cura, que es un refugio para el sufrimiento, para que la vida valga la pena. Pero mientras miro a mi mujer, sé que es una puta mierda.

El amor puede destruirte.

El amor puede enterrarte en vida en un ataúd lleno de dolor y desesperación, robándote hasta las ganas de vivir.

Cierro los ojos y me froto los ojos con las manos. De repente, estoy muy cansado. Me duele todo el cuerpo, la cabeza, los ojos..., me duele el pecho. Mientras estoy sentado en el despacho esperando a que Cathy se despierte y se reúna conmigo, me doy cuenta de que la noche pasada ha sido un puto error; la peor decisión que he tomado. Sabía que hoy iba a pagarlo muy caro, pero lo necesitaba. La necesitaba a ella. Necesitaba pasar una última noche con mi mujer. Quería oler su cabello, besarla en el hombro y sostenerla entre mis brazos como si fuera otra noche, fingiendo que todavía era mía. Y quería despedirme de nuestra pequeña familia de solo dos miembros.

Pero mientras la espero, me hundo en arenas movedizas de culpa que amenazan con tragarme. Aquí estoy, esperando para hacer frente a Cathy, para exigirle la verdad cuando yo también soy culpable.

Buscando un respiro emocional a la puta pesadilla en la que se ha convertido mi vida, me he rebajado a su nivel, y no puedo decir que me sienta mejor. Si algo me disgusta profundamente, es ceder a la debilidad y que sea ella la que gane.

Abro los ojos mientras apoyo la cabeza en el respaldo del sillón de cuero, y miro al techo. Se me revuelve el estómago al recordar lo que pasó el viernes por la noche. El día que no volví a dormir a casa.

Después de salir del bufete y volver a casa para recibir la entrega del nuevo sofá, dado que Cathy decidió que tenía cosas mejores que hacer que responder a mis llamadas, me quedé en casa un par de horas. Pero estar aquí solo mientras ella estaba fuera, posiblemente tirándose a Arsen, me hacía sentir muy cabreado. Sabía que si estuviera en casa cuando regresara, no sería capaz de controlarme, así que regresé al despacho para ahogarme en el trabajo. Era lo que me ayudaba a olvidar.

Estaba pensando en quedarme y repasar más casos cuando Micky y los pasantes me preguntaron si quería ir con ellos a tomar una copa.

No me negué.

Una copa se convirtió en dos, y dos en cuatro.

En la neblina que provocó el alcohol, recuerdo haber pensado que las pasantes, Clara y Kerry, estaban jodidamente buenas. Las dos querían que bailara con ellas, así que lo hice. ¿Por qué no? Pronto iba a dar igual... Mientras bailábamos, sentí que Kerry me rodeaba el pecho con los brazos, y me gustó. Me gustaba notar el cálido contacto de una mujer, de alguien que me deseaba. Bajé la vista y vi que me provocaba con su sonrisa.

Sí.

Me deseaba.

Y en ese momento, yo también la deseaba a ella.

CATHY

Miro cómo Ben se desploma. Cuando levanta la vista desde el suelo, me mira con esos cálidos ojos del mismo tono que el jarabe de arce brillantes por las lágrimas.

—¿Desde cuándo? —susurra—. ¿Cuántas veces te lo has tirado, Cathy?

—Desde... —Respiro hondo. Ahora no puedo detenerme, debo seguir adelante—. Lleva pasando algún tiempo.

—Lo sabía. Lo sabía. Lo sabía...

Baja la cabeza y comienza a tirarse del pelo con las dos manos, casi como si quisiera arrancárselo. Cuando vuelve a mirarme, me perfora el alma con sus ojos.

—¿Te lo tiras antes o después de estar conmigo? Porque no hemos dejado de follar.

Silencio.

Me he quedado sin palabras por el dolor y el reproche que leo en sus ojos, y no soy capaz de formar una respuesta coherente.

—¡Responde la puta pregunta! —insiste al darse cuenta de que no pienso responder a las preguntas o acusaciones que está lanzándome. La ira hace que le sobresalgan las venas del cuello, que parecen a punto de explotar.

No puedo responder.

No puedo.

Me odiará.

La intensidad de la ira que dirige contra mí, una furia que tiene derecho a sentir, me asusta, me toma por sorpresa. Jamás lo había visto tan enfadado.

—¡Quiero que me contestes, joder! ¡Merezco una jodida respuesta, zorra!

Los dos nos estremecemos ante sus palabras.

—Antes y después —digo.

Las lágrimas que hacían brillar sus ojos comienzan a derramarse, y solo puedo ver cómo se deslizan por sus hermosos rasgos. Quiero acercarme y decirle que lo siento, pedirle perdón, pero no puedo. Hace mucho tiempo que perdí ese privilegio. Me merezco su furia, su disgusto, su odio.

Mientras nos miramos el uno al otro, dejando que se pose la verdad, me enfrento a un extraño. Ben ya no es el chico despreocupado del que me enamoré, sino un hombre devastado. Un hombre que conoce el dolor, el sufrimiento que puede matarte, que te destruye y te ahoga en un mar de oscuridad y odio. Me pregunto si alguna vez romperá y sanará.

—¿Lo amas? —Deja que las palabras floten en el silencio de la estancia. Bajo la mirada a mis manos temblorosas—. ¡Por el amor de Dios, Cathy! ¿Es que no puedes responder a una maldita pregunta? ¿Lo amas? ¿Sí? ¿No? ¿Qué?

—Es que...

Se estremece mientras gime.

—Sí. No... No lo sé. Cuando estoy con él parece amor. Lo parece... Me siento feliz a su lado, Ben. Y esa es la verdad.

Ben me mira desde el suelo. Veo las lágrimas en sus ojos, colgando de sus pestañas, deslizándose por sus mejillas. Se lame algunas con la lengua mientras se limpia la cara con el dorso de la mano, pero su mirada no vacila.

—¿Me amas? ¿Todavía me amas? Y por una vez en tu vida, te pido que seas jodidamente sincera. —Cierra los puños—. Me lo merezco —murmura para sí mismo—. Menuda mierda. No puedo... no puedo...

Bueno, allá voy. Quizá esto hará que me odie y destruya todo el amor que aún me tiene. De todas formas, no me lo merezco. Tengo que destruirlo del todo para que siga adelante. Y sí, merece que sea sincera.

—Te quiero, Ben, pero no estoy segura de que siga enamorada de ti.

Veo que se estremece. Bien. Me alegro. Es la única forma en que sea libre de mí. Por un momento, me pregunto si tengo algo mal. Algo esencial. ¿Cómo puedo herir a alguien al que afirmo querer tanto? ¿Por qué estoy haciendo esto? ¿Cómo hemos llegado a este punto?

«Porque cuando las cosas se pusieron difíciles, cogiste la salida fácil, Cathy. No luchaste».

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué me has engañado, Cathy? ¿Y por qué has seguido haciéndolo? ¿Tan bueno es el sexo? ¿Acaso no crees que me dolió cuando tuviste el último aborto? ¿No sabes que quería a ese bebé tanto como tú?

Quiero decirle que es por el aborto. Que siempre ha sido por eso. Que los abortos fueron el aceite, y Arsen el fuego. Que juntos quemaron mi matrimonio, que se desmoronaba, que lo hicieron cenizas. Quiero decirle que me siento muy confundida y que las emociones me abruman. Que llevo un tiempo teniendo dudas sobre nuestro matrimonio. Que pensé que el bebé era una segunda oportunidad, pero ahora también se ha ido. Quiero ser sincera, pero sus crueles preguntas son la morfina que necesito para no sentir nada, para poder responder sin sentir remordimientos.

—Me acosté con él por primera vez la noche que te conté que me iba con Amy a tomar una copa. Me llamó y me dijo que quería hablar conmigo sobre el... el aborto..., que quería ayudarme. Yo me sentía insensible a todo. No soportaba ver tu cara ni estar cerca de ti. Tu perfección me estaba volviendo loca. Cuando acepté verlo, no me imaginaba que iba a acostarme con él.

—Pero te sentías atraída por él. Me di cuenta. Tenías que saber que... que esa jodida canción... era para ti.

—Sí. —Me senté a su lado antes de continuar—. No empezó así, Ben. Solo éramos amigos. Pero en algún momento, la relación cambió. La primera vez que ocurrió, me hizo sentir tan bien, tan viva, que supe allí mismo que no iba a detenerme. Me folló, Ben. No me hizo el amor. Me hizo olvidar, que desapareciera cualquier entumecimiento, me hizo sentirme deseada, necesitada... No sé. Me sentí joven y hermosa de nuevo. No destrozada.

Lo miro a los ojos.

—Con él no tenía que esforzarme. Con él pude llorar, enfadarme, incluso resultar odiosa, y no me importaba herir sus sentimientos como me pasaba contigo. No me trataba como a una muñeca de porcelana; sino como a una persona. Cada vez que intentaba decirte cómo me sentía, lo jodida que estaba, lo único que decías era que todo estaría bien y que íbamos a superarlo.

»Era demasiado, Ben. Demasiado. Tu perfección me asfixiaba, y no podía soportarla. Creo que empezaba a odiarte, que estaba resentida contigo, y Arsen hizo que todo eso desapareciera. Con él era yo, Cathy. No era tu esposa, no era un fracaso, no era nada. Solo yo. Y me sentía bien. Era como una droga. Necesitaba más, anhelaba más, y cuanto más tenía, más quería. Más lo deseaba.

Trago saliva porque las siguientes palabras son las más difíciles de admitir, incluso para mí.

—Empezó como sexo, Ben, como un escape, pero ya no es así. Mientras todo eso ocurría..., creo que me enamoré de él.

Silencio.

—N-no pienses que trato de disculpar mi comportamiento, porque no es así. Sé que está mal, muy mal, pero trato de responder a tus preguntas con la mayor sinceridad posible. —Bajo la voz hasta que es un suave murmullo—. Te lo mereces.

Comienza a golpearse la cabeza contra la pared.

Toc.

Toc.

Toc.

Un golpeteo constante que me vuelve loca.

Allí sentada, veo cómo se hace daño hasta que no puedo soportarlo más. Quiero tocarlo, y levanto la mano para hacerlo, pero la aparta como si fuera un mosquito molesto.

Eso duele.

Pero es culpa mía. Soy yo la que lo ha hecho, a él y a mí misma. No puedo quejarme de que rechace mi contacto.

Cuando por fin levanta la vista, me agarra por los hombros y me sacude.

—¿Has tenido cuidado? —exclama con el asco y el temor grabados en cada sílaba.

Al principio no entiendo lo que quiere decir.

«Ah...».

Niego con la cabeza y su mirada lo dice todo. Quiere matarme. O a Arsen. O a los dos.

—A ver si lo he entendido. ¿Te folla, se corre dentro de ti, y luego yo hago lo mismo? Ahora entiendo lo de tanta ducha. Debías de sentirte sucia... —Me quedo en silencio. Estoy mirando su rostro cuando se da cuenta de repente... Me taladra furioso con los ojos, su respiración se acelera—. Ayer por la noche... Tuviste que lavarte por completo, ¿no?

Asiento con la cabeza antes de ponerme a llorar.

—Me das asco.

Me suelta bruscamente y se levanta, casi como si estar en estrecho contacto con mi cuerpo le provocara dolor físico. Verme privada de su fuerte agarre me hace caer hacia atrás, aunque me da tiempo a echar los brazos para amortiguar la caída. Se vuelve hacia mí y comienza a gritar, cabreado, con el rostro rojo de ira y manchado de lágrimas.

—¿Alguna vez has pensado lo que me haría sentir?! ¿Te importaba acaso?! —Maldice entre dientes.

Se me revuelve el estómago con sus gritos. Cada palabra es como un golpe que

me roba el aire, pero le debo la oportunidad de sacarlo todo, de golpearme con sus palabras y romperme con su ira. Se podría llamar expiación, porque debo pagar por lo que he hecho. Sencillamente no esperaba que la sinceridad pudiera doler tanto. Ser testigo de las consecuencias de mi comportamiento y el caos que ha provocado es muy doloroso. Pero solo debería sufrir yo las consecuencias de mis elecciones. No él. Para mi desgracia, él también está pagando por ellas.

—Al principio sí... P-pero luego dejé de importarme.

Ben empieza a respirar de forma pesada, y sus ojos atormentados están llenos de angustia.

—Tienes que marcharte. No puedo... No puedo... No puedo soportar esto más tiempo... —Gime mientras hunde la cara entre las manos y comienza a balancearse adelante y atrás sobre los talones.

Lo observo en silencio durante lo que me parece una eternidad, tratando de darle tiempo. Me mira unos minutos después.

—Cuando estabas tan mal, Cathy, te amé por los dos. Por los dos, y no me importó..., en serio. Pensaba que mi amor sería suficiente... Te quería tanto... Si me hubieras pedido que me cortara un brazo por ti, lo habría hecho. Te habría dado todo mi cuerpo, Cathy. Solo a ti. Nunca debería haberte compartido, Cathy. Nunca. Pensaba que eras mía y yo tuyo. O lo era. Joder, joder, joder... Esto es jodidamente increíble.

»¿Sabes qué? Vamos a exponer toda la puta verdad. Ya he oído tus patéticas excusas, ¿qué te parece si ahora me escuchas tú? Déjame decirte algo, Cathy, espero que estés feliz... Porque Arsen puede poseer tu corazón, tu cuerpo, pero siempre te sentirás vacía, porque yo soy el puto dueño de tu maldita alma. Tu alma es parte de la mía, y siempre lo será. Yo me curaré, aprenderé a amar de nuevo, pero tú... Te compadezco.

»Dices que te has alejado de mí y de nuestro matrimonio por la tensión que los abortos provocaron en nuestra relación... —Se golpea el pecho de forma dolorosa—. ¿Y yo? ¿Crees que no estaba sufriendo también? Cada vez que cierro los ojos, oigo el grito que lanzaste ese día llena de sangre. A veces me da miedo quedarme dormido, porque esas imágenes de ti cubierta por tu propia sangre me persiguen incluso en sueños. Sí, tú has abortado, has perdido los bebés, Cathy, pero yo, además de perder a esos bebés, he perdido a mi esposa. Solo me quedan recuerdos.

Hace una pausa y se seca algunas lágrimas de la cara antes de continuar.

—También quería tener familia. Tú te ocultaste en tu propia cabeza, te escondiste de todo el mundo y de todos los que nos preocupábamos por ti. Dejé

de importarte todo y lo acepté. Era capaz de asumirlo porque esperaba que todo iba a mejorar, que con el tiempo recuperaría a mi esposa. ¿Crees que eres la única que ha dudado de nosotros? ¿Que ha querido ocultarse? ¿Interesarse por otras personas? También me he querido tirar a otras mujeres, Cathy, para poder olvidarme de ti y recordar lo que se siente al ser deseado, necesitado, de nuevo. Pero no lo he hecho. Te amaba demasiado, y, para mi desgracia, sigo haciéndolo, pero he tenido más respeto que tú por nuestro matrimonio, por ti.

»Lo único que quería de verdad era... abrazarte todo el tiempo que pudiera. Quería tener esa segunda, tercera o cuarta oportunidad para volver a estar enteros. Eso era todo. Así que si piensas que vas a ser feliz con Arsen, buena suerte. Pero, sinceramente, no creo que puedas. Tienes que mirar dentro de ti misma antes de poder estar con alguien más, ver por qué no podías abrirte a mí y dejar que te ayudara. Pero ya no es mi problema. Hemos terminado. Ya sabes, el karma es muy hijo de puta.

Sus dolorosas palabras encienden un fuego airado en mi interior, y quiero abrazarlo con él. ¡Cómo se atreve! La vida ha sido un infierno para mí desde mi último aborto, el infierno que comenzó todo esto. No he podido pensar con claridad desde ese día, aunque no excusa mi comportamiento. Ben quería saber la verdad, así que le he dado mi propia versión de ella, no trataba de justificar mis acciones. Sabía que estaba mal desde la primera vez que ocurrió, y continué haciéndolo a sabiendas de que era más que un error: era imperdonable. Pero a veces todos los razonamientos lógicos del mundo no te impiden cometer ese error. A veces aferrarte a alguien cuando estás cayendo no detiene la caída. A veces, tienes que estrellarte.

Estoy enfadada con él, conmigo misma. Me siento culpable, dolida y avergonzada. Pero sentir vergüenza hace que, de repente, quiera gritar más y más, herirlo una y otra vez. La vergüenza hace que quiera lanzarle algo en lugar de disculparme.

Levanto la vista desde el suelo, con las lágrimas emborronándome la vista.

—El karma puede ser muy hijo de puta, sí, pero cuando me follaba, no me importaba, porque me corría con tanta intensidad que veía las estrellas.

Me mira, pero el amor que he visto en sus ojos tantas veces ha desaparecido.

—¡Putas de mierda! ¡Vete! ¡Lárgate!

Lo he hecho.

He hecho que me odie tanto como me odio a mí misma.

Ahora puede ser libre.

Me levanto del frío suelo de madera de su despacho y voy al dormitorio. Tengo

que ir a casa de Amy. Ya no puedo quedarme aquí. Mi matrimonio ha terminado. Acabado por completo. Arsen era el combustible necesario para convertirlo en cenizas, pero he sido yo la que ha sostenido la llama en sus manos todo el rato.

Me limpio la nariz con la manga y lanzo la mayoría de mis pertenencias a la basura. Quiero borrar mi existencia de su casa. Cuando termino, salgo del cuarto de baño. Ben está de pie junto al ventanal con vistas al patio, de espaldas a mí. Tiene la cabeza gacha por la derrota, y se agarra el pelo con tanta fuerza que se notan los músculos de sus brazos.

Mientras me acerco a él, noto que tiembla un poco. Quiero abrazarlo y besar sus lágrimas, decirle que lo amo y que todo lo que le he dicho la noche pasada era cierto, pero ¿de qué serviría? Todo ha acabado entre nosotros.

Cojo el abrigo y me lo pongo.

—La otra noche —le oigo susurrar con la voz ronca por las lágrimas—, cuando no volví a casa...

—¿Sí?

—Estuve a punto de tirarme a Kerry. —Respira hondo—. Quiero el divorcio.

Sin darme la vuelta, asimilo lo que acaba de decir. He envenenado a Ben. Me lo merezco.

—Lo entiendo —susurro, agotada por la pelea—. Mañana, cuando estés trabajando, regresaré a por el resto de mis cosas.

Y me voy con esas frías palabras.

Salgo por la puerta.

Salgo de su vida.

Dejando atrás mi sol y permitiendo que la oscuridad, disfrazada de libertad, me dé la bienvenida.

Cuando estoy fuera de la casa, miro hacia arriba desde la entrada, a la ventana de nuestro dormitorio, y veo que las cortinas están cerradas. Al darme la vuelta para ir al garaje, empieza a llover, y la lluvia me moja la cara. Me lamo los labios y saboreo una mezcla de sal y lluvia. Es curioso, no me he dado cuenta de que seguía llorando.

Un agonizante sufrimiento comienza a extenderse por mi pecho, preparándome para hacerme explotar de dolor. Doy unos pasos, pero me detengo en seco y miro el cemento mojado. La lluvia sigue cayendo a mi alrededor, gotas de agua dulce que hacen que el asfalto brille como estrellas.

Quiero volver.

He cometido un terrible error.

Me siento como si estuviera dejando mi corazón, todo mi ser, en esa casa, con

él. Permaneciendo aquí, perdida en el pasado, la verdad me alcanza por fin. Amo a Ben con todo mi corazón, y lo he perdido. Para siempre.

Pero también amo a Arsen.

No puedo esperar a volver al *loft*. Necesito sus besos para borrar el dolor como solo él puede borrarlo. Es mi entumecimiento.

Pasan unos minutos y quiero moverme, pero mi cuerpo no me escucha. Es como si tuviera los pies pegados al suelo. Quiero que la lluvia me limpie. Me siento sucia y fría.

Vacía.

¡Oh, Ben!

¿Qué he hecho?

30

Arsen.

Lo necesito.

Necesito verlo y asegurarme de que he tomado la decisión correcta, aunque en el fondo conozco la respuesta.

Sigo conduciendo y trato de mantenerme fuerte. No puedo derrumbarme todavía. Primero tengo que llegar a su apartamento. Luego podré enterrar este aplastante sufrimiento que envuelve las profundidades de mi corazón e ignorar la realidad. Pero el dolor es demasiado poderoso para contenerlo, y se apodera de mí. Lanzo el móvil en el asiento del pasajero y me limpio las lágrimas mientras unos intensos gemidos surgen de lo más profundo de mi pecho. Cuando veo que no puedo dejar de llorar y que las lágrimas me impiden ver la carretera, me echo a un lado y aparco en el arcén.

Un dolor insoportable me envuelve desde dentro, haciendo que me doble por la cintura, que me rodee con los brazos para intentar protegerme. Cierro los ojos y lucho contra las náuseas que me alcanzan, contra la desesperación que me deja sin aire.

No puedo respirar.

No puedo respirar.

No puedo respirar.

Me ahogo de dolor.

Él se ha ido.

Se ha marchado.

El amor de mi vida ha desaparecido.

Y es culpa mía.

Abro la puerta del coche y vomito de forma violenta. Después, cuando ya no me queda nada dentro salvo bilis, apoyo la frente contra el frío cristal de la ventanilla. Me duelen los ojos por todas las lágrimas que he derramado desde esta mañana. Empiezo a comprender lo que tenía —y he perdido—, mi mente y mi corazón comienzan a asimilarlo.

¿Cómo voy a vivir sin Ben?

Es todo lo que conozco. Ha sido mi mundo, mi verdad y mi realidad desde que tenía dieciocho años. Es mi otra mitad.

¿Existo siquiera? ¿Existe Cathy sin él?

«Joder... Tú te lo has buscado, ahora lo asumes».

Incluso si quisiera volver con Ben, es demasiado tarde para nosotros. Demasiado tarde.

Cierro los ojos durante un momento, demasiado agotada para luchar contra los recuerdos. Dejo que se apoderen de mí, envolviéndome en una capa agrídulce de memorias. La primera vez que nos besamos bajo la lluvia, la primera vez que nos dijimos que nos amábamos, el día que me propuso que me casara con él, el día que me abrazó mientras sangraba... Esos recuerdos son todo lo que me queda de Ben, de nuestro amor, y me pertenecen. Nada me los quitará jamás. Nada, ni siquiera mi corazón mentiroso, infiel y deshonesto.

Cuando empiezo a conducir de nuevo, sigue sonando el móvil, pero lo ignoro.

Como lo he ignorado durante la noche y durante todo el día.

Arsen.

Lo necesito. Tengo que verlo. Él hará desaparecer el dolor, me hará olvidar como siempre, con sus besos narcotizadores y su esencia de morfina. Es el hermoso analgésico que mi cuerpo roto y mi corazón destrozado exigen para no sufrir. Me río como una loca, porque realmente no me da vergüenza, y nada me importa una mierda siempre y cuando pueda hacer desaparecer el agonizante sufrimiento de perder a Ben

Después de aparcar el coche en el garaje del edificio donde está su apartamento, uso el ascensor para subir. Miro a mi alrededor en el espacio cuadrado y me veo reflejada en las paredes; tengo los ojos hinchados de llorar, la piel pálida por haber vomitado, y los labios todavía hinchados por lo ocurrido durante la noche. Cuando miro a la mujer trastornada que me sostiene la vista, trato de apartar cualquier pensamiento sobre Ben de mi conciencia.

Cuando estoy a punto de entrar en el *loft*, los nervios hacen que me estremezca de forma violenta. No sé a dónde iremos ahora. ¿Qué pasará? Amo a Ben, pero estoy ante la puerta de otro hombre, esperando que haga desaparecer el dolor y los recuerdos de mi cabeza.

Y también amo a este otro hombre.

Trago saliva mientras permanezco fuera del apartamento, tratando de no pensar en otra cosa que en la liberación física que mi cuerpo necesita de Arsen. Ignoro la voz que grita en mi cabeza, diciéndome que he elegido mal. Si él es la

elección equivocada, ¿por qué me siento tan bien cuando estoy con él?

Después de llamar, Arsen me abre la puerta de inmediato y me deja entrar sin decir una palabra. Está hecho un desastre, incluso peor que yo. Solo lleva puestos unos *boxers* de Armani y nada más. Admiro los contornos perfectos de su cuerpo, la forma en la que su piel dorada acentúa cada valle y la profunda uve que asoma de su ropa interior. Siento el impulso de lamerlo ahí ahora mismo.

Levanto la vista y absorbo sus rasgos, dolorosamente hermosos. Sus ojos están inyectados en sangre, el pelo rubio es un desastre y la oscura sombra de la barba incipiente da a su rostro un aire amenazador. Sí, quiero que me folle de forma salvaje. Quiero que me arañe, que me deje moratones y marcas rojas como prueba de lo que he hecho. Quiero que me folle hasta que el dolor físico adormezca mi cuerpo y los orgasmos me nublen la mente.

Nos miramos durante mucho tiempo en silencio. Él es el primero en hablar.

—¿Dónde has estado? —pregunta—. ¿Por qué no has respondido a mis llamadas? He tratado de ponerme en contacto contigo desde anoche. —Se pasa las manos por el pelo—. Me dijiste que volvías a tu casa para terminar con él. ¿Por qué te ha llevado tanto tiempo?

Ver la superficie de su ira es como ver un tornado a punto de golpear una ciudad. Algo poderoso, asombroso, devastador.

—¿Qué mierda te ha pasado? ¿Por qué sigues ahí parada, sin decir nada? —Se acerca a mí y me agarra por los hombros como hizo Ben no hace ni dos horas, sacudiéndome con fuerza y desesperación—. Has estado con él, ¿verdad? ¿Has pasado la noche con él? —pregunta con asco.

Asiento y le oigo maldecir por lo bajo.

—¿Habéis follado?

—Sí —susurro.

—¿Cuántas veces?

Niego con la cabeza, tratando de alejarme de él, pero me agarra, deteniéndome.

—Mírame cuando te hable y responde a mi pregunta. —Su voz vacila—. ¿Cuántas veces, Catherine? —Al darse cuenta de que no pienso responderle, me sacude una vez más, casi como si esa acción impulsara la verdad fuera de mí—. ¡Maldita sea! ¡Respóndeme!

—Tres veces —digo mientras se estremece.

—¿Te has corrido? —insiste, tragando saliva.

—Sí, lo he hecho. Cada una de las veces.

—¿Cómo?

—¿A qué te refieres con «cómo»?

—¿Cómo hizo que te corrieras? ¿Te folló por atrás? ¿Te comió el coño? ¿Te...?

—¡Detente! ¡Alto! —grito mientras me cubro los oídos. Sus palabras me ponen enferma. La verdad me mareo.

—Responde de una puta vez. ¿Cómo hizo que te corrieras? Quiero saberlo.

—La primera vez que me hizo el amor, estaba encima de mí. N-nos corrimos mientras nos mirábamos. La segunda vez, se la chupé hasta que se corrió en mi boca mientras él me c-comía... el... el coño. La tercera vez, me folló desde atrás, en el borde de la cama.

—¿Has pensado en mí mientras lo hacía? —pregunta con la voz ronca.

—No.

Me suelta. Cierra los puños y los ojos mientras su respiración se acelera. Cuando vuelve a mirarme, la dureza que veo en su expresión hace que dé unos pasos atrás.

—Catherine, ve al dormitorio, desnúdate y espérame allí. No me hagas ninguna puta pregunta y haz lo que te digo. —Me quema con su mirada azul—. Venga, ahora. —Se da la vuelta y va a la cocina, dejándome sola.

Ya en el cuarto de baño, me quito el abrigo Burberry, el jersey de cachemira de color crema y los vaqueros. Luego me deshago del sujetador de encaje negro y las bragas a juego. Cuando estoy desnuda, voy al dormitorio, esperando que esté vacío. Pero Arsen ya está allí, desnudo y acariciándose la erección. Mientras me observa acercarme a él con una mirada depredadora, siento la humedad entre las piernas. Cuando estoy a treinta centímetros de él, a punto de abrazarlo y besarlo, levanta una mano.

—Ponte de rodillas —ordena, enfadado—. Quiero que te pongas de rodillas. Ahora.

Aturdida, intento asimilar sus palabras.

—¡He dicho ahora, jodida puta! ¡Ponte sobre las putas rodillas!

Hago una mueca de dolor como si me hubiera abofeteado, pero me arrodillo. Quiero enfadarme porque me ha llamado puta, pero es lo que soy. Una puta que engañó a su marido y ahora ha vuelto al apartamento de su amante.

Soy una puta.

Puedo sentir la frialdad del suelo de mármol en la piel. Levanto la vista para mirarlo, cerniéndose sobre mí, con su erección cerca de mi cara.

—Ahora abre la boca para recibirme.

Cuando separo los labios, siento que el rubor de la vergüenza me cubre desde la parte superior de la cabeza hasta la punta de los pies. Mortificada, cierro los

ojos mientras se acaricia la polla y empieza a empujarla dentro de mi boca.

—Abre los ojos. Quiero verlos mientras te follo la boca.

Cuando lo hago, nos sostenemos la vista, y comienza a llenarme la boca con su palpitante erección. Envuelvo una mano alrededor de su polla y empiezo a lamer el glande, tragándome las gotas que líquido preseminal que lo hacen brillar. Me excito al instante, y mis pezones se erizan bajo su mirada.

—Muérdela —ordena Arsen, con la respiración agitada—. Quiero sentir tus dientes alrededor de mi polla.

Sacudo la cabeza, negándome, y estoy a punto de soltarlo.

Impulsa las caderas hacia delante hasta que lo noto en la garganta. Estoy de rodillas, tratando de no caerme con sus envites. Las lágrimas de humillación me hacen arder los ojos, y se me nubla la visión mientras miro su cara enfurecida.

—¡Te he dicho que me mordieras!

Lo está haciendo a propósito.

Está lastimándome.

Humillándome.

—¡Joder! —grita cuando lo muerdo. El lado más enfermo y retorcido de mí lo disfruta de verdad. Me gusta hacerle daño.

Lleva las manos a la parte posterior de mi cabeza y me hunde los dedos en el pelo al tiempo que me acerca a él. Retoma el ritmo del castigo y empieza a entrar en mi boca de forma dolorosa y sin piedad.

Más rápido.

Más rápido.

Trato de respirar por la nariz, lucho contra las náuseas mientras mi propia saliva y las lágrimas recorren mi barbilla y mi rostro.

—Esta boca...

Empuja más profundo.

—... es...

Otro envite fuerte.

—... mía.

Explota contra mi garganta mientras se impulsa unas cuantas veces más, hasta que lo trago todo. Arsen se estremece y se retira de mi boca con un chasquido. Tanto sus hombros como su pecho se contraen con la respiración profunda y pesada. Sigo de rodillas en el suelo cuando me mira con ojos tempestuosos.

—Recuerda esto la próxima vez que se la chupes a tu marido —dice antes de salir del dormitorio.

Estoy desnuda y sentada en el suelo de azulejo de la cabina de la ducha, rodeándome las piernas con los brazos mientras el agua caliente cae sobre mí, hiriendo mi piel hasta ponerla furiosamente roja.

Me siento entumecida.

Perdida.

Cierro los ojos con fuerza mientras intento hacer desaparecer las imágenes de lo que acaba de ocurrir en el dormitorio. Cuando apoyo la cabeza en las rodillas, con el agua hirviendo quemándome la espalda, oigo que Arsen abre la puerta. No quiero mirarlo, y me vuelvo hacia la pared.

—Catherine... —susurra con la voz ronca.

Lo ignoro mientras siento un nudo en la garganta. No puedo llorar delante de él. No merece mis lágrimas, así que cierro los ojos con más fuerza, acercándome a la pared.

Percibo el momento en el que se arrodilla delante de mí, tocándome las rodillas con las manos frías. Abro los ojos cuando me coge la mano y se mueve para acostarse en el suelo, llevándome con él y subiéndose encima de mí para protegerme del agua que se derrama sobre nosotros. Cara a cara, pecho contra pecho, corazón palpitante contra corazón palpitante, ahuecándome las mejillas con las manos mientras nos miramos.

Nunca habíamos estado tan cerca.

Nunca habíamos estado tan lejos.

Metó los brazos entre nosotros para empujarlo, pero me detiene y empieza a besarme los labios de forma desesperada. Arsen comienza a emitir murmullos entrecortados contra mis labios.

—Lo siento. Lo siento. Por favor, para. No llores más. No llores... Lo siento. No soy digno de tus lágrimas. Joder, joder...

Sentándose en el suelo, Arsen me levanta con él y me sostiene entre sus brazos. Coloca mis piernas alrededor de sus caderas, pero no puedo abrazarlo, así que me limito a admirar su belleza dorada mientras el agua resbala por su cara. Llora con más intensidad cuando noto la neblina en sus ojos.

—Oh, Arsen... —susurro contra su boca—. ¿No lo entiendes? Te siento en mi piel, tengo tu sabor en mi lengua y tu polla dentro de mí, pero nunca es suficiente.

—Joder, Catherine. Por favor, perdóname, perdóname, perdóname —repite, destrozado. Señala su propio pecho con el puño cerrado—. Esto te pertenece. Solo a ti, Catherine. Ha sido tuyo desde el día que te conocí, y será tuyo hasta

que ya no lo quieras. —Gruñe y me acerca a él—. Solo quiero sentir tus manos en mi cuerpo, tus labios en mi boca y tu corazón contra el mío. Que seas solo mía.

Perdida en sus palabras, nos besamos y follamos. Pero, por una vez, parece que me está haciendo el amor.

Sabor.

Sudor.

Sensaciones.

Humedad.

Calor.

Dureza.

Envites.

Dedos.

Empuje...

Empuje...

Empuje...

Piel contra piel.

Piernas temblorosas.

Tirones de pelo.

Uñas clavadas en la piel

Arsen moviéndose en mi interior.

Mis brazos y mis piernas a su alrededor.

Sus ojos en los míos.

Fuego azul que me convierte en cenizas.

No existe nada.

Solo me importa él.

Solo Arsen.

Y yo.

Moviéndonos al agresivo ritmo de sus fuertes empujes.

Brutales.

Crueles.

Dolorosos.

Pero me encantan.

Me encantan.

Su aspereza parece amor.

Su amor es una droga que me anestesia.

Es mi droga.

Mi entumecimiento.

—Me perteneces —me susurra al oído—. Solo a mí... Te necesito... Nos necesitamos el uno al otro

Cierro los ojos y me pierdo en la entumecedora liberación, no escucho las últimas palabras que me susurra en el oído cuando se corre una vez más en mi interior.

Sentada junto a Arsen, rodeándome las rodillas con los brazos, lo veo dormir. Tan joven y feliz. Pero incluso su perfección no puede detener el resurgimiento del dolor, de la culpa y de la vergüenza. Me siento mal por lo bajo que he caído. Me odio porque no puedo dejar a Arsen. Me odio por todo el dolor que he provocado.

Levanto la mano para acariciarle la mejilla, sintiendo su barba incipiente. Sí, lo amo. Amo a Arsen porque me ha enseñado a seguir adelante, a vivir y olvidar. Lo amo porque me hace reír. Lo amo porque me ha abierto los ojos y me ha ayudado a sanar. Y lo amo porque es Arsen.

Pero no es mi Ben.

El recuerdo de Ben y la forma en la que nos separamos es pura agonía. Me duele respirar. Pero mientras veo a Arsen, dormido a mi lado, sé muy bien que no me lo merezco. No me merezco a nadie..., me digo a mí misma. Dejaré marchar a Ben y lloraré en silencio por él. Haré lo que esté en mi mano para mostrarle a Arsen mi gratitud por haberme dado tanto sin saberlo siquiera. Si la vida me ha enseñado algo, es que no puedes retener nada que se quiera ir. Ben trató de sostener nuestra relación, nuestro pasado, pero no importaba, porque seguía engañándolo, seguía pensando en dejarlo. Así que voy a amar a Arsen mientras lo tenga con todas mis fuerzas, con todo lo que no pertenezca a Ben, y eso es todo.

31

UN MES DESPUÉS

El dolor sigue aquí.

No sé nada de Ben, así que he sido capaz de fingir que todo es miel sobre hojuelas con Arsen. Él no me hace preguntas y yo no lo menciono. El mes pasado ha sido uno de los más felices para mí desde hace mucho tiempo, pero me falta algo básico, me falta... algo que me permita sentirme completa. Hay un dolor subyacente que continúo ignorando. Espero que desaparezca algún día y que el amor que siento por Ben también se vaya, permitiéndome amar a Arsen por completo.

Arsen.

Todavía no nos lo hemos dicho, pero sé que me ama. Tiene que hacerlo. Está grabado en la forma en la que me coge la mano mientras duermo, en cómo me peina, o en cómo me alimenta con fresas mientras bebemos champán desnudos en su cama... y también en la forma en la que me hace el amor. Sé que lo hace.

Lo amo.

Cuando estoy con Arsen, no pienso en Ben. En ningún momento. Es como si Ben fuera algo lejano, un recuerdo. Sin embargo, cuando Arsen se aleja, los pensamientos sobre Ben se lo tragan todo. Me inunda la melancolía y no puedo desprenderme de ella hasta que estoy en brazos de Arsen.

No es la situación perfecta, pero estamos bien y, de alguna forma, conseguimos que funcione. No he vuelto a trabajar, así que ocupamos nuestros días con visitas a museos, paseos por el parque, y, por la noche, hacemos el amor o follamos. Sé que los dos estamos evitando la vida real, pero cuando estamos juntos podemos fingir que todo es perfecto.

Los *paparazzis* nos siguen. Al principio estaban obsesionados con nosotros, e incluso salió mi divorcio en la prensa, pero la atención se ha disipado. No sé si Ben ha leído todo lo que se ha escrito sobre nosotros, pero mi padre no me habla.

La última vez que vi a Amy, me dijo que no confundiera follarse con hacer el

amor cuando le dije que había dejado a Ben por Arsen. Añadió que era fácil confundir el placer físico con el amor, pero que al final solo eran polvos. Polvos y nada más.

He dejado de hablar con ella. No quiero creer sus palabras. No puedo.

Después de orinar en un vaso como es habitual, de pesarme y medirme la tensión, estoy sentada en la camilla con un vestido de papel abierto por delante, dejando mis pechos a la vista mientras espero a la doctora Pajaree. Hace tres días que Arsen me encontró un pequeño bulto en el seno izquierdo. Después de meterme el miedo en el cuerpo, me instó a pedir cita en el médico. Estoy segura de que todo va bien, pero estoy aquí para no tener que oírlo más.

Cuando noto que me vibra el teléfono, me levanto y lo saco del bolso. Es un mensaje de texto de Arsen.

A: Te deseo a todas horas. Eres la droga que me alivia..., que me recarga de energía..., que me tranquiliza..., que me libera del olvido. Eres mi droga, Catherine. Mi adicción. Mi euforia.

Me sonrojo, recordando las cosas que me hizo anoche con una botella de champán y los lugares en los que bebió.

Después de que entre la doctora Pajaree y me examine los senos, sin encontrar nada más que un ganglio linfático algo hinchado, me dice que me reúna con ella en su despacho cuando me vista. Me siento aliviada al pensar que el bultito no es nada, pero al mismo tiempo me siento un poco ansiosa porque creo que me quiere preguntar cómo estoy y por los artículos en los que aparezco. ¿Cómo voy a contarle que desde la última vez que nos vimos Ben me ha pedido el divorcio y que ahora vivo con un hombre de veinticuatro años?

Ya vestida, voy al despacho. En cuanto me siento frente a ella, noto que evita mirarme a los ojos. Preocupada por si ha encontrado algo, quiero preguntarle, pero ella toma antes la palabra.

—Cathy, estás embarazada.

Regreso al apartamento de Arsen aturdida. No puedo estar embarazada otra vez. No puedo. Cuando el taxi me deja enfrente del edificio, hubiera jurado que veo el Maybach negro de Ben alejándose de la acera, pero no es posible. Me estoy imaginando cosas por lo que acabo de descubrir, así que lo dejo pasar y me olvido de ello para pagar al taxista.

Mientras busco las llaves del apartamento, quiero llorar de felicidad y

aprensión. Me he quedado un poco traspuesta al saber que estoy de siete semanas. El bebé tanto puede ser de Ben como de Arsen.

Al entrar en el apartamento, Arsen sale del dormitorio con unos vaqueros gastados y un suéter azul claro con el cuello de pico. Lleva el pelo más largo que de costumbre. Le he mencionado que me gusta, así que se lo ha dejado crecer.

—Maldición, hoyuelos, ¿qué cojones hemos hecho esta mañana? —Se ríe, haciendo que en sus ojos aparezca un cierto brillo. —. Es decir, ¿cómo se han mojado así las sábanas?

Me abraza, rodeándome la cintura con las manos y besándome el cuello. Hay una desesperación en su abrazo que no he sentido en él desde el día que lo dejé con Ben.

—Te he echado mucho de menos —me susurra al oído mientras inhala mi aroma. Se aleja un poco para que podamos mirarnos y ahueca la mano sobre mi mejilla—. Me alegro de que estés en casa... Ahora, por favor, dime que solo soy un maldito psicópata y que no era nada malo.

Ah...

¿Cómo le voy a contar lo que ha encontrado la doctora Pajaree sin asustarlo? De hecho, ¿se asustará? No logro creérmelo ni yo misma, y todavía estoy en estado de shock. ¿Es posible que sea verdad? Quiero ignorar la traicionera esperanza que crece en mi pecho, quiero ahogarla antes de que me mate de nuevo, pero no puedo.

No puedo.

No puedo.

Al salir de la consulta, mi primer instinto fue llamar a Ben, pero al final pensé que era mejor escribirle un correo electrónico. Me quedo paralizada al pensar en el alcance de las noticias y en Ben. No es para tanto... conociendo mi pasado. Es posible que este bebé jamás vea la luz del día. ¿Ben estará interesado?

Perdida en mis pensamientos, escucho hablar a Arsen. Salgo de mi trance y concentro la mirada en su rostro mientras las preguntas siguen brotando en mi cabeza. Sin duda él tiene que saberlo. Trago saliva al tiempo que me llevo la mano al cuello, preparándome para dar la mejor —y seguramente la más impactante— noticia en nuestra breve relación.

—No, no... er... Todo va bien. Arsen..., tengo que decirte algo. ¿Quieres sentarte?

—¿Qué coño pasa? Estás asustándome —susurra mientras frunce el ceño.

—Estoy... —Respiro hondo una vez más antes de terminar la frase—. Estoy embarazada.

Asombrado, me suelta y se sienta en el suelo. Apoya la cabeza y la espalda contra la pared.

Bueno, supongo que eso responde a mi pregunta.

—¿Cómo es posible? —susurra—. Es decir, no me he vuelto idiota, pero ¿qué posibilidades hay de que funcione?

¿Realmente ha dicho eso?

—No lo sé. La doctora Pajaree me ha dicho que puede ocurrir..., que a veces te quedas embarazada sin explicación. Será un embarazo de alto riesgo, pero creo que están investigando una crema para ayudar a...

—No puedo, Cathy. Jamás he pretendido ser padre. Pensaba que solo estábamos divirtiéndonos. —Su voz se desvanece con risa y picardía—. Eso sí puedo dártelo, ya sabes. Diversión. Pero no puedo ser padre. Lo siento.

No puedo decir que me sorprenda esa respuesta. Siempre he sabido que lo nuestro terminaría, lo que no esperaba es que fuera así, que Arsen podría darme la patada con tanto descuido. Las advertencias de Amy y de Ben se han hecho realidad después de todo.

—Q-querías que dejara a mi marido. M-me lo pediste... —le recuerdo con un hilo de voz.

—Sí.

—Pensaba que me amabas. Es decir, soy consciente de que jamás me lo has dicho, pero tenía la sensación de que era así. —Lo he dicho. Ni siquiera sé por qué se lo estoy preguntando; no importa, porque ya hemos terminado, pero necesito saberlo. Quiero saberlo.

—Sí, quizá. No lo sé, Cathy... —Mira a su alrededor como si buscara una respuesta, la respuesta correcta, luego me mira una vez más—. Supongo que sí, pero no lo suficiente como para tener una familia contigo. No estoy preparado y... no lo sé. No te amo tanto.

Repentinamente mareada, retrocedo, buscando algo a lo que agarrarme antes de caer. Cuando me golpeo la espalda contra el respaldo de una silla, me siento y sigo escuchando cómo Arsen me rompe el corazón con sus palabras. Casi lejanamente, noto que me llama «Cathy». No me ha llamado así desde el día que nos conocimos.

—Nos divertimos juntos, Cathy. Sin embargo, jamás nos hemos prometido nada. Pensaba que solo estábamos...

—¿Solo qué? ¿Divirtiéndonos? ¿Para ti solo han sido polvos? ¿Y qué pasa conmigo? —Mis palabras hacen que se estremezca.

Bien.

—Me gustas, eres guay. Pero sí..., solo han sido buenos polvos, y nunca me ha parecido que estuvieras interesada en nada más.

—No puedo. No puedo. Pero ¿estás oyendo lo que estás diciendo? ¡He dejado a mi marido por ti! ¿Cómo pueden ser solo buenos polvos? ¿Y tus celos? ¡Y me dijiste que era tuya! —grito, notando que comienzo a estar histérica.

—Joder, Cathy, ¿qué quieres que te diga? No me gusta compartir. Eso es todo.

—¿Compartirme? ¿Esto es una jodida broma? ¿Compartirme con mi propio marido? ¡Si lo engañé contigo!

—Bueno, creo que habría ocurrido de todas formas. Vi la oportunidad, y la aproveché.

Temblando de forma violenta, finjo que esto no está ocurriendo. Que es una horrible pesadilla. Sí, eso es. Una pesadilla. Arsen nunca me haría esto. ¡Oh, Dios! Me voy a poner enferma. Cierro los ojos y trato de combatir las náuseas cuando le oigo lanzarme el último golpe.

—Creo que deberías volver con tu marido. Te quiero, pero no de esa manera, Cathy. No de esa manera. Es decir..., ¿ese bebé es mío? Por lo que sé, podría ser suyo, ¿no? Después de todo, nos follabas a los dos a la vez.

Me levanto, cojo el bolso y voy hacia la puerta. Me doy la vuelta para mirarlo, y veo que me está observando con tristeza, lo que es raro. Es él quien está poniendo punto final a lo que tenemos.

No siento nada. Es como si todas las emociones, buenas o malas, hubieran sido borradas. Estoy paralizada por completo.

—No sé quién es el padre, Arsen. No es que importe, porque, conociendo mi cuerpo, seguramente no llegará a término. —Lo veo cerrar los ojos ante mis palabras—. En cuanto a Ben, lo engañé contigo y él pidió el divorcio. Así que no puedo volver con él.

Se levanta y se dirige hacia la puerta. Levanto una mano temblorosa para detenerlo.

—No te acerques a mí, Arsen, o te daré una bofetada tan fuerte que quedarás marcado. Sabía que esto iba a suceder... Lo sabía. Era demasiado bueno para ser verdad, pero jamás llegué a pensar que fueras idiota. Supongo que es lo que me merezco... Lo mismo que le he hecho a Ben. —Me doy la vuelta y pongo la mano en la manilla.

—Hoyuelos..., es que... —dice con dolor.

—Adiós, Arsen.

Tumbada en la cama de Amy, con ella abrazándome, quiero llorar y gritar, pero no lo hago. Miro fijamente las paredes verdes de su habitación, abandonado ya el espíritu de la lucha. No siento nada.

Estoy hueca.

Vacía.

Agotada.

Lo único que me recuerda que estoy viva es el dolor que me oprime el pecho. Es insoportable pero bienvenido a la vez, porque me ayuda a ahogar los recuerdos de Arsen y Ben. Cierro los ojos con fuerza y me aferro a Amy.

Mi pecho...

No puedo respirar.

No puedo.

Me castigo una vez más y recuerdo el encuentro que he tenido con Ben y cómo me miró. Con la repugnancia y el dolor grabados en su rostro mientras me decía esas dolorosas palabras.

Después de hablar con Amy sobre mi situación, me convenció de que tenía que ponerme en contacto con Ben y contarle la verdad. Merecía saber lo que estaba pasando, a pesar de que existía una alta posibilidad de que, en realidad, el embarazo no prosperara. Así que lo llamé y le dije que quedara conmigo en el Starbucks que hay cerca del apartamento de Amy.

Recuerdo haberme dirigido a la cafetería, con el estómago revuelto y pensando en Arsen. Incluso me pareció verlo seguirme hasta el local. Me di la vuelta pensando que había visto su cabeza rubia entre la multitud, pero no la vi en ningún lado.

Me senté en uno de esos sofás color marrón, donde se te hunde automáticamente el cuerpo porque se encuentran muy gastados, inhalando el aroma a café y caramelo que flota en el aire, cuando Ben entró poco después de que me sentara. Había cambiado. No lo veía desde hacía un mes, y no parecía el mismo hombre con el que había estado casada seis años. Había perdido tanto peso que parecía desgarrado, y la ropa le quedaba grande. Sus hermosos rasgos, generalmente limpios, aparecían cubiertos por una espesa barba, y lo único que se le veía eran los labios. Sus ojos castaños como el jarabe de arce parecían vacíos y sombríos, y las ojeras eran casi púrpuras. Había mucha rabia en su interior.

Supe que no podía decírselo.

Y sus palabras me demostraron que tenía razón.

—He accedido a reunirme contigo aquí —comenzó yendo al grano sin saludar ni preguntarme nada— porque, francamente, tengo curiosidad por lo que tienes que decirme. ¿De qué se trata? —escupe.

Le dije lo que quería que supiera.

—Lo siento. Lo siento mucho. Quería disculparme una vez más.

Mentira, mentira, mentira.

—¿Oh, sí? ¿No crees que es un poco tarde para eso, Cathy? —respondió mientras me miraba fijamente con sus preciosos ojos ahora vacíos.

—Sí...

En ese momento, supe que todavía lo amaba. Ni siquiera Arsen había podido borrarlo. Me había engañado a mí misma.

—¿Dónde está Arsen? Me sorprende que hayas podido dejar de follar con él para reunirme conmigo. Es decir, cuando estábamos casados tenía suerte si podía pasar cinco minutos contigo cualquier día.

Me estremecí ante sus palabras. Dolían.

—Él... mmm... er... se ha marchado. —Bajé la mirada a mis manos.

Ben se echó a reír.

—¡Guau! Sí que ha sido rápido. Tengo que felicitar al chico. Así que se ha cansado de follar contigo, ¿no? Dime, hermosa Cathy, ¿no le has dado suficiente? ¿Crees que se ha cansado de que le chuparas la polla? —Se secó las lágrimas de los ojos antes de continuar—. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Dos? ¿Tres semanas? Las revistas perdieron pronto el interés en vosotros dos.

—Un mes —repose en silencio.

Ben se levantó y me miró con una sonrisa cruel en los labios.

—Bueno, espero que seas feliz. Has tirado once años a la basura por un mes de polvos. Y no. No puedo perdonarte. No creo que pueda hacerlo jamás.

Cerró los ojos durante un instante, los abrió y me taladró con su mirada airada una vez más.

—Te odio tanto como te amé. Probablemente más, porque eso no puedo dejar de hacerlo. Tengo que marcharme. Ya no puedo quedarme.

Se dio la vuelta y se fue. Entonces, me puse a llorar, así que no lo vi volver. Solo percibí su presencia cuando puso las manos sobre la mesa y se inclinó sobre mí.

—¿Sabes, Cathy? —me susurró al oído—. Se suponía que eras mi pasado, mi presente y mi futuro..., mía para siempre. Pero ahora... ahora no queda nada. Me has destrozado, ¿entiendes? Me has roto por completo. Cuando miro tus ojos y tu hermoso rostro, todavía me duele. Maldita puta, todavía duele. Quiero borrar cada recuerdo de ti. Todos y cada uno de ellos, hasta que un día pueda despertarme sin pensar en ti. Hasta que no me duela pensar en lo que nos hiciste. ¿Me has oído? Por favor, no vuelvas a llamarme de nuevo tratando de disculparte. Te quiero fuera de mi vida. Fuera.

Luego se marchó.

—¿Qué vas a hacer, cariño? —pregunta Amy.

Sacudo la cabeza. No puedo hablar, porque el dolor es insoportable. Trato de respirar por la nariz y de soltar el aire por la boca para ver si eso me ayuda a superar la abrumadora sensación de que no soy capaz de meter el aire suficiente en los pulmones. Lo peor es que no sé por quién y por qué me aflijo más. Por Arsen o por Ben... La forma en la que Arsen prescindió de nuestra relación, o la ira y el odio de Ben. Entierro la cara en el cuello de Amy y dejo que su contacto me tranquilice para dormir. Estoy cansada. Muy cansada.

¿Lo oyes? El sonido de mi corazón rompiéndose, dejando de latir.

¿Lo sientes? El intenso dolor que me come viva, que me descuartiza lentamente miembro a miembro.

Es culpa mía. Solo mía. No de él. No de ellos.

Estoy sola.

—Cathy, cielo. Pase lo que pase, estoy aquí. Sé consciente de ello. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. Como sabes, llevo un tiempo saliendo con Charles. Le caes muy bien, y le parece fatal lo que te ha hecho Arsen. Así que te ayudaremos en todo lo que podamos. No necesitas a esos dos idiotas en tu vida. Tienes que vivir un tiempo sin pollas a tu alrededor y centrarte en tu embarazo, en las cosas buenas de la vida. ¿Qué te parece si llamas a tu padre? Te

perdonará. ¿Vale? —susurra mientras me pasa las manos por el pelo.

Asiento con la cabeza y empiezo a quedarme dormida, preguntándome si alguna vez olvidaré las últimas palabras de Ben, preguntándome si alguna vez lograré superar la traición de Arsen, preguntándome si algún día volveré a sentirme completa.

Preguntándome...

Preguntándome...

Preguntándome...

32

El amor es infinito.

No tiene principio ni fin.

No hay punto de partida ni línea de meta.

El amor solo es.

El amor nace, crece, madura y, a veces, muere.

Pero el recuerdo permanecerá contigo durante el resto de tu vida.

Te enamoras, te desenamoras...

Pero volverás a amar de nuevo.

Siempre es así.

Es un día hermoso. El sol brilla en todo su esplendor, incidiendo en las ventanas de los altos edificios. Parece que el horizonte de Manhattan está adornado con miles de espejitos.

—¿Qué tal estás hoy, Cathy? —me pregunta Crystal, mi terapeuta.

—Muy bien, gracias. —Sonrío, esperando su siguiente pregunta.

Empecé a ver a Crystal dos semanas después de reunirme con Ben por última vez. Al principio no quería, porque solo deseaba ahogarme en mi desgracia, chapotear en ella hasta morir. Cuando toqué fondo, llegué a pensar en que el suicidio podía hacer desaparecer el sufrimiento. Dolía demasiado despertarme cada mañana y vivir. Quería ser capaz de respirar sin sentir que cada aliento hacía más grande el agujero que tenía allí dentro.

Quería alcanzar un dulce olvido.

Desaparecer.

No sentir nada.

Pero todo cambió cuando me hicieron una ecografía estando de nueve semanas. Como mi embarazo era considerado de alto riesgo, tenía que realizar un ultrasonido cada dos semanas hasta que llegara al segundo trimestre; luego sería una vez al mes si el bebé seguía creciendo con normalidad. Me toco mi

enorme vientre sonriendo, pero sé que no podré soltar un suspiro de alivio hasta que sostenga a mi niña en brazos y sienta sus manitas en las mías.

Miro a Crystal pensando en el día en el que decidí volver a luchar: fue en el momento exacto en el que la doctora Pajaree me mostró la imagen de mi bebé en el monitor. Cuando vi aquella cabecita y el más pequeño de los cuerpos, me derrumbé y lloré, sintiendo que el entumecimiento abandonaba mi cuerpo. Esa pequeña criatura, mi diminuto cacahuete, era mía y también todo lo que me quedaba, lo único que me importaba. Entonces decidí pelear. Fue en ese instante, cuando mi vida estaba en el aire, cuando me di cuenta de que había llegado el momento de buscar ayuda; de abrirme a mis miedos, a mis errores y aprender a no alejar de mi vida a la gente que más me importaba.

Así que ahora, veintisiete semanas después, estoy inmóvil, muy embarazada, en un cómodo sofá de cuero gastado mirando a una hermosa morena que posee unos sonrientes ojos azules. Viendo su sonrisa, sé lo que me va a decir a continuación, y creo que estoy dispuesta a aventurarme en esa dirección. Poco a poco, desde que comenzamos las sesiones semanales, hemos hablado de todo, desde mi niñez hasta mis abortos, pero no ha vuelto a sacar el tema de Ben o Arsen. Creo que fue en la tercera sesión cuando me preguntó cómo había terminado sola y embarazada, pero jamás me he vuelto a sentir cómoda hablando de ello hasta ahora. Sospecho que ella quiere que saque yo el tema, y quiero hacerlo, pero a veces solo pensar en Ben y en Arsen me hace sentir dolor y recordar. Trae de vuelta la abrumadora sensación de amar a alguien a pesar de haber perdido toda esperanza.

Así que espero.

—¿Qué tal está el bebé? —pregunta sonriendo. Sé que también está estancada.

—Genial. Se mueve tanto que a veces pienso que llevo dentro a una futura gimnasta. —Suelto una risita al tiempo que apoyo las dos manos en mi enorme barriga. Me encanta sentir sus patadas, y juego a adivinar qué parte de su cuerpo estoy notando—. Suele darme más después de que he comido helado o chocolate. ¡Oh, Dios mío! ¡Mira! —Cojo la mano de Crystal y la apoyo encima del costado izquierdo, junto al estómago.

—Es increíble —comenta mirándome risueña—. ¿Qué es lo que estoy sintiendo? —pregunta.

Sonrío y muevo la mano con la mía para seguir la trayectoria de Nadia.

—Creo que es el trasero. Aunque, para lo que sé, podría ser su pierna. Ya te lo he dicho, le encanta moverse, en especial cuando suena Taylor Swift.

Crystal separa la mano y se sienta en su silla.

—Me alegro mucho por ti, Cathy. Solo te quedan cuatro semanas, ¿verdad?

—Sí. Cuatro semanas. —Trago saliva mientras lucho para mantenerme optimista, sin acercarme a las profundas simas del miedo—. Solo cuatro semanas más y podré descansar tranquila y creérmelo de verdad. Claro que mi maleta está preparada desde la semana pasada, y tengo todo listo. Amy le ha comprado el pijama más bonito del mundo y... —Sonrío con timidez mientras me aliso el borde del vestido—. Lo estoy volviendo a hacer, ¿verdad? Hablarte del bebé cuando se supone que deberías estar trabajando con mi cerebro...

—No pasa nada. Estoy aquí para escucharte.

—Es que... no puedo dejar de pensar y hablar de ella. Todo mi mundo se reduce a la niña que crece en mi interior. Nadia es mi milagro, aunque todavía no puedo creérmelo. Como cuando me despierto en medio de la noche y me llevo las manos directamente a la barriga y las dejo allí, rezando para que el bebé se mueva y me demuestre que está bien. —Miro mi prominente estómago y lo acaricio mientras sigo hablando con Crystal—. La doctora Pajaree dice que a veces ocurre así. Las mujeres que tienen el mismo problema que yo se quedan embarazadas y consiguen llegar a término sin ninguna explicación. Me gusta pensar que es algo mágico. —Me encojo de hombros y sonrío.

—Me alegro mucho por ti, Cathy, pero creo que ha llegado el momento de hablar de Ben y Arsen... —Deja que sus nombres floten en el aire.

—Sí..., creo que ya puedo hacerlo —respondo, moviéndome en el sofá.

—¿Por qué crees que engañaste a Ben? ¿Por qué piensas que tu matrimonio fracasó de esa forma?

—¡Oh, guau! No te andas por las ramas, ¿eh?

Riéndose, niega con la cabeza.

—No. Hemos hecho muchos avances en los últimos meses. Creo que ha llegado el momento de que hablemos más en profundidad sobre Arsen y Ben. Así que dime, Cathy, ¿por qué?

—Mmm... Bueno, sé que todo empezó a ir en picado después del tercer aborto. Y luego, cuando no podía quedarme embarazada de nuevo. La tensión que supuso para nuestro matrimonio fue letal. Me apartaba de él, de todo en general, pero Ben no se daba cuenta. Continuaba fingiendo que todo estaba bien, que íbamos a estar bien. Llegó un punto en el que sentía que su positividad me estaba ahogando.

—Sigue... —me anima.

—Siempre que trataba de decirle lo mucho que temía que nunca pudiéramos ser padres, de contarle mis miedos, se limitaba a pasar de todo, diciendo que

dejara de preocuparme por eso, así que dejé de hablar con él al respecto. Creo que odiaba su perfección..., creo. Así que allí estaba yo, destrozada y perdida, llena de odio y celos hacia todas esas mujeres que se quedaban embarazadas solo porque las tocara su marido. Era demasiado para mí. Me sentía como si no fuera lo suficientemente mujer. Estaba perdiendo mi sueño, no poder convertirme en madre me destrozaba por completo. Quería llorar, gritar, maldecir... No lo sé. Entonces...

—Estaba Ben...

Sí. Oh, cómo desearía que...

—Sí. El perfecto y cariñoso Ben. Que no mostraba ni una grieta en el exterior y siempre se mostraba optimista. Odiaba todo eso. Ya no podía hablar con él. Cuanto más me presionaba, más me alejaba. De repente, me quedé embarazada por cuarta vez después de tanto tiempo, y pensé que era nuestra segunda oportunidad de ser felices.

—¿Crees que fue un error no contarle nada de esto? —me pregunta Crystal.

—Mmm... Sí, lo fue. Ahora lo sé. Amy, mi amiga, trató de hablar conmigo de ello. Me preguntó si estaba preparada por si perdía también ese bebé. —Me río y miro al techo—. Sabía que estaba poniendo mis huevos, por así decirlo, en una frágil cesta, pero no quería pensar en ello. Sabía que mi matrimonio se movía en arenas movedizas, y lo único que necesitó para que se hundiera fue un suave golpe en el núcleo. Y eso pasó, aunque no diría que fuera suave. Cuando perdí al bebé, creo que también perdí la cabeza.

Me toco el vientre una vez más.

—Empecé a odiar todo lo que me rodeaba..., incluso a Ben. A él sobre todo. Odiaba que me tocara, odiaba que me besara y odiaba que dijera que todo iba a ir bien. Lo odiaba. Lo odiaba de verdad.

—¿Por qué no se lo dijiste?

—Porque había llegado a un punto en el que no me importaba nada. Creo que me sugestioné para pensar que no lo amaba, que lo odiaba. Lo intenté una vez...

—¿Por qué odiabas que te tocara?

—Me hacía pensar en quedarme embarazada. Era como una obligación. Hacía que me sintiera resentida. Me molestaba. Es decir, lo creo ahora que he tenido tiempo para pensarlo... Pero no lo sé. Ya es demasiado tarde. Es una de las cosas de las que más me arrepiento.

—¿Crees que todo esto se habría resuelto si te hubieras abierto a él después del tercer aborto? ¿Crees que hablarlo con él habría impedido, de alguna forma, que te separaras?

Lo pienso durante un rato, buscando la respuesta en mi interior.

—Sí. Creo..., quiero decir... No creo que ahora mismo estuviera divorciada.

—Pero ¿y Arsen? Has mencionado que llegaste a amarlo...

Me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja y miro por la ventana una vez más. Todavía luce el sol, es un día precioso. Es curioso que el sol me recuerde tanto a Arsen.

—Quiero pensar que si mi matrimonio se hubiera encontrado en un momento mejor, si Ben y yo hubiéramos tenido una relación sólida, con una comunicación abierta, y no hubiera habido tanto resentimiento por mi parte, no me habría fijado en Arsen. Quizá me lo habría pasado bien coqueteando con él, admirando su belleza de lejos, pero nada más. Jamás habría dado el paso siguiente y engañado a Ben. A ver, todavía recuerdo lo loca que estaba por Ben durante la luna de miel; ni siquiera sabía si había más hombres alrededor. En mi mundo, solo existía un hombre: Ben. Nunca había mirado a otro ni nada por el estilo. Nunca.

—Pero ¿no me has dicho que te sentías atraída por Arsen, muy, muy atraída por él, antes de que te acostaras con él por primera vez?

—Sí, lo estaba. Pero en mi vida había una brecha enorme y, un día, apareció Arsen y la llenó. Me hizo reír, escuchó mis más oscuros temores, devolvió el color a mi existencia. —Aparto la vista de la ventana para mirarla—. No creo que hubiera ocurrido nada si no hubiera perdido al bebé, pero no lo llegaré a saber nunca con seguridad. Cuando engañaba a Ben con Arsen, me sentía viva de nuevo. Él hacía que el dolor desapareciera. Siempre que estaba a su lado, me sentía eufórica. Me hacía sentir guapa, perfecta, menos rota. —Me interrumpo y me paso los dedos por el pelo—. Cada vez que estaba con él, cuando estábamos juntos..., era capaz de olvidar. No me importaba la gente que me rodeaba, ni mis amigos ni mi familia, no me importaba nadie. Solo vivía para echar el siguiente polvo con Arsen.

—¿Crees que eso justifica el engaño?

—No. Nada justifica lo que le hice a Ben. Ni el engaño. Pero es lo que hice, y ya es demasiado tarde para arreglarlo. Por muy trillado que suene, lo único que puedo es intentar aprender de mis errores.

—Dime algo más, que no me has respondido antes. ¿Llegaste a amar a Arsen? ¿Crees que fue amor?

Suelto el aire despacio. Creo que Crystal quiere acabar conmigo. No puedo pensar en ellos sin sentir la cicatriz que apenas está empezando a sanar.

—Bueno, esto va a ser largo. Créeme, he pensado mucho en ello.

—Soy toda oídos.

—Dicen que estar enamorado y amar a alguien son cosas diferentes, ¿verdad? Es decir, amas a tu mejor amigo y también a tu marido, ¿no? Enamorarse es fácil. Es amor cuando la novedad ha desaparecido, cuando la vida se pone dura y empiezan a interponerse ciertos obstáculos en tu camino; cuando la pasión física desaparece, es cuando permanece el verdadero amor. Cuando el amor lo conquista todo.

Cojo el vaso de agua y tomo un sorbo porque, de repente, tengo mucha sed.

—Cuando te desenamoras, no significa que dejes de amar a alguien. Solo que no hace que tu corazón lata más rápido. No lo anhelas hasta que no sabes dónde termina él y dónde empiezas tú. No sé si alguna vez me desenamoré de Ben, pero en el camino me enamoré de Arsen. O quizá confundí lujuria con amor. No lo sé. Creo que nunca lo sabré.

»Lo que sí sé es que los dos eran esenciales para mi bienestar. No me di cuenta de lo importante que era Ben para mí hasta que se marchó. Arsen se convirtió en el aire que necesitaba respirar, pero Ben era mi pulmón. ¿Para qué sirve el aire si no tenemos pulmones?

—¿Todavía piensas en Arsen? ¿Lo has perdonado?

—Pienso en él, pero no me duele tanto como cuando pienso en Ben. A Arsen podría echarle la culpa de todo porque me persiguió, pero creo que es al revés. La culpable soy yo.

Lo he perdonado, incluso he perdonado la forma en la que huyó de mí. Entiendo por qué lo hizo, y, en cierta forma, tenía razón. Nunca nos dijimos una palabra de amor ni nos hicimos promesas. Cada vez que recuerdo nuestra relación, solo puedo sentir agradecimiento por todo lo que me enseñó, por ser mi apoyo. Por eso, siempre lo querré. A veces, me gustaría tener la oportunidad de decirle lo especial que fue para mí, lo que llegué a quererlo. Arsen me enseñó a seguir adelante. A vivir la vida y olvidar. Me hizo reír cuando solo quería dejar de existir. Siempre lo amaré. Y también existe la posibilidad de que me haya dado a Nadia.

Y ahora se ha ido.

—El matrimonio es esfuerzo, Cathy. Tienes que trabajar en él cada día. No puedes confiarte nunca. Es difícil seguir casado. Pasas por cosas buenas y otras terribles, pero todo depende de cómo asumas esas experiencias. Cómo lidiar con ellas es lo que diferencia a los que siguen adelante de los que tiran la toalla. Comprometerte plenamente con tu pareja y entregarte por completo lo es todo. El divorcio es fácil, es lo más sencillo.

«¡Oh, Dios! ¿Has sido realmente tan tonta?».

—Sí, pero a veces luchar no es fácil. Quienquiera que dijera que el matrimonio era fácil debe de haber sido guionista para Disney.

—Bien, Cathy. Antes de marcharte dime una cosa: si pudieras volver atrás, ¿qué harías de forma diferente?

Lo pienso un instante.

—Sería sincera con Ben desde el principio en vez de mantenerlo alejado.

Es la verdad.

Mi verdad.

Aunque me gustaría haberlo sabido hace mucho tiempo.

33

CUATRO SEMANAS DESPUÉS

En paz.

Suspiro de alivio.

Por fin puedo respirar.

Estoy sin palabras, muda de asombro.

Impresionada.

Esperar algo con toda mi alma y desearlo con todo mi corazón ha dado sus frutos finalmente, porque estoy sosteniendo entre mis brazos a mi futuro, mi felicidad para siempre. Y, de alguna forma, sé que mi vida jamás volverá a ser la misma.

Estoy entera.

Estoy completa.

Miro a mi precioso bebé sin poder parar de llorar. Todo mi cuerpo se estremece ferozmente por los desgarradores sollozos que se me escapan, pero no me importa, porque estoy agradecida. Muy agradecida. Me seco las lágrimas que me resbalan por la cara con el dorso de la mano y miro mi arrugado milagro, que duerme tan feliz entre mis brazos. Es pequeña, frágil..., y temo que si la muevo o la sostengo de forma incorrecta pueda hacerle daño.

Es mía.

Por completo.

Mi Nadia.

Mi esperanza.

Y aunque en este momento somos solo nosotras dos, no me importa. Es todo lo que necesito, mi razón de existir, y haré lo que esté a mi alcance para hacerla feliz. Todo y nada.

La atraigo más cerca de mi pecho cuando un instinto primitivo se apodera de mí. El deseo de protegerla de toda la fealdad del mundo se convierte en mi prioridad número uno, en la meta de mi vida. Atrás han quedado los

pensamientos sobre el divorcio, sobre la infidelidad, sobre mi fracasada relación con Arsen... Todo ha desaparecido. No hay lugar para el egoísmo cuando una sostiene a un ser humano indefenso que depende de ella.

—Hola, preciosa Nadia. —Le levanto hasta mi cara para oler su dulce aroma a bebé.

Es limpio, puro...

—Soy mamá. —Beso sus preciosos labios luchando una vez más contra la necesidad de llorar—. ¿Puedo contarte un secreto? —le susurro al oído—. Te quiero mucho, mi pequeño rayo de esperanza.

Oigo que mi padre se aclara la garganta. Levanto la vista y lo veo acercarse a la cama con una sonrisa.

—Se parece muchísimo a ti cuando eras bebé.

Con un pañuelo de papel en la mano, se inclina y me limpia la cara, ya que entre mis manos está algo muy importante en este momento. Me sonrío con ternura con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Es tan guapa como su madre.

Siento un nudo en la garganta.

—Papá, ¿cómo puedo quererla tanto cuando acabo de conocerla? ¿Es real? ¿Es realmente mía?

—Sí. Es toda tuya, hija.

—La sostengo entre mis brazos, la huelo, la beso y todavía no me lo creo. Temo que sea un sueño. Uno que terminará de golpe y me dejará de nuevo sola. —Se me quiebra la voz.

Mi padre se sienta en el borde de la cama y me rodea los hombros con un brazo.

—Ya basta, Cathy. Es real. Ha llegado el momento de que disfrutes siendo madre, hija. De que dejes atrás todos los fantasmas.

Miro a mi padre y luego a Nadia, asimilando la verdad. Ella es real. Y soy su madre.

Su madre.

Cuando mi padre se va a casa por la noche, me reclino en las almohadas que tengo a la espalda. Miro con arrobo cómo Nadia busca mi pezón entre la tela del camisón, abierto por delante, para empezar a mamar. Es algo simple ver cómo tu hija se alimenta de tu cuerpo, pero también es mágico. Escuchar sus suaves sonidos sosiega mi alma.

Me río al recordar cuando fui al mostrador de maternidad empujando a Nadia en la cunita portátil para pedirles a las enfermeras que me enseñaran —por

segunda vez en el día— a amamantarla. Después de que me avisaran de que no debía haberme levantado, la enfermera Lili me sentó en la mecedora y me mostró de nuevo el procedimiento tras hacerme prometer que sería la última vez.

Lo único que hago es observarla, estudiarla, memorizarla, descubrir cada detalle. Cada curva de su diminuto cuerpo, su olor especial, la forma en la que sujeta mi dedo con la mano, el cálido peso de su cuerpo entre mis brazos. La forma en la que se graba en mi piel y me roba el corazón.

Mi padre ha dicho que es mía, pero creo que es al revés.

Yo soy suya.

No me importa nada más que ella.

Cuando creo que ha terminado de alimentarse, la retiro del pecho y me pongo, por segunda vez, a intentar que expulse el aire. La primera vez me asusté tanto que llamé a la enfermera para asegurarme de que lo estaba haciendo bien. Temía estar lastimándola al darle unas palmaditas demasiado fuertes.

Después de que consigo arrancarle un eructo, me recuesto con ella encima de mi pecho desnudo. En la oscuridad de la habitación, iluminadas tan solo por la luz de la luna, con la cabeza de Nadia sobre mi corazón, dejo caer las barreras por primera vez en mucho tiempo. Mientras acaricio la espalda de mi hija, me permito pensar en él.

Cuando la doctora Pajaree puso a Nadia en mis brazos poco después del parto, lo primero que hice fue levantar la mirada, esperando ver a Ben compartiendo este feliz momento conmigo. Era el instante que habíamos esperado y deseado durante tanto tiempo, tener por fin un hijo. Pero él no estaba allí. Se había marchado. Solo encontré la alentadora mirada de la enfermera.

Yo lo eché.

Lo destruí.

Acostada en un cama de hospital con mi milagro sobre el pecho, me permito llorar. Llora porque todavía lo amo.

Porque yo tenía razón.

Siempre ha sido él.

Y no Arsen.

Ni cualquier otro.

Sino mi chico de ojos castaños.

TRES AÑOS DESPUÉS

¿Me duele la cabeza?

¿Cómo puede dolerme la cabeza en sueños?

¿Qué demonios está pasando?

Abro los párpados y un par de ojos verde esmeralda flotan sobre mí, observándome. El cabello rubio y rizado me cosquillea en la nariz mientras Nadia me golpea la cabeza con el pequeño elefante de jade que adorna la mesilla de noche.

Así que eso era mi «dolor de cabeza».

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Despierta! ¡Despierta! —me exige con su voz infantil.

Está a punto de golpearme con la figura una vez más cuando le cojo la mano y le quito aquella arma mortal del puño para ponerme a hacerle cosquillas.

—¿Qué estás haciendo, monito? ¿Por qué estás en la habitación de mamá tan temprano?

Riendo, porque estoy haciéndole cosquillas, comienza a darme patadas.

—¡Mamá, para! ¡Mamá! —protesta entre carcajadas.

Cuando las dos tenemos lágrimas en los ojos, me detengo. Ver aparecer sus hoyuelos al reírse hace que el corazón se me contraiga de amor. Es dulce música para mis oídos.

—¡Quiero zumo, mami! ¡Tengo hambre!

—De acuerdo, pequeño monstruo. —Me levanto de la cama, cojo la bata y la estrecho entre mis brazos. Han pasado ya tres años desde que la abracé por primera vez, y no hay un día en el que no sienta la urgencia de mantenerla cerca, que no la necesite. Recuerdo aquellos primeros momentos en los que solo me importaba Nadia. Cuando mi vida giraba en torno a su horario y me daba igual cualquier otra cosa. Lo di todo con gusto por estar con ella, por no perderme sus sonrisas, sus expresiones, ni tampoco sus besos, por supuesto.

Incluso los días en los que las cosas resultan duras, muy duras, lo único que tengo que hacer es pensar en lo mucho que ella ha cambiado mi vida. En que mi amor por ella me ha convertido en una persona mejor, de la que no me avergüenzo. Y doy las gracias a Dios por ello todos los días.

Después de verter un poco de leche y cereales en un tazón y ponérselo delante, me siento para verla comer. Sus rizos platino sobresalen en todas las direcciones, haciéndola parecer una salvaje. Me inclino hacia ella y le beso la coronilla antes de ponerme a hacer café.

—Mamá... —dice con la boca llena de Cheerios.

—¿Sí, monito?

—Quiero tener un papá.

Me quedo parada, y dejo el frasco de café y la taza sobre la mesa. Me doy la vuelta y me arrodillo delante de ella

—¿Qué quieres decir, Nadia? ¿Quieres que vayamos a ver al abuelo? —Espero que esté preguntando por mi padre, aunque en el fondo sé lo que quiere decir.

—¡No seas tonta! —Se ríe—. El abuelo no es mi papá. Mi amiguita Lucy me ha dicho que su papá la llevó al zoo del Bronx *mañana*. —Sonríe como si yo no lo hubiera entendido. Oh, si ella supiera cómo la tuve...

—No es «mañana», es «ayer». Y...

—Me ha contado que su mamá eligió a su papá antes de que la encargaran. ¿Podemos elegir un papá? ¡Su papá es muy guay! Me regaló un *chupa*, y le compra muñecas a Lucy.

—Ah...

Repentinamente mareada, me levanto y me siento en la silla. Sabía que esto sucedería algún día. Nadia acabaría dándose cuenta de que tiene madre pero no padre.

Niego con la cabeza y miro a mi alrededor mientras trato de buscar una salida, la respuesta correcta que no la haga sentirse mal.

—Nadia, no necesitamos un papá. Nos tenemos la una a la otra, y también están el abuelo y el tío Charles.

—Pero yo quiero un papá. El de Lucy es muy bueno —protesta. En su rostro angelical está empezando a aparecer un gesto de terquedad.

—Es que... es algo más complicado que ir a una tienda y comprarlo, monito. —Me señalo el centro del pecho—. Es el corazón quien elige a esa persona. Y es necesario tiempo.

—¿Tu corazón no elegirá un papá para mí?

Quiero decirle que ya escogió uno hace mucho tiempo y que mi corazón todavía le pertenece, pero esa es una historia que le contaré cuando sea mayor, no ahora.

—Eso espero...

Estoy mintiendo. No quiero a otro hombre. Todavía no estoy preparada para eso. A veces, en mitad de la noche, cuando mi cuerpo ansía el contacto de uno, es a él a quien deseo. Cuando me froto, queriendo alcanzar el clímax, me imagino unos ojos castaños como el jarabe de arce que me miran fijamente mientras me hacen el amor. Y cuando mi sed física se apaga, es su cálido abrazo lo que necesito.

¿Cómo voy a ir a una cita? ¿Cómo puedo empezar a salir con otros hombres cuando emocionalmente no he avanzado? No sería justo para ninguna de las

partes involucradas, y si mis errores del pasado me han enseñado algo, es que nadie merece esa clase de traición.

—Me parece bien, mamá. —Nadia sigue desayunando, sin saber el maremoto que han provocado sus palabras.

Me levanto con las piernas temblorosas y me acerco a la cafetera para llenar una taza.

—Mamá —dice Nadia una vez más mientras revuelvo el café.

—¿Sí, cariño? —replico cerrando los ojos, sin saber qué puede decir a continuación.

—¿Vamos *más después* al parque?

Suspiro de alivio al ver que se ha olvidado del otro tema, y tomo un sorbo de café antes de responderle.

—Es «más tarde», y sí. ¿Quieres que llame a la tía Amy y al tío Charles para que se reúnan allí con nosotras?

—¡Sí! ¡El tío Charles siempre me compra juguetes! —dice sonriente.

Cuando termina de desayunar, la ayudo a bañarse y a ponerse la ropa. Después de asegurarme de que está ocupada en su habitación jugando, voy a la mía para darme una ducha. Mientras espero que salga el agua caliente, llamo a Amy.

—Hola, cielo. —La voz de Amy parece aturdida por el sueño.

—¡Hola! ¿Tienes un momento? Necesito hablar contigo.

—Claro, cariño. —Oigo a Charles protestando al otro lado de la línea, pero ella le manda callar—. De acuerdo, cuéntame.

—Mmm... Nadia me acaba de decir que quiere tener un papá.

—¡Oh, Dios mío! Pobrecita. ¿Qué le has dicho?

—Bueno, cuando he logrado que me funcionara el cerebro, le he dicho que no era fácil.

—Oh, cariño, llevo dos años diciéndote que ha llegado el momento de que le des una oportunidad a alguien. Es decir, muévete y vive la vida.

—P-pero si ya lo hago...

—¿Lo dices en serio, Catherine? ¿Quieres que te mande a la mierda o qué? No tienes vida. Solo haces dos cosas, trabajar y ser madre de Nadia. No tocas la generosa cantidad de dinero que Ben te dio en el divorcio, y solo permites que tu padre o yo te ayudemos con ella. Y solo nos la pides cuando sabes que no vas a poder tú sola con ella.

—Eso no es cierto. La otra noche salí contigo.

—Porque te obligué a abandonar esa reclusión que te has autoimpuesto. Dime, ¿qué dice Crystal al respecto? ¿Le gusta que no tengas vida? Es decir, estoy

segura de que no le gusta. Deberías tener un equilibrio saludable, cariño.

—Bueno, pues ya lo haré. Pero no te preocupes por eso. ¿Qué hago con el problema ese de un papá para Nadia?

—Tener una cita —afirma—. Conocer a más hombres. Dar a alguien una oportunidad. Cathy, sé que el amigo de Charles, Hayes, ese *broker* tan guapo, te lo ha pedido más de una vez, pero lo has rechazado siempre. Le gustas de verdad, ¿sabes?

Cierro los ojos con un gemido.

—No quiero. Es algo incómodo. Tengo treinta y tres años y una hija. No puedo permitirme el lujo de tener citas para divertirme.

—¿Cómo lo sabes? No sales con nadie, no quedas... Todavía estás colgada por un hombre que ha pasado página. ¿Es que no has visto el anuncio del compromiso de Ben en el periódico?

Mis pulmones se quedan sin aire.

—Ya lo sé —susurro con una mezcla de dolor y celos que me aplasta como una avalancha.

—Ben ha seguido adelante, cielo, y Arsen estaba en Europa la última vez que supe de él. Creo que ha llegado el momento de que hagas lo mismo. Nadia es una niña encantadora y tú, una mujer preciosa. Deja que alguien te acompañe, que alguien te ame. Debes permitir que alguien se acerque a ti, cariño.

—Pero ya tengo a Nadia —argumento. Aferrarme al pasado es una batalla perdida, pero no sé si estoy preparada para avanzar. Sin embargo, debo hacerlo, por Nadia.

Y por mí.

—No es lo mismo, cariño, y lo sabes.

—Vale —me rindo.

—¿Vale qué?

—Tienes razón. Ha llegado el momento de que lo intente. Puedes llamar a Hayes, pero seré muy sincera con él, Amy, así que no te hagas ilusiones.

La oigo gemir al otro lado de la línea.

—¿Qué piensas decirle, loca?

—Que todavía amo a otro hombre.

—¿Qué? ¿Por qué? —exclama.

—Bueno, quizá le gustaría ser mi amigo. Creo que para eso sí estoy preparada.

Algunas veces me siento sola. De hecho, muchas veces. Cuando veo parejas paseando de la mano, recuerdo lo que tenía. Y a veces deseo, deseo de todo corazón, volver a tenerlo todo, pero sé que ni siquiera todos los deseos del

mundo me lo devolverán. Así que permanezco en silencio; nunca me quejo cuando las cosas se ponen difíciles, no lloro jamás por estar sola ni le echo la culpa a nadie más que a mí misma.

Cuelgo y voy al cuarto de baño. Allí, me miro en el espejo que hay sobre el lavabo. Reflejada en él, hay una mujer con la mirada vacía, con los ojos brillantes por las lágrimas que no ha derramado.

Sé que debo pasar página. Que Arsen está saliendo de nuevo con ricas herederas y que Ben se va a casar con Kerry muy pronto. Tengo que dejarlo marchar, dejar los recuerdos en el pasado.

Tengo que seguir adelante.

Nadia se merece una familia.

Borro las lágrimas, esperando no cometer un gran error al dejar que otro hombre entre en mi vida, porque incluso después de cuatro años me duele pensar en ellos.

Especialmente en Ben.

Me estoy aplicando la última capa de brillo en los labios cuando oigo un golpe en la puerta. Al instante, siento un nudo en la garganta y respiro hondo. Puedo hacerlo. Puedo. Cierro el envase y voy a abrir la puerta.

Pongo la mano en la manilla y suelto el aire lentamente, para calmarme. Ni siquiera sé por qué estoy nerviosa. Solo es una cita.

Cuando abro la puerta, hay un hombre al que solo he visto una vez, tan guapo que podría dejarme sin aliento. No creo que los hombres debieran ser tan guapos. No es justo. Tiene el pelo negro y los ojos plateados, y me sonrío con amabilidad mientras me recorre de pies a cabeza, aparentemente satisfecho con lo que se encuentra.

—Hola, Hayes. —Rompo el incómodo silencio cuando noto que me sonrojo—. ¿Te apetece tomar una copa o prefieres que nos marchemos? —pregunto.

—Hola, Cathy. ¿Puedo decirte antes lo guapa que estás esta noche? Mi memoria no hacía justicia a tu belleza, porque no te recordaba tan impresionante. —Le brillan los ojos mientras habla.

—Mmm... Gracias. —Ruborizada, pienso que todo esto es un error. El comentario me ha hecho sentir muy incómoda. No estoy preparada para esto.

—Lo siento —dice cuando estoy alejándome en busca del abrigo para escapar de él—. ¿Es demasiado pronto? —Sonríe con tristeza, con una disculpa en su expresión.

—Mmm... Mmm... —Suspiro y decido ser muy sincera con él—. Sí. Lo siento, Hayes. Pensaba que tenías claro que era una cita amistosa. Si quieres marcharte, lo entenderé. Lo siento.

—Sí, lo tengo claro y no, no quiero marcharme. Es por mi culpa, no volverá a suceder. Es solo que... —Me mira con calidez—. Da igual, Cathy. ¿Nos vamos? ¿Podemos tomar una copa en el bar del restaurante?

—Claro. —Me siento aliviada al ver que entiende mi posición, así que me relajo y me dispongo a disfrutar de la noche en compañía de un hombre guapo.

Dos botellas de vino después y una cena que ha pasado volando, estoy junto a la puerta de mi apartamento, a punto de darle las buenas noches. El aire ahora es más relajado entre nosotros, la tensión ha desaparecido. Cuando miro la cara del hombre que me ha hecho reír con anécdotas de relaciones pasadas, de su trabajo y de la vida, creo que me gusta. No me importaría mantener el contacto con él, y quizá llegar a ser amigos de verdad.

—Hayes, tenemos que quedar más veces. ¿Quieres subir a tomar una copa? —digo risueña.

Él vacila un segundo.

—Cathy, me encantaría. Pero no creo que deba hacerlo.

Me sorprende su respuesta.

—¿Por qué? —pregunto. ¿Debo sentirme herida? Es decir, no quiero que se sienta atraído por mí, pero no esperaba esa respuesta.

—La cuestión es que... —se rasca la nuca— me gustas, Cathy. Me gustas de verdad. Y no lamento haber pasado este tiempo contigo, y precisamente después de haber salido a cenar, creo que podrías llegar a gustarme mucho más. Sin embargo, tú no estás preparada.

Da un paso hacia mí, lo que me da ganas de retroceder. La proximidad de su cuerpo no es bienvenida, todavía no. Me coge la mano y se la lleva los labios para darme un beso en la palma.

—Cuando me dijiste que no estabas preparada, no te creí. No del todo. Pero después de esta noche, creo que tienes razón. No lo estás. Desearía que no fuera así, porque siento cierta conexión contigo, y es una pena. Así que si entro en tu apartamento, podría no ser capaz de contenerme y hacer algo muy estúpido que acabaría lamentando.

—Ah... —Estoy atónita por su sinceridad y por el significado de sus palabras.

—¿Puedo preguntarte algo muy personal?

—Sí.

—Bueno, en realidad no es una pregunta, sino más bien un consejo. Es

evidente que sigues muy enamorada de tu exmarido. Lucha por él.

Siento como si me arrojaran encima una jarra de agua fría.

—Mmm... ¿qué? Ya te he contado lo que pasó. ¿Qué te hace pensar que...?
No. No podría. Me odia.

—No lo sé, Cathy. Pero si yo fuera él, incluso después de todo lo que ocurrió entre vosotros...

—No, no. No puedo. Han pasado ya cuatro años, y se va a casar. No puedo estropearle la vida de nuevo. No puedo.

Inclina la cabeza a un lado y sonrío como disculpa mientras permanece callado durante lo que me parece una eternidad.

—Bueno, lo dejaré pasar. De todas formas, ha sido un placer. Sin embargo, se hace tarde y debo marcharme.

—Espera, ¿nos veremos de nuevo?

—Cuando quieras. Te llamaré.

—¿Incluso si solo necesito hablar? Ya sabes, con un amigo.

—En especial si necesitas un amigo —me susurra al oído.

Después de despedirme de él, cierro la puerta y llamo a mi padre.

—Hola. Ha sido una cita rápida. —Hay curiosidad en su voz.

—Sí. Ha sido una cita de amigos, papá.

—Bah... Ningún hombre acude a una cita de amigos.

—Bueno, confía en mí, papá. ¿Quieres oír algo muy gracioso y triste?

—Sí.

—Me ha dicho que no quería pasar a tomar una copa porque es evidente que sigo colgada por mi ex. Es oficial: soy patética.

—¡Oh, cielo!

—Está bien. Sabía que no estaba preparada, pero al menos he salido.

—Pero todavía necesitas...

—Lo sé, pero aún no. Cuando esté preparada.

Mi padre se ríe al teléfono.

—Esperemos que, cuando llegue ese momento, no tengas sesenta años, ¿de acuerdo, querida?

—Ja, ja, ja, muy gracioso. ¿Qué tal está Nadia? ¿Se ha portado bien?

—Duerme como un angelito. —Mi padre se ríe al decir la palabra «angelito».

Hablamos un poco sobre mi cita y lo que ha cenado Nadia, y luego colgamos.

Ya en la cama, miro el techo cubierto por las sombras de la noche mientras revivo los acontecimientos de esta noche. Qué agradable ha sido Hayes, qué divertido ha sido hablar con él y cuánto me ha gustado, pero qué silencioso se ha

mantenido mi corazón durante toda la noche. No se ha acelerado ni una vez. No he sentido tampoco mariposas en el estómago. Ha sido tan agradable y dulce como un helado de vainilla.

Como desearía que pudiera ser de chocolate... En serio. Pero, de alguna forma, me siento aliviada de que no haya surgido nada porque, por loco que parezca, no quiero olvidar a Ben. No quiero.

De repente, siento mucho frío y me subo la manta hasta la barbilla al tiempo que me pongo de lado. Sin poder dormir, pienso en el consejo de Hayes. «Lucha por Ben». Durante un instante, me gustaría poder hacerlo.

Lo deseo con todo mi corazón, porque creo que nunca podré olvidarlo por completo.

34

Cuando miro a mi alrededor y veo la cafetería abarrotada, respiro profundamente, llenando mis pulmones con el olor a café molido, pan y nuez moscada. Con solo echarle un vistazo a Amy, sé que está esperando a que Nadia y mi padre se alejen para poder empezar a abrasarme a preguntas sobre mi cita con Hayes.

Oh, se va a sentir decepcionada.

Cuando se van a pedir a la barra, Amy acerca la silla a la mía y comienza a interrogarme.

—Rápido, dime algo antes de que vuelva Nadia con tu padre. ¿Qué tal fue la cita con Hayes anoche? ¿Lo has besado? Por favor, dime que sí, porque, ¡Dios!, ese hombre está buenísimo y tiene una fortuna. Aunque no es que eso importe — murmura Amy mientras juguetea con un mechón rojo.

Riéndome, permanezco en silencio para que siga muriéndose de curiosidad un poco más.

—¡Oh, Dios mío, Cathy! ¿Acaso quieres matarme? —exclama.

—Ha sido una cita genial. Y no, no llegamos a besarnos. Odio decirte esto, pero incluso el propio Hayes piensa que no estoy realmente...

—¿Cathy? ¿Catherine? ¿Eres tú? —pregunta una voz masculina llena de sorpresa.

Es él. Es Ben.

Levanto la mirada con la boca abierta y miro al hombre con cuyos ojos todavía sueño que me observa con una expresión incrédula en esos rasgos que me resultan tan dolorosamente hermosos. Una vez leí en algún sitio que las almas se incendian a través del contacto visual.

Bueno, pues la mía está ardiendo en el suelo.

Una explosión de euforia me abrasa.

No puedo respirar.

Oh, ahí están todas las mariposas dormidas, despertándose con solo una mirada.

—Hola —logro decir después de luchar un rato con la incapacidad de pensar de forma racional. Quiero levantarme, abrazarlo y besarlo por todos los días, minutos y segundos que no ha formado parte de mi vida.

—Hola.

Se queda allí, mirándome como si estuviera viendo un fantasma.

—Mmm... ¿qué... qué tal te va todo? —tartamudeo como una niña nerviosa.

—Bueno, podría haber sido mejor. De hecho, antes me iba mejor —responde mientras se inclina hacia delante, más cerca de mi silla.

Trago saliva mientras intento alisar una arruga inexistente en los vaqueros.

—¡Oh, vale!

Se aclara la garganta como si estuviera preparándose para hablar cuando oigo que me llama Nadia. Cierro los ojos y respiro profundamente, porque, cuando los abra, la habrá visto. Y no sé cuál será su reacción.

«¡Mierda!».

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —me llama mi hija. Levanto la vista y veo que mi padre mira a Ben con odio y que luego clava los ojos en mí como si estuviera preguntándome qué hacer. Niego con la cabeza, indicándole que no deje que Nadia se acerque a nosotros. Cuando capta mi mensaje, la coge de la mano y va al otro extremo de la cafetería.

Con ella fuera de la vista, levanto la mirada buscando la de Ben una vez más, pero él no está mirándome a mí. Sigue los pasos de Nadia. Con el corazón en un puño, me lo bebo con los ojos, me pierdo en él. Absorbo cada nuevo detalle de su apariencia. Sigue siendo tan apuesto como antes, pero ahora hay más aspereza en su mirada. Parece más sabio.

Todavía contemplándolo y tratando de grabar su rostro en mi memoria, ya que no sé cuándo volveré a verlo, si es que lo hago, su pregunta me trae de vuelta a la realidad.

—Er... ¿Es tu hija? —balbucea.

—Sí. —Evito sus ojos mientras respondo, dedicándome a estudiar la taza de café.

—¿Cuántos años tiene?

Me doy cuenta de que, cuanto más habla, más ronca es su voz.

—Tres y medio. —Por fin levanto la vista y lo miro.

—Ah... —Parece estar echando cuentas en su cabeza.

Oigo a alguien tosiendo.

Amy. Me he olvidado de que estaba conmigo. Cuando la miro, Amy me hace una señal con la cabeza, indicándome a alguien más.

—Ben, cariño, ¿estás preparado? —pregunta una voz femenina, joven y educada.

Me vuelvo a mirar a una mujer mucho más joven que él, hermosa y elegante, que le rodea la cintura con un brazo. Vacilo al ver la familiaridad con la que lo toca. Me resulta familiar.

Ah...

Es que es Kerry, la pasante.

La chica a la que besó.

Con la que va a casarse.

Siento que mi corazón, apenas curado, comienza a agrietarse nuevamente, que mis emociones surgen una vez más.

No quiero verlo con otra mujer, así que me despido con rapidez y me largo. No me importa dejar atrás a Amy, a mi padre...

¡Oh, Dios mío!

Tengo que volver. Necesito estar con Nadia. Tengo que abrazarla para poder protegerme del tsunami de dolor y recuerdos que amenaza con ahogarme.

Después de dar vueltas en la cama durante lo que me parecen horas, miro el reloj y me doy cuenta de que ya son las tres de la madrugada. Me cubro la cabeza con una almohada y cierro los ojos, a ver si así me duermo.

Pero no funciona.

Mientras me concentro en el rápido latido de mi corazón, recuerdo vívidamente lo que ha ocurrido en la cafetería.

No sé si quiero llorar, gritar o, sencillamente, desaparecer.

Lo que quiero en realidad es colapsar, no despertarme mañana y regodearme en el sufrimiento. Pero sé que no puedo. Así que, por mucho que me gustaría permitirlo, no puedo dejar que la oscuridad me envuelva. No puedo.

«¡Mierda!».

«Aggg».

Poco después, renuncio a luchar contra el insomnio. Necesito una copa de vino. Sí, eso me vendrá bien. Me levanto y voy a la cocina. Cuando estoy cogiendo la botella, oigo un golpe en la puerta.

Miro la hora en el reloj que hay encima de la nevera.

¿Quién puede ser?

Temiendo que sea un vecino con una emergencia, me pongo una sudadera vieja que suelo usar en casa y voy hasta la puerta.

—¿Sí? —pregunto al extraño.

—Cathy. Soy yo. Abre la puerta.

Trago saliva.

—¿Ben? —pregunto sin abrir la puerta—. ¿Qué haces aquí?

Miro el reloj una vez más; son las tres y treinta y seis minutos.

—Cathy, por favor. Abre la puerta —suplica.

Lo hago al momento, y a continuación, me encuentro rodeada por los brazos de Ben, que me estrechan de forma asfixiante.

No sé qué hacer, así que no me muevo. Me da miedo. Quizá estoy soñando que está aquí. Si ese es el caso, no quiero despertar. No quiero perderme este sueño agridulce. Quiero recrearme en la sensación de su cuerpo contra el mío. ¡Oh, cómo lo he echado de menos! Su contacto. Su olor. La forma en la que mi cuerpo reconoce al instante a su otra mitad. Inhalo su esencia, cierro los ojos y me permito soñar un poco más.

Sí.

Debe de ser un sueño.

—Cathy, Cathy, Cathy... —me murmura bruscamente al oído.

—¿Mmm? —No sabía que los sueños hablaban.

—Cathy, respóndeme. ¿Es suya? —Se le quiebra la voz.

¡Oh, no!

Esto no es un sueño.

Subo lentamente la vista y me ahogo en un océano marrón de jarabe de arce. ¡Qué bonitos son sus ojos! ¡Qué tristes están! Y qué rojos e hinchados...

—Responde, Cathy. Por favor, necesito saberlo. ¿Es suya? —pregunta.

—¡Oh, Ben! ¿Importa?

Lo miro mientras aprieta los dientes y cierra los puños.

—A mí me importa. ¿Es suya?

Miro hacia otro lado..., al suelo.

—No lo sé. No sé si es tuya o de Arsen. Estaba... —La vergüenza hace que me arda la cara y me deja sin palabras para terminar la frase.

—Sí, lo sé. Estabas follando con los dos.

Hago un gesto de dolor ante su crueldad, y me alejo de su cálido abrazo. Doy unos pasos atrás hasta que nos quedamos frente a frente. Tan cerca pero tan lejos. Mi cuerpo clama al instante por recuperar su contacto... Anhelándolo. Me rodeo con los brazos, protegiéndome a mí misma como si tratara de mantenerme alejada de más heridas.

—Ben, ¿qué más quieres que te diga? Ya lo he dicho todo. Lo siento. —Me

froto los brazos mientras sostengo su mirada—. No sé quién es el padre, y no me importa. Eso no cambia lo mucho que la quiero. —Lucho contra el dolor que siento en la garganta, en el estómago, en el corazón, en todas partes—. Es mía. No tuya ni suya. Es mía. Es todo lo que me queda de vosotros, y yo... la adoro sin importar quién...

—... sin importar quién sea el padre. —Ben termina la frase por mí—. ¿Por qué no me lo has dicho? Te habría ayudado.

—Iba a decírtelo ese día, cuando te pedí que te reunieras conmigo en el Starbucks.

Veo que se estremece con el recuerdo de ese día.

Pasa una hora mientras permanecemos sentados en el suelo, en silencio.

A veces nos buscamos con la vista.

A veces no miramos nada.

Juego con las uñas. Ben se mesa el pelo.

Me abrazo a mí misma y él se levanta para pasear junto a la puerta antes de volver a sentarse.

Me tiemblan las manos cuando golpea el suelo con los puños.

El tiempo parece alejarse de nosotros. Quiero moverme y sentarme a su lado, disfrutar de su proximidad y del tiempo que nos queda para estar juntos, pero no lo hago. Me limito a mirar cómo se pasa las manos por los mechones oscuros. Los lleva más largos que la última vez que lo vi. Me recuerda al aspecto que tenía cuando nos conocimos. Oscuros rizos salvajes.

Echo un vistazo al reloj y me doy cuenta de que casi son las cinco de la mañana. Tiene que marcharse antes de que Nadia se despierte. No quiero que se vaya, pero no quiero que mi hija se encuentre con un extraño en casa cuando se levante.

Un extraño que puede ser su padre.

¡Oh, vaya ironía!

—Ben, ¿qué quieres? ¿Cómo has sabido dónde vivo? —pregunto, frotándome los brazos.

—Siempre he sabido dónde vives.

—Ah...

Ben permanece en silencio y mira al suelo durante otro buen rato.

—Creo que deberías marcharte. Son casi las cinco de la mañana. Nadia se despertará pronto y...

—No quieres que esté aquí, ¿verdad? —La confianza que recuerdo en su voz ha desaparecido.

—No. Sí. Solo creo que deberías marcharte. No me apetece que Nadia me pregunte qué haces aquí. Vuelve con Kerry.

Lo oigo reírse mientras apoya la cabeza en la pared, mirándome fijamente.

—Kerry y yo hemos terminado.

Cuando el significado de lo que acaba de decir penetra en mi mente, abro mucho los ojos.

—¿Perdón? Pensaba q-que te c-casabas en...

Avergonzada, dejo de hablar. No quiero que sepa que estoy enterada de su vida.

—Ya no. Lo hemos dejado. Pusimos fin a todo antes de que viniera aquí.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque no es justo para ella. Te vi y lo supe. —Murmura algo ininteligible para sí mismo que hace que la esperanza crezca en mi pecho.

¿Es posible?

—No podía hacerle eso. Es mi mejor amiga. No podía traicionar a la mujer que me ayudó a sanar después de que me destrozaste. La que me hizo darme cuenta de que follar con otras mujeres no iba a hacer que me doliera menos.

Sus palabras me hacen daño.

Mucho daño.

Me acerco las piernas al pecho y me las rodeo con los brazos, deseando poder borrar sus palabras, impidiendo que entren en mi corazón.

—Después de que te marcharas... Traté de tirarme a Kerry, pero supongo que cuando se dio cuenta de lo herido que estaba... No sé. No estaba interesada. En vez de eso, se volcó para ayudarme a olvidarte, a superar lo que me hiciste, pero al principio no la escuché..., así que me hundí en la mierda todavía más.

—¿Por qué estás contándome todo esto?

—No lo sé..., pero lo he intentado con todas mis fuerzas, Cathy. Y no lo he conseguido. Cada par de ojos verdes que veo es tuyo. Cada sonrisa con hoyuelos... Cada vez que he follado con alguien y he cerrado los ojos después de... Solo te he visto a ti. Han sido tus manos las que me han tirado del pelo. Tus besos los que he sentido. Ha sido tu boca la que yo he querido. Tu sabor en mis labios cada vez que... ¿Sabes lo enfermo que me he sentido cada vez que me he tirado a una mujer y he deseado que fueras tú otra puta vez?

Ben comienza a reírse como un loco.

—Eras tú. Sigues siendo tú, y ¡me estoy volviendo loco! No puedo. Tengo que olvidarte. Necesito poder respirar de nuevo sin sentir que me ahogo cada vez que veo algo que me recuerda a ti. Necesito dejar de sentir un dolor tan agudo en el

pecho cuando recuerdo lo que teníamos. Solo quiero seguir adelante. Pero no puedo. No puedo...

Se me llenan los ojos de lágrimas, mientras cada palabra que murmura me roba un poco más de aliento, de vida.

—Pero... ¿y Kerry? ¿No la amas?

—No puedo decir que no.

—Creo que la amas. Tiene mucha suerte. Y... no sé qué más quieres que te diga.

—¿Sabes por qué ha terminado todo con Kerry? Ella me ha ayudado a perdonarte. Me ha ayudado a darme cuenta de que no todas las mujeres son unas zorras. Me dijo que me amaba, y creo que la amé por eso, pero no como ella quiere. Sin embargo, ha estado dispuesta a darme una oportunidad. Pensaba que estábamos bien. La amo, lo hago, pero creo que solo me he obligado a enamorarme de ella. Creo que los dos hemos sabido siempre que no era de verdad.

Clava los ojos en mi rostro.

—He sentido amor de verdad, y no hay nada que pueda compararse con eso. ¡Joder! Después de encontrarme contigo, he vuelto con Kerry a nuestro apartamento y nos hemos ido a la cama. Cuando tenía las piernas de Kerry alrededor de las caderas y la polla profundamente hundida en su interior, he bajado la guardia y he dicho tu nombre, Cathy. Me he corrido pensando en ti. En ti. La mujer que no me deseaba. La que...

—Basta. No puedo más. No quiero oír todo esto, Ben. —Siento que no puedo respirar—. No puedo. Por favor, vete —le ruego con urgencia.

—¿Por qué? ¿Por qué no puedes? ¿Eh? Duele, ¿verdad? Duele mucho. La verdad duele.

—Sí. Por favor, Ben, vete. Duele muchísimo. ¿Estás contento ahora? —Ya no puedo verle la cara por culpa de las lágrimas.

—No. No estoy contento. Me arrepiento de haber entrado en esa cafetería esta mañana. Lo he lamentado desde que he puesto de nuevo los ojos en ti.

Me aprieto las piernas con los brazos mientras me limpio las lágrimas en las rodillas.

—¿Mami...? —Oigo la voz aturdida de Nadia. La dulce melodía que me arranca del infierno en el que estoy. Me suelto las rodillas y me levanto. Tengo la voz ahogada por las lágrimas cuando me voy a la habitación de Nadia sin mirarlo—. Por favor, vete. Tiene que dormirse de nuevo. Lo siento, Ben. Sé feliz —digo al aire.

Dentro de la habitación de Nadia, me meto en la cama con ella y la rodeo con los brazos para acercarla a mí todo lo que puedo. Tengo mucho frío, y espero que su pequeño cuerpo pueda calentarme.

—Mamá, ¿por qué lloras? —pregunta somnolienta.

—Shhh, Nadia. Shhh, mamá te quiere mucho, Shhh... —No puedo reprimir las lágrimas, así que me pierdo en la tristeza. Lloro con mi niña entre los brazos. Lloro hasta que ya no me quedan lágrimas. Después de un rato, la oigo roncar con suavidad.

Incluso a pesar de que soy consciente de que tengo que cerrar la puerta de la calle con llave después de la marcha de Ben, me quedo un rato más. No quiero soltarla todavía. Es mi refugio.

Oigo un sonido extraño y miro hacia el umbral. Él está allí, mirándonos con la cara llena de lágrimas.

—Cathy... —susurra bruscamente—. Maldita sea, Cathy...

Muevo la cabeza cuando lo veo entrar en la habitación de Nadia. La suelto, me bajo de la cama y me acerco a él. Lo cojo por el antebrazo y lo obligo a seguirme al salón.

Nos detenemos en medio de la estancia, rodeados por los nuevos recuerdos que he creado desde que nuestro matrimonio terminó. Una vida sin él. Seguimos mirándonos el uno al otro con las lágrimas corriendo por nuestras mejillas, en silencio, sin decir nada. Con el corazón retumbando contra mis costillas, observo que Ben lucha para contener el temblor de sus extremidades.

Recuerdo las palabras de Hayes.

«Lucha por él».

Hago la mayor apuesta de mi vida porque llegados a este punto no tengo nada que perder y todo que ganar. Rodeo con los brazos su cuerpo enorme y me aprieto contra él hasta que ya no queda espacio entre nosotros. Espero que mi amor sea suficiente cuando pronuncie las siguientes palabras.

—Ben... Sé que no te merezco, pero ¿podemos hacerlo todo de nuevo? Es decir, ¿intentarlo otra vez?

—No lo sé, Cathy. No lo sé.

—Si puedes perdonarme, si eres capaz de darme otra oportunidad, te entregaré cada parte de mí. Todos los besos..., todas las lágrimas..., todas las sonrisas. Soy tuya. Siempre lo he sido. Siempre lo seré. Te prometo que daré por sentado lo que tenemos. Te prometo que no pasará ni un día en el que no trate de hacerte tan feliz como mereces. Te amo. Solo a ti. Por favor, Ben. Perdóname.

Me interrumpo para tragarme las lágrimas.

—Sé que los dos hemos cambiado, q-que a veces el amor no es suficiente para hacer que las cosas funcionen. Que han pasado muchas cosas entre nosotros..., pero tengo esperanza. No te estoy pidiendo que vuelvas a casarte conmigo, ni siquiera que salgamos juntos... Solo te pido la oportunidad de volver a tu vida. Nadia y yo. ¡Dejemos todo atrás, déjame amarte! Deja que te ame. Deja que me gane tu confianza otra vez. Deja que te demuestre cuánto te amo, incluso después de todo este tiempo. —Lo agarro por la nuca, lo obligo a inclinarse y lo beso con toda mi alma, con todo mi corazón, con todo mi ser. Lo beso por cada año, por cada mes, cada semana, día, hora y segundo que no ha formado parte de mi vida.

Cuando el beso llega a su fin, lo miro otra vez.

—Los milagros son la consecuencia de atreverse a creer —susurro con ferocidad contra sus labios—. ¡Te reto para que vuelvas a creer en nosotros, Ben! Te desafío a que lo hagas.

Pero al ver que él no responde, sé cuál es la respuesta incluso antes de que me suelte la cintura y me empuje lejos de su cuerpo.

—Lo siento, Cathy. No puedo hacerlo. No debería haber venido aquí, pero necesitaba saberlo y... ¡Joder! —Se frota la cara con las manos, limpiándose algunas lágrimas—. Te perdoné hace mucho tiempo, lo hice, pero no creo que pueda olvidar lo que nos hiciste. El dolor sigue ahí, jodiéndome. Es demasiado tarde.

No puedo moverme.

No puedo respirar.

Lo único que me queda es estar allí y escuchar cómo me dice lo que he sabido todo el tiempo: que lo que hice nos ha roto y que no hay arreglo posible, aunque me haya atrevido a esperarlo durante un breve tiempo.

Ben levanta el brazo como si quisiera volver a tocarme, pero cambia de idea, porque se mete las manos en los bolsillos.

—Debería marcharme...

Al no poder hablar, solo puedo asentir y ver cómo se da la vuelta para atravesar el salón hasta la puerta, alejándose de mi vida para siempre.

Como yo sabía que haría.

A medio camino, se agacha y recoge una muñeca de peluche de Rapunzel que hay en el suelo, junto a algunas revistas de pediatría y zapatos.

—Es tan guapa como tú —dice, mirando la muñeca mientras acaricia el pelo dorado.

—¿Perdón?

Con una triste sonrisa, se vuelve para mirarme.

—Es exactamente como siempre he soñado que sería una hija nuestra.

Se arrodilla, sosteniendo la muñeca de la que podría ser nuestra hija, y nunca me he sentido más desconsolada que cuando me dice que Nadia es justo como se imaginaba que sería. Cuando lo dejé en casa aquel día, pensaba que había perdido una parte de mí, y no sabía si podría existir sin él. Y ahora, mientras miro sus ojos, sé que no existo sin Ben.

Pero me lo merezco.

Merezco estar sola.

Ben tiene razón.

Es demasiado tarde para nosotros.

—Si alguna vez necesitas ayuda económica, dímelo. —Ahora está ya fuera de mi apartamento, mucho más tranquilo que antes, pero con una innegable tristeza en los ojos.

—No. No me merezco tu ayuda —digo con más intensidad de la que pretendo—. Tengo un trabajo. Amy me consiguió un empleo en otro hotel.

—No importa. Me gustaría ayud...

—No. Por favor, Ben, no digas nada más. S-solo vete. Estoy a punto de derrumbarme delante de ti. Estoy esforzándome por permanecer entera, por mirarte y no amarte —gimo mientras me aprieto con más fuerza—. Trato de no arrojarme a tus pies y suplicarte que te quedes. Por favor, vete. Lamento mucho todo el daño que te hice, pero, por favor, te lo suplico...

—Entiendo, Cathy. Yo también lo siento.

Y se va.

Sé que nuestro amor está demasiado roto para salvarlo, y es culpa mía, pero ver cómo se aleja de mí una vez más todavía tiene el poder de destruirme. Cuando miro su figura encorvada acercándose lentamente al ascensor, me doy cuenta de que no estoy segura de si seré capaz de recuperarme de esto.

No creo que pueda.

35

No vuelvo a la cama.

Me hundo en el suelo, en el mismo lugar en el que Ben ha estado sentado tanto rato, tratando de buscar un rastro de la cálida huella de su cuerpo, pero no encuentro nada. No queda nada de él en mi casa.

Nada.

Está vacío.

Como yo.

Pero luego recuerdo a Nadia.

Nadia.

Mi preciosa Nadia.

Ella es mi voluntad para vivir.

Lo único que importa.

Así que me levanto, voy a mi habitación, me ducho y me arreglo. Entierro el dolor en mi interior una vez más, y me preparo para fingir que no ha ocurrido nada.

No me queda otra opción.

Debo hacerlo.

Es necesario que sea fuerte. Cojo la mano de Nadia mientras vamos a la escuela bajo la lluvia torrencial. Como todos los otoños, el clima es más frío, al tiempo que las hojas comienzan a caer y cubren el asfalto en un mar de tonos naranjas, marrones y rojos brillantes. Escucho cómo la ciudad cobra vida con los sonidos de los coches sobre el asfalto húmedo y los charcos mientras miro a mi hija, protegida por un impermeable de brillante color rosa con botas a juego.

—Lluvia, lluvia, vete... —tararea mientras gira el paraguas.

Estoy tan fascinada por la forma en la que rebotan los rizos rubios sobre sus hombros que no veo al hombre que se acerca a nosotras hasta que le oigo decir mi nombre. Asustada, me llevo la mano al pecho mientras miro desde debajo del paraguas a un Ben empapado que nos contempla con una expresión de profundo amor.

—¿Ben? —pregunto incrédula.

—Hola. —Sonríe con timidez mientras me muevo hacia delante para protegerlo de la lluvia con mi paraguas.

—¿Mamá...?

Al escuchar a Nadia, Ben se aleja de mí y se concentra en ella, que lo estudia sin cortarse con sus grandes ojos verdes.

—Hola, preciosa —le dice él con la voz ronca.

—Hola. Eres el hombre que hizo que se enfadara el abuelo. El que puso triste a mi madre —le suelta.

Ben hace una mueca.

—Lo sé, y lo siento, pero estoy aquí para intentar arreglarlo.

—¿De verdad? ¿Por qué no le compras un *cupcake*? Ella siempre dice que un *cupcake* puede mejorar un día malo.

—Si me lo permite, le compraré todos los que quiera —afirma Ben, sonriendo.

A Nadia parece gustarle la respuesta, porque asiente moviendo la cabeza.

—Mamá —dice—, no estés triste. Te va a comprar *cupcakes*, ¿vale?

Quiero reír y llorar, pero en vez de dejarme llevar por la emoción, levanto la vista desde mi hija para mirar a Ben, que me observa con intensidad mientras la lluvia sigue cayendo a nuestro alrededor.

—Cathy, no puedo hacer ninguna promesa. No sé nada... Pueden pasar muchas cosas, muchas... Pero lo que sí sé es que os quiero a las dos en mi vida. De eso estoy seguro.

—Lo entiendo. Solo quiero una oportunidad. Solo necesito una para conseguir que todo vaya bien.

Miro a Ben notando que la esperanza renace en mi interior. El miedo y la indecisión desaparecen, despejando el camino para que tengamos un futuro juntos.

—Jamás ha habido otra elección para nosotros, ¿verdad? —dice mientras una sonrisa se extiende por sus hermosos rasgos, acentuando el grosor de sus labios y el borde afilado de su mandíbula.

Niego con la cabeza y sonrío. La felicidad estalla dentro de mi pecho, devolviéndome a la vida una vez más.

—No.

—Ven aquí —me pide, mostrándome la misma sonrisa arrogante que me enamoró la primera vez que lo vi.

Cuando estoy a punto de tocarlo, con Nadia de la mano, me permito pensar en aquel muchacho de ojos azul fuego una última vez. Silenciosamente, le doy las

gracias, porque él es la razón de que ahora esté con Ben. Me salvó de mí misma, y en cierta manera me devolvió a Ben. Sin su ayuda, y lo que fuera que me dio, no creo que ahora estuviera aquí. Seguramente estaría muerta. Lo quiero y siempre lo haré, porque su fuego interior me devolvió a la vida. Sí, fue el fuego que quemó mi matrimonio hasta convertirlo en cenizas, pero de esas mismas cenizas renació la esperanza.

Me sanó.

Arsen.

EPÍLOGO

ARSEN

Extrañarte es una enfermedad que no puedo curar, y me está matando.

Joder.

Ha vuelto a pasar.

Me encuentro mirando un techo de color lavanda en lugar del familiar tono gris de mi dormitorio.

La almohada es demasiado esponjosa para ser la mía, y huele a fruta de mierda.

¿Por qué cojones me he tirado a alguien que huele a fruta? Me recuerda a mi niñera.

Siento náuseas, así que cierro los ojos tratando de recordar cómo he llegado aquí.

¿Qué coño hice anoche?

Abro los ojos y giro la cabeza para mirar con quién he follado.

Imagínate...

A mi lado hay una rubia desnuda que se parece mucho a Catherine. Supongo que si no la puedo tener a ella, puedo echar un polvo con un sucedáneo, ¿verdad?

Estoy enfermo.

Cabreado conmigo mismo, me levanto, me visto y me largo de casa de la rubia sin despedirme siquiera. Tampoco es que quiera volver a verla. Ni hablar. Eso no es para mí.

Cuando salgo del edificio, miro a mi alrededor tratando de averiguar dónde coño estoy. Miro en la esquina de la calle la señal verde que me indica que estoy en la Quinta Avenida. Bueno, ¿no es una jodida mierda? No estoy de humor para subirme a un taxi ni para ir en metro hasta el SoHo.

Sacudo la cabeza bruscamente y decido ir al supermercado más cercano. Tengo

que tomar algo para que desaparezca ese dolor. Al empezar a andar, me doy cuenta de que he estado aquí antes. Los edificios me parecen familiares, y cuanto más los miro, más recuerdos que he intentado borrar aparecen en mi mente. Pero no es hasta que estoy en la acera de enfrente, delante de la cafetería, cuando las imágenes de esos días se desbordan.

Tuve que dejarla.

Cuando me dijo que estaba embarazada, me acojoné. Sí, soy un cabrón de mierda, pero no supe qué pensar ni cómo reaccionar. Ni siquiera tenía la certeza de que el bebé fuera mío, y todo eso me asustaba mucho. ¿Cómo íbamos a tener un crío cuando todo era nuevo? Por lo que sabía, ella podía dejarme en cualquier momento y regresar con su marido cuando se aburriera de mí. La situación era un puto caos, pero no me importaba siempre y cuando Catherine estuviera conmigo y no con ese gilipollas. Quería amarla mientras la tuviera porque eso era lo único que me importaba. El tiempo que íbamos a estar juntos.

La vi, la deseé, y la cogí, aunque en el proceso me cargué un buen matrimonio. En cuanto bajé del avión, leí la tristeza y la vulnerabilidad en sus ojos, pero no fue hasta mucho después que me entró el complejo de querer convertirme en su puto salvador de mierda.

Quería ayudarla, salvarla.

Justo antes de que me dijera que estaba embarazada, pensaba llevármela a París a pasar el fin de semana. Y quizá una vez que estuviéramos allí, follando románticamente como en las películas y toda esa mierda, por fin me decidiera a decirle que la amaba.

De alguna forma, se había convertido en mi razón de ser, de existir.

La amaba...

Pero cuando regresó de la ginecóloga y me dijo que estaba embarazada, la realidad llamó a la puerta.

Igual que Ben.

Un par de horas antes de que volviera Cathy, Ben se presentó en el apartamento para decirme que la única razón por la que Catherine estaba conmigo era su último aborto, que la había hecho perder el control. Me aseguró que todo iba mejor entre ellos antes de que ocurriera, que se amaban y que ella jamás sería mía. Y sí, pensé que estaba comportándose como una nenaza.

Pero entonces, Ben me reveló algo que ella no había mencionado. Que Catherine estaba conmigo porque él la había echado. Que no se había marchado ella. Que no había sido Cathy quien lo dejó. Pero, como le dije a Ben antes de que se fuera, todo eso me importaba una mierda mientras estuviera conmigo.

Y lo estaba.

Sin embargo, cuando después me dijo que estaba embarazada, y vi cómo le brillaban los ojos llenos de esperanza y lágrimas, lo supe.

Y no pude hacerlo.

No podía hacerles eso, incluso aunque el embarazo no prosperara. Ben y Cathy se merecían ese bebé.

Y yo no.

Así que hice lo que mejor se me daba.

Le rompí el corazón.

Le dije que no la amaba.

Que no le había prometido nada.

Pero era mentira.

Cuando regresó conmigo, después de que Ben la echara, cuando me dijo que todo había terminado entre ellos..., fui suyo.

Esa noche, la primera que pasábamos juntos, la abracé mientras dormía entre mis brazos pensando que la vida no podía ser más perfecta. Por fin la tenía y no la compartiría más.

Por fin era mía.

Mía.

No esperaba que regresara del médico con esa mirada confusa.

No esperaba ver la esperanza y la angustia en sus ojos.

No esperaba que me dijera que estaba embarazada.

Y que ni siquiera ella misma supiera a ciencia cierta si yo era el padre me jodía mucho. Quería buscar a ese cabrón y pegarle una paliza, porque eso significaba que la había compartido con él. Significaba que él la había tocado.

Y me dolía mucho.

No debía suceder.

De repente, recordé el aspecto que tenía Ben cuando llamó a la puerta. Estaba jodidamente destruido.

Así que lo hice.

La eché.

En cuanto lo hice, me di cuenta de que había sido un error. Cuando esa noche me acosté en una cama fría, sin poder sentirla en el aire que respiraba, decidí que Ben podía irse a la mierda, que no me importaba. Si había alguna posibilidad de que ese bebé fuera mío, me aferraría a ella. Amaba a Catherine, a mi hoyuelos... Sabía que adoraría a ese bebé, fuera mío o no. Y si perdía el niño, quería ser su apoyo.

Al día siguiente fui a buscarla al apartamento de Amy. La vi salir del edificio y, en lugar de detenerla y rogarle que me perdonara allí mismo, en mitad de la calle, decidí seguirla. Necesitaba repasar lo que le iba a decir una vez más. En el momento en que estaba enfrente de esta cafetería, haciendo tiempo, vi entrar a Ben en el mismo Starbucks en el que estaba Catherine. Apenas hacía veinticuatro horas que la había dejado, y ya le estaba pidiendo a Ben que volviera con ella.

Me di la vuelta y me alejé, renuncié a cualquier esperanza de volver a verla. Había regresado a donde necesitaba estar todo el tiempo, incluso aunque eso me destruyera por segunda vez en mi vida. La única diferencia era que esta vez pensaba que no sería capaz de sobrevivir porque ya estaba muerto.

Han pasado cinco años desde ese día.

Cada uno ha sido un puto infierno.

Me duele.

Todavía me duele.

Mientras estoy parado en la misma esquina, sintiendo que mi maldita alma se deshace de nuevo sin poder hacer nada, veo el familiar pelo rubio y los hoyuelos de la mujer a la que no he podido olvidar. Ben lleva a una niña a caballito y tiene el brazo sobre los hombros de mi chica. Se ríen y parecen la familia perfecta.

Siento dolor.

Un dolor que me nubla la mente.

Mi cuerpo se pone rígido.

Catherine sigue poseyendo el poder de dejarme sin aliento después de tanto tiempo.

Por favor, date la vuelta y mírame.

Por favor, date la vuelta.

Por favor.

Por favor.

Ruego, rezo, suplico y deseo que lo haga. Necesito ver los ojos que me han perseguido durante tanto tiempo, los que me robaron el alma y nunca me la devolvieron, pero no me mira. Está contemplando a Ben con todo el amor que debería haber sido mío.

¡Cómo desprecio a ese hombre!

Veo cómo le rodea la cintura con un brazo mientras se inclina, aunque se detiene un momento antes de besarla. Ella cierra los ojos y se pone de puntillas para recibir ese beso mientras él la observa con intensidad. ¡Joder, la ama! No quiero ver más esa mierda, así que clavo los ojos en la cara de la niña. Es rubia y

se parece a su madre. Es muy guapa.

La cría levanta la vista y posa en mí la mirada. Detiene sus ojos en los míos, y una sensación de reconocimiento, de haberme encontrado a mí mismo, se instala en mi corazón.

Nos miramos fijamente.

Es mía.

Esa niña es mía.

Lo sé.

Mi cuerpo se pone en movimiento sin pensar. Tengo que acercarme a ella. A mis chicas.

Cuando empiezo a avanzar hacia ellas, Catherine le dice algo a Ben, y él le pone la mano en el estómago, haciendo que los dos se sonrían mutuamente. Entrecierro los ojos y veo por primera vez el abultado vientre de Catherine.

Cualquier espíritu de lucha me abandona mientras observo durante un par de minutos más a aquella familia feliz. Sé que hice lo correcto aquel día, hace ya tiempo. Hice lo adecuado al dejarla marchar, justo como voy a hacer por segunda vez.

Y me rompe una vez más.

Ellos tienen su final feliz, y esa es la única razón por la que puedo marcharme, decirles adiós a mis chicas a pesar de que me destroza no ser la razón de sus sonrisas.

Es algo que nunca seré.

¡Joder!

No lo soporto.

Me doy la vuelta y corro, corro, corro, corro, corro...

Una vez en medio de Central Park, me apoyo en un árbol sin aliento. Tengo que calmarme. Tranquilizarme. Bajo la vista a mis manos y veo la forma en la que me están temblando. Las cierro y me las meto debajo de las axilas. No me sirve de nada. De hecho, es como si tuviera un terremoto en mi interior que solo dejara devastación a su paso. Cierro los ojos e inclino la cabeza hacia atrás, repasando lo que acaba de suceder. ¡Joder, joder!

Me duele.

Él tiene a mis dos chicas.

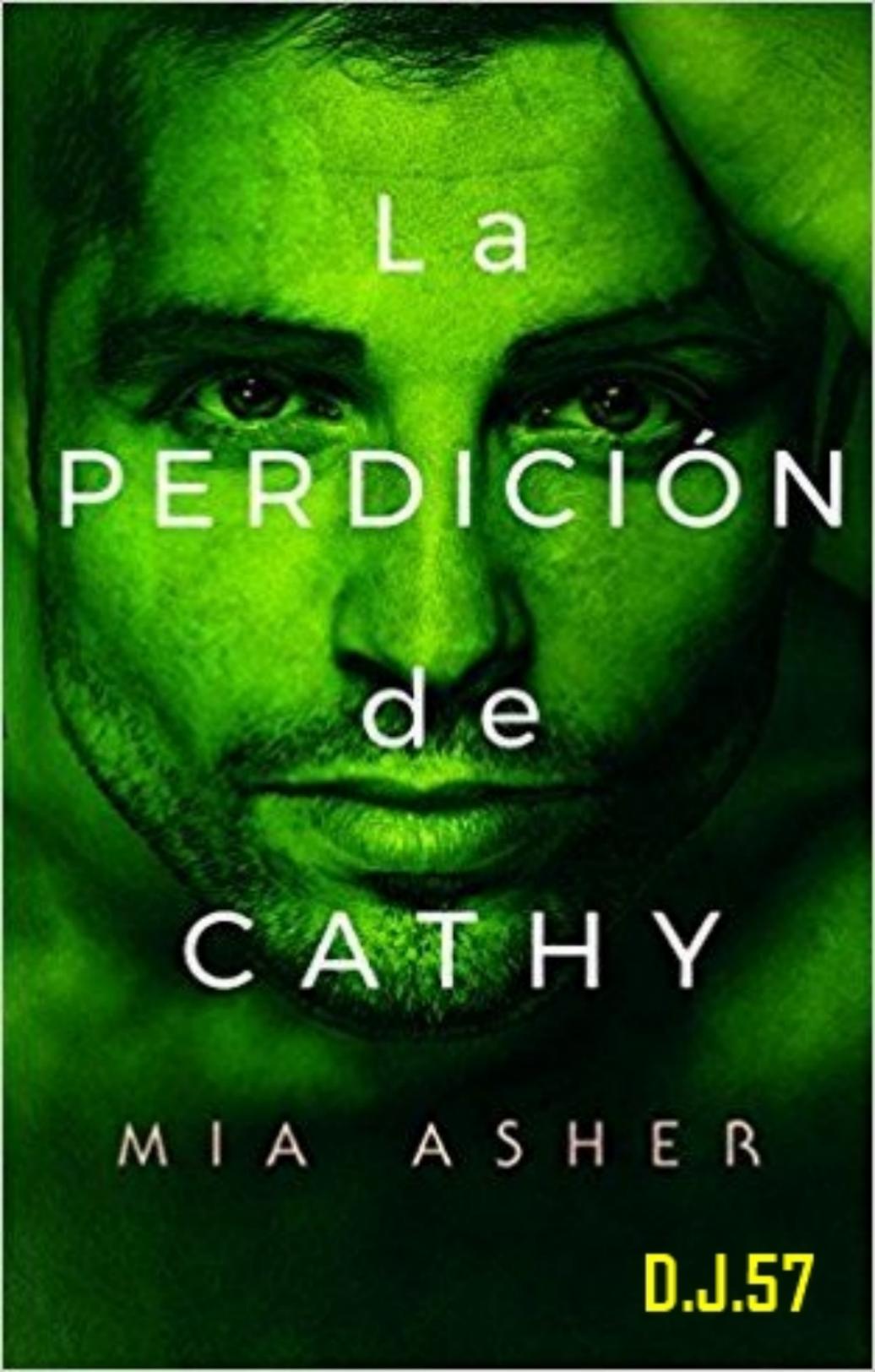
Tiene la familia que debería haber sido mía.

Lo odio.

La odio.

La odio por hacer que me enamorara de ella.

La odio por dejarme.
Me odio por mentirle.
Me odio porque todavía la amo.
Y me odio porque cuando he visto a esa niña...
Lo he sabido.
Es mía, pero no lo es.
Como su madre.
Las amo a las dos.
Y no las tengo.
Las posee él.
Las tiene a las dos.
Y yo no las tendré nunca.
Y así será aunque para asegurarme tenga que morir en el proceso.
Incluso si eso destruye lo poco que me queda.
Él se las merece.
Y yo no.
Joder.
Joder.
Joder.
Estoy destrozado.



La
PERDICIÓN
de
CATHY

MIA ASHER

D.J.57

AGRADECIMIENTOS

J, mi mejor mitad, mi maravilloso marido, muchas gracias por soportar conmigo mi locura, mi obsesión por los personajes, las interminables horas que pasé escribiendo e ignorando todo lo que me rodeaba. Su amor y apoyo siempre han sido constantes y, sin ellos, no podría haber terminado este libro. Te quiero muchísimo y me siento bendecida por poder decir que eres mío.

J y M, mis hermosos hijos, que no pueden leer esto todavía, pero quiero agradecerles que me hayan dejado el tiempo y el espacio necesarios para escribir este libro. Sus horas de juego en el parque se vieron reducidas, pero nunca me lo reprocharon, porque siempre parecían entenderme cuando les decía que estaba ocupada, trabajando. Su amor, sus risas, besos y abrazos siempre han sido mi inspiración. Los adoro.

Momo, la hermana buena, has sido la primera persona del mundo que me animó a escribir, y a volcar las voces que oigo en mi cabeza en un papel. Recuerdo que estaba camino a NH cuando empezamos a intercambiar mensajes de texto —no, no estaba conduciendo— sobre S, M y A; el resto es historia. Tu ayuda y apoyo cuando necesitaba tiempo para salir y terminar *La perdición de Cathy* han sido siempre el mejor regalo que podías darme. Te quiero, hermanita. Siempre y para siempre.

A continuación, quisiera mostrar mi agradecimiento a todas y cada una de las personas que me ayudaron en la creación de *La perdición de Cathy*, en especial a mi grupo de lectoras cero. Sin su ayuda, no habría podido terminar el libro. Sois mis estrellas personales del rock.

Lisa, mi compañera de crítica y el *ying* y el *yang* (risas); recuerdo cuando me puse en contacto contigo por primera vez a través de tu blog... Quería que leyera mi manuscrito inacabado y en vez de mandarme a la mierda educadamente, se tomó su tiempo para hablar conmigo, explicándome cómo era todo el proceso de autopublicación. Te has convertido en una de mis mejores amigas, y no puedo pasar un día sin hablar contigo. Eso es necesario e importante para mí. También muchas gracias por oír mis lloriqueos cuando mis personajes no hablaban o no se comportaban de la manera que yo quería. Sin tu ayuda, algunas escenas fundamentales para la historia no habrían surgido. Gracias, mi querida gemela

malvada.

Amy, también conocida como mi segunda mente, y Mint, más conocida como mi crítica más dura, las dos estuvieron siempre ahí para repasar los capítulos del manuscrito y guiarme a través de ellos. Habéis dejado que escribiera mis pensamientos hasta que adquirieron sentido, señalándome cosas que no podía ver. A veces fueron sus «bahs» o «es una ñoñería», pero siempre han sido sinceras conmigo. Amy, tú me dijiste dónde rebajar el tono, y Mint, tú señalaste dónde presionar un poco más. Sin su aportación, quizá el libro sería diferente. Muchas gracias. Oh, y agradezco también las lecturas extra... No teníais que volver a leerlo más. Así que gracias desde el fondo de mi corazón.

Melissa S, mi gemela australiana, has sido la primera persona que leyó algo escrito por mí y que me dijo que valía la pena leerlo. Me animaste a seguir adelante, porque creíste en mis personajes antes que yo. Y cuando estaba atascada con Cathy, tu aportación y consejo fueron la luz que necesitaba para descifrarla. ¿Ya no echas de menos a nuestra querida Cathy?

Melissa E, mi lectora cero accidental. ¿Recuerdas lo que casi pasó? Sé que sí..., y me alegro de que nunca lo hicieras, porque ahora tengo que llamarte «amiga». Tu amistad y consejo no tienen precio para mí. Y sí, haces los mejores repastos del mundo. También, gracias por la segunda lectura. Debo de haberte vuelto loca...

Megan, ¿qué puedo decirte? ¿Recuerdas cuando me dijiste que no sentías a Arsen? (Risas) Bueno, muchas gracias por tu sinceridad. Tu aportación me hizo retractarme durante la corrección y tratar de averiguar lo que faltaba. Además, gracias por oírme hablar sobre los personajes y la historia. A veces las conversaciones eran unilaterales, pero siempre estabas ahí. ¡Muchas gracias por tu apoyo!

Natalie, ¿cómo puedo describir lo agradecida que estuve cuando dedicaste tiempo para revisar mi manuscrito mientras escribías el tuyo? En serio, tus notas fueron muy útiles y me enseñaron mucho. No sabes cuánto significó tu ayuda para mí, y siempre será así.

Sali, ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! No sé dónde estaría sin tu guía. Tu experiencia y tus consejos consiguieron que no me diera por vencida cuando todo parecía imposible. Estoy muy agradecida a Melissa por habernos presentado..., porque no solo es increíble lo que haces: ahora eres una de mis amigas más queridas.

Beth, muchas gracias por todas las horas que pasamos al teléfono hablando de

mi complot y tratando de aclarar partes de la historia. Tu conocimiento del ritmo, tu atención por los detalles y cosas sin importancia en general solo es parte de lo que te convierte en una persona tan maravillosa. Estoy muy agradecida por haber trabajado contigo.

Jessica, siento que tu ordenador se estropeará. ¡Es broma! En serio, nunca podré agradecerte lo suficiente tu ayuda. Sabes cuánta fue, y no puedo esperar para volver a trabajar contigo. ¿Puedo añadir que me alegro mucho de que Lisa nos haya presentado? Ahora eres una de mis mejores amigas.

Angie, ¿por dónde empezar? Así que lo haré breve: eres la leche.

Kerry, Jodie, Amanda y Lisa M, muchas gracias por los consejos útiles y las palabras de aliento. Sois unas *cero* increíbles, y estoy muy orgullosa de que hayamos trabajado juntas.

Amy Burt, Jennifer Mirabelli y Deana Wolstenholme, mis muy queridas lectoras de segunda o tercera (¿acaso alguien cuenta?) ronda de lecturas *cero*, gracias. Gracias por seguir el hilo de *La perdición de Cathy* y ayudarme a ajustar la trama y asegurarnos de que estaba preparada para ver la luz. Me salvasteis.

¡Jennifer Roberts-Hall, editora! Una frase solamente: este libro no sería igual sin tu talento. Jamás supe lo que era el trabajo de un editor... Supuse que el autor escribía el libro y que alguien corregía los errores gramaticales. ¡Qué equivocada estaba! Quiero decir ahora que el autor crea la historia, pero has sido tú, mi querida editora, la que realmente la pone a tono. Te di algo demasiado largo, tonto e imperfecto, y lo has convertido en una hermosa historia. Gracias por estar siempre ahí para mí, por responder a mis preguntas, y por ser mi amiga. Realmente no puedo poner en palabras lo mucho que significas para mí. Te quiero, editora.

Jillian, gracias por estar siempre dispuesta a responder a mis preguntas sobre el mundo de la autopublicación. Con tu guía no parecía tan aterradora. Además, gracias por tu amistad.

Angela, gracias por todo. Tu hermoso trabajo es único, y siempre seré cliente tuya.

Regina, la portada que has creado para *La perdición de Cathy* me ha dejado sin aliento... Es perfecta. Tu increíble talento me hace sentir humilde, y no puedo esperar a ver lo que harás con la siguiente.

Lili Mickey y Mint, gracias por responder a las preguntas médicas con respecto a Cathy. La información que me proporcionasteis me ayudó a asegurarme de que

le hacía justicia a la historia.

Quiero dar un abrazo especial a todos los *bloggers* que me ayudaron a promocionar el libro. Nadie lo conocería si no fuera por su ayuda. No sería nada sin ellos. Gracias por creer en mí y en *La perdición de Cathy*.

También, gracias a Angie, de Angie's Dreamy Reads, por organizar un «portada revelada» cojonuda y por el *book tour*. Has sido una de las primeras personas en creer en mi libro. Gracias también a Jenny y Gitte, de Totally Booked; Sandra, de The Book Blog; Trisha, de Devoured Words; Lisa, de The Rock Stars of Romance; Dawn, de Up All Night; Kathy, de Love Words and Books, y Sophie, de Bridger Bitches Book Blog.

Gracias a todos mis familiares y amigos por apoyarme y por estar siempre dispuestos para mí. Sé que me olvido de alguien, y lo siento de verdad. Me encantan las palabras de apoyo, las hermosas palabras que todos los que os habéis detenido en mi página a saludar. Os adoro.

Este libro no sería nada sin el apoyo y el amor de todas vosotras. Gracias por todo.

CONTENIDO EXTRA

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

MIA ASHER Me llamo Mía Asher. Soy escritora, y también una romántica incurable, una viajera, una soñadora y una cínica que cree en el optimismo. Ah, y puedo estar un poco loca, ¿pero quién no lo está?

Creo en los finales felices, si bien sé que no todo el mundo tiene la suerte de vivirlos, pero así es la vida. Creo que existen puertas que se pueden intentar forzar y a veces cruzar.

Web: www.miaasherauthor.com

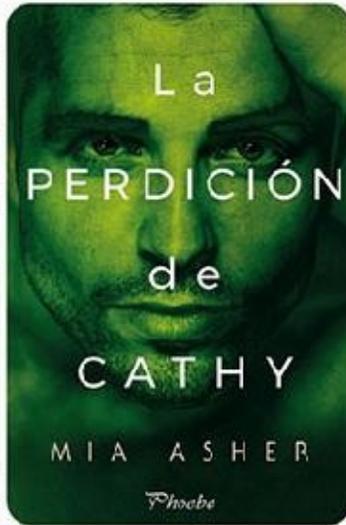
Facebook: [@miaasherauthor](https://www.facebook.com/miaasherauthor)

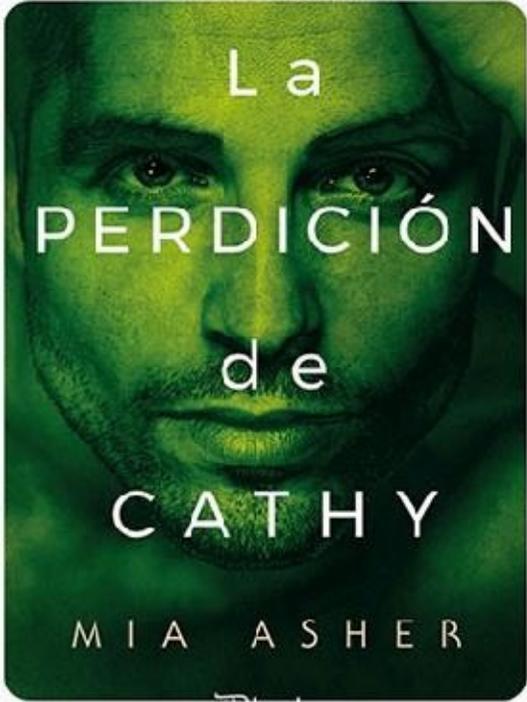
Twitter: [@miaasherauthor](https://twitter.com/miaasherauthor)

Instagram: [@miaasherauthor](https://www.instagram.com/miaasherauthor)

Goodreads: Mía Asher

FANPICS







*"Demasiado tarde. Ya me
ha alcanzado un rayo".*
BEN

LA PERDICIÓN DE CATHY
MIA ASHER

"Las dudas han hecho
que lo que ya consideraba
un paseo intenso se
convirtiera en un
viaje con turbulencias
que solo te da un respiro
al llegar al final".

CATHY

LA PERDICIÓN DE CATHY
MIA ASHER

